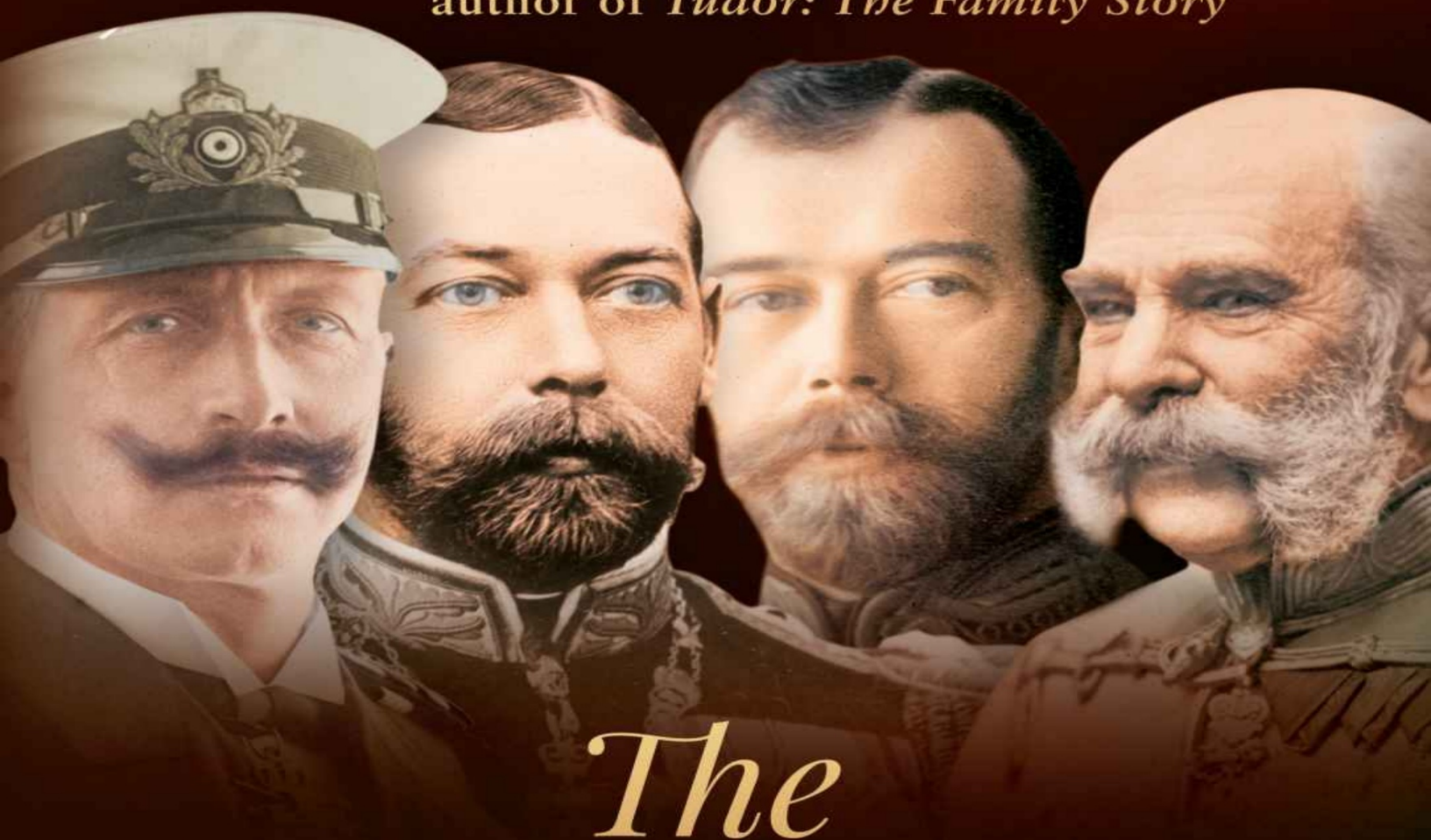


‘A family story of the royal rivalries that tore Europe apart, full of fire and tragedy’ **LEANDA DE LISLE**,
author of *Tudor: The Family Story*



The EMPERORS

HOW EUROPE'S RULERS
WERE DESTROYED BY THE
FIRST WORLD WAR

GARETH RUSSELL

The
EMPERORS

The
EMPERORS

HOW EUROPE'S RULERS
WERE DESTROYED
BY THE FIRST WORLD WAR

GARETH RUSSELL

AMBERLEY

OceanofPDF.com

A Charles y Kathryn,
Con motivo de su matrimonio

Todas las imágenes de la sección de placas son cortesía de la Biblioteca del Congreso.

Publicado por primera vez en 2014

Publicación de Amberley
La colina, Stroud
Gloucestershire, GL5 4EP

www.amberley-books.com

Derechos de autor © Gareth Russell, 2014

El derecho de Gareth Russell a ser identificado como el autor de este trabajo se ha hecho valer de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reimpresa, reproducida o utilizada de ninguna forma o por ningún medio electrónico, mecánico o de otro tipo, ahora conocido o inventado en el futuro, incluidas las fotocopias y grabaciones, o en cualquier sistema de recuperación o almacenamiento de información, sin el permiso por escrito. de los Editores.

Catalogación de la Biblioteca Británica en datos de publicación.
Un registro de catálogo para este libro está disponible en la Biblioteca Británica.

ISBN 9781445634333 (IMPRIMIR)
ISBN 9781445634395 (libro electrónico)

Composición tipográfica y originación por Amberley Publishing.
Impreso en el Reino Unido.

OceanofPDF.com

Contenido

Agradecimientos Prólogo:

'Oh, George, ¿son muy malas las noticias?' 1 - Las

Monarquías Rusa, Alemana y Austro-Húngara en 1913: 'El Viejo Mundo en su Ocaso'

2 - Sarajevo, 28 de junio de 1914: 'Terrible conmoción para el querido y anciano Emperador'

3 - Los primeros años de la guerra en Austria-Hungría y Alemania: 'Vayan a las iglesias, arrodíllense y oren pidiendo ayuda para nuestros soldados'

4 - El liderazgo en tiempos de guerra de Nicolás II y el ascenso de Rasputín: 'Un espectáculo a la vez magnífico y terrible'

5 - Guerra Total y la Marginación del Kaiser: 'Su Majestad no comprende la gravedad de la situación'

6 - La muerte de Francisco José y el ascenso al trono de Carlos: 'Que Dios los bendiga Su Majestad'

7 - El asesinato de Grigori Rasputin: 'No puedo ni quiero creer que lo hayan matado'

8 - La Revolución de Febrero y la Caída de la Monarquía Rusa: 'Que el Señor Dios ayude a Rusia'

9 - El triunfo del gobierno militar en la Alemania imperial: 'El Dictadura Militar apenas velada más'

10 - El asunto de Sixto y los intentos de poner fin a la guerra: 'Me parece que con gusto concertaríamos la paz con usted'

11 - El asesinato de los Romanov: 'Nuestras almas están en paz'

12 - El fin de la guerra y la caída de las monarquías: 'Era cabeza a cabeza hasta el final'

Sección de imagen

Epílogo: 'Ella es demasiado baja para ser Tatiana'
notas

Bibliografía

Agradecimientos

La mayor parte de este libro fue escrito en Belfast, la capital regional de una sección de una isla que se encuentra en el borde occidental del continente que fue azotado por las tormentas de la tragedia global de la Primera Guerra Mundial, pero fue terminado en Nueva York. Refugio, Connecticut. Quisiera extender mi agradecimiento a Linen Hall Library en Belfast, Bodleian Library en Oxford y Berkeley College Library en Yale por proporcionar atmósferas tan propicias para el trabajo y por sus maravillosos recursos que hicieron que escribir este libro fuera tanto un desafío como un desafío. placer.

Aprecio mucho la ayuda y el aliento ofrecidos por tantas personas, incluida Nicola Gale, mi editora en Amberley, y mis padres Ian y Heather, así como Lauren Browne, Antonia Ede, Claire Handley, Catherine Maxtone-Parker, la Dra. Hannah McCormick, Rose Morgan, Eric Spies y Tom Woodward, con quienes se discutió por primera vez la idea de este libro. Este libro fue posible gracias a los numerosos y excelentes trabajos académicos que se han llevado a cabo en el siglo transcurrido desde el estallido de la guerra, especialmente en los últimos años, así como a la publicación de textos primarios clave en las imprentas de las universidades de Oxford. Cambridge, Yale, Harvard y Stanford. Todos los historiadores se suben a hombros de gigantes y este libro no es una excepción; agradecer a todos los académicos que han dedicado sus vidas a hacer que estos temas sean tan maravillosos para estudiar tomaría muchas páginas, hombres y mujeres como el profesor John C.

G. Röhl, quien ha pasado décadas desenterrando y publicando muchos de los documentos vitales relacionados con la Alemania guillermana. Sin embargo, uno más en particular merece una mención especial: después de haber servido como teniente coronel en la ocupación aliada de Viena después de 1945, Gordon Brook-Shepherd se hizo amigo de varios miembros de la familia Habsburgo, que se habían opuesto activamente a la anexión nazi de 1938. Su relación con el príncipe heredero Otto lo llevó a la compañía de la emperatriz viuda Zita, viuda del emperador Carlos de la Primera Guerra Mundial. A lo largo de varias décadas, Brook-Shepherd persuadió a la emperatriz para que escribiera sus recuerdos en papel, así como para participar en varias entrevistas sobre los eventos en Viena y Budapest durante la Primera Guerra Mundial.

Gracias a ello, tenemos acceso a los pensamientos y recuerdos personales de uno de los

las principales figuras reales de la guerra: recuerdos que de otro modo podrían haberse perdido. Aunque las versiones de los hechos de Zita no eran infalibles, todos los historiadores que estudiaron el reinado de su marido deben estar en deuda con la diligencia y el tacto de Gordon Brook-Shepherd al registrarlas.

Antes de la Revolución de Octubre, Rusia usaba el calendario juliano, que estaba trece días por detrás del calendario gregoriano empleado por Occidente. De ahí que la revolución que derrocó a la monarquía en 1917 a veces se denomina Revolución de febrero y, con menos frecuencia, Revolución de marzo. En aras de la claridad, en un libro que intenta ubicar a la monarquía rusa en su contexto internacional, he dado todas las fechas rusas en el Nuevo Estilo.

La monarquía es en gran medida la gran síntesis de lo personal y lo político y he intentado, en la medida de lo posible, equilibrar ambos hilos lo mejor que he podido. La ortografía y los títulos quedan a discreción del lector o del autor en un libro escrito en inglés sobre sujetos que hablaban alemán y ruso como sus primeros idiomas. Me he decantado por los más germánicos Franz Josef, Karl y Wilhelm en lugar de Francis Joseph, Charles y William para los emperadores de Austria y Alemania. Ambos títulos tradicionales utilizados para los emperadores en Alemania y Rusia, káiser y zar, se derivan del César romano, pero las tres monarquías también utilizaron la traducción francesa o inglesa de emperador. Me he referido principalmente a Wilhelm II por su título más familiar de Kaiser, los monarcas austríacos como emperadores y Nicolás II como el zar. Me he apegado a referirme a la esposa de Wilhelm como la Emperatriz, en lugar de Kaiserin, que suena un poco más inusual, y como la mayoría de sus cortesanos, me he movido entre referirme a Alexandra como Tsarina y Emperatriz. La mayoría de estos cortesanos pusieron en mayúsculas el título de su soberano cuando se referían a ellos de manera específica y he hecho lo mismo siempre que ha sido posible. He optado por Habsburgo en lugar de Habsburgo y Romanov sobre Romanoff. Cuando había espacio para la duda, he tratado de usar títulos que son más familiares para una audiencia de habla inglesa, por lo que se hace referencia al hijo de Nicolás II como el Tsarevich en lugar de Tsesarevich y a sus hijas como grandes duquesas en lugar de tsarevnas, de acuerdo con cuántos de sus tutores y criados se dirigieron a ellos.

Tradicionalmente, a los rusos se les da un segundo nombre en referencia al nombre de su padre. Nicolás II era Nicolás Alexandrovich, es decir, Nicolás, hijo de Alejandro. La tercera hija de Nicolás fue Maria Nikolaevna – Maria,

hija de Nicolás. Para las princesas que se convirtieron a la fe ortodoxa rusa, como la emperatriz Alexandra, era costumbre darles el segundo nombre patronímico de Feodorovna, si el nombre de su padre no se traducía al ruso.

gareth russell

New Haven, CT

Semana Santa, 2014

OceanofPDF.com

Puede parecerle a usted de esta generación actual una página de la historia de la que ha oído hablar de una manera bastante vaga como perteneciente a una era anterior a su nacimiento. La Segunda Guerra Mundial, y las convulsiones resultantes de ella, han relegado a un segundo plano los acontecimientos de la Guerra de 1914-1918. Considero, por lo tanto, que tal vez no esté de más que ustedes, los jóvenes, sepan algo de las tragedias en la vida de nosotros, los viejos, y lo que sufrimos durante esos años fatídicos.

Princesa María Luisa de Schleswig-Holstein (1872-1956)

OceanofPDF.com

Prólogo

'Oh, George, ¿las noticias son muy malas?'

Recuerdo muy bien que cuando tenía diecisiete años pensé que nunca podría volver a ser feliz. Me refiero a que todo el mundo estaba descontento. Porque uno conocía a tanta gente. Todos los días alguien fue asesinado, ya ves. Fue un verdadero holocausto. Fue horrible.

Recuerdo esa sensación bastante bien.

Lady Elizabeth Bowes-Lyon (1900-2002), más tarde reina
Consorte del rey Jorge VI y madre de la reina Isabel II

Todos los domingos durante la Primera Guerra Mundial, la princesa María Luisa de Schleswig-Holstein se reunía con sus padres y su hermana para almorzar en el castillo de Windsor con su primo, el rey Jorge V. Para el verano de 1918, María Luisa era una dama hermosa de casi cuarenta años. con sus simpatías firmemente del lado británico del conflicto. Durante el té con la exiliada emperatriz viuda Eugenia de Francia, a quien se le había otorgado asilo en Inglaterra años antes, María Luisa dijo que si la mitad de las historias sobre las actividades del káiser eran ciertas, entonces merecía ser depuesto, a lo que Eugenia respondió: 'Mi hija , nadie que haya experimentado una revolución desearía que ni siquiera su peor enemigo sufriera todos los horrores que conlleva.' La

vehemencia de las opiniones de María Luisa fue tanto más notable cuanto que el emperador en cuestión era su primo hermano. En ese sentido, la posición de María Luisa era comparable a la de docenas de príncipes y princesas europeos en los años de la guerra. Su estilo como princesa de Schleswig-Holstein era germánico, su padre, el príncipe Christian, era alemán, mientras que su madre, Helena, era princesa del Reino Unido e hija de la reina Victoria. Su padrino había sido el difunto emperador Francisco José de Austria, cuyo imperio luchaba ahora del mismo lado que Alemania, mientras que su ex marido, el príncipe Aribert von Anhalt, era alemán.

Sin embargo, María Luisa también podía contar entre sus primos hermanos al rey Jorge V del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y a la zarina Alexandra de Rusia, que actualmente vivía bajo arresto domiciliario con su familia tras la revolución de 1917.

Dedicada a la familia real británica, María Luisa había suprimido todos los lazos emocionales anteriores a la guerra con Alemania y Austria. Sintió una gran simpatía por su primo George por la carga que llevaba a medida que avanzaba la guerra y el número de muertos ascendía a millones. Los almuerzos dominicales en Windsor en tiempos de guerra a menudo eran asuntos silenciosos o malhumorados, ya que el rey, abrumado por las noticias de las últimas cifras de víctimas, parecía "muy cansado y preocupado", en palabras de Marie Louise. Una tarde, mientras los otros miembros de la familia se reunían para ponerse de pie y saludar al Rey y a la Reina como lo exigía el protocolo, el soberano entró luciendo 'tan grave y angustiado' que la madre de Marie Louise, Helena, gritó: 'Oh, George, ¿las noticias son muy malas?' De pie junto a ella, Marie Louise afirmó más tarde que se estaba preparando para recibir noticias aún peores de las trincheras en el frente occidental, donde una reciente ofensiva alemana había causado terribles bajas casi sin ganancias tácticas.

El Rey respondió: 'Sí, pero no es lo que piensas. Nicky, Alix y sus cinco hijos han sido asesinados por los bolcheviques en Ekaterimburgo. He ordenado que la terrible noticia no se dé a conocer a la prensa hasta que haya tenido tiempo de hacérselo saber a Victoria. La carga del deber recayó en Marie Louise, que debía ir a la Isla de Wight al día siguiente para pasar un tiempo con su prima Victoria, la marquesa de Milford Haven, que era hermana de la difunta zarina. El Rey escribió una carta informando a la marquesa de 'esta espantosa tragedia' y Marie Louise accedió a entregarla, recordando más tarde: 'A menudo he tenido que enfrentarme a situaciones difíciles que han requerido tanto tacto como valor, pero nunca algo tan terrible como para informar a alguien que su muy querida hermana, su cuñado y sus cinco hijos habían sido asesinados.'¹

—

En la Isla de Wight, la marquesa tomó la carta y la leyó en privado. Posteriormente, Marie Louise recordó que casi nada se dijo sobre su contenido. Nadie sabía qué decir sobre 'un tema demasiado conmovedor y demasiado sagrado' y, en cambio, los dos primos pasaron unos días en compañía del otro haciendo jardinería, leyendo y cosiendo camisas, bufandas, gorros y guantes para la tropa. "Me di cuenta de que lo único que podía disminuir en cierta medida su agonía y su dolor era emplear cada momento del día con un trabajo duro y definido", escribió Marie Louise en sus memorias, y fue solo después de su regreso a Londres que "Recibí una carta verdaderamente maravillosa de ella, en la que me agradecía mi silencio que la había ayudado a controlarse a sí misma y a sus emociones que no podría haber hecho.

si hubiéramos discutido largamente los detalles de la tragedia y lo que ella estaba sufriendo'.

En muchas de las casas reales de Europa, el silencio descendió sobre la desaparición y muerte de los Romanov. Fue en muchos sentidos el momento Rubicón de la guerra, que simbolizaba, como tal vez pretendía, la muerte del viejo mundo; no importaba de qué bando ganara la guerra, la edad de oro de las monarquías que la habían precedido se había desvanecido, tornándose irreparable por los acontecimientos de cuatro breves y terribles años.

OceanofPDF.com

Los rusos, alemanes y austrohúngaros Monarquías en 1913

'El Viejo Mundo en su ocaso'

En 1815, las fuerzas de las grandes potencias de Europa descendieron sobre París cuando su alianza puso fin a la carrera de Napoleón Bonaparte, el plebeyo corso que se había autoproclamado emperador en medio del caos agonizante de la Revolución Francesa. Bonaparte fue desterrado y Luis XVIII restituido al trono de sus antepasados. En el siglo siguiente, Europa se convirtió en dueña indiscutible del globo. Sus imperios se expandieron, el crecimiento de sus economías y población no tenía precedentes en la historia registrada, y su confianza en sí mismo parecía ilimitada cuando la invención de los ferrocarriles, el sistema de telégrafo y los rápidos avances en medicina, industria y tecnología revolucionaron la forma en que vivía la gente.

En el centro del "siglo de Europa" estaban las monarquías, la mayor de las cuales había provocado la ruina de Napoleón en 1815 y luego había celebrado un congreso de vencedores en Viena, cuyo principal objetivo era solidificar el statu quo político. Durante casi un siglo, el legado del congreso se mantuvo intacto. Conflictos como la Guerra de Crimea o las guerras de Prusia que condujeron a la unificación de Alemania como un nuevo imperio en 1871 se limitaron a partes pequeñas o distantes del continente o fueron tan breves que alimentaron el creciente consenso de que una guerra prolongada entre los grandes poderes ya no era posible. La duración y el salvajismo de la Guerra Civil Estadounidense entre 1861 y 1865 a menudo se desestimaron como nada más que los dolores de crecimiento de una república lejana que aún no tenía un siglo de antigüedad y pocos europeos prestaron atención a los inquietantes desarrollos en tecnología militar que habían ayudado a hacer que la guerra de Estados Unidos tan sangriento

Para 1900, las principales naciones de Europa eran tan ricas, tan poderosas y poseían ejércitos tan impresionantes que surgió una opinión popular que sostenía que la mera enormidad de la influencia global del continente era en sí misma la garantía de la paz. Los imperios se equilibraban entre sí, actuando como disuasivos unos de otros, y sus alianzas cada vez más complejas que en la primera década del siglo XX habían agrupado a las principales naciones en dos campos distintos formaban parte del Concierto de Europa, el agotador

baile diplomático que había salvaguardado la larga paz. Al recordar los días aparentemente felices del mundo anterior a la guerra, Winston Churchill, un monárquico hasta la médula, dijo: "Naciones e imperios, coronados con príncipes y potentados, se alzaron majestuosamente por todas partes, sumergidos en los tesoros acumulados durante mucho tiempo". paz. Todo estaba encajado y sujeto, al parecer de forma segura, en un inmenso voladizo. Los dos poderosos sistemas europeos se enfrentaron brillando y resonando en su panoplia, pero con una mirada tranquila... El viejo mundo, en su ocaso, era hermoso de ver.⁴

Rusia imperial En

1913, el servicio postal imperial ruso se vio enfrentado a un problema muy inusual en el campo de las relaciones con los empleados. Recientemente se emitió un juego de sellos que muestran a todos los gobernantes de Rusia desde la elección del primer zar Romanov en 1613 para conmemorar el 300 aniversario de la adhesión de la dinastía. Sin embargo, surgió un retraso en la entrega del correo cuando numerosos funcionarios postales se negaron a imprimir el matasellos en cualquier sello con el rostro de uno de los Romanov. Descrito por los periodistas extranjeros como "escrúpulos leales y eminentemente respetables", la insistencia de los empleados en que no harían nada para mancillar un rostro imperial, incluso uno impreso en la forma aparentemente inocua de un sello postal, resultó en la retirada de los retratos conmemorativos.² Cuatro años después, la monarquía fue barrida por la revolución y un año después, el último Zar Romanov, su esposa y sus cinco hijos fueron asesinados y enterrados en un cementerio anónimo.

tumba.

Explicar por qué la euforia del tricentenario dio paso tan rápidamente a la depravación asesina del Terror Rojo no es tarea fácil. Durante muchos años se pensó, y es un punto de vista que todavía se enseña en muchas escuelas, que la Rusia zarista era una sociedad tan arcana e injusta, tan innatamente atrasada y desesperadamente corrupta, que su desaparición en 1917 era inevitable: una cuestión no de por qué, sino simplemente de cómo. En reacción a lo que vieron como la profanación del espíritu nacional ruso bajo el dominio soviético, los nacionalistas rusos pintaron un cuadro muy diferente, en el que el imperio de los Romanov había sido llevado a la ruina por nada más que mala suerte y conspiración política. Historias como las de la serie de novelas La rueda roja del ganador del Premio Nobel Alexander Solzhenitsyn promovieron la idea de que la Rusia imperial había sido una sociedad mucho más benigna que siniestra y ciertamente infinitamente más

compasivo que el régimen soviético que eventualmente lo reemplazó. En esta versión de los hechos, 1913 no fue tanto un verano indio como una señal del progreso que habría permanecido sin control si no hubiera intervenido la Primera Guerra Mundial.

Como en tantas cosas, la verdad es más complicada incluso que decir que descansa en medio de las dos visiones contrapuestas. Pocas cosas en la historia pueden contarse como inevitables y la implosión de la monarquía rusa en 1917 ciertamente no es una de ellas. Hasta el último minuto, podría haberse salvado. Había enfrentado una amenaza mucho más seria a su supervivencia en 1905, cuando el mito de la invencibilidad militar rusa se hizo añicos por una derrota completamente inesperada e igualmente humillante en una guerra con Japón.³ La catástrofe en el Lejano Oriente chocó con el creciente malestar de la clase obrera en las condiciones deplorables de las fábricas y las secuelas de la recesión de 1902, que provocaron disturbios generalizados. Cuando una gran manifestación, encabezada por un sacerdote y que protestaba ferozmente por su celo monárquico, marchó hacia el Palacio de Invierno de San Petersburgo para pedirle al Zar mejores condiciones de vida para los pobres de la capital, los guardias entraron en pánico y abrieron fuego, matando a cientos. El hecho de que Nicolás II hubiera estado a millas de distancia en ese momento y el palacio casi desierto hizo poca diferencia en la protesta que siguió. El tío del zar, Sergei, uno de los pilares de la ultraderecha rusa, fue asesinado con una bomba de clavos cuando su carruaje salía de las puertas del Kremlin en Moscú; su viuda, al escuchar la explosión, salió corriendo a la nieve empapada de sangre y, al no encontrar rastro de su esposo, tuvo que ayudar a recuperar partes de su cuerpo mientras el asesino era detenido por la policía.

En toda Rusia, los sirvientes de la burocracia imperial fueron atacados. Cientos de asesinatos y una ola de huelgas pusieron de rodillas al gobierno. El zar aceptó que había que comprar la paz. La autocracia de sus antepasados, tan querida por su difunto y colosal padre, tendría que desaparecer. La madre danesa de Nicolás, la emperatriz viuda María, ofreció sabios consejos donde muy pocos lo habían hecho o podían y le pidió a su hijo que escuchara las propuestas presentadas por el Ministro de Finanzas de su padre, Sergei Witte. Suplicó, engatusó, suplicó; cuando sintió que la situación lo requería, se arrojó a los pies de su hijo, rogándole que entrara en razón. Ella lo instó a escuchar a Witte, quien, en sus propias palabras, "ciertamente es un hombre de genio, enérgico y clarividente".⁴ En su tiempo como

Ministro de Finanzas de Alejandro III, Witte ya había obrado milagros al asegurar niveles inauditos de inversión extranjera en Rusia y la rápida industrialización posterior.⁵ Por esto, el padrino del capitalismo ruso era tan odiado por los ultraconservadores, que veían el alma de la nación rusa, como lo fue para la izquierda, que lo culpó de los males que padecía el proletariado urbano.

Witte ya se había mostrado capaz de tomar decisiones difíciles a corto plazo para asegurar objetivos a largo plazo. Sabía que la aceleración de la Revolución Industrial en Rusia traería consigo un gran malestar, pero igualmente sabía, o creía, que solo capeando esto, Rusia podría garantizar la prosperidad y la estabilidad para sus generaciones futuras. En 1905, abogó por que la dinastía tomara decisiones igualmente difíciles.

La autocracia debe ser reemplazada por algún tipo de monarquía constitucional. Tal concesión dividiría a los opositores a la corona y, por lo tanto, dividiría a los manifestantes entre ellos. Enfrentado a disturbios sin precedentes, el zar accedió y firmó el Manifiesto de Octubre, que otorgaba a los súbditos del imperio el derecho a la libertad de conciencia, reunión, expresión y religión y, de manera crucial, disponía la creación de una legislatura electa, conocida como la Duma. Nicholas se estremeció pero firmó. 'De toda Rusia lo lloraban', dijo en una carta a su madre, 'lo suplicaban, y a mi alrededor muchos, muchísimos, tenían las mismas opiniones... No había otra salida que santiguarse y dar lo que todos pedían.

Mi único consuelo es que tal es la voluntad de Dios, y esta grave decisión sacará a mi querida Rusia del caos intolerable en el que se encuentra desde hace casi un año.'⁶

Pero mientras que el Manifiesto de Octubre logró el resultado previsto de separar a los liberales de los radicales, un ex marxista convertido en liberal, Peter Struve, de treinta y cinco años, estaba tan consternado por la violencia de 1905 que capturó a muchos mentalidad liberal cuando exclamó: '¡Gracias a Dios por el zar, que nos ha salvado del pueblo!' Para conmoción y furia del zar, no provocó el fin inmediato ni de los disturbios ni de las campañas de bombardeo de los revolucionarios. Los bolcheviques coordinaron una insurrección armada de trabajadores de fábricas en Moscú, mientras que León Trotsky emergió como líder prominente del Soviet de Diputados Obreros en San Petersburgo, cuyo objetivo era crear una alternativa política a la monarquía. Cuando la autoridad policial colapsó, los motines barrieron las fuerzas armadas

y los gobernadores en pánico en las provincias escribieron sobre campesinos saqueando y saqueando propiedades aristocráticas, Nicolás le escribió a su madre: "Cada vez se escuchan más voces que protestan porque ha llegado el momento de que el gobierno tome las riendas con firmeza, lo cual es una muy buena señal". de hecho... Los viejos liberales sin cabeza, siempre tan críticos con las medidas firmes por parte de las autoridades, ahora claman en voz alta por una acción decisiva.⁷ Horrorizados por la continuación de la violencia y galvanizados por el hecho de que incluso los liberales estaban ahora 'clamando reprimiendo a los revolucionarios, el gobierno imperial contraatacó a principios de 1906. Mientras se estaban realizando los preparativos para la creación del electorado y la Duma, el ultramonárquico Peter Durnovo fue nombrado Ministro del Interior. Durnovo, un estratega político brillante con nervios de acero, ayudó a coordinar la respuesta del gobierno a los disturbios y, en palabras de uno de sus colegas, lo hizo "sistemáticamente, incluso sin piedad".⁸ Arrestos masivos, represión de las huelgas, el uso del ejército y la reafirmación del control del gobierno sobre las redes ferroviarias y telegráficas hicieron que el movimiento revolucionario perdiera coordinación, confianza, impulso y finalmente apoyo. Cuando el zar inauguró oficialmente la primera Duma en una brillante ceremonia en el Palacio de Invierno en abril, la supuesta revolución se había derrumbado.

Sin embargo, el nacimiento de su creación no hizo nada para salvar la fe de Nicholas en Witte como primer ministro. En lo que se refería al Emperador, había sido engañado para firmar el Manifiesto de Octubre por un hombre que evidentemente no era más que un político de carrera que se engrandecía a sí mismo. "Nunca había visto un hombre tan camaleónico", escribió. Esa es, naturalmente, la razón por la que ya nadie cree en él. Está absolutamente desacreditado con todo el mundo... Durnovo, el Ministro del Interior, está haciendo un trabajo espléndido. Estoy muy complacido con él». ⁹ La opinión de Nicholas sobre Witte tampoco era aislada; incluso muchos de sus antiguos seguidores sintieron que Witte había subestimado gravemente la amenaza que representaban los revolucionarios en 1905. Su partida y eventual reemplazo por Peter Stolypin, uno de los pocos gobernadores provinciales que había mantenido la calma durante la violencia, no fue muy lamentada. Si Witte había sido el Necker de la monarquía rusa, Stolypin fue su Breteuil más exitoso.

Alto, bien educado y dinámico, con barba oscura y ojos oscuros, Stolypin pasaría a la historia como el último gran estadista del Imperio

Rusia. Era robusto, de poco más de cuarenta años, miembro de la nobleza y un brillante orador público. Sus políticas para evitar que se repitiera lo de 1905 eran sencillas: reforma económica unida a recortes políticos. Si esto hace que su mandato suene como una forma glorificada del palo y la zanahoria, entonces es porque tal evaluación no está muy lejos de la verdad.

Se introdujeron reformas agrarias generalizadas para aliviar las tensiones financieras del campesinado; los kulaks, una clase más rica de campesinos, recibieron ayuda del gobierno para comprar sus propias granjas, en lugar de simplemente alquilarlas; también se promulgó legislación para brindar seguro médico a los trabajadores urbanos y se continuó con la política de Witte de atraer inversiones extranjeras a Rusia. La economía floreció, ya que por primera vez, y hasta ahora la última, en su historia, Rusia pudo hacer un uso eficiente de sus vastos recursos naturales. recursos.

Nicholas, todavía inquieto por el hecho de que existiera la Duma, parecía mucho más feliz con Stolypin que con Witte. Durante la mayor parte del período entre 1907 y 1914, el zar se movió entre su conservadurismo natural y tentativamente intentar hacer funcionar la nueva monarquía semiconstitucional, y en esto se adaptaba a un primer ministro como Peter Stolypin, que era un pragmático pero también un sincero monárquico.

Nicholas apoyó la decisión de destripar el Manifiesto de Octubre de la mayoría de sus disposiciones más radicales, aunque estuvo de acuerdo en que sería imposible deshacerlo por completo. Estuvo de acuerdo con la redefinición del electorado en 1907, asegurándose de que ahora estaba inclinado a favor de los propietarios, y se opuso a cualquier intento de dividir las propiedades aristocráticas entre el campesinado, señalando en el margen de un informe del gobierno sobre el tema, 'La propiedad privada debe permanecer inviolable.'¹⁰ A medida que florecía la economía y se restauraba la estabilidad política, Stolypin también ganó mucha aprobación por su política de tratar a los activistas revolucionarios como nada más que criminales y asesinos glorificados. Poco después del Manifiesto de Octubre, la casa de Stolypin había sido alcanzada por una bomba revolucionaria en un atentado que destruyó el edificio, mató a veintisiete personas y dejó gravemente heridos a dos de sus hijos, Natalia, de quince años, y su hermano, de tres. . En una carta a uno de sus colegas, Stolypin contó cómo había recorrido las ruinas de su casa en busca de supervivientes: "Cuando saqué a mi hija de debajo de los escombros, sus piernas colgaban como medias. Mi hijo tiene una rodilla rota y su cabeza está lesionada. Está todo hecho un lío".¹¹ Más que la mayoría, Stolypin comprendía, por tanto, la repugnancia que muchos rusos sentían hacia la

revolucionarios después de 1905. Entre 1906 y 1909, cientos de revolucionarios fueron arrestados, juzgados y ejecutados. La evidencia contra la mayoría de ellos fue abrumadora, pero el número de ejecuciones hizo que la soga del verdugo fuera apodada 'la corbata de Stolypin' por un miembro poco impresionado de la Duma. Stolypin estaba tan indignado que desafió al caballero a un duelo; se emitió una disculpa, se evitó el duelo y el apodo floreció de la publicidad.

Hubo problemas significativos que Stolypin trató de resolver pero que, en última instancia, estaban más allá del poder de cualquier hombre, siendo el principal de ellos las reformas en el campo. Las tensiones no disminuyeron y la desconfianza mutua definió las relaciones entre la mayor parte de la nobleza y el campesinado. El alcoholismo -para adormecer el dolor de una existencia verdaderamente terrible- y el odio a la jerarquía social proliferaban en las fábricas rusas, pero la situación de los millones que aún vivían en comunidades agrarias era más complicada que la sugerida por la imagen popular de un campesinado hambriento. bajo tierra por aristócratas insensibles y los látigos de los cosacos. A principios de siglo, el campesinado ruso como colectivo generaba más de la mitad de los ingresos del imperio y pagaba alrededor de una quinta parte de sus impuestos, la dieta del campesino ruso promedio en las dos primeras décadas del reinado de Nicolás II era aproximadamente la misma que disfrutado por la población de la Alemania Occidental capitalista a mediados de la década de 1950, mientras que las granjas campesinas independientes, que se hicieron cada vez más comunes en la era de Stolypin, producían muchos más alimentos que las granjas ubicadas en grandes propiedades aristocráticas. Las tensiones surgieron no sólo del resentimiento de los campesinos por la riqueza y los privilegios celosamente guardados por la aristocracia, sino también porque cada vez más nobles rusos, al ver que sus principales fuentes de ingresos se perdían en productividad, intentaban administrar sus propiedades de acuerdo con las normas capitalistas occidentales, introduciendo reformas radicales en la forma en que plantaron y cosecharon, y en el proceso agravaron el conservadurismo rural y contribuyeron a una visión generalizada de la nobleza como extranjeros ausentes de facto con poca o ninguna consideración por los verdaderos hijos del suelo.

Sin embargo, a pesar de las burlas sobre las corbatas y con ciertos problemas aún sin resolver, la carrera política de Peter Stolypin fue más exitosa que otra cosa.¹² Los conservadores se alegraron de ver que la membresía de los sindicatos recientemente legalizados cayó de 300.000 en 1907 a poco más de 40.000 en 1913. Millones de los campesinos se convirtieron en propietarios, a pesar de la persistente oposición aristocrática como resentimiento por la violencia vista en

1905 vio a la aristocracia cavar sus talones para volverse aún más indiferente a las preocupaciones del campesinado rural. Cinco años consecutivos de hermosos veranos e inviernos comparativamente templados dieron como resultado cosechas abundantes; Las reformas educativas y los aumentos en los salarios de los maestros mejoraron las perspectivas de que la próxima generación de Rusia continuara con el sueño capitalista fomentado por el gobierno de Stolypin y se pusieron en marcha planes para erradicar por completo el analfabetismo entre los jóvenes del imperio para 1922. Las redes ferroviarias y las minas de acero de Rusia batieron récords. con la rapidez con que se expandieron. La producción de carbón se duplicó. La productividad industrial en general aumentó un 125 por ciento en cinco años. Los ingresos del gobierno aumentaron considerablemente y en 1914 el imperio había superado a los Estados Unidos como el principal exportador mundial de cereales.

Pero la muerte que había evitado en 1906 alcanzó a Stolypin en 1911 cuando asistió a una representación de la ópera *The Tale of Tsar Saltan* en Kiev. El Zar estaba en la audiencia, acompañado por sus dos hijas mayores, la Gran Duquesa Olga de quince años y la Gran Duquesa Tatiana de catorce años, cuando un joven revolucionario llamado Mordka Bogrov se acercó al Primer Ministro durante el segundo intervalo y le disparó. él dos veces en el pecho. El zar, que acababa de dejar el palco imperial, volvió para investigar el ruido extraño: 'Las mujeres chillaban y Stolypin estaba de pie directamente frente a mí en el patio de butacas. Lentamente volvió su rostro hacia mí y con su mano izquierda hizo la señal de la Cruz en el aire.

Solo entonces me di cuenta de que estaba muy pálido y que su mano derecha y su uniforme estaban manchados de sangre... La gente estaba tratando de linchar al asesino. Lamento decir que la policía lo rescató de la multitud y lo llevó a una habitación aislada para su primer examen.¹³ La Gran Duquesa Tatiana estaba histérica cuando la suite imperial fue sacada rápidamente del teatro en caso de que el asesinato del Primer Ministro simplemente hubiera sido el acto de apertura. La emperatriz viuda se describió a sí misma como "angustiada e indignada" por el [asesinato](#) "horrible y escandaloso" de Stolypin .

— La madre de Tatiana no compartía la angustia de su hija o suegra. Nunca había perdonado a Stolypin por criticar a su amado confidente espiritual, Rasputín, y le escribió al nuevo Primer Ministro, el conde Vladimir Kokovstov: 'La vida asume continuamente nuevas formas... el Señor te ayudará. Estoy seguro de que Stolypin murió para dejarte un lugar, y todo esto es por el bien de Rusia». ¹⁵ El tacto nunca fue una de las virtudes de Su [Majestad](#) Imperial.

Dos años más tarde, cuando la dinastía encabezó las celebraciones nacionales para conmemorar el tricentenario del gobierno de los Romanov en Rusia, el legado de Stolypin significó que había lugar para una gran confianza entre los muchos monárquicos del imperio. Las opulentas festividades de 1913, en las que el zar y su familia emprendieron una especie de peregrinaje dinástico a Kostroma, donde, en 1613, Mikhail Romanov, de dieciséis años, había emergido como el zar elegido para poner fin a un trauma generacional conocido como el Tiempo de problemas, evocaba escenas de regocijo generalizado. Pero incluso cuando Moscú y San Petersburgo se iluminaron con fantásticas exhibiciones de luces y los retratos de todos los Romanov, desde Mikhail hasta Nicholas, se izaron en los edificios públicos de todo el imperio, todavía había problemas que debían abordarse. Los revolucionarios pueden haber estado dispersos por el exilio, rotos, divididos y cada vez más abatidos por la posibilidad de una revolución en su vida, pero la Duma y la corte estaban frecuentemente en desacuerdo entre sí. La alta nobleza de la corte se aferró tenazmente a la opinión de que, independientemente de sus opiniones sobre el resto de las clases altas, el campesinado rural estaba inalienablemente devoto del zar y que todas las demandas de más reformas políticas procedían únicamente de la burguesía urbanizada, cuyas cabezas habían sido convertido por un montón de tonterías liberales occidentales tontas. La Duma, no injustamente, acusó al tribunal de ignorar la opinión pública culta en cada oportunidad disponible. La alianza de intereses mutuos que había unido a los dos en 1905 se había debilitado en 1913 y la camarilla del zar no ayudó en nada al amontonar una docena de pequeñas humillaciones sobre las cabezas de los políticos durante el tricentenario. Por lo general, a los delegados se les asignaban los peores asientos en cualquiera de las funciones públicas, tenían que hacer sus propios arreglos de viaje y, a diferencia de los cortesanos, también tenían que pagar sus propios gastos. Lejos de evocar alegría por el éxito de la asociación entre la Duma y el trono, las celebraciones públicas que rodearon el tricentenario solo sirvieron para reforzar la ilusión de los ultraconservadores de que los últimos siete años habían sido un bache, una aberración de la gran narrativa de Rusia. historia, que para ellos era indiscutiblemente un relato del Zar atado por lazos inalterables de amor y afecto a su pueblo. La zarina expresó esta laguna mejor que nadie cuando le dijo a una de sus damas de compañía: 'Ahora puedes ver por ti mismo lo cobardes que son estos ministros de estado... simplemente tenemos que mostrarnos y de inmediato sus corazones [los del pueblo] son nuestros. 'dieciséis

Al igual que su esposo, Alexandra Feodorovna no era realmente estúpida y estaba un poco menos ciega de lo que sugerían muchos de sus críticos. Sin embargo,

fue irónico que ella, de todas las personas, haya dicho que la clave de la popularidad de la familia imperial era su visibilidad. Las personalidades y la vida privada del Zar y su familia se discutirán extensamente más adelante, pero por ahora es suficiente decir que en 1913 casi se habían retirado de la vista pública. Hubieron varias razones para esto. La primera fue la propia zarina. El nacimiento de cinco hijos en una sucesión relativamente rápida había destruido su ya frágil salud y estaba plagada de palpitaciones y ciática que la dejaban confinada en su cama o en su diván durante días seguidos. También era extremadamente tímida e incómoda en grandes multitudes. La aristocracia de la capital optó por interpretar su comportamiento como una grosería desenfrenada y la detestó en consecuencia. Meriel Buchanan, la hija del embajador británico en San Petersburgo, fue testigo de primera mano del ataque de pánico de la emperatriz cuando el zar y su esposa asistieron a una función en el teatro una noche. En cuestión de minutos, Alexandra comenzó a temblar y abanicarse compulsivamente, 'los diamantes que cubrían el corpiño de su vestido [comenzaron] a subir y bajar, destellando y temblando con miles de chispas de luz inquietas. En ese momento, pareció que esta emoción o angustia la dominó por completo, y con unas pocas palabras susurradas al emperador, se levantó y se retiró al fondo del palco, para no ser vista más esa noche. Una pequeña ola de resentimiento se extendió por el teatro.'¹⁷

El último gran baile imperial, el cénit tradicional de la interacción social entre la monarquía y la alta nobleza, se llevó a cabo en 1903. Después de eso, Alexandra se negó a ser anfitriona más y los cavernosos salones de baile del Palacio de Invierno quedaron prácticamente sin uso. En casi todas las oportunidades disponibles, parecía como si estuviera haciendo todo lo posible para enemistarse con la aristocracia. La mayoría de sus damas de honor favoritas, mujeres como Lili Dehn y Anna Vyubova, eran miembros de la burguesía. Cuando su hija mayor, Olga, cumplió dieciséis años en 1911, Alexandra organizó el tradicional baile de presentación de la niña para marcar su entrada formal en el mundo de la alta sociedad. Pero incluso aquí, había un aguijón. El baile de la Gran Duquesa se llevó a cabo en Livadia, la casa de verano de la familia imperial a 1.500 millas de San Petersburgo, en lugar de cualquiera de los numerosos palacios de los Romanov en la ciudad capital como era costumbre.

Para 1913, tanto Olga como su hermana menor, Tatiana, deberían haber sido parte habitual del calendario social de la capital, pero para la gran mayoría de las clases altas, los niños imperiales seguían siendo extraños. La duquesa de Sajonia-Coburgo, de visita en Rusia para una boda familiar en 1914, estaba indignada

por el fracaso de Alexandra en introducir a sus hijas a la vida entre sus pares. Cuando Olga y Tatiana aparecieron en las funciones, la duquesa notó: "Como las niñas no conocen a nadie en la sociedad, simplemente saltaban como señoritas provincianas sin que se les presentara nadie y nunca las obligaron a hablar con ninguna de las damas jóvenes o mayores". ... ¡Ahora imagina a las grandes duquesas que tal vez pronto se casarán y tal vez dejarán el país sin ser introducidas adecuadamente en la sociedad de Petersburgo! ... se ha abandonado toda la vieja y buena etiqueta".¹⁸ Se dejó a la emperatriz viuda organizar un baile de debut para Tatiana en San Petersburgo, que también aprovechó como una oportunidad para rectificar el error de recibir a Olga en Crimea. – el baile en el Palacio Anichkov se dio en honor a ambas chicas. Alexandra se las arregló para aguantar la fiesta durante una hora y media antes de irse temprano en medio de otra ola de susurros y desprecio; Nicolás se quedó hasta las cuatro y media de la mañana, incapaz de apartar a sus exuberantes hijas de la alegría. Atormentada por la mala salud, paralizada por la timidez y rechazada por una aristocracia cuyos miembros consideraba frívolos, autoindulgentes, inmorales y derrochadores llamativos, la emperatriz Alexandra fue la principal causa del alejamiento de la pareja imperial de la élite del imperio.

La segunda razón del aislamiento de los Romanov en la última década de su gobierno fue la hemofilia del único hijo de Nicolás y Alexandra, Alexei. Nacido en 1904, durante el desastroso altercado de Rusia con Japón, Alexei recibió su nombre del antepasado favorito de Nicolás, el zar Alexei el Gentil del siglo XVII. Una variación de la ley sálica, que prohibía la herencia del trono por parte de una mujer, había operado en Rusia desde 1797 y el nacimiento de cuatro hijas en 1895, 1897, 1899 y 1901 se había caracterizado por una disminución progresiva de los niveles de entusiasmo. El nacimiento de Alexei en agosto de 1904 había sido, por tanto, motivo de regocijo teñido de alivio y cuando Pierre Gilliard, tutor francés de las grandes duquesas, conoció a la zarina con su hijo pequeño por primera vez, describió a Alexandra como "transfundida por la alegría delirante de una madre que por fin había visto cumplido su deseo más querido. Estaba orgullosa y feliz de la belleza de su hijo. El zarevich era sin duda uno de los bebés más hermosos que uno podría imaginar, con hermosos rizos rubios, grandes ojos azul grisáceos bajo el borde de largas pestañas rizadas y el color rosado fresco de un niño saludable. Cuando sonreía, había dos pequeños hoyuelos en sus mejillas regordetas."¹⁹ Seis semanas después del nacimiento, el heredero comenzó a tener una hemorragia en el ombligo. Leopoldo, el tío de Alexandra, y s

El hermano Friedrich había perdido la vida a causa de la hemofilia, un trastorno poco frecuente en el que la sangre no se coagula o coagula adecuadamente.²⁰ El primer sangrado del niño se detuvo y Alexandra se relajó temporalmente mientras se decía a sí misma, esperanza de esperanzas, que había sido algo no relacionado con la terrible enfermedad hereditaria. Luego, cuando su hijo empezó a gatear, ella y Nicholas se vieron obligados a enfrentarse a la verdad. Alexei estaba cubierto de moretones enojados por la más mínima caída; el bebé gritó de dolor cuando la sangre debajo del hematoma no se coagulaba y en su lugar se transformaba en insoportables hinchazones.

Respetando la etiqueta que estipulaba que la mala salud de los miembros de la familia imperial nunca debería ser revelada hasta que estuvieran in extremis, y consumida por la culpa de que ella, como portadora, le había "dado" a su hijo una enfermedad que amenazaba su vida, Alexandra insistió en una muro de secretos que rodeaba la casa imperial, formando una barrera que cada vez más no solo impedía que la información saliera, sino también que entraran buenos consejos. Tan total fue la protección de Alexandra de su único hijo que algunos de los familiares de Nicholas no tenían idea real de lo que estaba pasando. Alexei no estaba mal, ni tampoco Peter Stolypin, y como resultado encontraron la dependencia casi histérica de Alexandra del santo varón errante Rasputín aún más desconcertante y perturbadora.

A medida que la salud de Alexandra se derrumbaba aún más por la tensión de cuidar a Alexei y monitorear cada uno de sus movimientos, se entregó aún más a la religión e hizo todo lo posible por ignorar las especulaciones del público. Todos sabían que algo andaba mal con el heredero, lo habían visto con sus propios ojos cuando durante una de las procesiones del tricentenario había estado tan enfermo que tuvo que ser cargado por uno de sus marineros-tutores. Un año antes, Alexei se había caído en Spala, el pabellón de caza de la familia imperial en Polonia, lastimándose la ingle mientras abordaba un pequeño bote de remos. El daño causado fue suficiente para justificar la administración de los últimos ritos, ya que el gran chambelán de la corte preparó un boletín que anunciaba la muerte del zarevich. En el último momento, Alexandra telegrafió a Rasputín, quien le aseguró que el niño no moriría, y al día siguiente la hinchazón comenzó a disminuir, aunque pasaron meses antes de que Alexei pudiera recuperar su antiguo estado físico, de ahí la necesidad de tener al niño. realizadas durante parte del tricentenario. El milagro en Spala convenció a la emperatriz de la cercanía de Rasputín con Dios, e incluso los escépticos dentro del círculo cada vez más reducido de íntimos de la familia, como la hermana menor de Nicolás, la gran duquesa Olga Alexandrovna, se vieron en apuros para explicar cómo se había recuperado el niño. Pero pocos extraños sabían algo de esto y a medida que florecían los rumores

y creció la dependencia de Alexandra de Rasputín, se profundizó el abismo entre los Romanov y sus súbditos.

La tercera y última razón por la que los Romanov fueron eliminados de la vista regular fue más mundana: la seguridad. Después de la serie de asesinatos en 1905 y 1906, los temores de que un antimonárquico emprendedor llevara a cabo un ataque exitoso contra el zar u otro miembro de su familia inmediata provocó una mayor protección para los Romanov. Cuando Nicolás y Alexandra visitaron a sus parientes en Gran Bretaña para la regata de la semana de Cowes en 1911, el futuro rey Eduardo VIII estaba "asombrado por la elaborada guardia policial que rodeaba cada uno de sus movimientos". La familia imperial se relajó temporalmente y mostró, como notó Alexandra, qué maravillas aún podía lograr su presencia pública. Al observar la efusión de orgullo patriótico en 1913, el corresponsal ruso de The Times escribió: 'Nada podría superar el afecto y la devoción a la persona del Emperador que mostró la población dondequiera que apareció Su Majestad.

No hay duda [de] este fuerte apego de las masas'.²²

Sin embargo, el tricentenario no funcionó tan bien en otras partes de un imperio que para 1900 cubría una sexta parte de la superficie terrestre del mundo. Los Romanov gobernaron una población con múltiples etnias, religiones e idiomas, pero durante el último medio siglo más o menos de gobierno imperial se produjo un impulso sostenido e insensible para imponer los valores de la Madre Rusia en todo el imperio. Se prohibió a los funcionarios e incluso a los profesores utilizar cualquier idioma que no fuera el ruso, se cambió el nombre de las ciudades y los intentos de revivir la arquitectura de los días pasados de la Moscovia medieval recibieron el respaldo del gobierno, lo que provocó sentimientos de indignación predecibles y comprensibles entre los polacos, letones, finlandeses, lituanos y Estonios que también eran súbditos del zar, aunque de mala gana, y que encontraron la política que posteriormente se denominó "rusificación" como ofensiva y estimulante. La madre de Nicholas intentó aconsejarlo en contra de la política, particularmente en Finlandia, pero sus palabras no fueron escuchadas ya que Nicholas decidió continuar con el programa establecido por su padre, cuyo gobierno se había basado directamente en el mantra tripartito de Ortodoxia, Autocracia y Nacionalidad. El fervor nacionalista ruso tuvo una manifestación aún menos atractiva cuando interactuó con siglos de intolerancia religiosa para producir algunos de los más aterradores estallidos de violencia antisemita en Europa antes del a

Los pogromos contra las importantes comunidades judías del imperio, como los ocurridos durante el caos de 1905 y 1906 que dejó miles de muertos o heridos, solían ser el resultado de disturbios locales en lugar de una planificación gubernamental deliberada, aunque las autoridades cívicas de Kiev y Moscú trataban a la población judía de la ciudad abominablemente al ordenar su expulsión en masa en 1886 y 1891 respectivamente. El gobierno imperial no hizo absolutamente nada para contrarrestar el antisemitismo e incluso el padre de Nicolás II lo había defendido señalando que los cristianos tenían derecho a sentir odio hacia el grupo históricamente responsable del martirio del Mesías.

La imagen que surge de Rusia en 1913 es la de un vasto imperio, el segundo más grande en la historia humana, experimentando un período sostenido de rápida expansión económica y dirigido por una monarquía que recientemente había demostrado su capacidad para capear las tormentas más duras. Todavía había tensiones políticas entre una corte nacionalista conservadora y un parlamento que sentía que había que hacer más para garantizar un futuro pacífico y próspero, pero los problemas más significativos residían en el resentimiento de las muchas minorías del imperio por la falta de tacto del nacionalismo del poder central. gobierno, tensiones entre terratenientes y campesinos en el campo, y un movimiento revolucionario en recesión pero aún no extinguido del todo. Ninguno de estos problemas era necesariamente inmanejable y si el imperio zarista no pudo haber existido durante mucho más tiempo de la forma en que lo hizo en 1913, no hay nada que sugiera que el colapso de la monarquía en sí fuera inevitable o incluso probable hasta que llegó Rusia. en conflicto con los dos imperios en sus fronteras occidentales.

Alemania guillermina El

23 de mayo de 1912, el Kaiser Wilhelm II asistió a la botadura del Imperator en el astillero de Bremerhaven, en el norte de Alemania. La creación de la embarcación estuvo rodeada de una gran cantidad de entusiasmo en los medios; en el momento de su viaje inaugural un año después, el Imperator era el objeto en movimiento más grande en la historia humana, un transatlántico de lujo de 52,000 toneladas con espacio para 4,500 pasajeros en cuatro clases diferentes. El hecho de que la ceremonia de botadura tuviera lugar solo cinco semanas después del desastre del Titanic no pareció perturbar indebidamente a ninguno de los asistentes ni empañar el entusiasmo de la prensa alemana por el nuevo barco maravilloso. El enorme tamaño del Imperator le

galardón del buque más grande del mundo del transatlántico británico Olympic; cuando se filtró la noticia de que un próximo barco británico, el Aquitania de Cunard, sería más largo que el Imperator, los propietarios del Imperator respondieron colocando una enorme águila coronada en la proa. El águila, cuyas garras coronaban un globo con las palabras Mein Feld ist die Welt ('Mi campo es el mundo'), era una monstruosidad y un lastre. Agregó la longitud necesaria para vencer al Aquitania, pero resultó imposible de sostener y finalmente, después de haber sido azotado por las tormentas del Atlántico, tuvo que ser removido.

No obstante, el alarde orgulloso del águila capturó la mentalidad de muchos alemanes en 1913, particularmente en el ejército y en la corte. La creación del Segundo Reich en 1871 se había logrado principalmente a través del éxito militar, con las victorias de Prusia en guerras breves contra Dinamarca, Austria y Francia que proporcionaron el ímpetu para la unificación. La primacía posterior del estado del norte de Prusia dentro del imperio no fue universalmente popular y la segunda comunidad alemana más grande, el reino del sur de Baviera, lo resintió particularmente. Baviera fue el bastión del catolicismo del sur para el protestantismo orgulloso de Prusia; se vio a sí mismo como un centro de las artes y se burló de lo que se percibía como el militarismo grosero de la patria del Kaiser.

Guillermo II, que heredó el trono de su padre en 1888, no era el más discreto de los hombres. Con su bigote heroicamente absurdo y su predilección por los uniformes militares teatrales, Wilhelm golpeó a muchos de sus contemporáneos como ridículos, cuando no era maligno. (Durante una visita, el archiduque Francisco Fernando de Austria se preocupó de que se viera tonto con uno de sus uniformes antes de decirse a sí mismo que no importaba lo mal que se viera, seguramente se beneficiaría en virtud de la comparación porque Wilhelm "siempre se vestía con lo peor". ^{gusto posible.})²³ Incluso muchos de sus compañeros de la realeza eran, en el mejor de los casos, ambivalentes acerca del 'primo Willy'. Su prima hermana, la emperatriz Alexandra de Rusia, lo detestaba, una de las pocas opiniones que tenía en común con su suegra, la emperatriz viuda María, quien describía al káiser como "~~vulgar~~ y detestable".²⁴ Incluso su amada abuela, la reina Victoria, que fue cuidada por Wilhelm en su lecho de muerte, estaba preocupada por la inestabilidad política de su nieto. Después de que Alexandra se casara con Nicolás II en 1894, Victoria escribió cartas frecuentes al joven zar, a quien apreciaba mucho, advirtiéndole que no escuchara ninguno de los consejos de Wilhelm, particularmente sobre el tema de Gran Bretaña.

la cortesía imperturbable a menudo se confundía con la quietud crédula, particularmente por parte de Wilhelm, quien le escribió numerosas cartas exponiendo sus numerosas opiniones sobre todo lo que estaba mal en el mundo, y agradeció a Victoria por su advertencia.

En los años posteriores a la derrota de Alemania en la guerra, las críticas a los familiares de Wilhelm parecían leves en comparación con las descripciones de él como un depravado criminal de guerra antisemita que había hundido a Europa en la catástrofe y cuyo régimen autoritario y pasión por el colonialismo habían allanado el camino para el nazismo quince años después.²⁵ Sin embargo, Wilhelm, aunque ciertamente dotado con más de su parte justa de faltas, no fue ni mucho menos un criminal de guerra, ni la monarquía del Segundo Reich tenía mucho en común con las terroríficas monstruosidades del Tercero. El principal problema de Wilhelm II no fue una predisposición a la maldad, sino su inconsistencia crónica y ampulosa. A veces, parecía deslumbrado por Gran Bretaña, la patria de su madre, alabando su industria, a veces imitando el sentido de la moda campestre de la aristocracia y brindando en las vacaciones familiares en memoria de los héroes de guerra británicos muertos hace mucho tiempo como Horatio, Lord Nelson o Richard. Conde Howe; luego giraba en seis peniques, profiriendo amargas denuncias y mostrando un febril sentido de la competencia. En política exterior, se inclinó sobre si la alianza de Alemania con Austria-Hungría, firmada en 1879, debería mantenerse o descartarse.

Socavó repetidamente a sus ministros de Relaciones Exteriores al hacer propuestas a Rusia al intentar convencer a Nicolás II de que una alianza entre sus monarquías era moralmente superior a una alianza con una república. Nicolás, preocupado de que Alemania pudiera alentar a Austria-Hungría a comportarse de manera más agresiva hacia los reinos eslavos en Serbia y Montenegro y advertido sobre la calidad del consejo de Wilhelm, siguió prefiriendo la alianza existente con Francia a cualquier pacto discutido con Alemania.

Los intentos de separar a Rusia de su alianza con la Francia republicana tocaron una nota particularmente falsa cuando el propio Wilhelm jugó con la idea de poner fin a la animosidad de Alemania con su vecino durante una generación. Afirmó, no siempre de manera convincente, que "no tenía odio hacia el país que es ampliamente conocido como el enemigo hereditario de mi imperio".²⁶ Animó a su madre viuda a pasar sus vacaciones en Francia, con la esperanza de que su presencia aliviaría la animosidad francesa hacia los franceses. Imperio Alemán. El plan, como muchos de los de Wilhelm, fracasó cuando la prensa francesa expresó

indignación por el hecho de que la emperatriz viuda estuviera alojada cerca del lugar de algunas de las victorias más contundentes de Alemania contra Francia en 1870. A pesar de todo su amor por la expansión imperial, Wilhelm aparentemente en un momento consideró abandonar la colonización de África por parte de Alemania si eso conducía a mejores relaciones con Gran Bretaña. Su Majestad está recomendando otro nuevo programa, pero no lo tomo demasiado trágicamente; He visto ir y venir demasiados programas nuevos».28 El comentario del príncipe está contenido en una carta al gran favorito de Guillermo, el —

conde Philipp zu Eulenburg. Entre ellos, Eulenburg y Hohenlohe lideraron una de las facciones más poderosas de la corte del Kaiser.

Eulenburg fue un cortesano brillante, que brindó la amistad y el afecto que dolorosamente faltaron en la vida de Wilhelm y que también supo controlar algunos de los impulsos más emocionales del Kaiser. Sus cartas rebotan entre el encanto y la contundencia, equilibrando lo agradable efímero del cotilleo de la alta sociedad con los temas más serios de la política nacional e internacional. Astutamente, se negó a ver a Wilhelm con demasiada frecuencia, evitó tomar una oficina en el palacio y, en su lugar, limitó muchas de sus interacciones a eventos sociales, manteniendo así el aire de una amistad no mancillada por la monotonía del gobierno diario. Guió a Wilhelm a través de varios enfrentamientos con sus ministros y arregló el nombramiento de algunos embajadores y administradores extremadamente influyentes. Defendió el derecho de la monarquía a afirmar su influencia en el gobierno, pero entendió que debía practicarse inteligentemente. La homosexualidad del Conde zu Eulenburg y la cercanía de su relación con el Kaiser ha provocado especulaciones continuas sobre la propia sexualidad de Wilhelm y la sugerencia de que los dos hombres eran de hecho amantes en lugar de simples amigos cercanos se ha postulado muchas veces, comenzando con Marcel Proust y continuando a la derecha. el camino hasta el presente.29 Uno de los hijos de Wilhelm, Augustus Wilhelm, era casi seguro lo que ahora reconoceríamos como gay, pero la sexualidad de su padre no se entiende tan fácilmente.

La fuerte preferencia del Kaiser por su propio género en todos los demás campos de su vida era obvia. Estuvo a punto de provocar un incidente diplomático cuando abofeteó en público al Zar de Bulgaria y al Gran Duque de Mecklenburg Strelitz en sus traseros, y organizó varios cruceros en el yate imperial Hohenzollern solo para hombres, lo que sin duda agregó

combustible para el fuego especulativo, pero encontrar pruebas de cualquier relación entre personas del mismo sexo que fuera más allá de las bromas homoeróticas y la dependencia emocional cercana es casi imposible. Es cierto que el primer canciller de Wilhelm, Otto von Bismarck, sugirió tímidamente que la naturaleza de la relación del káiser con Eulenburg "no debía confiarse al papel", pero en contraste con eso, tenemos amplias pruebas de varias aventuras heterosexuales, incluida una de unos veinte años. con una prostituta de clase alta con el nombre de trabajo bastante gloriosamente poco sutil de 'Miss Love'. Sobre el tema de Wilhelm y Philipp zu Eulenburg, el biógrafo más reciente de Wilhelm, Christopher Clark, señala de manera convincente que aunque nada es demostrable, no hay "necesidad de postular tal relación para explicar el carácter de la conexión o su —

significado político".³⁰ Eulenburg asfixió a Wilhelm II con el afecto que sintió que le había faltado en su infancia. Durante su nacimiento, los médicos que lo atendieron asumieron incorrectamente que el bebé nació muerto y lo arrancaron del útero de su madre en un intento por salvar la vida de la princesa heredera. En el proceso, los nervios en la parte superior del brazo izquierdo de Wilhelm se dañaron permanentemente y es posible que haya sufrido un daño cerebral perinatal mínimo, lo que podría ayudar a explicar sus problemas ocasionales de equilibrio y arre. Sin embargo, un diagnóstico de daño cerebral leve al nacer no es la única explicación posible para estos, porque ambos problemas también podrían haber sido causados por lo que sucedió después. Se usaron tratamientos médicos angustiosos que parecen una tortura para el ojo moderno para tratar de corregir lo que no podía corregirse; A pesar de la inquietud de la princesa heredera por sus tácticas, se trajo a expertos médicos de Berlín para probar una variedad de curas, incluida una cirugía menor, atar los brazos del niño a su costado mientras aprendía a caminar, terapia de electroshock, una máquina para estirar los brazos, colocar su el brazo dentro del cadáver de una liebre recién sacrificada para que su extremidad inerte pudiera absorber la vitalidad de la sangre caliente del animal muerto, y atarlo a un artilugio de cuero y metal que cubría la mayor parte de su torso. La princesa heredera Victoria le escribió a su madre en Inglaterra que "ver a un hijo tratado como si fuera deforme, es realmente muy duro... Los médicos son tan extraños a veces, no pretenden ser insensibles, estoy segura, pero lo — parecen".³¹ Tal vez, como era de esperar, Wilhelm permanecería acomplejado por su lesión durante la mayor parte de su vida y, en la edad adulta, los humores oscuros se apoderarían de él mientras se retorcía en violentos cambios de humor, como si no p

manera de lidiar con las restricciones emocionales o políticas que gritar, enfurecer y gritar.

A medida que creció, su relación con sus padres liberales y anglófilos se resintió cuando adoptó la política de su abuelo militante y conservador, Wilhelm I. Esto produjo una vida hogareña bastante miserable y cuando Wilhelm se convirtió en emperador en 1888 después de los noventa y nueve años de su padre. Día reinado, truncado por un cáncer de laringe, la relación con su madre fue de recelo y resentimiento mutuo. Su padre había muerto aparentemente profundamente decepcionado de su hijo mayor, un sentimiento que ni él ni Victoria hicieron nada para ocultar y que ella, en su dolor y reproches, muy posiblemente haya exagerado. En este contexto, era fácil ver cómo la bonhomía y el afecto inquebrantable de hombres como Philipp zu Eulenburg tendrían tal efecto en el Kaiser. Durante quince años, fue una de las figuras más poderosas de la monarquía guillermina.

Sin embargo, en el transcurso de 1906 y 1907, seis miembros de alto rango del ejército alemán se suicidaron cuando fueron chantajeados con la exposición de su homosexualidad. No se puede descartar que algunos de ellos hayan tenido una relación sentimental con Eulenburg, o que él al menos supiera por qué habían dado ese terrible paso final del suicidio; de cualquier manera, la red se estaba cerrando a su alrededor mientras la especulación apenas disimulada corría desenfrenada.

En abril, un periodista llamado Maximilian Harden, que escribía para el periódico liberal Die Zukunft, publicó un artículo en el que se insinuaba una aventura entre Philipp zu Eulenburg, "líder de una siniestra y afeminada camarilla", y el conde Kuno von Moltke, miembro de una destacada familia militar que también fue uno de los ayudantes del Kaiser y el comandante militar de Berlín.

Las intenciones de Harden eran principalmente políticas: esperaba desacreditar a un hombre que era conocido por apoyar la monarquía semiabsolutista, pero el caso se convirtió rápidamente en un caos mediático.

La homosexualidad había sido criminalizada en Alemania por la legislación promulgada en 1871 y la reciente ola de suicidios en los niveles superiores del ejército mostró cuánto daño podía causar a la reputación. En una atmósfera de pánico y represión, zu Eulenburg y von Moltke cometieron un terrible error cuando von Moltke decidió demandar por difamación y Eulenburg subió al estrado: la cuestión legal de si Harden los había calumniado o no giró en torno a la cuestión de su supuesta homosexualidad. Los casos judiciales que siguieron fueron equivalentes en Alemania al juicio de Oscar Wilde en Gran Bretaña, con

se presentó evidencia políticamente dañina sobre cómo algunos de los hombres del séquito del Kaiser se dirigieron a él como Liebchen ('cariño' o 'cariño') cuando estaban en privado. Testigos presenciales mencionaron que los miembros de la familia imperial extendida habían sido vistos bebiendo champán en fiestas íntimas solo para hombres con Kuno von Moltke. Aparentemente, la policía tenía una lista de cientos de nombres de homosexuales alemanes con carreras exitosas: la lista desapareció, aunque la defensa la buscó frenéticamente; la posibilidad de su descubrimiento era una espada de Damocles que pendía sobre la cabeza de «muchos de los nombres más brillantes de los círculos cortesanos». La condesa von Moltke, que se preparaba para el divorcio, testificó que su esposo solo se había acostado con ella dos veces durante su matrimonio, aunque luego pareció arrepentirse de lo que había hecho y se negó a declarar en una audiencia. Hombres que no habían hecho nada más siniestro que aconsejar al káiser sobre vino, champán, brandy y tabaco vieron destrozada su reputación en las salas del tribunal cuando fueron nombrados por testigos a quienes se les hizo preguntas sobre el círculo social de von Moltke y zu Eulenburg, hubo más suicidios. y algunos de los señalados como homosexuales, como Johann von Lynar, descendiente de una de las familias aristocráticas más antiguas de Prusia, fueron condenados a años de trabajos forzados por violar el párrafo 175 del Código Penal que prohibía la homosexualidad en el imperio alemán.³²

Para los críticos del gobierno de Wilhelm II, el escándalo fue una mina de oro. Aparecieron caricaturas que mostraban las figuras semidesnudas de zu Eulenburg y von Moltke, reemplazando a las dos figuras que tradicionalmente estaban a ambos lados del escudo de armas de la familia Hohenzollern, acariciándose mutuamente en estilos deliberadamente afeminados. La implicación era clara: dos homosexuales a cada lado del Kaiser. Tampoco la prensa nacionalista, que apoyaba ampliamente la agenda política de Eulenburg, estaba exactamente tranquila; cuando el Dr. Magnus Hirschfeld, el principal experto mundial en el comportamiento sexual humano y la homosexualidad en particular, un hombre más tarde apodado "el Einstein del sexo", fue llamado a declarar por el equipo de defensa de Harden, causó sensación al afirmar que en su opinión profesional, incluso si en realidad nunca había seguido esos deseos de tener sexo con otro hombre, estaba bastante claro que Kuno von Moltke era homosexual, anteponiendo su testimonio con la afirmación de que la homosexualidad era una manifestación natural, saludable e ineludible de la sexualidad humana. El hecho de que el Dr. Hirschfeld fuera judío llevó a la prensa de derecha a gritar que Eulenburg estaba siendo destruida por una oscura conspiración.

homosexualidad en una estrategia que corrompería la moral de la juventud del imperio. El resultado principal del caso judicial, además de un gran aumento en las ventas de periódicos, fue que Eulenburg no pudo probar que Harden había sido difamatorio al sugerir que él y von Moltke no eran heterosexuales y, como resultado, el propio Eulenburg estuvo a punto de ser juzgado por perjurio. Su salud se derrumbó, su influencia en la corte se evaporó y su reputación nunca se recuperó por completo. Por necesidad, Wilhelm tuvo que mantenerlo a distancia por el resto de su vida.

Después de la muerte de Eulenburg, la influencia de la esposa de Wilhelm, Augusta Victoria de Schleswig-Holstein, creció considerablemente. Alabada por su compromiso con la caridad y su sincero patriotismo, Augusta Victoria había añadido al aura masculina que la dinastía estaba tan ansiosa por proyectar al dar a luz a seis hijos, así como a su hermana menor, la encantadora princesa Victoria Louise, la niña de su ojo de padre. Sin embargo, el éxito de Augusta Victoria como madre de familia y Lady Bountiful no fue igualado en lo que respecta a su papel como confidente de su marido. El historiador John Röhl pensó que las cartas de la emperatriz "a su marido durante su matrimonio son una de las fuentes más deprimentes que un historiador de la familia Hohenzollern está obligado a leer".³³ A diferencia de Eulenburg, que había intentado, en sus propias palabras, " para luchar contra las antipatías inglesas [del Kaiser], Augusta Victoria simpatizaba firmemente con los elementos más jingoístas del ejército alemán y estos contaban con su apoyo . espíritu de filantropía cristiana en el imperio de su marido, también era mezquina, intolerante y obstinada. Cuando la hermana menor de Wilhelm, Sophia, se convirtió a la ortodoxia poco después de su matrimonio con el príncipe heredero Constantino de Grecia, Augusta Victoria le dijo sin rodeos que ardería en el infierno por abandonar la religión protestante. Sophia le dijo que no era de su incumbencia y Augusta Victoria, entonces embarazada, se enfureció tanto que su hijo Joachim nació prematuramente, una situación que ella y Wilhelm culparon a Sophia. La emperatriz llevó su religión hasta el punto en que se negó a emplear a ningún católico y, cuando se avecinaba la crisis de la guerra, la cercanía de Augusta Victoria con la derecha alemana iba a adquirir un nuevo significado político.

El respeto público por el Kaiser se debilitó aún más a raíz del caso Eulenburg cuando concedió una entrevista desastrosamente carente de tacto a

The Daily Telegraph de Gran Bretaña en 1908, en el que Wilhelm logró insultar a los británicos llamándolos "locos, locos como liebres". Lo mismo defendió a sectores de su propio pueblo al afirmar que él era el cerebro detrás de una política exterior alemana que había mantenido relaciones amistosas con Gran Bretaña a pesar del resentimiento de la mayoría de los alemanes. También afirmó que anteriormente había dado consejos al ejército británico sobre estrategia militar. No está claro qué lo hizo decir cosas que a veces eran incendiarias y falsas y alimentó los temores dentro del gobierno de que el Kaiser tenía, en el mejor de los casos, una comprensión tentativa de la realidad. Cuando se publicó la entrevista, el Reichstag se mostró incrédulo, con un delegado socialdemócrata hablando de la 'ira legítima y la profunda vergüenza entre el pueblo alemán' por los comentarios indiscretos y vergonzosos de su emperador.³⁵ Los debates parlamentarios que siguieron se convirtieron en una crítica del liderazgo de Wilhelm y los poderes de la monarquía. La prensa fue aún más dura en sus pronunciamientos e incluso el canciller de Wilhelm, el príncipe Bernhard von Bülow, se distanció del emperador cuando emitió un comunicado insistiendo en que no había visto el texto de la entrevista antes de su publicación. El punto implícito es que nadie con algún sentido político podría haber pensado que era una buena idea ver impresas tales tonterías.

Parte del problema esencial al que se enfrentaba la monarquía alemana no era tanto incidental, es decir, las capacidades del emperador actual, sino institucional; después de estudiar la vida del Kaiser, el mordaz George Bernard Shaw pensó que Wilhelm había manejado bien una "parte que no solo era extremadamente difícil sino en gran medida imaginaria y rotundamente imposible".³⁶ Durante la mayor parte del siglo XIX, Prusia había oscilado entre el liberalismo y el conservadurismo y las tensiones no habían disminuido con la unificación.

A eso se sumaba la naturaleza imperfecta de la unificación misma. El Kaiser no era Emperador de Alemania sino Emperador alemán, una sutileza legal diseñada para ilustrar el hecho de que el Rey de Prusia, como Emperador, era solo el primero entre iguales, con los reyes, grandes duques y príncipes de la Alemania anterior a la unificación conservando sus títulos. , riqueza y, en diversos grados, su influencia local. En la práctica, no siempre funcionó así y el resentimiento, particularmente de la corte bávara, por las pretensiones imperiales de la Casa de Hohenzollern nunca estuvo muy por debajo de la superficie. La constitución redactada para que el nuevo Reich funcionara había creado una monarquía semiconstitucional con un electorado y una legislatura bicameral, pero el viejo debate sobre los méritos del autoritarismo frente a una democracia participativa más amplia aún

las ambigüedades deliberadas de la constitución sobre el alcance del poder de la monarquía en relación con el del Reichstag. Según la constitución de la Alemania imperial, el emperador podía, si se sentía llamado a hacerlo, disolver el Reichstag, y solo él tenía el derecho de elegir personalmente el gabinete y el canciller, el equivalente alemán de un primer ministro. Por lo tanto, el gobierno de la Alemania imperial se separó de la legislatura. El Kaiser también era la autoridad suprema en lo que respecta a los asuntos exteriores, el único ámbito en el que no había controles formales sobre su poder, razón por la cual Wilhelm II, que detestaba las restricciones de cualquier forma, parecía centrar tanto su atención. sobre él, así como asuntos relacionados con el ejército, un estado de cosas necesario dada la repugnancia condescendiente del alto mando por los políticos electos. La influencia de las fuerzas armadas fue significativa porque su papel nunca había sido claramente definido y eran los líderes efectivos del sentimiento nacionalista alemán, un movimiento al que la monarquía Hohenzollern se había vinculado con gran éxito en la generación anterior.

Sin embargo, fue el poder de la designación de ministros en particular lo que a menudo mostró el abismo cada vez mayor entre las fuerzas nacionalistas, que veían en la monarquía y el ejército sus piedras angulares políticas, y las clases trabajadoras del país, que crecían en número gracias a la expansión económica alemana y que eran cada vez más propensos a votar por los partidos socialistas, como los socialdemócratas (SPD), que ganaron treinta y cinco escaños del Reichstag en las primeras elecciones federales del reinado de Wilhelm y 110 en 1912, las últimas elecciones antes de la guerra. Aunque nunca obtuvieron una mayoría absoluta, su aumento en el apoyo, así como la inquietud de las clases media y alta por lo que eso significaba, resaltó las tensiones sociales, económicas y políticas en la Alemania de Wilhelm. El propio Wilhelm había subido al trono horrorizado por lo que consideraba condiciones inhumanas a las que se enfrentaban muchos de sus súbditos de la clase trabajadora y chocó con el canciller von Bismarck por su simpatía por la huelga de mineros de 1889, pero el apoyo de Wilhelm al bienestar social fue más paternalista que socialista. El gabinete permaneció integrado principalmente por caballeros aristocráticos que no eran incompetentes pero que a menudo compartían alguna variación de la visión del mundo de su Emperador. El gabinete, el ejército, la monarquía y el parlamento, por lo tanto, a menudo perseguían agendas ligera o radicalmente diferentes en un marco constitucional que, sin darse cuenta, había hecho posible que al menos uno se enfrentara al otro.

El resultado es que durante la mayor parte del tiempo de Wilhelm II como Emperador, el alemán

El escenario político era uno de rivalidades regionales, una creciente desconexión entre la élite, la incertidumbre causada por la posición política del ejército, que se había dejado deliberadamente vaga en la constitución redactada en 1871 y reformas políticas que fueron bloqueadas, nunca completamente implementadas o , en el extremo opuesto, atravesado precipitadamente por el Reichstag sin un análisis adecuado.

Wilhelm trató de remediar este último problema impulsando pequeñas iniciativas propias. Apoyó reformas de gran alcance del sistema de escuelas secundarias de Prusia al alentar propuestas para que adopte un plan de estudios menos rígido y anticientífico. También ofreció un valioso estímulo imperial a los intentos exitosos de las sociedades cristianas de promover la práctica médica alemana y abrir hospitales públicos de última generación, residencias para ancianos y academias de formación de médicos y enfermeras. Patrocinó la creación de grupos diseñados para promover la investigación científica, el avance tecnológico y las artes, e hizo generosas donaciones a la Academia de Ciencias de Prusia, estableciendo, como suelen hacer los filántropos, un premio y un fondo en su propio nombre. Pronunció grandes discursos, a veces haciéndose eco del deseo de paz entre las naciones que había expresado en su primer discurso ante el Reichstag después de la muerte de su padre, pero siempre tuvo cuidado de elogiar al ejército y a su amada armada, y de rendir homenaje al manifiesto de Alemania. destino como una gran potencia.

El nacionalismo que Wilhelm II parecía estar por turnos extasiado y perturbado por miró cada vez más hacia el exterior. El nacionalismo militar había dado a luz al Reich en 1871, por lo tanto, era lógico que la misma fuerza llevaría la grandeza de Alemania a la arena de convertirse en una potencia imperial global. Esta interpretación del destino de Alemania, capturada brillantemente por el águila ligeramente aterradora colocada en la proa del Imperator en 1913, la puso cada vez más en desacuerdo con sus vecinos, especialmente con el Reino Unido. Los territorios de Alemania en África eran pequeños en tamaño y aún más pequeños en su valor estratégico; cuando la Alemania imperial trató de ganar un imperio global para sí misma, las otras potencias europeas se le habían adelantado hacía mucho tiempo. En la década de 1890 no quedaba mucho para agarrar. Independientemente, se invirtieron enormes cantidades de dinero y energía en la expansión militar y naval de Alemania, lo que irritó particularmente a Gran Bretaña, que sintió que Britannia solo debería gobernar las olas. Reacciones similares no impresionadas vinieron de París y San Petersburgo. En 1892, el zar Alejandro III abandonó casi medio siglo de oprobio zarista por los franceses.

republicanismo (hasta entonces era ilegal incluso tocar 'La Marsellesa', con sus letras simplistas sobre el linchamiento de aristócratas, en territorio ruso) para firmar una alianza de defensa mutua con Francia. Nicolás II siguió considerando la alianza francesa de su padre como la piedra angular de la política exterior rusa, a pesar de los mejores esfuerzos de Wilhelm para persuadirlo de lo contrario y en 1907 se agregó Gran Bretaña a la entente, y los tres prometieron defenderse mutuamente si eran atacados por un agresivo. , poder sin nombre pero apenas desconocido.

De vuelta en Alemania, la exuberante confianza en sí mismos del palacio y del ejército en el futuro del país parecía justificada por una expansión económica sostenida e impresionante. La Alemania de principios de siglo era uno de los estados más prósperos del mundo. Con abundantes tierras agrícolas fértiles, enormes reservas naturales de carbón y mineral de hierro, y un crecimiento de la población ayudado por un sistema de salud cada vez más excelente, a mediados del reinado de Guillermo II, la Alemania imperial se situó a la vanguardia de nuevas industrias como la ingeniería eléctrica y la producción de acero. y producción química. Sus ferrocarriles y su flota de transatlánticos, de los cuales el Imperator era simplemente el último y más grande de una larga línea, se encontraban entre los mejores del mundo.

El sistema de educación pública de Alemania era superior a los de Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos, mientras que las condiciones laborales de sus clases trabajadoras urbanas y el desarrollo de un estado de bienestar sofisticado significaron que la esperanza de vida promedio de un trabajador de fábrica alemán era aproximadamente cinco años más larga que la de sus trabajadores británicos. equivalente y casi dos décadas más que la de un ruso.

En 1913, cuando el Imperator zarpó en su viaje inaugural con un vasto retrato del Kaiser mirando a los pasajeros de primera clase en su gran escalera, la realeza europea convergía en Berlín para asistir a la suntuosa boda de la única hija del Kaiser, la princesa Victoria. Louise, al duque de Brunswick, una boda al estilo de Romeo y Julieta, ya que las dos familias se habían detestado durante años y el hermano mayor de Victoria amenazó con no asistir. Había lugar para la confianza, como de hecho lo había en todas partes de la Europa monárquica. Era el año del Jubileo de Plata del Kaiser y él podía afirmar legítimamente que gobernaba un imperio próspero que era, en muchos sentidos, una de las envidias del mundo. Sin embargo, la beligerancia de la política exterior de la Alemania imperial, el entusiasmo de sus generales de más alto rango por una guerra, la incertidumbre que el Kaiser sintió y causó, así como las preocupaciones de que Alemania pudiera forzar a Austria-Hungría.

a tomar una decisión precipitada cuando se trataba de los Balcanes, todo había ayudado a crear un clima internacional que era tanto desconfiado como perpetuamente vigilante de los Hohenzollern y su imperio.

La monarquía dual El

gran historiador checo František Palacký dijo una vez que si el Imperio de los Habsburgo no hubiera existido, habría sido necesario inventarlo. Su corazón de la cuenca del Danubio era la gran intersección entre el este y el oeste de Europa y, a menudo, fue en territorio de los Habsburgo donde se libraron las batallas decisivas de la historia europea. Durante siglos, había sido el liderazgo brindado por la monarquía lo que impidió que los muchos grupos étnicos y culturas en competencia de la región se enfrentaran entre sí y fue el papel proverbial de la necesidad como madre de la invención lo que dio forma al extraordinario viaje de la dinastía de los Habsburgo y su longevidad.

La familia había alcanzado la grandeza por primera vez en el siglo XIII, proporcionándoles un pedigrí que hacía que los Romanov del este y los Hohenzollern del norte parecieran positivamente parvenu. Los Habsburgo a menudo preferían hacer el amor donde otros hacían la guerra. Los matrimonios reales y los linajes dinásticos dieron como resultado que la familia heredara reinos cuando no quedaba nadie más para asumir el manto; así fue como Hungría y España entraron en su órbita. En el siglo XV, uno de sus emperadores había adoptado el acrónimo de las vocales AEIOU para indicar cómo él y sus parientes veían su futuro: Austria Est Imperare Orbi Universo ("El destino de Austria es gobernar el mundo"). Para el siglo siguiente, esta máxima parecía ser cierta a medias: el matrimonio de un príncipe de los Habsburgo con la heredera del trono español significaba que su hijo, Carlos V, gobernaba un imperio que incluía la mayor parte de Europa central, los Países Bajos, España, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y grandes extensiones de las Américas. Un príncipe ambicioso de la línea ideó su propio lema familiar, Orbis Non Sufficit ('El mundo no es suficiente'), una declaración tan grandilocuente que en 1963 el autor Ian Fleming pensó en colocarlo debajo de la cresta de la familia. de su ficticio espía británico James Bond.³⁷

La Europa cristiana estaba cada vez más obsesionada con el temor de una invasión islámica encabezada por el poder en expansión del Imperio Otomano, basado principalmente en lo que ahora es Turquía. Este miedo no era tan paranoico como parecía. En 1453, los otomanos habían derrocado los últimos restos de la

Imperio bizantino, el imperio cristiano en Oriente, y fueron ampliando sus fronteras en el sur de Europa. Cada vez más, los Habsburgo llegaron a ser vistos como la primera línea de defensa. En 1571, ellos y sus aliados derrotaron a la armada otomana en la Batalla de Lepanto en una victoria tan contundente que fue acreditada a la intercesión de la Santísima Virgen María, lo que llevó al Vaticano a instituir un festival a Nuestra Señora de las Victorias el 7 de octubre. ³⁸ Fue después de otra victoria de los Habsburgo, la derrota de los ejércitos otomanos cuando sitiaron Viena en 1683, cuando se consideró que la amenaza turca a la cristiandad occidental había desaparecido.

Así como Europa había mirado a los Habsburgo para contrarrestar la amenaza que representaban los otomanos, también los miraba para frustrar las ambiciones de Francia, un papel que asumieron con gusto, cada vez más en conjunto con los británicos. A medida que avanzaba el siglo XVIII, el surgimiento del reino protestante de Prusia en el norte de Alemania y el imperio ortodoxo de los zares hizo que muchos católicos de Europa central y oriental buscaran protección en los Habsburgo. Hubo reveses incluso cuando los enormes y hermosos palacios y catedrales barrocos surgieron en Viena y Salzburgo como tributo a la inimitable confianza en sí mismo del imperio. La rama española del clan Habsburgo se extinguió en 1700 después de generaciones de endogamia. Esto nunca fue un problema tan grande con sus primos austriacos menos insulares, y es casi en su totalidad al lado español de la familia a quien debemos el estereotipo popular de la realeza como endogámicos habituales. Ese punto ha sido tanto exagerado como malinterpretado. Vale la pena señalar que en el período medieval y moderno temprano lo que ahora reconoceríamos como endogamia o incesto no era raro. En una época en la que muy pocas personas abandonaban el pueblo, la ciudad o el condado donde se habían criado, la endogamia a lo largo de varias generaciones era inevitable, independientemente de la clase social. La realeza no podía casarse fuera de los límites sagrados de su clase más de lo que la mayoría de sus súbditos podían casarse fuera de los límites de su localidad. Sin embargo, incluso en ese contexto, los Habsburgo españoles, con sus fanáticas preocupaciones por el catolicismo y la santidad de la sangre real, lo habían llevado demasiado lejos. Felipe II y Felipe IV se habían casado con sus sobrinas.³⁹ Después de la muerte de Carlos II en 1700, la Guerra de Sucesión española terminó con la derrota del lado más fuerte de la familia en Austria, que tuvo que soportar la humillación de un príncipe francés que fue instalado en el trono español. En la década de 1740, ante el asombro general de los austriacos, los protestantes advenedizos de Prusia utilizaron la ascensión de un

excusa para apoderarse del próspero condado de Silesia, infligiendo una considerable derrota a la 'feliz Austria'. Luego, en 1793, el emperador Francisco II no pudo detener la ejecución de su tía de treinta y siete años, María Antonieta, en el apogeo de la Revolución Francesa.

La revolución que acabó con la vida de María Antonieta se extendió hacia el exterior, como ella había predicho en los años previos a su muerte. Fomentó un nuevo credo de nacionalismo, la idea de que el país de uno y su identidad nacional eran primordiales, y en el proceso derrotó la vieja noción del derecho divino de los reyes en la que se basaba la monarquía de los Habsburgo. Su creencia de que una monarquía era supranacional, por encima de las ideas de patriotismo o identidad regional y, por lo tanto, superior a cualquier sentido de localidad, ya no estaba en sintonía con el modus operandi de la política europea. En 1806, los ejércitos de Napoleón derrocaron el Sacro Imperio Romano Germánico, una construcción política milenaria que cubría la mayor parte de la Alemania moderna y que retrospectivamente se conoce como su Primer Reich, y con su colapso, el dominio de siglos de los Habsburgo sobre Alemania desapareció. hacia un declive más pronunciado. En Austria, se reagruparon en lo que ahora se llama el Imperio austríaco. En los corazones de la familia imperial, permaneció el Imperio de los Habsburgo. Negándose a creer que la historia de amor del siglo XIX con el nacionalismo era algo más que una moda pasajera, los Habsburgo miraron hacia el pasado. Hasta 1846, el latín siguió siendo el idioma oficial del gobierno y la burocracia del imperio, en lugar de cualquiera de las lenguas maternas de sus súbditos. Como lo vio la corte, no estaban atados a ninguna nación; les sirvieron a todos alegando no favorecer a ninguno.

Durante los veinte años que siguieron a la derrota de Napoleón en 1815, la forma de hacer las cosas de los Habsburgo parecía volver a estar en ascenso. Guiados por su brillante canciller, el príncipe Clement von Metternich, los emperadores austríacos se embarcaron en una política de estancamiento político. El período de Metternich también resultó ser uno de progreso económico y lo que le faltaba al gobierno en entusiasmo por el cambio político lo compensaba con su habilidad para respaldar económicamente al caballo adecuado. Sin embargo, por más que lo intentaron, el genio del orgullo nacional no volvió a meterse en la botella y el imperio, junto con gran parte del resto de Europa, se vio envuelto en la ola de disturbios producidos por la recesión económica de 1848. Los disturbios barrieron el Imperio austríaco y particularmente en áreas como Budapest y Milán, estos disturbios fueron anti-austríacos y pro-nacionalistas.

En ese momento, el titular del trono era el emperador Fernando I, un introvertido políticamente imbécil que, sin embargo, era adorado por la gran mayoría de sus súbditos. Madre de su leal y sufrida esposa María Ana de Saboya, el regordete Fernando fue famoso por declararse en huelga una vez como monarca cuando sus preocupados médicos le prohibieron comer más de sus amadas albóndigas. Separado de su delicadeza favorita, el Emperador se quedó sin herramientas, ya que proclamó majestuosamente: "¡Soy el emperador y quiero albóndigas!". Tal comportamiento parecía delicioso para los vieneses bon vivants. Incluso cuando los disturbios de 1848 empeoraron en la capital, pocos de los manifestantes se atrevieron a criticar a Ferdinand directamente.

La culpa de todos los males del país recayó directamente sobre sus perniciosos asesores aristocráticos, especialmente von Metternich. Cuando le trajeron la noticia de los disturbios, Ferdinand supuestamente preguntó: '¿Pero se les permite hacer eso?'

Ante el hecho de que la totalidad del antiguo gobierno se había visto comprometida, se produjeron renunciaciones masivas con la esperanza de sofocar los disturbios y la barrida comenzó desde arriba, con Ferdinand abdicando en favor de su sobrino de dieciocho años, Francisco José. La abdicación tuvo lugar en el palacio arzobispal de Olmütz. Cuando el nuevo emperador se arrodilló ante el anterior, Fernando susurró: 'Dios te bendiga. Sé valiente. Dios te protegerá.'

Se hizo con mucho gusto⁴⁰. En la entrada de su diario de esa noche, Fernando anotó: "La función terminó con el nuevo Emperador arrodillándose ante su Emperador y amo, es decir, conmigo, y pidiendo una bendición, que le di mis manos sobre su cabeza y haciendo la señal de la Santa Cruz. Entonces lo abracé y él besó mi mano. Y luego mi querida esposa abrazó y besó a nuestro nuevo amo, y luego nos fuimos a nuestra habitación".⁴¹ El ex emperador y su esposa escucharon misa después y luego pasaron la noche empacando sus cosas. La vida en un retiro honorable no fue demasiado onerosa para Fernando I y murió en Praga a la edad de ochenta y dos años.

Franz Josef, que se convirtió en emperador en el caos de 1848 y murió en el caos de la Primera Guerra Mundial, es recordado como era al final: ojos cálidos, bigotes blancos y vestimenta militar, 'el último caballero', 'el querido viejo caballero en el Hofburg'. Sin embargo, cuando subió al trono tras la abdicación de su tío, era un joven enérgico y viril al que le encantaba bailar, cazar y montar a caballo. Otto von Bismarck, quien posteriormente llegó a detestarlo, lo conoció cuatro años después de convertirse en emperador y escribió que Francisco José tenía "el fuego de los años veinte, junto con la dignidad y

previsión de años más maduros, buen ojo, especialmente cuando está animado y una apertura de expresión cautivadora, especialmente cuando se ríe. Los húngaros están entusiasmados con la pronunciación nacional de su idioma y la elegancia de su forma de montar". Estoy asombrado por su intelecto, por la solidez y corrección de sus ideas.

Austria tiene suerte de poseerlo.⁴³ Es al primer primer ministro de Franz Josef, el príncipe Felix zu Schwarzenberg, a quien le debemos la mejor evaluación del carácter y la capacidad del emperador. Incluso a esta temprana edad, Schwarzenberg articuló las cualidades que le permitieron a Francisco José asumir la gran carga de gobernar durante sesenta y ocho años, pero también los rasgos de personalidad que hicieron que tanta gente, incluidos algunos de sus parientes más cercanos, lo consideraran un hombre frío y burócrata independiente.

El Emperador ve la magnitud y dificultad de su tarea y su voluntad está firmemente dispuesta a cumplirla. Su inteligencia es aguda, su diligencia en los asuntos asombrosa, especialmente para alguien de su edad. Trabaja duro por lo menos diez horas al día, y nadie sabe mejor que yo cuántas propuestas ministeriales envía para revisar. Su porte está lleno de dignidad, su comportamiento con todos extremadamente cortés, aunque un poco seco. Los hombres sentimentales —y muchas personas en Viena afirman ser amables— dicen que no tiene mucho corazón. No hay rastro en él de esa cálida y superficial bondad de muchos archiduques, del deseo de agradar, de luchar por el efecto. Por otra parte, es perfectamente accesible, paciente y bien dispuesto a ser justo con todos. Tiene arraigada objeción a cualquier tipo de mentira y es absolutamente discreto. Pero la cualidad que más valora para él en su puesto actual, sobre todo en un momento como el actual, es su valentía. Jamás la he visto fallar ni un instante, ni siquiera en las situaciones más difíciles de cuyo peligro es enteramente consciente. Física y moralmente no tiene miedo, y creo que la razón principal por la que puede enfrentarse a la verdad, por amarga que sea, es que no le asusta. El tiempo lo hará más seguro de sí mismo: hago todo lo posible para ayudar a ese buen trabajo; entonces el país tendrá en él lo que necesita por encima de todo: un hombre.⁴⁴

Durante los primeros veinte años de su larguísimo reinado, Francisco José apoyó el plan de que, para recuperarse del revés de 1848, el imperio debía crear una

un estado unitario centralizado con el mayor control posible desde Viena, recuperar las tierras perdidas en el norte de Italia a causa de 1848, establecer su dominio sobre Alemania y encontrar aliados en Europa que pudieran mantener la posición del imperio como la potencia dominante de Europa central. Como señaló Edward Crankshaw en su hermosa historia del último siglo del imperio, era "un sueño del más alto nivel y, como dicen los sueños, — no es absurdo".⁴⁵ En cada uno de estos objetivos, sin embargo, Austria debía fallar, y para el cambio de siglo estos reveses habían llevado a muchos a considerar el colapso del imperio como nada más que una cuestión de tiempo.

Para empezar, las tierras italianas nunca fueron recuperadas y los intentos de recuperarlas fueron tan costosos como embarazosos. Austria luego cometió una chapuza catastrófica cuando no envió ayuda al zar Nicolás I cuando Rusia se opuso a sus acciones en Crimea.

Nicolás había enviado una valiosa ayuda militar a los austriacos durante la crisis de 1848 y admiraba mucho a Francisco José; la mayor parte de la política exterior de Rusia había estado determinada hasta ese momento por la determinación del zar de defender la causa del monarquismo en Europa. Al alienar a su antiguo aliado, Austria creó un poderoso enemigo que podría causar grandes problemas a Viena si decidiera intervenir con las comunidades eslavas que actualmente viven en las partes sur y este del Imperio austríaco.

En 1854, Francisco José se casó con una de las grandes bellezas de la época, la princesa Isabel de Baviera. Alta y esbelta con piel de alabastro y un rostro inquietantemente hermoso, Elisabeth parecía una princesa de cuento de hadas. Franz Josef compartió la adoración de su pueblo por ella y la pareja tuvo cuatro hijos: Sophie, Gisela, Rudolf y Maria Valerie. Sin embargo, como muchas princesas antes y después, Elisabeth luchó por adaptarse a su nueva patria; le resultó imposible escapar de la atención crítica de su suegra, la archiduquesa Sofía, o del arzobispo de Viena, el cardenal Rauscher, quienes pensaban que no era lo suficientemente piadosa. Lo más infeliz de todo, por mucho que lo intentó, no pudo corresponder a la pasión de su marido.

Deslumbrante en público, Elisabeth se convirtió cada vez más en una pesadilla en privado. Su régimen de belleza se convirtió en una obsesión: lo que la naturaleza le había dado, Elisabeth lo perfeccionaría. Se tomaba tres horas para peinarse todas las mañanas, se trajeron especialistas para tratarlo en sesiones de todo el día con huevos, brandy y un peinado meticuloso, supuestamente se aplicó carne cruda a su máscara para dormir para reafirmar su piel, ella se dio por vencida. almohadas porque creía que afectarían su piel y su postura. e

etapas de su vida, estaba en las garras de lo que ahora se reconocería como un trastorno alimentario grave. Le disgustaba la gente gorda y su deseo de mantener su propia cintura de dieciocho centímetros y medio rayaba en lo maníaco. Incluso en la mediana edad, el príncipe de Hesse la llamó "casi inhumanamente delgada" —

en la estación de tren de Munich para encontrar todo el revestimiento decorado con lirios blancos y su primo, el rey Ludwig II, esperando para saludarla formalmente con el uniforme militar austríaco completo.

A pesar de esto, estaba particularmente cerca de Ludwig. Como ella, se obsesionó con la belleza y la elegancia, un deseo de escapar de la fea realidad a un mundo de arte y sentimiento. Los dos miembros de la realeza tomaron cruceros a la luz de la luna en el lago Starnberg, recitando a Schiller y Shakespeare mientras la luz plateada bañaba las cubiertas del yate privado de Ludwig, Tristan, llamado así por uno de los héroes del romance de Tristan e Isolda. Ludwig escribió sobre "sentimientos de amor sincero y reverencia y apego fiel a ti que he atesorado en mi corazón desde mi temprana juventud". , pero, desconocido en ese momento, el diario de Ludwig mantuvo un 48 Su casto registro meticuloso de su lucha con su homosexualidad. la adoración por establece junto con su autodesprecio cada vez que sentía un Elisabeth se deseo romántico o sexual por alguien de su mismo género. Una entrada de septiembre de 1877 lo ve describiéndose a sí mismo como "terriblemente al borde de una caída total" debido a su enamoramiento por uno de sus cortesanos, mientras que frases agonizantes como "¡¡¡De ahora en adelante nunca más !!!" ensuciar las páginas.49 —

Al igual que su prima, la lucha de Elisabeth contra su propia naturaleza provocó un comportamiento cada vez más extraño y desconcertante, ya fuera ejercicio durante todo el día, caminatas de ocho horas, fobias repentinas o episodios sostenidos de melancolía durante los cuales estuvo postrada en cama. En la década de 1860, finalmente encontró una salida para su talento. La Emperatriz era intelectualmente dotada, con una particular aptitud para los idiomas, en la edad adulta aprendió magiar y griego antiguo, y su simpatía por los húngaros hizo que fuera especialmente popular en esa parte del imperio. A medida que crecían las demandas de que los húngaros tuvieran la misma estima que los austriacos, Elisabeth se lanzó a apoyar su causa.

El apoyo de la emperatriz, el aumento de los disturbios en Hungría y el consejo de muchos de sus cortesanos finalmente persuadieron a Franz Josef de aprobar el Ausgleich de 1867, que restauró el parlamento independiente de Hungría con importantes poderes internos y creó efectivamente una monarquía dual, bajo la cual la dinastía se unió. Los dos sistemas políticos de Austria y Hungría. Franz Josef sería emperador de Austria y rey de Hungría y en la posterior coronación de él y de Elisabeth en Budapest, la multitud exultante parecía animar más a Elisabeth y la nueva era de la que era en parte responsable que a su marido. Como parte de las festividades de coronación, la nación húngara regaló a la pareja real el palacio de ocho alas de Gödöllő, posteriormente la residencia favorita de Elisabeth.

No todos en el imperio estaban convencidos de las perspectivas a largo plazo de la Monarquía Dual. Había comprado la paz en Hungría pero pateó un nido de avispas en el resto del imperio. Hubo una división dentro de la élite del imperio sobre cuál debería ser el futuro del imperio y específicamente de Hungría. Hubo quienes, incluso dentro de la familia imperial, como el sobrino del emperador Francisco Fernando, simpatizaron con la acusación de que el Ausgleich había liberado a los húngaros para tratar a los croatas y eslavos dentro de su territorio de una manera profundamente injusta. Si bien Franz Josef trabajó duro para socavar el antisemitismo popular y el nacionalismo pangermánico en Austria, poco pudo hacer sobre los resentimientos étnicos en Hungría, que en general defendió el derecho de su parlamento a introducir las acciones que considerara adecuadas. Al cuestionar por qué a Hungría se le habían negado los derechos al resto de ellos, otros grupos bajo el dominio de los Habsburgo ahora estaban agitando para que se les diera el mismo estatus que a los magiares, algo a lo que Budapest se opuso en todo momento, protegiendo sus recién ganadas prerrogativas soberanas como una tigresa. Franz Josef, un ultraconservador por naturaleza más dedicado a preservar la estabilidad que a perseguir sueños de reforma, fue el mejor aliado de Budapest porque no tenía intención de embarcarse en otra gran reforma constitucional como el Ausgleich. Para el cambio de siglo, había muchos que pensaban que la naturaleza multinacional del imperio de los Habsburgo significaba que su colapso era inevitable. En su diario privado, la hija menor de Francisco José expresó su "falta de fe en la supervivencia de Austria", mientras que en Rusia en 1913, uno de los cortesanos de Nicolás II escribió: "Su Majestad habló de la desintegración del Imperio austríaco como una mera cuestión de tiempo". . El día, dijo, llegaría cuando veríamos un Reino de Hungría, un Reino de Bohemia, y la incorpora

el Imperio alemán, mientras que los eslavos del sur serían absorbidos por Serbia y los rumanos de Transilvania por Rumania. Austria, sostenía Su Majestad, era en la actualidad una fuente de debilidad para Alemania y un peligro para

la causa de la paz.⁵⁰ Sin embargo, la preocupación de la monarquía de los Habsburgo por la estabilidad interna produjo un florecimiento de las artes en Viena como los vales de Strauss, padre y hijo, flotaba desde los salones de baile sobre las aguas del Danubio y el Art Nouveau florecía en las academias y salones de la capital; Otto Wagner, Gustav Klimt y Sigmund Freud se pusieron a trabajar en un ambiente cosmopolita y seguro sin censura y con una apreciación por la novela y lo bello. La Viena de principios de siglo era un centro de las artes no menos de lo que había sido en los días de Mozart y los días de gloria de la monarquía de los Habsburgo, y la atmósfera de paz y elegancia que la corte deseaba promover jugó un papel no pequeño. participar en hacer eso posible, a pesar de las opiniones de izquierda de muchos de los artistas más célebres del imperio. El sistema político del imperio tampoco era tan atrasado o inepto como se pensaba: todas las comunidades del imperio podían enviar representantes al parlamento de Viena y Franz Josef tenía el típico apoyo conservador para cambios específicos para resolver problemas específicos con la esperanza—

de evitar más. disturbios significativos o sísmicos.⁵¹ Franz Josef tomó muy en serio su vocación como guardián de este reloj. Se despertó antes del amanecer, comió con moderación y trabajó durante todo el día, inspeccionando meticulosamente cada papel que le pusieron delante. Para 1900, era un anciano que había desarrollado un apego obsesivo a su horario rígido. Esto no se debió solo a su interpretación religiosa de sus deberes, sino también a las tragedias que le habían sucedido en los años posteriores a 1867. En ese año, su hermano menor, Maximiliano, fue ejecutado por revolucionarios mexicanos después de un desastroso intento de crear una Unión Europea. estilo monarquia en america termino en fracaso. La viuda de Maximiliano, la heroicamente leal Carlota de Bélgica, sufrió una crisis nerviosa total y pasó el resto de su vida recluida. Cinco años después, falleció la temible madre de Franz Josef. En 1889, quedó destrozado cuando la monarquía se vio sacudida por el suicidio de su único hijo, Rodolfo. El atribulado y frustrado Príncipe Heredero arregló un asesinato-suicidio con su amante adolescente en el pabellón de caza de Mayerling, que posteriormente fue convertido en una abadía por los afl

años después, el hermano de Franz Josef, Karl Ludwig, murió de fiebre tifoidea, y dos años más tarde, la emperatriz Elisabeth fue asesinada en unas vacaciones en Ginebra por un joven anarquista italiano llamado Luigi Luccheni, que había jurado matar al primer miembro de la realeza que encontrara. Elisabeth fue apuñalada cuando ella y una dama de honor se preparaban para abordar un barco de vapor, agradeciendo cortésmente en alemán, inglés y francés a todos los que intentaban ayudarla incluso cuando perdió el conocimiento. Su asesino, con una sonrisa de oreja a oreja cuando fue fotografiado bajo custodia, se justificó más tarde con lo que un periodista describió con desdén como solo "la virtud animal del coraje" al decir: "Vine a Ginebra a matar a un soberano, con el objeto de dar un ejemplo a los que sufren y los que no hacen nada por mejorar su posición social; no me importaba quién era el soberano a quien debía matar. Su diario, recuperado tras su detención, expresaba su deseo de "matar a alguien importante para que salga en los periódicos". En su juicio apareció con su bigote inmaculadamente depilado e hizo una cortés reverencia al jurado antes de decirles más tarde: "Mi doctrina es que a nadie que no trabaje se le debe permitir vivir". Se hizo aún menos favores a sí mismo —

cuando les dijo, con escalofriante seriedad: "El sufrimiento humano es el motivo de mi acto" . a través de la cual creía poder poner orden en el caos, hubo muchos que comenzaron a mirar con mucho cariño al 'Viejo Caballero' pero muchos más pensaron que el Emperador Habsburgo estaba cruzando las 'T's y punteando las 'I's mientras los problemas creados por el Ausgleich y los nacionalismos en conflicto en todo su imperio quedaron sin respuesta.

Sarajevo, 28 de junio de 1914

'Terrible conmoción para el querido viejo Emperador

La gente nunca sabía muy bien qué hacer con el archiduque Francisco Fernando. Zita, su sobrina por matrimonio, lo describió como "una personalidad muy poderosa y decidida, pero también un hombre de familia devoto". reaccionario de boca. Alto y de pecho ancho, pero pálido por un ataque de tuberculosis en la adolescencia, tenía los grandes ojos azules de los Habsburgo y el cabello prematuramente ralo de su tío el Emperador, que intentó combatir con numerosas curas de dudosa eficacia. A menudo frígido en público y propenso a arrebatos de mal genio rencoroso, sin embargo, se disculpaba rápidamente cuando estaba equivocado y tenía un verdadero celo por la verdad, incluso si no quería escucharla. Apasionado por el ejército, uno de sus mayores talentos en la vida fue la horticultura y el hombre que casi nunca sonreía en las multitudes a menudo deambulaba entre las multitudes que habían venido a inspeccionar sus jardines, charlando con entusiasmo sobre sus intereses compartidos.

Nacido en el Palais Khuenburg en la ciudad de Graz, en el sur de Austria, en 1863, era el hijo mayor del hermano menor del emperador Francisco José. A la edad de siete años, perdió a su adorable pero frágil madre a causa de la tuberculosis. Afortunadamente, el afecto maternal pronto fue proporcionado por su madrastra portuguesa, la archiduquesa María Teresa, a quien Francisco Fernando adoraba. Su educación fue pesada en religión e idiomas, lo primero lo dejó con una devoción al catolicismo de por vida. A la edad de doce años, heredó una de las colecciones de arte más grandes de Europa cuando fue nombrado heredero del recién fallecido duque de Módena. A la edad de veinticinco años recibió una herencia mucho más preocupante cuando su primo sin hijos Rudolf se suicidó en Mayerling. La posterior muerte del padre de Franz Ferdinand significó que se convirtió en heredero en lugar de Rudolf. Afligido y desconfiado, el Emperador nunca se atrevió a darle el antiguo título de Príncipe Heredero de Rodolfo al recién llegado. Franz Ferdinand, que veneraba al Emperador y la monarquía, nunca públicamente

se quejó, pero la incomodidad del tío con su sobrino empeoró con el paso de los años.

Después de algunos coqueteos juveniles, Franz Ferdinand comenzó a considerar casarse. Como futuro emperador, el deber requería una consorte y una familia. El problema era que, con su pasión por las novelas románticas baratas, el Archiduque no solo quería casarse, también quería ser feliz. No quería a alguien demasiado joven y ciertamente no quería a nadie demasiado estúpido. La apariencia era una condición secundaria y el tipo correcto de ascendencia aún menos. Su tía, la emperatriz Elisabeth, hablando desde la triste experiencia, le dio un consejo revolucionariamente simple sobre el tema: "Solo cástate con la mujer que amas" . del zar Nicolás. Los insistentes padres reales, como el Conde de París, organizaron encuentros insoportablemente obvios con sus hijas con la esperanza de despertar una atracción. Una de las posibles casamenteras más persistentes fue la archiduquesa Isabel, duquesa de Teschen, una rotunda matriarca y un elemento fijo de la escena social de Viena. La archiduquesa tenía la cuenta bíblica de siete hijas solteras, desde la archiduquesa María Cristina, de diecinueve años, hasta su hermana de cinco años, la archiduquesa María Alicia. Las esperanzas de Isabella se fijaron naturalmente en la mayor de las niñas, pero como los mejores planes a menudo fracasaban, las numerosas invitaciones diseñadas para poner a Francisco Fernando en la órbita de María Cristina también sirvieron para llevarlo regularmente a la compañía de una de las damas de honor de Isabella. esperando, la hija de un ex diplomático de Bohemia, la condesa Sophie Chotek. El Archiduque invitó a Sophie a bailar en un baile de máscaras en el Palacio Larisch en Viena en la primavera de 1894. Nunca olvidó esa noche 'tan maravillosa' y para el verano, el romance había florecido.³

—

La furia brotó de la frustrada Archiduquesa, quien aparentemente descubrió la verdad de lo que estaba pasando cuando encontró el reloj de bolsillo de Franz Ferdinand después de una de sus visitas y lo abrió para descubrir que contenía una fotografía de su dama de honor, en lugar de su hija. Toda la familia fue convocada para ver el humillante y vicioso ataque verbal de Isabella a Sophie, después de lo cual la pobre mujer fue despedida. Llevando sus problemas al Emperador, Isabella se enfureció porque su familia había sido terriblemente insultada por el engaño de Franz Ferdinand. Cuando habló con su sobrino sobre la situación, Franz Josef estaba horrorizado cuando Franz

Ferdinand le dijo que quería casarse con Sophie. Isabella tomó represalias diciéndoles a todos que Sophie era la amante del Archiduque y que, habiendo perdido su virginidad fuera del matrimonio, era claramente una mujer sin valor. Al igual que con Anne Boleyn siglos antes, Sophie estaba rodeada de rumores hostiles: nadie parecía creer en el poder de la coincidencia y la suerte humana. Sophie, insistieron, debe ser una maestra casi clarividente del arte de la manipulación. Debía de haberse propuesto, según decían las habladoras en los salones de baile y en las cenas de la capital, buscar al heredero y ahora lo había azotado con tal frenesí que sólo ella podía satisfacerlo.

El comportamiento de Franz Ferdinand no hizo nada para contrarrestar las sospechas de la sociedad. Cuando Sophie intentó poner fin a su relación en lugar de causar más problemas, estaba angustiado. Sus críticos afirmaron que, por lo tanto, este movimiento no debe haber sido más que una finta, ingeniosamente diseñada para aumentar su ardor. Cuando el Emperador señaló que casarse con Sophie violaría los Estatutos de la Familia de los Habsburgo, que ordenaban que los miembros de la dinastía solo se casaran con sus iguales sociales, Franz Ferdinand estaba tan molesto que amenazó con suicidarse. Ante la perspectiva, por remota que fuera, de que un segundo heredero se suicidara, Francisco José dio su permiso con suprema desgana y numerosas advertencias, la principal de las cuales era que el matrimonio sería morganático, por lo que Sofía sería legalmente la esposa de Francisco Fernando, pero ella no sería elegible para compartir su título, ni se permitiría a ningún hijo futuro tener títulos imperiales o hacer fila para heredar el trono. El 28 de junio de 1900, en una ceremonia en el Palacio Hofburg, presidida por el arzobispo de Viena y primado de Hungría, Francisco Fernando juró sobre la Biblia que "ni nuestra esposa ni los hijos que con la bendición de Dios puedan nacer de este matrimonio ni cualquiera de sus descendientes puede reclamar los derechos, honores, títulos, escudos de armas o privilegios que se otorgarían a las esposas del mismo rango que sus esposos archiducuales y a los hijos de tal unión archiducal de igualdad de acuerdo con los estatutos. .4

Siguió una luna de miel eufórica, pero después, Franz Ferdinand estaba horrorizado por los extremos a los que llegaría la corte de su tío para castigar a Sophie por casarse por encima de su posición. Apuesto en lugar de hermoso, soberbiamente digno, relajante, elegante y devoto católico romano, Sophie Chotek fue en muchos sentidos una novia ideal para la realeza. Ciertamente demostró su valía al comportarse impecablemente durante la vendetta de la corte que duró una década. Incluso el discurso del Emperador en el momento de su matrimonio habi

admitió a regañadientes que Sophie "desciende, es cierto, de un linaje noble" . entre la nobleza que podía presumir de dieciséis acuartelamientos en su escudo, anunciando al menos cuatro generaciones ininterrumpidas de ascendencia aristocrática en todos los lados de las familias de sus tatarabuelos. Aún así, ella era una forastera que no tenía por qué casarse con un Habsburgo porque lo era, para usar una frase que nadie habría usado para describirla a menos que se hubiera casado con un príncipe, un plebeyo, y la corte nunca permitió que lo olvidara. En las cenas familiares, si la invitaban, la servían en último lugar y la sentaban al final de la mesa. Se le prohibió acompañar a su esposo a cualquier función estatal. No podía pararse cerca de él si sonaba el himno nacional. Ni siquiera podían sentarse en el mismo palco en el teatro. En los bailes, tenía que entrar en último lugar, detrás de todas las demás mujeres de la familia imperial. Ambas puertas de entrada al salón de baile se abrieron para las entradas de las archiduquesas; uno de ellos se cerró justo antes de que Sophie interviniera para resaltar aún más su inferioridad. Solo en una ocasión Sophie se quebró al huir abruptamente de un baile cuando se dio cuenta de que el lord alto chambelán de la corte, el príncipe Alfred de Montenuovo, había fallado deliberadamente en hacer arreglos para que un hombre le diera su brazo. Negándose a sufrir la mortificación de entrar sola en un salón de baile repleto, Sophie optó por irse a casa.

Franz Ferdinand tenía una memoria enciclopédica para los insultos y las heridas infligidas a su esposa le llevaron a considerar enemigos a muchos miembros del gobierno de su tío. Aunque la pareja hizo pleno uso del magnífico Palacio Belvedere en Viena, rara vez lo usaron, sino que pasaron sus primeros años de vida casados viajando con sus tres hijos, Sophie, Maximilian y Ernst, todos nacidos entre 1901 y 1904. Después de una temporada obligatoria en Viena Para el Año Nuevo, generalmente el momento de las humillaciones purgatorias de la cena de los Habsburgo para Sophie, la familia tomó una gran suite en el complejo alpino de St. Moritz, para el esquí del Archiduque. Luego se pasaría tiempo en Konopischt, un castillo del siglo XII a treinta millas de Praga que el Archiduque compró por el equivalente de 2014 a unos 40 millones de libras esterlinas y donde, con un personal residente de cincuenta y cinco personas, supervisó una serie de renovaciones. que convirtió el castillo de un monumento gótico en una de las casas más cómodas y mejor equipadas del imperio.⁶ Fue allí donde la pasión de Francisco Fernando por la horticultura dio lugar al famo

jardín de rosas, donde florecieron doscientas variedades de rosas en exhibiciones perfectamente cuidadas. El jardín se hizo famoso en toda Europa y Franz Ferdinand finalmente lo abrió al público en días especiales, durante los cuales deambulaba entre los visitantes.

Después de un breve crucero de primavera por el Adriático, la familia solía celebrar la Pascua en Trieste antes de pasar unas semanas en el castillo de Artstetten en Austria, una hermosa casa con vistas espectaculares del río Danubio y donde Franz Ferdinand había pasado gran parte de su propia infancia. Fue aquí, en la capilla de Artstetten, donde el Archiduque quería ser enterrado, ya que sabía que la etiqueta de los Habsburgo sería inexorable incluso en la tumba y Sophie tendría prohibido descansar junto a él en la cripta de la familia en Viena. En julio, la familia podría pasar unas semanas en un balneario de Bélgica, antes de regresar al imperio para residir en Chlumetz, una bonita casa solariega que Franz Ferdinand planeó legar a su hijo menor, Ernst. A lo largo del otoño, viajaron de nuevo, viviendo principalmente en una serie de pabellones de caza donde Franz Ferdinand, un excelente tirador, podía dar rienda suelta a su pasión por su deporte favorito. Según su propio diario meticulosamente llevado, a lo largo de su vida adulta el Archiduque mató 247.889 animales. Sorprendentemente, este no es un número tan inusualmente alto en una generación que había convertido la familiar de la pareja era eaza masiva en una parte básica. 7 La vida excepcionalmente la de cualquier reunión aristocrática. feliz. A pesar de su reputación bastante brusca, el Archiduque era un padre muy afectuoso y cariñoso y, a diferencia de muchos padres de clase alta de la era eduardiana, él y Sophie veían a muchos de sus hijos, desayunaban con ellos, se reunían a lo largo del día cuando no estaban. en las lecciones, diciendo sus oraciones antes de acostarse con ellos y cenando en familia, cuando no había invitados para entretener. En una carta a su madrastra Maria Theresa, Franz Ferdinand 'No sabes lo feliz que estoy con mi familia y cómo no puedo describió: agradecer lo suficiente a Dios por toda mi felicidad'. La señal del deseo del Archiduque de modernizar la dinastía se produjo cuando decidió enviar a sus dos hijos a estudiar a una escuela, en lugar de ser educados en casa por tutores como la mayoría de los niños Habsburgo. Los dos niños fueron enviados a Schottengymnasium, un internado en Viena dirigido por la orden de monjes benedictinos y modelado en escuelas privadas de élite como Eton, Harrow y Winchester en Inglaterra. Allí, se les enseñó junto con miembros de la nobleza, in

los hijos de dueños de fábricas, banqueros ricos, políticos prominentes y generales.

Las actitudes hacia el matrimonio de Franz Ferdinand finalmente comenzaron a descongelarse cuando la mezquindad de la corte vienesa tuvo el efecto contrario al previsto, ya que generó simpatía por Sophie. Conociendo la simpatía del archiduque por el pueblo eslavo del imperio y conmovido por el romance de su matrimonio, el inteligente y rígidamente autodisciplinado rey Carol I de Rumania y su pintoresca esposa alemana, la reina Isabel, una dama que publicó poemas encantadores bajo un seudónimo, escribió obras de teatro sobre Ana Bolena y versos sobre Safo, publicó antologías de canciones populares rumanas, animó a su propio sobrino a casarse con alguien que no perteneciera a la realeza como Francisco Fernando y en un momento se consideró republicana por un momento: invitó a la pareja a pasar unos días con ellos en una visita privada a la magnífica casa nueva del Rey y la Reina en Peleş, en las montañas de los Cárpatos. El castillo era el orgullo y la alegría del rey, y al presentar la invitación como una invitación puramente personal al archiduque como hombre y no como heredero de los Habsburgo, Carol pudo eludir los intentos de Viena de evitar que Sophie recibiera la aprobación de extranjeros. tribunales Una visita privada a Londres para asistir al Chelsea Flower Show, una visita obligada para el creador del jardín de rosas Konopischt, vio a la pareja tomar una suite en el Ritz y pasar un fin de semana con el duque de Portland, presidente de la Royal Horticultural Society y un cazador entusiasta para arrancar. Sabiendo que el heredero de los tronos austrohúngaros estaba en la ciudad, la familia real británica los invitó a ambos a almorzar en el Palacio de Buckingham, donde la madre viuda del rey, la reina Alexandra, les hizo un recorrido. Sophie causó una muy buena impresión y no se parecía en nada al terror riviste que esperaban Alexandra o su nuera, la reina María. La pareja fue invitada de regreso oficialmente al año siguiente, durante el cual el Rey y la Reina, con mucho tacto, no solicitaron la presencia de ninguna de las otras princesas británicas para evitar que Sophie se sintiera incómoda por cuestiones de etiqueta o precedencia. La reina María le dijo a su hijo, el futuro rey Jorge VI, que encontraba a la pareja "extremadamente agradable y fácil de tratar".⁹ La familia real belga a menudo se unía a Francisco Fernando, Sofía y sus hijos cuando pasaban sus vacaciones allí y el Kaiser, después de preocuparse de que encontrarse con ellos pudiera implicar que aprobaba las alianzas matrimoniales, finalmente se tragó sus escrúpulos y, al conocerla, quedó tan encantado co

su mano, en un gesto que produjo bilis en el Hofburg y excitación sin aliento en las columnas de cotilleos europeos. Un emperador se había inclinado ante el intruso. Después de nueve años de matrimonio, Franz Josef finalmente decidió otorgar un título a la esposa de su sobrino. Aunque preferiría morir antes que convertirla en archiduquesa, la nombró duquesa de Hohenberg y un año más tarde declaró que ahora podía ser llamada 'Su Alteza', todavía un paso por debajo del 'Alteza Imperial' de su marido, pero un paso significativo. paso a pesar de todo.

Una vida hogareña feliz no fue igualada por la realización política del futuro Emperador. La descripción que la prensa hizo de él fue injusta e inexacta. Debido a su apoyo a la modernización del ejército y la marina imperial, a menudo se le describía como un belicista, cuando en realidad su oposición a la guerra era tan fuerte que acabó con su amistad con el Conde Conrad von Hötzendorf, el Jefe del Estado Mayor austríaco que estaba constantemente agitando por una guerra contra Serbia. Cuando no se criticaba su supuesta política, a menudo se denigraba la personalidad del heredero. Fue retratado como frío, vicioso y rencoroso. Aunque guardaba rencor, no era tiránico y ciertamente no era tan estúpido como para rechazar a un buen hombre por decir una verdad inconveniente. A medida que avanzaba la primera década de su matrimonio, también creció en confianza y comenzó a tener sus propias ideas que lo enfrentaban cada vez más con los hombres que rodeaban a su tío. Las tensiones ya habían aumentado sobre cómo la corte había tratado a su amada Sofía, pero la enemistad entre el Belvedere y el Hofburg se afianzó cuando Francisco José y sus asesores se dieron cuenta de hasta dónde pretendía llegar Francisco Fernando con sus reformas una vez que se convirtiera en emperador. Cuando era joven, había viajado mucho y regresó de los Estados Unidos tanto Estaba horrorizado por lo que vio como la quimera del Sueño Americano, que prometía tanto pero que, no obstante, había creado una sociedad que, para Franz Ferdinand, era mucho más desigual e indiferente que cualquiera de los imperios del viejo mundo. Sin embargo, la estructura federal de la república estadounidense le había dado que pensar y llegó cada vez más a la conclusión de que solo implementando un sistema similar en Austria-Hungría podrían resolverse los muchos problemas de la monarquía. Daría a todos los pueblos súbditos del imperio la oportunidad de ocuparse de los asuntos locales a su propia satisfacción, al mismo tiempo que consolidaría la posición del trono como la fuerza que trajo unidad, guía y estabilidad. Tal movimiento sería profundamente impopular en Hungría, pero Franz Ferdinand tenía la intención de seguir adelante a pesar de todo.

El último fin de semana de junio de 1914, el ejército austrohúngaro planeaba realizar una maniobra de dos días con poco más de 20 000 soldados en las colinas alrededor de Sarajevo para demostrar nuevas tácticas y algunas de las modernizaciones que tanto le habían gustado a Francisco Fernando. Las provincias de Bosnia y Herzegovina fueron las más problemáticas del Imperio de los Habsburgo, en formas que trazan numerosos paralelismos con la situación con respecto a Gran Bretaña continental e Irlanda del Norte durante la mayor parte del siglo XX.

Bosnia y Herzegovina estaba dividida internamente por tensiones sectarias y étnicas, y la población serbia deseaba que las provincias abandonaran el imperio y se unieran al reino independiente de Serbia en el sur. Una Serbia unida fue algo a lo que se opusieron firmemente la mayoría de las comunidades croatas islámicas y católicas de Bosnia y Herzegovina, que sintieron que serían discriminadas en una Gran Serbia y, por lo tanto, miraron a Viena para protegerlas. A los problemas planteados por una región dividida del imperio que se encontraba junto a un país con un fuerte movimiento popular por la unificación se sumaron un poderoso patrocinador internacional en la forma de la Rusia imperial, cuyo pueblo y gobierno a menudo tenían una visión muy comprensiva hacia 'la pequeña Serbia' y su lucha por la unidad eslava.

Organizaciones terroristas como la Mano Negra, con sus oscuros rituales de iniciación que incluían velar en presencia de calaveras, se habían dedicado a expulsar a los austriacos de Bosnia y Herzegovina; Sectores poderosos del gobierno serbio los apoyaron, tanto moral como financieramente.

No es de extrañar entonces que Oskar Potiorek estuviera decididamente menos que emocionado de ser nombrado Gobernador General de Bosnia y Herzegovina en 1911. Al frente de una administración asediada que no podía hacer nada sin ofender al menos a uno de los bandos en competencia en la provincia, Potiorek deseaba desesperadamente alguna señal de aprobación imperial que consolidara su credibilidad política entre las élites locales de la región. Las maniobras del ejército constituían una excusa perfecta para invitar al heredero: el emperador estaba enfermo de bronquitis, pero Francisco Fernando se interesó mucho por el ejército y nunca había estado en Sarajevo. Se envió la invitación y el Emperador estuvo de acuerdo en que era una buena idea reforzar la lealtad al trono en la región.

Franz Ferdinand no estuvo de acuerdo con la evaluación de su tío y tampoco varios funcionarios de alto rango en Sarajevo, incluido el jefe de la policía de Sarajevo, que se sorprendió al descubrir que el Archiduque entraría en la ciudad el día de la fiesta de San Vito, un festival muy querido por los serbios.

cristianos ortodoxos y el aniversario de una victoria serbia medieval asociada durante mucho tiempo con la expulsión de una potencia extranjera opresora. Nadie en Viena parecía darse cuenta del significado de la fecha, pero eso fue porque Oskar Potiorek, desesperado por la visita, no los aclaró.

Por lo general optimista acerca de las amenazas a su seguridad personal, incluso Franz Ferdinand se estremeció ante los riesgos que implica visitar una región tan turbulenta. Sin embargo, el Emperador había dicho que sí en su nombre y no había forma de echarse atrás sin quedar mal.

Poco antes de la visita, el Archiduque se fue de fin de semana de caza con unos amigos y confesó en repetidas ocasiones su descontento por tener que ir a Sarajevo. La prensa pro-serbia ya estaba en ebullición, describiendo a la Duquesa como 'una puta bohemia monstruosa y asquerosa'.¹⁰ Por su parte, ~~estaba~~ estaba decidida a acompañar a su esposo a pesar de sus objeciones y esto dio lugar a la ridícula historia, repetida incluso en historias de hombres tan estimados como AJP Taylor, que Sophie fue la fuerza impulsora detrás de la visita porque sabía que la etiqueta en Bosnia-Herzegovina sería menos estricta que en Austria y, por lo tanto, podía disfrutar de la aprobación que se le negaba en el corazón del imperio. La idea de que 'por amor fue el Archiduque a su muerte' es fascinante, pero parece no tener relación con lo que realmente sucedió.¹¹ La sobrina de Sophie, la condesa de Baillet-Latour, le dijo más tarde a la reina María: atormentada por la idea de ~~que~~ algún día podría haber un intento de quitarle la vida, y ella nunca lo dejó.¹² Sophie estaba aterrorizada de que su esposo se pusiera en peligro y no quería dejarlo para que lo enfrentara solo. . Para aumentar la seguridad de la ~~pareja~~, se tomó la decisión de alojarlos en Ilidže, un lugar de vacaciones de clase alta a unas pocas millas de Sarajevo, que con suerte los haría más fáciles de proteger y más difíciles de alcanzar. A pesar de las precauciones, los sentimientos de temor del Archiduque no parecieron disiparse y el día antes de partir le dio las llaves de su escritorio a su devoto ayuda de cámara, Franz Janaczek, un campesino checo que se había convertido en cabeza de familia del Archiduque.

Janaczek recibió instrucciones sobre qué hacer con los documentos de su empleador si ocurría algo en Sarajevo.

Al mismo tiempo, en una reunión de gabinete en Belgrado, el primer ministro serbio , Nikola Pašić, dejó escapar a sus colegas que había planes para asesinar al archiduque cuando llegara a Sarajevo.¹³

participación en el complot, pero ahora parece claro que las acusaciones de Austria-Hungría, tan cruciales en el comienzo de la guerra, en realidad se equivocaron del lado de la caridad. El aspirante a asesino, un joven de diecinueve años que abandonó la escuela secundaria llamado Gavrilo Princip con una pasión deprimentemente predecible por Nietzsche y experiencia en una de las academias de entrenamiento de la Mano Negra, planeaba asesinar a Franz Ferdinand en un movimiento coorganizado con sus antiguos compañeros de piso, Trifko Grabe? y Nedeljko Čabrinović. La juventud de Princip y su indudable amor por su país han hecho que muchos escritores lo idealicen como un apasionado joven idealista impulsado a cometer un acto solitario y terrible por pura desesperación. Pero tal evaluación le hace un flaco favor a Princip. Era mucho más Marat que Corday. Su verdadera radicalización no tuvo lugar en la Bosnia ocupada sino cuando emigró a la cercana Serbia; fue en Belgrado donde el joven delgado se entregó a la causa nacionalista con un fervor que rayaba en el éxtasis. Fue el gran amor de la vida de Princip y quedó completamente subsumido por él. En ningún momento expresó remordimiento por sus acciones, aun cuando vio que se había desatado la Primera Guerra Mundial, y antes de embarcarse en su misión a Sarajevo, manifestó su confianza en usar el terror para lograr el sueño de una Serbia unida.¹⁴

Sus puntos de vista no se limitaron a un pequeño grupo de revolucionarios, sino que fueron compartidos por muchas de las figuras más poderosas de Serbia, incluido el coronel Dragutin Dimitrijević, quien era simultáneamente el jefe de la inteligencia serbia y uno de los líderes de la Mano Negra. Fue él quien le dio a Princip los cuatro revólveres y las seis bombas necesarias para matar al Archiduque, y las ampollas de cianuro para suicidarse una vez capturado. Fue él quien arregló que los funcionarios de aduanas serbios pasaran de contrabando a los tres jóvenes a través de la frontera, de regreso al Imperio Austrohúngaro, fue él quien habló con los agregados militares en la embajada rusa en Belgrado para ver qué tan profundo sería el compromiso de Rusia con Serbia. corre si Serbia se mete en problemas con Austria y fue él quien trató de suavizar las cosas con el comité ejecutivo central de la Mano Negra cuando intentaron detener el ataque tardíamente, temiendo que el asesinato del Archiduque provocara toda la ira de Austria. Hungría cae sobre el diminuto reino de Serbia. Justificando sus acciones después de la guerra, Dimitrijević dijo: "Sintiendo que Austria estaba planeando una guerra con nosotros, pensé que la desaparición del heredero austríaco debilitaría el poder de la camarilla militar que encabezaba y, por lo tanto, el peligro de guerra sería eliminado o pospuesto por un

mientras.¹⁵ Es difícil comprender cómo el jefe de la reunión de inteligencia de Serbia pudo haber creído que Franz Ferdinand comandaba una camarilla que agitaba a favor de la guerra cuando él había presionado constantemente por la paz. De hecho, Dimitrijević sabía que Franz Ferdinand estaba planeando otorgar importantes concesiones políticas al pueblo de Bosnia y Herzegovina una vez que se convirtiera en emperador y, si se otorgaban esas concesiones, el sueño de una Gran Serbia sería mucho más difícil de movilizar en una realidad. El ímpetu podría desaparecer. Franz Ferdinand no murió porque fuera un reaccionario monstruoso, sino porque era un heredero aparente cuyos planes habrían derribado a algunos de los nacionalistas más dedicados de Europa.

La duquesa de Hohenberg llegó a Ilidže en tren el 25 de junio. Una de sus damas de honor, la condesa von Wallenburg, la acompañó mientras el archiduque navegaba para unirse a ellos en el Viribus Unitis, uno de los buques insignia de la marina austrohúngara. Un yate privado lo llevó a tierra, donde con tacto se dirigió a uno de los comités de bienvenida con algunas frases en croata. Grandes multitudes de musulmanes y croatas se reunieron para celebrar su llegada y dijo que estaba "profundamente conmovido" por su bienvenida.¹⁶ Cuando llegó a Ilidže, envió un cable a su hija para decirle lo bonitas que eran sus habitaciones y lo hermoso que estaba el clima.

Los primeros días del viaje continuaron en una vena igualmente positiva, calmando los temores de la pareja imperial de un ataque. Fueron a Sarajevo a visitar a Elias Kabiljo, el comerciante que había decorado sus habitaciones en el hotel allá en Ilidže, porque querían agradecerle personalmente.

Después de eso, una visita al bazar de la ciudad, donde se llenaron de simpatizantes musulmanes y croatas. Siguiéndolos entre la multitud estaba Gavrilo Princip, quien luego afirmó que no disparó en ese momento porque nunca tuvo la intención de matar a Sophie y en el bazar ella estaba demasiado cerca de su esposo. (Uno de sus compañeros conspiradores, Nedeljko Čabrinović, lo contradijo cuando dijo que a los conspiradores se les habían dado bombas y que si no podían atrapar al Archiduque cuando estaba solo, todos habían acordado que "la sacrificaríamos a ella y a todos los demás".¹⁷) El fin de semana, el archiduque se fue a las colinas para observar las maniobras del ejército, que se consideraron un éxito, mientras que Sofía volvió a Sarajevo para visitar iglesias, orfanatos, escuelas y mezquitas. Una de sus visitas provocó un reencuentro con un sacerdote llamado Padre Anton Puntigam, quien una vez había sido el

Confesor privado del Archiduque y que ahora trabajaba en un convento escuela en Sarajevo dirigido por la orden de los Agustinos. Sophie fue a la escuela y conoció a algunos de los alumnos y profesores, antes de viajar de regreso en tren a Ilidže, donde llamó por teléfono a su hijo mayor Max para desearle buena suerte en su examen final del año académico.

La noche en que terminaron las maniobras del ejército imperial, Princip dejó a sus compañeros bebiendo en una taberna local mientras realizaba una solitaria peregrinación a la tumba de Bogdan Zerajic, miembro de la Mano Negra que se había suicidado cuatro años antes cuando su plan para asesinar al austríaco. el gobernador general había fracasado. Princip depositó una ofrenda floral en la tumba. De vuelta en Ilidže, el archiduque y la duquesa estaban organizando una cena para cuarenta y tres personas para dignatarios locales y miembros de su séquito. La conversación inicialmente se centró en la reciente visita del Kaiser para ver el jardín de rosas en Konopischt y el éxito de la visita a Sarajevo hasta el momento. Durante la cena, llegaron noticias de Viena de que Max había aprobado sus exámenes, lo que provocó aplausos y una ronda de brindis en su honor. Después del postre, algunos miembros del séquito del Archiduque sacaron a relucir el tema de la festividad de San Vito –ya se les hizo saber demasiado tarde– y sugirieron que dado que el resto del viaje había ido tan bien, no tenía sentido tentar al destino. más lejos; deben cancelar el itinerario del día siguiente y regresar a Austria un día antes. El Archiduque se mostró receptivo a la idea, pero Oskar Potiorek, que estaba sentado a la mesa, planteó tantas objeciones que finalmente accedió a llevar a cabo los compromisos del día siguiente como estaba previsto.

El día siguiente amaneció brillante y alegre. Era el decimocuarto aniversario del juramento de Franz Ferdinand en el Hofburg que hizo posible que él se casara con Sophie y la pareja pasó la mayor parte de la mañana en oración juntos. Después de eso, abordaron el tren para el corto viaje de regreso a Sarajevo. Fueron recibidos en la estación y llevados al cuartel local para una breve inspección de la guarnición. El Archiduque vestía el uniforme de un general de caballería austríaco: túnica azul con tubos rojos y charreteras doradas y un casco adornado con plumas de pavo real; la duquesa lució un vestido de seda blanca con un ramillete de capullos de rosa, un chal, un gran sombrero blanco con velo y una sombrilla a juego. A medida que el sol se elevaba en el cielo, la duquesa se quitó la envoltura.

Mientras el automóvil se dirigía a una recepción oficial en el ayuntamiento, Nedeljko Čabrinović recogió una de sus bombas y la arrojó al

caravana que pasa. Leopold Loyka, el chofer del Archiduque, notó la actividad por el rabillo del ojo y pisó el acelerador.

La bomba no alcanzó el automóvil por unos pocos metros y rebotó en los edificios al otro lado de la calle. Veinte personas resultaron heridas en la explosión y una pequeña pieza de metralla golpeó a la duquesa en la nuca, pero no hubo víctimas mortales. Entre gritos '¡Soy un héroe serbio!' Čabrinović trató de tragar su cápsula de cianuro, pero no funcionó y los miembros de la multitud se abalanzaron hacia adelante, tratando de lincharlo. Fue rescatado por la policía y, mirando desde la distancia, Gavrilo Princip intentó dispararle para evitar que implicara al gobierno serbio bajo interrogatorio. Sin embargo, al igual que con el incidente en el bazar hace unos días, no pudo disparar y Čabrinović fue arrastrado. Con el corazón roto porque su plan había fallado, Princip deambuló sin rumbo fijo hacia un café cercano.

Mientras tanto, el Archiduque llegó al ayuntamiento e interrumpió al alcalde gritando: '¿Qué clase de saludo es este? ¡Vengo a Sarajevo y me reciben con bombas! ¡Es escandaloso! Sophie dio un paso adelante y le habló suavemente. Sus palabras tuvieron su habitual efecto calmante. El heredero respiró hondo y se disculpó por su arrebato. Permitió que continuaran los discursos oficiales y en su respuesta incluso se refirió a la provincia como una 'magnífica región' y a Sarajevo como su 'hermosa ciudad capital'.¹⁸ La — duquesa subió las escaleras para ofrecer una recepción a las esposas de los políticos islámicos locales, quienes podían desvelarse en su presencia ya que era una compañera, mientras el Archiduque se mezclaba con los hombres de abajo. Para vergüenza de los otros invitados, su temperamento negro volvió e incitaba constantemente al gobernador Potiorek por organizar una visita que resultó en un ataque con bomba. Para evadir a otros posibles asesinos, se decidió que después del almuerzo la caravana no seguiría la ruta planificada a través de la ciudad, pero nadie le transmitió esta noticia al conductor del Archiduque.

Cuando el convoy salió del ayuntamiento, Franz Ferdinand trató de persuadir a Sophie para que viajara de regreso en privado, pero ella estaba tan conmovida por el ataque que no quería dejarlo: 'No, Franz!', dijo, 'Voy— contigo. '¹⁹ En el coche, el conde Franz von Harrach, un miembro del séquito del archiduque de cuarenta y tres años, se colocó frente a la pareja, con la intención de usarse como escudo humano si volvían a ser atacados. El automóvil atravesó calles que aún estaban tensas por el atentado con bomba anterior de Čabrinović y fue solo en este punto que el gobernador Potiorek se dio cuenta de

chofer no estaba tomando la nueva ruta. Potiorek se inclinó hacia delante para decirle que iba por el camino equivocado y provocó que Loyka se detuviera, apretara los frenos de mano y se preparara para girar el coche en la nueva dirección aprobada. Cuando el coche giraba, Gavrilo Princip salió del café y se encontró a tres metros de Franz Ferdinand. Instintivamente sacó su arma y comenzó a disparar. Más tarde afirmó que por la adrenalina del momento no tenía idea de cuántos disparó. La duquesa se volvió para ver si su marido había sido herido; tanto ella como von Harrach vieron lo mismo: un hilo de sangre saliendo de la boca de Franz Ferdinand. Sophie gritó y se desplomó, mientras miembros de la multitud y el séquito imperial se arrojaban sobre Princip, impidiéndole tragar el cianuro.

En el auto, Franz Ferdinand se inclinó sobre su esposa, rogándole que siguiera con vida por el bien de sus hijos, aparentemente insensible a su propia herida. La bala había dado justo por encima de la clavícula del Archiduque y estaba perdiendo mucha sangre. El conde von Harrach, asumiendo que la duquesa se había desmayado por la conmoción, comenzó a gritar instrucciones al conductor traumatizado, quien se movía con admirable velocidad dadas las circunstancias. Tratando de mantener al heredero erguido, von Harrach se acercó a sentarse a su lado y presionó un pañuelo sobre la herida. Mientras el caos reinaba a su alrededor, von Harrach gritó: '¿Su Alteza Imperial está sufriendo mucho?'²⁰ El Archiduque negó con la cabeza y siguió tratando de acunar a su esposa. 'No es nada', respondió. Lo repitió hasta que perdió el conocimiento.

Cuando llegaron a la residencia del gobernador, el personal que había estado esperando para saludar a la pareja con obsequios y discursos se enfrentó a escenas de horror. Se convocó a médicos y sacerdotes cuando Franz Ferdinand y la duquesa aparentemente inconsciente fueron sacados del automóvil y llevados a la residencia. Sophie fue llevada a las habitaciones privadas de Potiorek, donde su dama de honor la acostó en su cama, esperando la llegada de un cirujano de la guarnición leal que habían visitado antes. El archiduque fue llevado al estudio del gobernador general y sentado en una tumbona, donde su ayudante de campo, el barón Andreas von Morsey, le cortó la túnica. La sangre brotaba espesa y rápida de la boca del Archiduque, rociando la ropa, las manos y los rostros de los hombres que intentaban salvarlo.

El barón von Morsey lo sostenía entre sus brazos y todavía intentaba desesperadamente que hablara cuando uno de los médicos convocados apresuradamente dijo en voz baja: "El sufrimiento de Su Alteza ha terminado".²¹ Mientras los demás lloraban y cruzaban.

ellos mismos, el barón metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño crucifijo y algunas cuentas de rosario. Los envolvió en las manos de Francisco Fernando mientras desde la otra habitación la condesa von Wallenburg empezaba a gritar mientras desnudaba a la duquesa para que la examinara el médico. Una de las balas de Princip había perforado su vena cava inferior, causando una hemorragia interna masiva. Ella había muerto en el coche. El padre Puntigam, el confesor que solo unos días antes había mostrado a la duquesa su nueva escuela, llegó para rezar sobre los cuerpos. La condesa von Wallenburg habló en nombre de muchos en la sala cuando escribió sobre "este dolor—

que llegaba hasta lo más profundo de mi alma" . los parientes primero. La hermana menor de la duquesa, Henrietta, les dijo a los hijos de la pareja muerta después de la cena: según los informes, el más joven, Ernst, de diez años, se vio afectado por un dolor tan severo que se comportó como un loco, mientras que el mayor, Sophie, de doce años, mostró que ella era en gran medida la hija de su madre al emitir un comunicado solicitando oraciones por sus padres fallecidos y agradeciendo a todos por sus amables deseos. Uno de los telegramas más amables que recibieron fue del Kaiser quien, refiriéndose a su visita a la rosalada de su padre unas semanas antes, escribió: 'Apenas podemos encontrar palabras para decirles, niños, cómo sangra nuestro corazón, pensando en ustedes y en su indescriptible ¡misericordia! Hace apenas dos semanas pasamos horas tan lindas con tus padres, y ahora nos enteramos de este terrible dolor que debes sufrir. ¡Que Dios te proteja y te dé la fuerza para soportar este golpe! La bendición de tus padres va más allá de la muerte».23 El—

Emperador recibió la noticia mientras estaba de vacaciones en su bonita villa de verano en Bad Ischl, cerca de Salzburgo. Los relatos de cómo tomó la noticia varían; una versión particularmente terrible, que no se puede probar ni descartar, afirma que él sugirió después de unos minutos que el asesinato había sido parte del plan de Dios para corregir el daño que Francisco Fernando había hecho al casarse con Sofía.24 Quizás el relato más confiable proviene de la hija menor del Emperador, la Archiduquesa María Valerie, quien lo vio poco después de recibir la noticia.25 Ella sabía que las relaciones entre los hombres habían sido tensas primero por el matrimonio de Francisco Fernando y luego por su política, y fue lo suficientemente honesta como para admitir que era improbable que su padre se sintiera personalmente devastado por la muerte

desconfiado Sin embargo, ella dijo que el Emperador tenía lágrimas en los ojos cuando habló del dolor que debía estar afligiendo a los tres niños en Chlumetz.

Antes de que se reabrieran al público los sistemas de telégrafo, también se envió la noticia al sobrino de Francisco Fernando, el archiduque Carlos, que también estaba de vacaciones. Aprovechando el magnífico clima, el archiduque de veintiséis años y su esposa italiana Zita habían decidido almorzar en un pequeño chalet de madera en los terrenos de su villa cuando llegó un sirviente con un telegrama dirigido a Karl. Al mirar el sobre, Karl se sorprendió un poco al ver que era del barón Rumerskirch, uno de los ayudantes de campo de Franz Ferdinand y uno de los hombres que estaban presentes en la habitación cuando murió. 'Eso es extraño', dijo Karl, '¿por qué él?' El telegrama decía:

Lamento profundamente informar que Su Alteza Imperial y la Duquesa fueron asesinados aquí hoy.

En el lado opuesto de la mesa, Zita notó que 'aunque era un hermoso día, vi que su cara se ponía blanca por el sol. Nos apresuramos a regresar a la casa. Lo primero era conseguir la confirmación, y en esos días no había radio ni televisión que encender. La única fuente segura sería el propio Emperador, que se encontraba en su residencia habitual de verano en Bad Ischl. Mi esposo se comunicó por teléfono y habló con uno de los empleados del palacio que estaba de servicio allí. La terrible noticia era cierta y el Emperador regresaba inmediatamente en tren a Viena. Mi esposo lo encontraría allí en Hietzing, que era la estación más cercana al Palacio de Schönbrunn. El corto viaje que hicieron juntos en un carruaje abierto esa tarde, desde la estación hasta el palacio, donde ya estaba esperando, fue la primera vez que mi esposo apareció en público como heredero al trono. La multitud, me dijo, se alineaba en las aceras en un silencio atónito.'²⁶ La propia Zita acababa de salir del luto por su media hermana mayor, la princesa María Inmaculada, que había sufrido dificultades de aprendizaje y falleció en mayo a la edad de treinta y nueve. Ahora la Archiduquesa tuvo que cambiar a una forma más profunda de duelo y prepararse para el funeral de Franz Ferdinand.

En Sarajevo, los periódicos austríacos informaron sobre escenas similares a pogromos cuando el asesinato provocó hostilidades étnicas y croatas y musulmanes descargaron su furia contra la comunidad serbia local. Los informes de regocijo generalizado público, e incluso oficial, en Belgrado no hicieron nada para

calmó el estado de ánimo y aumentó los sentimientos de indignación en Viena. Independientemente de lo que el público en general haya pensado de Franz Ferdinand, hubo una verdadera conmoción de que una dama hubiera sido asesinada junto a él, así como la sensación de que todo el imperio había sido insultado por el ataque de Princip. Nadie creía que Serbia no fuera cómplice de alguna manera en el asesinato y aunque la atención se distrajo temporalmente por la infelicidad por la forma en que se organizó el funeral de la pareja, con el ataúd de Sophie inclinado hacia abajo del de su esposo para reafirmar su estatus social inferior y guantes colocados sobre el féretro como estaba tradicional para una dama de honor, una vez que terminó el luto y los cuerpos fueron llevados a descansar en Artstetten, la opinión pública se volvió rápidamente detrás de los halcones a los que Franz Ferdinand se había opuesto en vida, pero que ahora insistían en que su muerte ordenaba venganza contra Serbia. Un noble austríaco habló de '¡lágrimas en mis ojos, lágrimas de dolor, de terrible rabia y furia! Oh, la miseria de esto, él, nuestro futuro, nuestro líder, quien iba a ser el hombre fuerte, él a quien todos miramos en el futuro como nuestro salvador de todos los años de ineptitud del pasado... ¿Cómo puede uno soportar tal felonía y no debe toda criatura civilizada sobre la tierra ponerse de pie y orar por la condenación y el fuego de venganza de Dios sobre ese país vil y asesino'.

Aquellos que habían conocido a Franz Ferdinand y su esposa intentaron seguir adelante con sus vidas, pero resultó imposible para la mayoría de ellos, y no simplemente porque ningún asesinato en la historia de la humanidad haya tenido consecuencias de mayor alcance. El conde von Harrach, el cortesano que había planeado proteger a la pareja de cualquier daño, estuvo obsesionado por los acontecimientos en Sarajevo por el resto de su vida: "Estaba en el lado equivocado", dijo años después. «Si me hubiera puesto del lado derecho en lugar del izquierdo, habría recibido las balas y les habría salvado la vida».28 Pocas cosas en la historia ofrecen un «si» más tentador que la muerte de Franz Ferdinand y su esposa. Así las cosas, los disparos de Gavrilo Princip desencadenaron una reacción en cadena que derribó la monarquía a la que Franz Ferdinand había dedicado su vida a salvar y comenzó un proceso que destruiría la estabilidad de Europa y terminaría o destruiría la vida de millones.

Los primeros años de la guerra en Austria-Hungría y Alemania

'Vayan a las iglesias, arrodíllense y oren por ayuda para nuestros soldados'

En su diario, el rey Jorge V lamentó el asesinato de sus antiguos invitados como "un terrible golpe para el querido y anciano emperador".¹ Con la excepción de Serbia y Montenegro, se produjeron reacciones similares en casi todas las demás cortes reales de Europa. En Knightsbridge en Londres, la emperatriz viuda de Rusia interrumpió la luna de miel de su nieta para darle la noticia. Llegó al piso de Irina acompañada de su hermana, la reina madre británica, y amenazó con su paraguas a un sirviente etíope cuando este la confundió con una visita casual y no la dejó entrar para ver a los recién casados. El rey Carol y la reina Isabel de Rumanía decretaron luto oficial durante un mes y en Roma el Papa habló públicamente de su 'agudo dolor por la pérdida de un príncipe tan sabio e ilustrado' y de su 'profunda ira contra los autores de tan despreciable atentado'.²

Sin embargo, a pesar de la repugnancia por el acto del asesino, el verano de 1914 transcurrió, al menos inicialmente, como estaba previsto. La emperatriz viuda no vio ninguna razón para acortar su viaje a su hermana en Inglaterra y las dos mujeres pronto partieron hacia Sandringham a tiempo para el comienzo de la temporada de caza de urogallos en agosto. El Kaiser autorizó personalmente el envío del habitual telegrama de cumpleaños al Rey de Serbia el 11 de julio, con el argumento de que no hacerlo sería descortés y podría tensar aún más las relaciones en los Balcanes. El zar, actualmente en un crucero por los fiordos de Finlandia con su esposa e hijos, todavía estaba enfocado principalmente en la próxima visita de estado del presidente y el primer ministro de Francia. Sus invitados llegaron tres semanas después, momento en el que la situación entre Austria-Hungría y Serbia se había deteriorado. Aun así, Nicolás, como muchos europeos, parecía confiado en que se evitaría una guerra por el asesinato de Francisco Fernando. Durante un almuerzo a bordo del yate privado de la familia imperial, el zar discutió la situación con el embajador de Francia en Rusia, Maurice Paléologue. Muchos sintieron que los Habsburgo no declararían la guerra en el

Balcenes a menos que supieran que tenían el apoyo de Berlín. Mientras que algunos temían que el militarismo alemán pudiera ver la disputa de Austria-Hungría como una oportunidad de oro para seguir su propia agenda, Nicholas aseguró a Paleologue que estaban equivocados. El ladrido de Alemania, insistió, siempre fue peor que su mordida. ¡Si lo conocieras como yo! dijo del Kaiser. '¡Si supieras cuánta teatralidad hay en su pose!'3 Siguió un banquete en el Palacio Peterhof del siglo XVIII, con la corte rusa ofreciendo 'una deslumbrante exhibición de joyas...

Era simplemente una fantástica lluvia de diamantes, perlas, rubíes, zafiros, esmeraldas, topacios, berilos, un resplandor de fuego y llamas.'4 Al día siguiente, el presidente fue invitado a una revisión de 60.000 soldados rusos en Krasnoe Selo, donde se le unió la élite de la sociedad de San Petersburgo y la Emperatriz, en una rara salida pública, acompañada de sus dos hijas mayores.

A lo largo de la visita, Alexandra se comportó de manera impecable y su decisión de obligarse a asistir a los eventos públicos a pesar de la angustia que le causaban fue una señal del clima político que cambiaba rápidamente. El embajador francés dio en el clavo cuando sugirió que la emperatriz estaba "ansiosa por estar presente... para honrar al presidente de la república aliada".5 Pase lo que pase después, la alianza de Rusia con Francia era de suma importancia y la zarina quería cumplir con su deber patriótico mostrando al presidente Poincaré su gran respeto por él. En una cena de estado celebrada en honor de su presidente, el embajador pensó que Alexandra era "una vista hermosa con su vestido de brocado bajo y una tiara de diamantes en la cabeza".

Sus cuarenta y dos años han dejado su rostro y su figura aún agradables a la vista. Después del primer plato entabló conversación con Poincaré, que estaba a su derecha. En poco tiempo, sin embargo, su sonrisa se formó y las venas de sus mejillas se destacaron. Se mordía los labios cada minuto. Su respiración dificultosa hizo brillar la red de diamantes en su pecho.'6 El 'resplandor

de fuego y llamas' que Maurice Paléologue notó en las joyas de la aristocracia rusa en el banquete de Peterhof estaba a punto de adquirir un significado mucho más literal. La confianza de Rusia en que Berlín fanfarroneaba y que Viena, en palabras del embajador ruso allí, actuaría de manera "moderada y tranquila", parecía cada vez más mal juzgada.'7 Austria-Hungría, para sorpresa aparente de todos, se negaba a respaldar abajo. Veinticuatro horas después de los hechos de Sarajevo, habían acusado al gobierno serbio de complicidad en los asesinatos. Seis días después,

Alemania prometió apoyar a su aliado en cualquier acción que se sintiera obligada a tomar. Este cheque en blanco, por muy serio que fuera su intención, significaba dos cosas: la primera, que aquellos en Alemania que querían una guerra esperaban que la disputa sobre la muerte de Francisco Fernando les diera la oportunidad que habían estado esperando.

El segundo impacto de esa oferta de apoyo incondicional fue que Austria-Hungría ya no podía retirarse de su confrontación sin perder la cara. Aquellos dentro del gobierno de Franz Josef que querían una guerra, como el Jefe de Estado Mayor, el Conde Conrad von Hötzendorf, creían que con el apoyo de Alemania podrían proceder con confianza contra Serbia para aplastar la amenaza que yacía en sus fronteras del sur. El primer ministro austríaco, el conde von Stürgkh, advirtió que si no actuaban, el imperio estaba acabado: ¿qué país digno de ese nombre podría permanecer al margen y permitir semejante ataque a su honor? El conocimiento de que el imperio no actuaría solo también parece haber suavizado la persistente oposición húngara a presentar una serie de demandas a Belgrado.

Ese ultimátum fue entregado por el embajador de Austria en Serbia el 23 de julio, tres semanas y media después del asesinato, momento en el que las tropas austrohúngaras ya se habían trasladado a la frontera serbia. En él, el gobierno de los Habsburgo exigió a Serbia que condenara y suprimiera toda propaganda, sociedades y publicaciones que llamaran a ataques terroristas contra el Imperio Austro-Húngaro. Viena proporcionaría una lista en una fecha posterior con los nombres de cualquier persona de alto perfil conocida por haber participado en actividades perjudiciales para la monarquía austrohúngara; una vez que se recibiera esa lista, el gobierno serbio debe despedir a estas personas del servicio público. Se proporcionaron explicaciones sobre por qué algunos otros funcionarios habían concedido entrevistas a la prensa en las que expresaban una clara hostilidad hacia los austrohúngaros. Serbia debe llevar a juicio a todos los que participaron en la trama del asesinato de Franz Ferdinand, incluidos los funcionarios de aduanas que permitieron que Princip y sus cómplices cruzaran la frontera. Se debe permitir que los representantes austrohúngaros entren en Serbia para supervisar estos arrestos y ver si se llevó a cabo la supresión prometida de la Mano Negra y sus organizaciones hermanas.

Fue esta última cláusula la más controvertida, porque el gobierno serbio creía, o pretendía creer, que esto era sólo el preludio de una invasión austríaca y la reducción de los serbios.

gobierno a nada más que un satélite de Austria-Hungría. A las pocas horas de recibir el ultimátum, el príncipe heredero Alejandro de Serbia argumentó que cumplirlo le robaría a Serbia todo vestigio de su honor.

Una línea de razonamiento que podría haber tenido un poco más de peso si su gobierno no hubiera ayudado a organizar el asesinato de su homólogo austriaco.

Sin embargo, la opinión de Alexander fue compartida por muchos políticos de toda Europa, incluso aquellos que antes simpatizaban con Austria-Hungría.

Winston Churchill, que entonces se desempeñaba como Primer Lord del Almirantazgo, pensó que el documento era "un ultimátum intimidatorio y humillante para Serbia, que no puede cumplirlo".⁸ Hoy, sabiendo como sabemos el alcance total de la complicidad del gobierno serbio en, y con conocimiento del asesinato de Franz Ferdinand y Sophie von Hohenburg, el ultimátum austrohúngaro podría no parecer tan excesivo. Sin embargo, a muchos les pareció en ese momento un acto de beligerancia desenfadada, particularmente a la luz de la desagradable impresión creada por muchos de los antiguos oponentes de Franz Ferdinand que usaban su muerte como excusa para seguir una política que él siempre había considerado una locura.

A medida que se oscurecía el estado de ánimo internacional, la conversación en San Petersburgo, tanto en la prensa como en la alta sociedad, se volvió cada vez más hacia una movilización del ejército. Algunos, como el primo del zar, el gran duque Nicolás, que probablemente recibiría el cargo de comandante en jefe del ejército en caso de guerra, esperaban que la movilización total o parcial pudiera persuadir a Alemania y Austria-Hungría para que reconsideraran la situación.⁹ Otros, como la esposa de Nikolai, Anastasia, una princesa de Montenegro por nacimiento, que había sido uno de los pocos países que realmente había celebrado la muerte de Francisco Fernando, esperaban activamente una guerra. En una cena durante la visita francesa, la Gran Duquesa y su hermana, la Gran Duquesa Militsa, expusieron sus esperanzas para el resto de 1914. "Va a haber una guerra", le dijo al embajador francés. "No quedará nada de Austria... Nuestros ejércitos se reunirán en Berlín. Alemania será destruida. Luego, al darse cuenta de que el zar la había oído y parecía disgustado, susurró: 'Debo contenerme. El emperador tiene sus ojos puestos en mí'".¹⁰ Cuando circuló el rumor de—

que Serbia había aceptado todos los términos, hubo sorpresa y decepción en Berlín. Albert Ballin, el genio de los negocios judío responsable de la creación del Imperator y sus barcos gemelos, se sorprendió de cómo algunos de sus amigos en el gobierno lamentaron que la aquiescencia de Serbia les había robado una excusa para ir a la guerra. En

A la sugerencia de Ballin de que se debería llamar al Kaiser de su crucero de verano por el Mar del Norte, el Ministro de Relaciones Exteriores respondió que si el Kaiser regresaba temprano a Berlín estaría en una posición mucho mejor para detener la guerra y nadie quería eso. Cuando se filtró la noticia que confirmaba que Serbia no tenía intención de permitir que los funcionarios austriacos tuvieran voz en una investigación interna, el estado de ánimo en Berlín mejoró.

El 28 de julio, Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. Un día después, el gobierno británico le comunicó a Alemania que, aunque esperaba permanecer neutral, no podía hacerlo si violaba los tratados de paz anteriores que garantizaban la neutralidad de países como Bélgica, que Gran Bretaña había prometido proteger bajo el Tratado de Londres. Dado que el tratado se había firmado setenta y cinco años antes, había muchos en el gabinete alemán que pensaban que los británicos estaban mintiendo; posiblemente no podrían considerar ir a la guerra por un país en el que no tenían ningún interés territorial. Ni Gran Bretaña ni Francia querían una guerra, eso era cierto. Hasta el último momento, hubo quienes en Londres argumentaron que la neutralidad era el curso lógico a seguir. Sin embargo, una serie de errores de cálculo alemanes, que culminaron en la invasión de Bélgica y luego de la propia Francia, los forzaron: Gran Bretaña debe luchar o aceptar la posibilidad de que nunca más se la tome en serio como una fuerza dentro de la política europea.

La declaración de guerra de Austria a Serbia enfureció al zar. Rusia no había logrado detener el aumento del poder de Austria-Hungría en los Balcanes en 1908 cuando había solidificado su control sobre Bosnia-Herzegovina, por lo que no hizo nada cuando Serbia fue aplastada, como sin duda lo sería, por el poder superior de los Habsburgo. ejércitos irritaría a la opinión pública en Rusia y debilitaría su posición internacional. Le envió un telegrama a Wilhelm: 'Se ha declarado una guerra innoble a un país débil. La indignación en Rusia que yo comparto plenamente es enorme. Veo que muy pronto me veré abrumado por la presión ejercida sobre mí y me veré obligado a tomar medidas extremas que conducirán a la guerra'.¹¹ El telegrama de Wilhelm, enviado casi simultáneamente, le suplicaba que recordara que el asesinato de Franz Ferdinand había sido un crimen. contra la institución de la monarquía, una parodia que no podía quedar impune.

Wilhelm, ahora de regreso en Berlín, estaba haciendo todo lo posible para detener una guerra que más tarde sería acusado de iniciar. Serbia había accedido a algunos de los

demandas; esperaba que eso fuera suficiente para Viena. No era. Los austriacos argumentaron, no del todo injustamente, que las cláusulas que los serbios habían rechazado eran las más importantes, es decir, aquellas que permitirían a los austriacos probar que las demás habían sido respetadas. Wilhelm y Nicholas compartían el temor de que una guerra, una vez iniciada, sería imposible de detener, pero en palabras de un estudio reciente sobre cómo comenzó la guerra, la última semana de julio y la primera semana de agosto "convirtieron lo que había sido la guerra de Europa". marcha cada vez más firme hacia la guerra en una carrera por el precipicio'.¹² Cediendo a la presión pública, Nicolás II firmó una orden de movilización, aparentemente todavía con la esperanza de que esto sería suficiente para disuadir a Austria-Hungría de lanzar un ataque contra Serbia y los alemanes de apoyándolo. La evaluación de Nicholas de la situación podría haber sido la correcta si Wilhelm II todavía poseyera el control que tenía diez años antes.

Esta ya no era la era de Philipp zu Eulenburg. El papel político del Kaiser se había visto limitado por las ambigüedades constitucionales, la desgracia de su favorito y su propio talento para los desastres de relaciones públicas. Su hijo y heredero de treinta y dos años, un mujeriego entusiasta del fútbol y el tenis, el príncipe heredero Wilhelm, afirmó más tarde que la guerra había sido algo que Alemania nunca quiso, pero en el verano de 1914 estaba haciendo todo lo posible para apoyar a los que estaban en guerra. el gabinete y las fuerzas armadas que querían comenzar la guerra cuando todavía estaban seguros de que Alemania podía ganarla. Confiada en que Gran Bretaña volvería a caer en su posición habitual de espléndido aislamiento, la teoría decía que si se avecinaba una guerra, era mejor que se produjera antes de que Rusia tuviera la oportunidad de completar su industrialización. Alemania tenía más hombres que Francia y más equipo que Rusia. Golpearlos a ambos ahora retrasaría su progreso durante otra generación y aseguraría que Alemania no se viera amenazada por sus vecinos orientales u occidentales, e incluso los políticos liberales como el financiero Walther Rathenau creían que el momento estaba a favor de Alemania. ¹³ El jefe de la armada, el almirante von Tirpitz, mantenía correspondencia regular con el príncipe heredero y su madre, quienes compartían su opinión de que una guerra era algo que se esperaba.

El papel del príncipe heredero en los acontecimientos de 1914 a menudo se ignora, pero la popularidad del joven Wilhelm entre las figuras más destacadas de las fuerzas armadas inquietó a su padre. El comentario improvisado del Ministro de Asuntos Exteriores a Albert Ballin, de que el Kaiser sólo se interpondría en su camino si regresaba de sus vacaciones, mostró cuántos de sus ministros habían llegado a desdeñar

La capacidad de Wilhelm para hablar de guerra solo cuando no había posibilidad de que realmente sucediera. Wilhelm, a pesar de toda su sintaxis agresiva, fue considerado un pacifista de facto por quienes lo conocieron. En contraste, el príncipe heredero, a pesar de estar casado con la mitad rusa Cecilia de Mecklenburg Schwerin, era muy querido entre quienes controlaban las fuerzas armadas del país.

Von Tirpitz creía que el príncipe heredero 've las cosas con mucha claridad', mientras que el joven Wilhelm denigraba a los asesores de su padre como 'tipos débiles y sin carácter, siempre tratando de salvar al emperador de situaciones desagradables y decisiones difíciles'.¹⁴ Con nubes de guerra acercándose y el estado de ánimo del Kaiser cada vez más inestable mientras trataba desesperadamente de aferrarse a su esperanza de paz entre las monarquías y un crecimiento económico continuo para Alemania, se sintió amenazado por la cercanía de su hijo con algunos de los hombres más poderosos del imperio. Wilhelm II, que siempre había venerado a los militares prusianos, ahora parecía estar perdiendo su respeto por completo debido a su vacilación.

En una conversación cordial con el embajador austríaco saliente, el conde von Mensdorff, llamado a Viena al estallar las hostilidades, el rey Jorge V culpó al príncipe heredero y a sus aliados mucho más que al káiser: "No creo que Guillermo haya querido nunca guerra, pero temía la popularidad de su hijo. Su hijo y su partido hicieron la guerra".¹⁵ Puede que el káiser no quisiera la guerra, pero ~~sí~~ quería ver a Francia derrotada y humillada.

A diferencia del zar, no le gustaba ni confiaba en una república, y menos en la francesa. Una vez, mientras leía un relato de los últimos días de María Antonieta, Wilhelm se enfureció por cómo había sido tratada y sintió que ni siquiera la distancia de un siglo había eliminado la mancha del nacimiento empapado de sangre del republicanismo francés. . Que el último experimento de Francia con la monarquía había terminado en 1870 gracias a la invasión de Francia por parte de su abuelo era un punto que parecía haber pasado por alto a Wilhelm por completo. Todo lo que vio fue una república problemática y poco confiable al oeste. Sin embargo, no era un anexionista. No quería ningún imperio alemán en Francia o Bélgica y quería más que nada evitar una guerra con la Rusia imperial. En resumen, estaba confundido y, como sucedió con gran parte de ese terrible verano, con Wilhelm eran posibles muchos resultados.

El 1 de agosto, los halcones se salieron con la suya: Alemania declaró la guerra a Rusia, citando su reciente movilización como justificación. Un plan ideado con esta eventualidad en mente por el recientemente fallecido Conde Alfred von Schlieffen ahora entró en acción. Rusia tenía ejércitos más grandes y también

tenía un aliado. Lidar con uno significaba aplastar al otro. Alemania no debe tener el escenario de pesadilla de una guerra en dos frentes. Invadiría Francia como lo había hecho en 1870, asegurando una vez más una victoria relámpago que sacaría a la república de la guerra y permitiría a Alemania girar hacia el este para tratar con Rusia. El plan suponía que, dado el gran tamaño del imperio ruso y su sistema ferroviario comparativamente subdesarrollado, necesitaría unas seis semanas para movilizarse, la misma cantidad de tiempo permitida para una victoria alemana sobre Francia. Para evitar enredos con las líneas de defensa francesas, el plan alemán era marchar a través de Bélgica. El joven rey de los belgas, Alberto I, ya había denegado el permiso a un vecino para utilizar su país como base para invadir a otro, pero el 3 de agosto los alemanes declararon la guerra a Francia y Bélgica fue invadida. El rey Alberto asumió el mando personal de sus ejércitos y, aunque Bélgica no tenía ninguna posibilidad de victoria, logró frenar el avance alemán. A los pocos días del inicio de la guerra, el Plan Schlieffen que había prometido una victoria tan rápida ya había fracasado. Los británicos tenían toda la intención de honrar el Tratado de Londres y en septiembre los ejércitos francés y británico habían llegado a Bélgica y al norte de Francia, cavando trincheras para enfrentarse a sus oponentes alemanes. Se había abierto el Frente Occidental, el escenario de la guerra en el que se perdieron millones de vidas y se promovieron avances grotescos en la tecnología militar.

Las declaraciones de guerra llevaron a multitudes jubilosas a las calles de la capital europea. Las fotografías de esa alegría y confianza en una victoria rápida se han convertido desde entonces en imágenes icónicas de la arrogancia ciega de una sociedad y la ignorancia del mundo anterior a la guerra. Sin embargo, en muchos sentidos estas fotografías son engañosas: muchas personas en 1914 se sorprendieron de que hubiera comenzado una guerra en todo el continente y se preocuparon por lo que significaría. La creencia de los europeos de que su continente se había convertido en la región dominante en la política global porque sus poderes superiores de razonamiento habían producido siglos de progreso que les permitieron superar tecnológica y económicamente al resto del mundo ahora parecía sacudida por una guerra dentro del club, ya que eran, y uno que podría haber sido evitado en múltiples ocasiones. El Kaiser tenía todas estas dudas y más. Mientras las multitudes a favor de la guerra surcaban los bulevares de Berlín para reunirse frente al Stadtschloss, la residencia principal de Wilhelm en la capital, el Kaiser apareció en el balcón y pronunció un discurso desprovisto de su habitual bravura jingoísta:

Ha llegado una hora trascendental para Alemania. Rivales envidiosos en todas partes nos obligan a la legítima defensa. La espada ha sido forzada en nuestras manos. Espero que en el caso de que mis esfuerzos hasta el último momento no logren hacer entrar en razón a nuestros oponentes y conservar la paz, podamos usar la espada, con la ayuda de Dios, para que podamos envainarla de nuevo con honor. La guerra exigirá enormes sacrificios por parte del pueblo alemán, pero mostraremos al enemigo lo que significa atacar a Alemania. Por eso te encomiendo a Dios. Vayan a las iglesias, arrodíllense ante Dios e imploren su ayuda para nuestro valiente ejército.

Unos días más tarde, mientras pronunciaba un discurso ante el Reichstag, Wilhelm apeló a la unidad: 'Les agradezco desde el fondo de mi corazón la expresión de su amor y lealtad. En la lucha que tenemos por delante no reconozco más partidos entre mi pueblo. Sólo hay alemanes... sin diferencia de partido, clase o religión... sigan conmigo en las buenas y en las malas, en las penurias y la muerte'¹⁶. Pero en privado ya los pocos días del comienzo de la guerra, los sirvientes de palacio estaban preocupados. Para ellos, él parecía 'trágico y oprimido'.¹⁷ Pasó de momentos de optimismo a episodios cada vez más prolongados de lentitud e infelicidad. Incluso las noticias de las victorias en Bélgica, como la caída de la ciudad de Lieja en los primeros días del conflicto, no parecían levantarle el ánimo. Uno de sus biógrafos modernos ha presentado un diagnóstico de depresión maníaca, que se manifestó por primera vez durante un breve colapso en 1908 después de la humillación de Philipp zu Eulenburg, que sin duda encajaría con gran parte de su comportamiento después¹⁸

Unos días después de la invasión de Bélgica, Guillermo recibió la visita de su nuera, la princesa heredera Cecilia. Una dama elegante y atractiva con una nube de cabello oscuro, Cecilia era la hija de veintisiete años del difunto Gran Duque de Mecklenburg-Schwerin y su esposa Romanov. También era madre de cuatro de los nietos de Wilhelm y una mujer con una habilidad especial para hacer la vista gorda ante las indiscretas y numerosas infidelidades de su marido. A la madre de Cecilia le encantaba viajar y, por lo tanto, su infancia estuvo salpicada de numerosas y prolongadas visitas a parientes reales de toda Europa. Con un célebre sentido del vestir que ya le había valido elogios en la prensa alemana y una legión de admiradoras ansiosas por imitar sus atuendos, la habilidad de Cecilia para mezclarse cómodamente con personas de diferentes nacionalidades la ayudó a representar al imperio en la ceremonia del

la coronación en Londres en 1911 y las celebraciones del cumpleaños del zar Nicolás II a principios del mismo año. Por lo tanto, la cosmopolita princesa heredera consideró el estallido de la guerra como desgarrador, mientras que su esposo lo había encontrado estimulante. Uno de sus parientes rusos, la princesa Irina, quedó atrapada en Berlín de camino a casa después de su luna de miel con el príncipe Félix Yussopov, del que se dice que es el hombre más rico del Imperio ruso. (Eran la pareja que había sido despertada en Knightsbridge por el tenaz ataque con paraguas de la emperatriz viuda a su portero sobreprotector). La pareja y todos sus sirvientes habían sido arrestados, junto con muchos otros ciudadanos extranjeros, y llevados a la cárcel. A partir de ahí, Irina logró llamar por teléfono a Cecilia para pedirle ayuda. Cecilia pidió de inmediato ver al Kaiser, quien inicialmente afirmó que no podía dejar que la sobrina del zar saliera de Alemania como si los dos países no estuvieran en guerra. Le dio a Cecilia una lista de tres hermosas propiedades en el campo y le dijo que Irina podía elegir la que quisiera para vivir el resto de la guerra como la estimada invitada del Kaiser. En este punto, Wilhelm no parecía darse cuenta de que permitir que una princesa rusa se quedara en Alemania sería mucho más impopular que permitir que se fuera.

Cecilia hizo todo lo posible para hacerlo cambiar de opinión, pero él no escuchó hasta que la embajada española, que representaba un reino neutral, también apeló en favor de la pareja. Wilhelm cedió y a los Yussopov se les permitió salir de la ciudad con los últimos funcionarios de la embajada rusa evacuada. Mientras se dirigían a la estación de Anhalter, una multitud enfurecida arrojó piedras y basura a sus vehículos. Cecilia, embarazada de su quinto hijo, se sintió aliviada de que a su prima se le hubiera permitido volver a casa, pero angustiada porque la situación se había presentado en primer lugar.

Otros miembros de la familia imperial alemana estaban de mucho mejor humor. Dos de los hijos del Kaiser, Adalbert y Oskar, se casaron en ceremonias discretas en la primera semana de la guerra. La emperatriz se dispuso a convertir seis palacios poco utilizados en hospitales y casas de reposo para soldados. El Príncipe Heredero recibió el mando del 5.º Ejército, aunque no hizo nada para mejorar su estilo de rivalizar con su padre.

Sus cinco hermanos también se apresuraron a servir a la Patria. El más joven, Joachim de veintitrés años, se inscribió, angustiando a la Emperatriz, quien siempre lo consideró como su hijo más frágil desde su nacimiento prematuro, provocado irónicamente en parte por la furia de su madre por el abandono de su cuñada. Protestantismo. El príncipe Eitel recibió el mando de los primeros guardias a pie de Prusia. El príncipe Augusto fijó su residencia en Rheinsburg

Palace al norte de Berlín, donde se le unió su ayudante y amante rumoreado, Hans Georg von Mackensen, hijo del mariscal de campo von Mackensen, uno de los comandantes generales en el frente oriental, para supervisar la administración de la provincia en tiempos de guerra. El hermano menor de Augusto, el recién casado Príncipe Oskar, comandó el Regimiento Rey Guillermo I en el Frente Occidental y recibió la Cruz de Hierro, Primera Clase, por su valor cuando condujo a sus hombres a la carga en la Batalla de Verdún y solo se detuvo cuando colapsó y tuvo que ser sacado del campo de batalla.

En el sur de Austria, la angustia de Cecilia fue superada por la angustia que enfrentaba la esposa del nuevo heredero, la archiduquesa Zita. Como Cecilia, Zita de Borbón Parma tenía muchos parientes al otro lado de las trincheras, algunos de los cuales habían estado de vacaciones con ella cuando se declaró la guerra. En su caso, tuvo que rogar a Francisco José que dejara salir de Austria a sus dos hermanos, Sixto y Javier, para alistarse en el ejército belga. La archiduquesa estaba comprensiblemente angustiada porque su marido y sus hermanos estarían luchando en campos opuestos, pero Karl les dijo a sus cuñados que "así como ahora era su deber unirse al ejército, también era nuestro deber regresar".¹⁹ El permiso se concedió la semana pasada y los dos príncipes fueron llevados a la frontera con Suiza. Al mismo tiempo, el amigo que había entregado a Zita en el altar en 1911 fue sacado del imperio con escolta armada porque había luchado en los ejércitos rusos en su guerra contra Japón en 1904.

El 16 de agosto, el día siguiente a la fiesta de la Asunción, un día sagrado de precepto en el calendario católico, Karl partió hacia el frente oriental. En ausencia de su esposo, Zita fue invitada a mudarse con sus dos hijos al Palacio de Schönbrunn para vivir con el Emperador. A veces visto como la respuesta de los Habsburgo a Versalles, el Schönbrunn fue una magnífica extravagancia barroca que data del reinado de la emperatriz María Teresa del siglo XVIII y, como Versalles, era famoso por sus maravillosos jardines. Zita se mudó allí con Otto, de dos años, y su hermanita Adelheid, donde estaban con el Emperador para recibir noticias de varias victorias austriacas prometedoras en el otoño.

Sin su esposo, Zita pasó gran parte de sus mañanas visitando hospitales militares; en agosto de 1915, recibió la medalla al servicio de la Cruz Roja. Como nueva primera dama de la corte de los Habsburgo, también se esperaba que acompañara al emperador octogenario como anfitriona de cualquier función oficial, que a medida que avanzaba la guerra incluía, para su disgusto,

visitas cada vez más frecuentes del Kaiser Wilhelm. Las grietas ya comenzaban a aparecer en la alianza cuando la guerra comenzó a ser vista más como de Alemania que de Austria-Hungría. Después de todo, fue Alemania quien provocó que Gran Bretaña, Francia y Bélgica se involucraran en un conflicto que inicialmente no iba a afectar a nadie salvo a Austria-Hungría, Alemania, Serbia y Rusia, como mucho. Las visitas de Wilhelm y su séquito también acentuaron las viejas tensiones entre austriacos y prusianos, destacando lo que los primeros veían como el encanto del sur frente a las malas maneras agresivas del norte. Curiosamente, dados sus futuros intentos de romper la alianza austríaca con Alemania, Zita parecía enfadarse incluso en esta etapa inicial ante la llegada de los prusianos a Viena. Era una opinión que, en su opinión, era compartida por Franz Josef. "Uno sentía que nunca hubo un contacto real entre ellos", escribió más tarde. 'El ambiente nunca fue relajado; siempre había electricidad en el aire y la conciencia de que Wilhelm II representaba de alguna manera una actitud diferente ante la vida, casi una cultura diferente.'²⁰

A nivel personal, Zita encontró a Wilhelm II aburrido y no le gustó su sentido del humor. Una vez, en una cena, el Kaiser 'contó algunos chistes en la mesa que no me parecieron de muy buen gusto; así que deliberadamente no me reí'. Después de la cena, a Zita le preocupaba que pudiera haber sido grosera y que, por el bien de los modales, hubiera sido mejor reírse cortésmente de las bromas ligeramente subidas de tono de Wilhelm. 'Se lo mencioné al Emperador después', recordó, 'en caso de que hubiera sido un paso en falso. Pero lo aprobó rotundamente: "Muy bien. Uno no está obligado a reírse de todo". El Emperador nunca pronunció una palabra de crítica directa contra su compañero soberano. Pero pequeños incidentes como ese mostraban que nunca podían llevarse bien y siempre me pareció que esto reflejaba un abismo más amplio entre —

los dos pueblos» . los niños – un tercer niño, el Archiduque Roberto, nació en 1915 y la felicidad del Emperador fue visible en el bautizo. Durante sus visitas, hablaba con Zita con una franqueza que rara vez mostraba con nadie más. Zita era una oyente comprensiva de modales tranquilizadores y, en su compañía, Franz Josef comenzó a reflexionar sobre su larga y extraordinaria vida. Le contó cómo, en su corazón, nunca se había recuperado de 1848, año en que su tío Fernando abdicó en su favor.

y le habían dado el trono para salvarlo del trauma de los levantamientos. Todo su trabajo, esa labor burocrática obstinada, compulsiva y aturdidora que había llevado a cabo día tras día durante más de sesenta años, había sido un intento de imponer orden en el caos, pero aun así había vivido con la el temor diario de que su 'imperio fuera como un volcán que dormía inquietamente'. Él le dijo que creía que el nacionalismo era la plaga de su siglo, que había hecho todo lo posible para detener su progreso. Sus temores crecieron con el paso de los años, "no sólo porque lo veía [al imperio] amenazado por los movimientos nacionalistas y el aumento de la presión parlamentaria, sino porque su futuro dependía de las alianzas con todas sus incertidumbres y debilidades".²² Mirándolo de cerca, Zita creía que estaba horrorizado por la guerra que se había desatado con el asesinato de Franz Ferdinand y solo años después pudo apreciar que él había tenido razón al creer que una guerra que había sido pensada como venganza por un acto de terrorismo de hecho, se había convertido rápidamente en uno impulsado por los peores excesos de su propia bête noire : el nacionalismo.

Sin embargo, como una mujer joven en 1914, Zita, como muchos austriacos, seguía creyendo que su causa era justa porque su provocación inicial, el asesinato del heredero aparente y su esposa, era manifiestamente una en la que Austria tenía razón y Serbia estaba en lo cierto. equivocado. Una tarde, la archiduquesa estaba muy animada después de escuchar la noticia de una victoria en el frente oriental donde estaba destinado su esposo, pero cuando felicitó al emperador, él suspiró. 'Sí, es una victoria, pero así es como siempre comienzan todas mis guerras, solo para terminar en derrota. Y esta vez será Dirán que soy viejo y que ya no puedo más, y que después de eso estallarán revoluciones y entonces será el final.' Zita se sorprendió por la actitud del Emperador y por la sugerencia de que en realidad podrían perder la guerra. 'Pero eso seguramente no es posible', respondió ella, 'la guerra que estamos peleando es justa'. Franz Josef aparentemente se volvió para mirarla, inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió con tristeza. 'Sí', dijo después de una larga pausa, 'se ve que eres muy joven, que todavía crees en la victoria de los justos'²³.

Liderazgo en tiempos de guerra de Nicolás II y el

El ascenso de Rasputín

'Un espectáculo a la vez magnífico y terrible'

Cuando Anna Vyubova, una mujer regordeta de treinta años infelizmente casada con un oficial de la marina rusa, salió de su apartamento el 5 de agosto de 1914, se sorprendió al encontrar las calles de San Petersburgo animadas con una actividad inusual. Los hombres vitoreaban, las mujeres lloraban y los niños corrían dando gritos de entusiasmo y cantando canciones patrióticas para el zar y la patria. En todas partes, podía ver carteles que proclamaban la movilización de los ejércitos rusos. La guerra con Alemania y Austria-Hungría parecía inevitable.

Al abordar el tren hacia Tsarskoe Selo, el pueblo imperial a quince millas de la capital que contiene dos palacios, un parque y una gran cantidad de residencias de cortesanos, Anna se preguntó qué encontraría cuando llegara al Palacio de Alejandro, una pequeña residencia neoclásica encargada durante el reinado de Catalina la Grande que se convirtió en la principal casa familiar de Nicolás y Alexandra poco después de su matrimonio. Vyubova, descrita bastante mal por el príncipe Félix Yussopov como "alta y robusta con una cara hinchada y brillante, y sin encanto alguno", era una de las damas de honor de la zarina y su nombramiento había despertado la angustia aristocrática en Moscú y San Petersburgo. 1 No era una mujer noble, no era inteligente, no era encantadora, no estaba a la moda y no era particularmente interesante.

Sin embargo, ella era espiritual, maleable y obsequiosa. Su matrimonio fue abusivo y necesitaba ser rescatada de él. Todo ello la convertía en una compañera muy atractiva para Alexandra, a quien le gustaba ayudar a las personas pero también dominarlas. Con su devoción e incapacidad para formar un pensamiento independiente de la Emperatriz, y mucho menos para criticarla, era exactamente lo que Alexandra estaba buscando, aunque de vez en cuando incluso ella parecía encontrar su adoración un poco sofocante. Nicolás quería a Anna, pero encontraba extremadamente irritante su hábito de llevar todos los chismes, grandes y pequeños, a la atención de la Emperatriz con la esperanza de ganar su aprobación. Tú, por tu parte, no debes permitir que Anna te moleste con

cuentos estúpidos que no harán ningún bien,' le dijo, 'ni a ti ni a los demás'.²
Cuando —

Llegó al Palacio de Alejandro esa noche, Anna fue conducida a las habitaciones de la Emperatriz, todas muebles encargados de catálogos ingleses, para repulsión general de la nobleza, que pensaba que la decoración interior de la zarina en Tsarskoe Selo era un crimen interminable contra el buen gusto. Cuando la llevaron al tocador malva de Alexandra, Anna le contó emocionada lo que había visto en la ciudad. Alexandra la miró fijamente y luego dijo que debía estar equivocada; las únicas unidades que estaban en movimiento estaban cerca de la frontera con Austria. Cuando Anna insistió en que había visto los carteles que confirmaban la movilización, la emperatriz salió corriendo de la habitación y se dirigió al estudio de su marido. Durante media hora, Anna pudo escucharlos discutir al otro lado de la puerta, mientras Alexandra descubrió que Nicholas le había ocultado la noticia deliberadamente porque estaba preocupado por su salud. Volviendo a Anna, Alexandra se derrumbó en su sofá. '¡Guerra!' dijo, sin aliento. Y yo no sabía nada de eso. Este es el final de todo. Cuando el zar llamó para tomar su té vespertino habitual con su esposa y sus damas de honor, la hora del té, normalmente un momento para una conversación amistosa, transcurrió en un silencio tortuoso. Anna escribió más tarde que durante los siguientes días, 'La depresión de la Emperatriz continuó sin alivio. Hasta el último momento esperó contra toda esperanza, y cuando los alemanes le dieron la declaración formal de

guerra, dio paso a una pasión perfecta de llanto». ³ El horror de Alexandra fue compartido por algunos de los que alguna vez habían estado cerca de su marido. Sergei Witte, el mago de las finanzas que había sido desviado al desierto político por manejar mal las crisis de 1905, trató de usar todas las conexiones que le quedaban para detener un conflicto. Pensó que era fundamentalmente incorrecto ir a la guerra en nombre de Serbia, porque después de lo que le había sucedido a Franz Ferdinand, solo iban a "sufrir el castigo que merecían". Cuando alguien sugirió que una victoria podría aumentar el tamaño de Rusia, Witte espetó: '¡Dios mío! ¿No es ya lo suficientemente grande el imperio de Su Majestad? ... Y aunque asumamos a una victoria completa, los Hohenzollern y los Habsburgo reducidos mendigar significa no sólo el fin de la dominación alemana sino la paz... proclamación de repúblicas en toda Europa central. Eso significa el fin simultáneo del zar

tan pronto como sea posible.⁴ Sus palabras demostraron que no había perdido ninguno de sus poderes de percepción. El hecho de que las dijera en compañía del embajador de Francia, representante del principal aliado de Rusia, demostraba que no había perdido ninguno de sus poderes para molestar.

Todos los que dudaban fueron silenciados por el estallido de celo patriótico que saludó el comienzo de la guerra. Tan completa era la fe en el destino de Rusia que después de años de lucha por el constitucionalismo, la Duma increíblemente votó para suspenderse voluntariamente hasta que terminara la guerra para que toda la nación pudiera reunirse detrás del trono sin división de lealtades o enfoque.

Cuando el Zar y la Zarina aparecieron en el balcón del Palacio de Invierno de San Petersburgo, una multitud de decenas de miles los esperaba. Estalló espontáneamente en un coro de 'God Save the Tsar'; mientras ondeaban las banderas, Nicolás se inclinó ante su pueblo y estallaron vítores por una guerra en defensa de la Santa Madre Rusia. La explosión de nacionalismo que Franz Josef temía que dirigiera la guerra fue evidente en Rusia desde el principio, y la tendencia inherente del nacionalismo a la xenofobia aún más cuando el zar respaldó una propuesta para cambiar el nombre de la ciudad capital de San Petersburgo a Petrogrado, su Traducción rusa. Hasta el momento, los mismos sentimientos no se habían vuelto contra la esposa nacida en Alemania de Nicholas, pero era solo cuestión de tiempo.

Alexandra, decidida a ser útil, se puso en contacto con la Cruz Roja y comenzó su formación como estudiante de enfermería, mientras que también financió la construcción de un hospital militar de última generación en los terrenos de Tsarskoe Selo. Mientras que muchas otras mujeres de clase alta eran patrocinadoras de organizaciones benéficas, Alexandra quería trabajar para una. Cuando aprobó el curso, escribió felizmente a su hermana Victoria, que vivía en Inglaterra: 'Aprobamos nuestros exámenes y recibimos la Cruz Roja en nuestros delantales y obtuvimos nuestros certificados de hermanas de la guerra. Fue una emoción ponérselos y aparecer con otras hermanas'⁵. Sus dos hijas mayores, Olga de diecinueve años y Tatiana de diecisiete, también se inscribieron. Se esperaba que Olga fuera una excelente enfermera. Era la más inteligente por naturaleza de los cinco hijos del zar y la más curiosa intelectualmente, así como la más consciente social y políticamente.

A la edad de dieciséis años, había leído *Los Miserables*, la épica historia de Víctor Hugo sobre la explotación y el sufrimiento de las clases trabajadoras como resultado de la Revolución Industrial. Estaba inquieta por la vista de los campesinos cayendo de rodillas mientras pasaba la familia imperial y le preguntó a su hijo nacido en Belfast

niñera, Margaretta Eager, para transmitir un mensaje de que no era necesario. ⁶ Cuando, a la edad de dieciocho años, se le permitió acceder a algunos fondos propios limitados, hizo averiguaciones sobre niños discapacitados en los alrededores y rápidamente comenzó a desviar dinero de forma anónima para pagar sus facturas médicas.

En contraste con Olga, más reflexiva, la Gran Duquesa Tatiana era extrovertida y majestuosa. Olga pasó horas practicando su piano; Tatiana practicaba menos, se preocupaba menos y jugaba mejor. Alta, dueña de sí misma y muy hermosa, tenía cabello castaño oscuro y llamativos ojos azul oscuro similares a los de su padre. Sus modales eran impecables. Un oficial de la Guardia Imperial dijo que con Tatiana, 'sentías que era la hija de un emperador'.⁷ Más confiada que sus otras hermanas y más elocuente, el único talón de Aquiles de Tatiana era la aprobación de su madre. Los frecuentes episodios de mala salud de Alexandra y los igualmente frecuentes episodios de mal genio atormentaron a Tatiana. Si ella, o alguno de los niños, hacía algo que pudiera haber molestado a su madre o agravado su infelicidad, Tatiana enviaba cartas a través de los sirvientes preguntando por su madre quien, la mayoría de las veces antes de la guerra, se había acostado con ella. Las respuestas de Alexandra fueron con frecuencia concisas y autoritarias: 'Trata de ser lo mejor que puedas y no causarme preocupaciones, entonces estaré contenta. Realmente no puedo subir [a los apartamentos de los niños] y ver cómo están las cosas con las lecciones, cómo te estás comportando y

hablando".⁸ Las dos hermanas eran muy unidas y no había sentido de rivalidad a pesar de sus diferencias, pero sorprendentemente fue Tatiana quien demostró ser una enfermera más resistente que su madre o su hermana mayor. Las palpitaciones del corazón y la ciática de Alexandra obviamente significaban que su utilidad en los hospitales era limitada. En el caso de la Emperatriz, el espíritu estaba dispuesto pero el cuerpo era débil. Después de más o menos un año de trabajo agotador, Nicholas tuvo que intervenir para obligar a su esposa a reducir sus horas. Olga se encontró con arcadas, vómitos e incluso desmayos en las operaciones, por lo que fue Tatiana quien se entrenó para ir a los quirófanos para ayudar a los cirujanos, mientras Olga trabajaba incansablemente en las salas, hablando con los soldados y ayudando a las otras enfermeras donde podía. Anna Vyubova también se unió al hospital y todos estaban presentes cuando un soldado murió frente a ellos. "Todas se portaron bien", escribió Alexandra, "ninguna perdió la cal

muerte. Pero murió en un instante, nos entristeció a todos, como se puede imaginar, qué cerca está siempre la muerte.'9-

Un soldado en el hospital había sufrido una contusión cerebral, una lesión cerebral traumática que traía consigo ataques intermitentes de lucidez.

Todos los días, cuando Alexandra pasaba junto a su cama, inicialmente la confundía con su madre, quien había fallecido recientemente. La Emperatriz se sentaba junto a su cama y le hablaba: 'Él mira', le dijo a Nicolás, 'luego me reconoce, junta mis manos contra su pecho, dice que ahora se siente cálido y feliz'. 10 A pesar de su mojigatería, — ella cambió los soldados vendaron sin quejarse, rasuraron alrededor de sus heridas, ayudaron a los médicos con amputaciones, esterilizaron equipo médico y acunaron a los heridos cuando comenzaron a gritar o gritar mientras dormían. 'El corazón de uno sangra por ellos', le escribió a su esposo, 'no describiré más detalles porque es muy triste, pero siendo esposa y madre lo siento por ellos de manera muy particular'. 11 Ella y Olga se hicieron amigas de un joven soldado herido. en un —

ataque a las líneas austriacas. Estuvo en el hospital durante cuatro meses sin muchos signos de mejoría y Alexandra le escribía regularmente a Nicholas sobre él. El paciente les habló de su vida en casa, de su servicio en el frente y de su familia. Alexandra llamó para verlo cuando empezó a trabajar a las nueve de la mañana y pasó una hora más o menos con él por la tarde. Ella y las demás enfermeras se dieron cuenta de que el joven iba a morir, por lo que decidió que no quería que muriera solo, de ahí la duración y la frecuencia de sus visitas junto a su cama.

Después de unos meses, le escribió a su esposo: 'Mi pobre amigo herido se ha ido. Dios lo ha llevado tranquila y pacíficamente hacia Sí mismo. Estuve como de costumbre con él por la mañana y más de una hora por la tarde. Ella no estaba, para su angustia, allí cuando el joven falleció. Más temprano ese día, le había dicho a una de las enfermeras que estaba un poco incómodo pero que no era nada grave. Diez minutos después, la misma enfermera regresó y dijo que respiró hondo varias veces antes de fallecer suavemente. 'Olga y yo fuimos a verlo', escribió Alexandra esa noche. 'Él yacía allí tan pacíficamente cubierto bajo mis flores que le traía todos los días, con su encantadora sonrisa pacífica, la frente aún bastante cálida. Llegué a casa con lágrimas... Nunca se quejó, nunca pidió nada, la dulzura misma, todos lo amaban y esa sonrisa brillante...

Sentí que Dios me permitió traerle un poco de sol en su soledad. Así es la vida. Otra alma valiente dejó este mundo para

ser añadido a las estrellas brillantes arriba.' Estaba angustiada y no podía dejar de escribirle extensamente a Nicholas: "No debe entristecerte lo que escribí", se disculpó, "solo que no pude soportarlo más".¹²

El sufrimiento que presenciaron Alexandra y sus dos hijas fue causado por los crecientes problemas de Rusia con la guerra. El crecimiento económico de las últimas dos décadas, junto con el orgullo del país por su ejército, significaba que muy pocos rusos habían considerado seriamente la posibilidad de la derrota. Los recuerdos de Crimea en 1855 y Japón en 1905 habían sido relegados a un lado. La propaganda nacionalista prefirió evocar los fantasmas de San Alejandro Nevsky y el glorioso pasado medieval o Alejandro I y el triunfo contra Napoleón. Este optimismo no había sido del todo equivocado. Con su enorme ejército, en una guerra corta, la Rusia Imperial podría igualar a sus enemigos. Sin embargo, el crecimiento económico experimentado bajo Nicolás II y su padre era demasiado reciente y, por lo tanto, demasiado superficial para sostener una guerra de desgaste a largo plazo, un hecho que quedó horriblemente expuesto en el primer año de la guerra. Se ha escrito tanto sobre el fracaso de la Rusia zarista en la guerra que es fácil imaginar que nunca hubo éxitos. Hubo victorias, particularmente en las campañas contra Austria-Hungría, pero las derrotas, cuando llegaron, tuvieron un costo verdaderamente terrible.

Al final del primer mes de la guerra, los alemanes perdieron aproximadamente 5000 hombres en su victoria sobre el Segundo Ejército Ruso en la Batalla de Tannenberg. Los rusos perdieron 78.000 y otros 90.000 fueron capturados. En esa batalla, la flor de los combatientes de la aristocracia rusa se desvaneció en el transcurso de cuatro días, cuando se demostró que la nobleza de una carga de caballería no era rival para el mundo moderno de las ametralladoras y la artillería pesada. En los primeros días del sitio de la fortaleza austrohúngara en Przemyśl, 40.000 rusos fueron asesinados. Las noticias de las matanzas y las miles de familias en duelo comenzaron a erosionar rápidamente el entusiasmo por el conflicto.

En casa, los sistemas agrícolas y de transporte del imperio no pudieron hacer frente a la enorme demanda que la guerra les impuso y con tantos ferrocarriles que se usaban para abastecer el esfuerzo bélico, a menudo los alimentos tardaban más en llegar a las ciudades desde el campo. El principal éxito del gobierno imperial fue asegurar que los abundantes suministros de alimentos de Rusia se movieran con la suficiente eficiencia para que el ejército no sufriera escasez de alimentos.¹³ Aun así, otros suministros disminuyeron rápidamente: bota

no estaban disponibles para la mayoría de los soldados en 1915 y enfermedades como el cólera, el tifus, la fiebre tifoidea, el escorbuto y la disentería habían aumentado en 1916. La falta de municiones y equipo aumentó considerablemente las bajas en la línea del frente, mientras que las fábricas en casa luchaban por producir las armas y municiones que el gobierno necesitaba para el ejército. Con tantos hombres en edad de luchar en el frente, la economía rusa funcionaba con menos mano de obra cuando necesitaba ser más productiva.

En marzo de 1915, estaba claro que el ejército ruso enfrentaba una crisis de municiones y en el cuartel general militar, conocido como Stavka, sus líderes de más alto rango se culpaban entre sí o a los funcionarios del Ministerio de Guerra, pero nunca a sí mismos. Después de haber eliminado temporalmente su existencia en un gesto de solidaridad con la corte en 1914, la Duma comenzó a agitarse para ser destituida y Nicolás accedió en el verano de 1915. Surgió una facción conocida como el Bloque Progresista, una coalición flexible pero poderosa formada por alrededor de dos tercios de los miembros de la Duma que estaban comprometidos con cambios legislativos significativos una vez que terminara la guerra, pero que también querían formar una especie de grupo de presión que tuviera algo que decir para garantizar que se nombraran ministros competentes hasta que se lograra la paz. . A pesar de lo que creían la zarina y varios de sus amigos, no eran un lobby antimonárquico, pero el hecho de que existieran era prueba de una viva preocupación dentro de la élite educada del imperio sobre lo que sucedería ahora que el gobierno finalmente había decidido. para intervenir en la ineptitud exhibida en Stavka.

El Gran Duque Nikolai tendría que ir como Comandante en Jefe. La emperatriz desconfiaba de su carisma y de los incesantes intentos de su esposa por promover a su marido en el afecto del público a expensas del zar. Las astutas insinuaciones de la Gran Duquesa sobre la herencia alemana de Alexandra no ayudaron en nada, ni tampoco el hecho de que el carismático e inteligente Gran Duque, el gigante inminente de la familia Romanov de seis pies y seis pulgadas de altura, ahora parecía estar al borde de una caída. desmoronamiento debido a las tensiones y pesadillas causadas por tantas derrotas catastróficas. Sin embargo, reemplazar al Gran Duque no fue tarea fácil. Un Romanov no podía ser suplantado por un plebeyo o incluso por un noble sin que se interpretara como un ataque calculado a su honor. El zar decidió reemplazar al propio Nikolai. Conduciría a una fusión más ordenada de las ramas civil y militar del gobierno y permitiría a Nicholas purgar el ejército de aquellos hombres que habían estado asociados con los peores errores de los primeros esfuerzos de guerra.

Purga, en un sentido zarista, tenía un significado muy diferente a la misma palabra en la URSS. Aquí no había gulags y el Jefe de Estado Mayor de Nikolai, el impopular general Yanushkevich, simplemente fue despedido del servicio activo. Nicolás esperaba que al aparecer en el frente con más regularidad proporcionaría inspiración a los soldados, que tendría una idea más clara de lo que estaba pasando y de lo que estaba saliendo mal, y que daría la impresión de que a la monarquía le importaba lo que estaba pasando. a sus súbditos. En palabras de su primer ministro en ese momento, el príncipe Iván Goremykin, "Su Majestad considera que es un deber sagrado del zar ruso estar entre las tropas".¹⁴ Nicolás también era lo suficientemente consciente de sí mismo como para saber que no era su trabajo realmente dirigir la estrategia y que en este campo la delegación era su habilidad más importante. Reemplazó a Yanushkevich con el general Mikhail Alekseev, quien nunca superó los desastres que los problemas económicos le arrojaron en su país, pero que al menos dirigió los ejércitos con más prudencia que antes de 1915. Dominic Lieven, uno de los mejores biógrafos modernos de Nicolás, defiende la decisión, diciendo que 'la decisión del Emperador de asumir el mando supremo no sólo fue valerosa e irrevocable sino también correcta'.¹⁵ Inicialmente, ciertamente parecía haber sido un acierto. Ciertamente, Nicolás rechazó un acuerdo propuesto con el Bloque Progresista que podría haber unido más a la Duma y la corona en un momento crucial, pero una serie de victorias rusas ayudaron a estabilizar el frente y hacer que el esfuerzo de guerra pareciera menos una derrota.

Y, sin embargo, a pesar de todos sus méritos, la decisión de Nicolás II de convertirse en Comandante en Jefe de los ejércitos en 1915 fue posiblemente el mayor error de su vida, con la posible excepción de su abdicación en 1917. Cuando informó a su Consejo de Ministros, estaban horrorizados. Le suplicaron que no fuera: pondría al trono en el punto de mira de la culpa de cada derrota posterior. La monarquía y el ejército podrían lograr una simbiosis perfecta, como lo habían hecho en los mitos moscovitas y los cuentos de la Rus medieval, pero la apuesta del zar solo valdría la pena si Rusia ganaba. Hasta ahora, la opinión pública había criticado a menudo a los ministros individuales o a la dirección del Stavka por las miles de bolsas para cadáveres que se necesitaban en el frente, de ahora en adelante el foco de esa miseria sería el Zar y todo el oprobio causado por una guerra brutal se amontonaría sobre su cabeza. . Igualmente dañino fue el hecho de que la sabiduría de nombrar al general Alekseev como el nuevo Jefe de Estado Mayor no fue igualada con la instalación de Alexandra como regente en ausencia del zar.

La zarina tenía una pésima relación laboral con la mayoría de los ministros, su timidez la hacía sentir incómoda incluso en presencia de hombres que compartían sus puntos de vista, su desconfianza ahora bordeaba la paranoia porque eligió ver la formación del Bloque Progresista como el preludio de una traición. usurpación de la autoridad monárquica, una segunda venida del Juramento de la Cancha de Tenis, y ella era alemana. Ella no se habría descrito a sí misma como tal y, de hecho, a todos los efectos, Nicolás II estaba casado con una mujer inglesa: la hija de una princesa inglesa, criada en una casa construida al estilo británico con muebles británicos, cuidada por niñeras inglesas y enviada a pasar la mayor parte de su tiempo bajo el cuidado de su abuela, la reina Victoria, después de que su madre muriera amamantando a sus hijos durante la epidemia de difteria de 1878; incluso después de veinte años de matrimonio, las damas de honor de Alexandra notaron que 'hablaba ruso con un fuerte acento inglés'.¹⁶ También detestaba el Segundo Reich y desconfiaba de su primo Wilhelm. Sin embargo, para el público en general todo lo que importaba era que la zarina había nacido en una ciudad que ahora era parte de Alemania y la nacionalidad de Nemka, 'la mujer alemana', se convirtió en un foco de especulación cuando el zar decidió dejar el día. -los asuntos cotidianos del gobierno en manos de un extranjero. Al problema de su nacionalidad se sumaba la dependencia de Alexandra de Grigori Rasputin, un moujik siberiano errante, un autodenominado santo itinerante, con niveles atroces de higiene personal y, si había que creer en los rumores, una

Se habían presentado por primera vez una década antes cuando la Gran Duquesa Militsa, que cambiaba las fascinaciones espirituales como otras personas cambiaban de ropa, llamó la atención de la zarina. Era un hombre confiado con una inclinación mística y terrenal; sus modales campesinos desvergonzados, y posiblemente un poco exagerados, lo convirtieron en una rareza exótica en los salones de la sociedad de Petersburgo. Afirmó haber tenido visiones de la Virgen María, haber vagado hasta la comunidad cristiana encerrada en el Monte Athos en Grecia en peregrinación y tener el poder de curar. Siempre admiradora de su cristianismo rústico, Alexandra se había convencido infaliblemente de que era un verdadero hombre de Dios cuando pareció curar a Alexei por telegrama en 1912.¹⁷ El milagro se repitió en 1914, cuando Alexei se torció gravemente el tobillo en la misma semana que Franz Ferdinand fue asesinado y Alexandra temía que pudiera morir por la hemorragia interna. Otro telegrama trajo otra recuperación de última hora. En enero de 1915, Anna Vyrubova resultó gravemente herida en un accidente de tren y el

los médicos esperaban que muriera. Rasputín la miró en su cama de hospital y anunció que viviría, pero quedó parcialmente lisiada. Fue una ligera exageración. No estaba lisiada, simplemente necesitaba un bastón para caminar por el resto de su vida, pero vivió cuando todos, excepto Rasputín, pensaron que moriría. Exactamente al mismo tiempo que alcanzaba su mayor importancia política, la zarina Alexandra estaba segura de que Grigori Rasputin era 'Nuestro Amigo', un hombre enviado por Dios para curar a su hijo y transmitir la voluntad del campesinado leal de Rusia a su marido.

OceanofPDF.com

La Guerra Total y la Marginación de la

Emperador

'Su Majestad no comprende la gravedad de la situación

El Gran Ducado de Luxemburgo entró más silenciosamente en una ocupación alemana que sus vecinos belgas. La Gran Duquesa reinante, Marie-Adélaïde, de veinte años, protestó por la invasión de su país por parte del Segundo Reich, pero fue lo suficientemente pragmática para darse cuenta de que había muy poco que pudiera hacer para detenerla. A diferencia de Bélgica, Luxemburgo no tenía amigos poderosos dispuestos a saltar en su defensa. Los dos años anteriores de la joven dama en el trono granducal se habían dedicado a tratar de remediar lo que consideraba una creciente desigualdad social y, como resultado, había sido muy popular. No está claro si era tan pro-alemana como afirmaban sus críticos cuando la obligaron a abandonar el trono al final de la guerra. A lo largo del conflicto, siguió insistiendo en que Luxemburgo era oficialmente neutral. Aún así, a pesar de sus afirmaciones y de la posición indudablemente difícil en la que se encontraba, la cortesía de Marie-Adélaïde hacia los alemanes contrasta marcadamente con las acciones tomadas por el rey Alberto y la reina Isabel de los belgas; el primero luchó contra los alemanes durante la guerra. , este último estableció unidades de enfermería en primera línea.

El 30 de agosto de 1914, el Kaiser llegó a Luxemburgo como parte del plan del gobierno para mantener al Emperador en constante movimiento entre los distintos frentes. El canciller, Theobald von Bethmann-Hollweg, creía que la presencia del Kaiser era vital dada la larga historia de apoyo militar de la dinastía Hohenzollern: "Un rey de Prusia, un emperador alemán, que no se quedó en medio de sus ejércitos fue un idea que hubiera resultado insoportable tanto para el emperador como para las tropas»¹. Aunque ella no le ofreció a él ni a su séquito alojamiento en ninguno de sus palacios y tuvieron que conformarse con habitaciones en el consulado alemán, la Gran Duquesa María Adélaïde invitó al Kaiser a cenar con ella en el Gran Palacio Ducal de la ciudad de Luxemburgo.

El Kaiser estaba todavía en Luxemburgo cuando escuchó la noticia de que su hijo menor, Joachim, de veinticuatro años, había sido herido en el avance alemán sobre París. Joachim se había comportado con valentía, como un soldado, y un amigo sueco del káiser que lo visitaba en Luxemburgo dijo que el orgullo del emperador por su hijo menor era conmovedoramente visible. Pero el avance en sí no iba bien y durante la Primera Batalla del Marne, los alemanes tuvieron que aceptar que el Plan Schlieffen había fracasado. París no caería como lo había hecho en 1871. El ejército alemán tuvo que atrincherarse y mantener su posición en las trincheras contra los británicos, los franceses y los belgas.

Poco después del fracaso en Francia, el príncipe heredero fue a Luxemburgo a visitar a su padre. Las relaciones entre los dos hombres aún eran tensas: en 1910, había ordenado que su hijo se mantuviera temporalmente alejado de cualquier función oficial después de que no participara en las ceremonias para conmemorar el centenario de la muerte de la reina Luisa de Prusia, la familia Hohenzollern. la matriarca más célebre que había ayudado a unir al país contra los ataques de Napoleón. Cuatro años después y el Kaiser no le expresó nada del afecto que solía mostrar por los cinco hermanos menores; el reencuentro no mejoró la dinámica. El joven Wilhelm comenzó su visita expresando su desprecio por los asesores de su padre e insistiendo en que von Bethmann-Hollweg debería ser reemplazado como canciller por alguien más agradable para los militares. También quería que el general Paul von Hindenburg se convirtiera en Jefe del Estado Mayor, en efecto, el hombre a cargo de dirigir la guerra. El fracaso del Plan Schlieffen había aplastado por completo el ánimo del titular anterior, el mariscal de campo von Moltke, y Wilhelm estaba considerando reemplazarlo con Erich von Falkenhayn, un aristócrata prusiano que anteriormente había servido en el cuerpo del ejército alemán en China y como ministro de Guerra desde junio de 1913. El príncipe heredero pensó que von Falkenhayn no era el hombre adecuado para el trabajo y que el estimado von Hindenburg debería obtenerlo en su lugar, al mismo tiempo que von Bethmann-Hollweg debería ser reemplazado preferiblemente por el almirante von Tirpitz, creando así, en efecto, un gobierno militar. Desde Berlín, la Emperatriz sumó su voz a la del Príncipe Heredero, expresando calu

Padre e hijo discutieron y el Kaiser se negó a despedir a von Bethmann-Hollweg. También estaba irritado por el apoyo de su esposa y su hijo mayor a von Hindenburg, un gran señor de sesenta y seis años de la aristocracia prusiana que podía contar entre sus antepasados a Martín Lutero.

el primer gran líder de la Reforma protestante. Von Hindenburg tuvo una distinguida carrera militar, incluido el servicio en las guerras contra Austria y Francia que habían facilitado la unificación de Alemania. Había estado presente como soldado victorioso en las ceremonias que declararon el nacimiento del Segundo Reich en 1871 y era tan viejo, tan venerable, que ya se había retirado cuando comenzó la guerra en 1914. Tal era su reputación que el Ejército le había suplicado que saliera de su retiro, algo que no hizo nada para empañar el colosal sentido de von Hindenburg de su propia brillantez. Anciano y rotundo, tenía un aire de estadista que convenció a personas como la Emperatriz y el Príncipe Heredero de que se trataba de un hombre en el que se podía confiar tanto en el ejército como en el gabinete. Se le dio el mando de los ejércitos en el frente oriental, que se movía mucho más rápido que las fuerzas estancadas en trincheras del oeste, con el resultado de que durante toda la guerra, von Hindenburg parecía un hombre que estaba h

El príncipe heredero se fue de Luxemburgo sin conseguir lo que quería y convencido de que su padre ya estaba faltando a su deber como supremo señor de la guerra. Esta fue una opinión ampliamente compartida por muchos de los aliados del joven Wilhelm. La persistente renuencia de Guillermo II a aprobar las medidas más duras en tiempos de guerra, sus visitas para hablar con los prisioneros de guerra franceses y británicos, su insistencia en enviar telegramas de condolencias a sus familiares en Gran Bretaña en caso de duelo y, sobre todo, su comportamiento, de energía maníaca a malestar deprimido, todos dieron la impresión a sus asesores en varios momentos de la guerra de que "Su Majestad no comprende la gravedad de la situación" que enfrenta su pueblo. Charleville, acompañado de su fiel dachshund Senta, sus médicos le habían recetado somníferos.³ No comía lo suficiente, contrariamente a la propaganda antimonárquica del final de la guerra que decía que se hartaba, aunque la emperatriz sobreprotectora no ayudó con eso cuando eludió en secreto las órdenes de su esposo de que debería vivir con las mismas raciones que el resto de la población; estaba sufriendo ataques de ansiedad e incluso para sus propios estándares se estaba comportando de manera inusual. Albert Ballin tuvo una audiencia con él durante uno de sus breves viajes de regreso a Berlín: 'He visto al Emperador, a quien encontré lleno de confianza en el futuro, aunque también lleno de ira contra Inglaterra, y en esto la Emperatriz lo alienta. De modo que los rencores y aversiones personales parecen jugar un papel considerable en la política, y eso me parece muy peligroso.'⁴

La anglofobia de Augusta Victoria estaba en sintonía con la opinión pública a medida que avanzaba la guerra. Para 1915, el bloqueo de Alemania por parte de la armada británica estaba comenzando a afectar severamente el nivel de vida. En represalia, el almirante von Tirpitz quería desatar una política de guerra submarina ilimitada contra cualquier barco que navegara hacia Gran Bretaña. El canciller von Bethmann-Hollweg se opuso a la medida, alegando que jugaría mal a nivel internacional como una violación de las reglas tradicionales de la guerra. Normalmente, habría que dar un aviso para que los pasajeros y la tripulación tuvieran tiempo de evacuar. Von Tirpitz argumentó que los británicos ya habían cambiado las reglas al contar los alimentos como contrabando de guerra y, al hacerlo, habían declarado la guerra de facto a la población civil alemana. El káiser se puso del lado de su canciller, para enfado del almirante: el almirante escribió sobre "más de cien torpederos, oxidándose anclados mientras Alemania lucha por su existencia".⁵ La emperatriz y el príncipe heredero prestaron su apoyo a von Tirpitz e instó a Wilhelm a escuchar razones. Inicialmente, sostuvo que la guerra submarina sin restricciones en las aguas alrededor de las Islas Británicas provocaría la muerte de muchos civiles inocentes y, por lo tanto, podría llevar a Estados Unidos a la guerra del lado de Gran Bretaña.

"Como señor de la guerra en jefe", escribió más tarde, "tenía que evitar esto absolutamente". Sin embargo, cuando los partidarios de levantar las restricciones a las actividades de los submarinos pudieron proporcionarle al Kaiser pruebas de que las compañías estadounidenses estaban proporcionando municiones a los británicos, que estaban siendo traídas al Reino Unido en barcos de pasajeros y de carga, Wilhelm finalmente cedió. y el 4 de febrero de 1915, uno de los subordinados de von Tirpitz, el almirante Hugo von Pohl, anunció en la prensa alemana que ahora se llevarían a cabo ataques submarinos sin restricciones en aguas británicas. Durante una visita a su dentista, un estadounidense que ejercía en Berlín llamado Dr. Arthur Davis, el Kaiser lanzó una diatriba antiestadounidense: "¿Por qué su país es tan injusto con Alemania?". ¿Por qué insistes en suministrar municiones y dinero a los Aliados? ¿Por qué su presidente no trata a las naciones europeas en guerra de la misma manera que trató a México, imponiendo un embargo a las municiones y permitiéndonos luchar contra esto nosotros mismos? Usted no nos envía municiones. ¿Por qué los envía al otro lado? Creyendo que estaba respondiendo a su propia pregunta, Wilhelm dijo: '¡Dólares! ¡Dólares! ¡Dólares!', golpeándose el brazo izquierdo con el derecho cada vez que decía la palabra.⁶

El 7 de mayo, la política de los submarinos cobró su víctima más famosa y dañina. El Lusitania de 32.000 toneladas había sido una vez el orgullo de los

flota mercante británica. Construido en 1907 como respuesta a la reciente avalancha de súper barcos de cuatro embudos de Alemania, todos con el nombre de miembros de la familia de Wilhelm II, el Lusitania era casi el doble del tamaño de su mayor rival alemán y recuperó el codiciado Blue Riband, el premio otorgado al cruce comercial más rápido del Atlántico Norte. En los años transcurridos desde su viaje inaugural, había sido eclipsado en velocidad por su propio barco hermano, el Mauretania, y en tamaño primero por el Mauretania, luego por el Olympic de su rival White Star Line, luego por el Titanic, luego por el alemán Imperator y finalmente por la hermana mayor del Imperator, el patrióticamente llamado Vaterland, que entró en servicio solo unas pocas semanas antes del estallido de la guerra. Sin embargo, seguía siendo un barco espléndido y su salón comedor de primera clase de dos pisos con su cúpula rococó generalmente se consideraba una de las mejores habitaciones a flote. En la primavera de 1915, también era el único gran transatlántico de lujo que seguía en servicio transatlántico regular. Sus dos hermanos, el Mauretania y el Aquitania, habían sido llamados a servir en el esfuerzo de guerra británico como transporte de tropas y barcos hospitales, al igual que el Olympic de la W y el Britannic recientemente terminado. [7](#)

La controversia dura hasta el día de hoy sobre el papel del gobierno británico en lo que sucedió con el Lusitania. Durante años, ha habido afirmaciones de que deliberadamente dejaron que el Lusitania navegara en peligro porque sabían que una baja de tan alto perfil volvería decisivamente a la opinión pública estadounidense contra Alemania. Algunos en el gobierno, incluido Winston Churchill, esperaban con confianza el día en que los submarinos atacarían un barco como el Lusitania, pero eso se debía a que entendían la naturaleza de la guerra total en el mar, no a la colocación deliberada del transatlántico. en la línea de visión de un submarino. Mucho más dañinas fueron las acusaciones de que la bodega del Lusitania estaba llena de explosivos destinados al esfuerzo de guerra británico. La embajada alemana había colocado anuncios en los periódicos estadounidenses advirtiéndole a los ciudadanos estadounidenses que no viajaran en barcos británicos debido a la nueva política de submarinos, pero muy pocos escucharon. El U-20, un submarino comandado por el capitán teniente Walter Schweiger, avistó al Lusitania frente a la costa sureste de Irlanda, navegando de regreso desde Nueva York, y disparó un torpedo a estribor. En su diario, anotó: 'Se produjo una explosión inusualmente fuerte... La explosión del torpedo debe haber estado acompañada por una segunda (¿caldera o carbón o pólvora?). La superestructura justo en el punto de impacto y el puente se rompen en pedazos, estalla el fuego y envuelve el puente alto.'⁸ El U-

El piloto del barco, un joven llamado Lanz fascinado por los transatlánticos de lujo británicos, miró a través del periscopio y exclamó: "¡Dios mío, es el Lusitania!"⁹

Fue esa 'explosión inusualmente fuerte' la que provocó el debate más furioso en los meses y años venideros. Los británicos afirmaron, y muchos de ellos parecían creerlo seriamente, que los alemanes habían llevado la crueldad a nuevas alturas al disparar dos torpedos contra el costado del barco. Los alemanes insistieron en que debe haber sido el stock ilícito de municiones de contrabando del Lusitania lo que explotó al impactar con el torpedo del U-20. Las representaciones alemanas posteriores del hundimiento mostraban que las taquillas de Cunard Line estaban atendidas por la figura de la Muerte cuando el barco zarpaba con la apariencia de un acorazado bien equipado. El debate sobre la segunda explosión fue particularmente significativo porque en ese momento se creía que era la razón por la cual el Lusitania se hundió en menos de veinte minutos. Los incendios a bordo hicieron que el agua rompiera sobre sus cubiertas tan caliente que escaldaron a las personas que intentaban escapar, la mitad de los botes salvavidas no se pudieron bajar debido al ángulo en el que se inclinaba el barco, algunos colapsaron fuera de sus pescantes aplastando botes llenos que estaban siendo transportados descendiendo debajo de ellos, había escenas horribles de pasajeros de primera clase, en camino hacia o desde el almuerzo cuando el torpedo golpeó, atrapados y gritando mientras se ahogaban en el elevador dorado del barco, los cuerpos de niños arrastrados a tierra en las aldeas de la cercana isla irlandesa. costa. Había algo menos de 2000 personas a bordo del Lusitania cuando se hundió; alrededor de 1.200 de ellos perdieron la vida, incluidos 128 estadounidenses.

Ahora es difícil apreciar completamente el daño que el hundimiento del Lusitania causó a la reputación de la Alemania imperial en los Estados Unidos. La buena voluntad estadounidense hacia Alemania ya había sufrido cuando el ejército de este último incendió la ciudad belga de Lovaina, roció con gasolina los 200.000 libros de la biblioteca universitaria del siglo XV y luego incendió esos preciados depósitos de siglos de erudición. Más tarde, habían apuntado sus armas hacia la Catedral de Reims en Francia, una maravilla medieval que una vez fue sede de las coronaciones de la mayoría de los reyes prerrevolucionarios de Francia. Un profesor alemán comentó más tarde: "Hoy podemos decir que los tres nombres de Lovaina, Reims, Lusitania, han borrado casi por igual la simpatía por Alemania en Estados Unidos".¹¹

Wilhelm, que se dirigía a inspeccionar sus tropas en el Frente Oriental en Galicia, inicialmente se negó a reunirse con el embajador de EE. UU. en Berlín porque todavía estaba muy enojado con las afirmaciones de que las armas suministradas por EE. UU. eran parte del cargamento del barco. Sus conversaciones de esta época revelan la profundidad de sus sentimientos antiestadounidenses y fue en octubre, cinco meses después del hundimiento, cuando finalmente concedió audiencia al embajador estadounidense. El Kaiser estuvo brevemente de regreso en Berlín para celebrar el cumpleaños de la Emperatriz y el embajador, James Gerard, un abogado de Nueva York del que se rumoreaba que simpatizaba con los británicos, fue invitado a unirse brevemente al Kaiser en el New Palace, una residencia barroca cerca de Potsdam construida por Federico el Grande para conmemorar la victoria de Prusia en la Guerra de los Siete Años. Era una de las casas favoritas de Wilhelm y el embajador lo encontró allí, leyendo sus mapas. Wilhelm no se había calmado por completo en su antipatía hacia la tierra natal de Gerard, pero cuando finalmente se mencionó el Lusitania, Wilhelm pareció molesto y dijo: "Ningún caballero mataría a tantas mujeres y niños".

El alcance de la indignación internacional por lo que le sucedió al Lusitania parece haber sorprendido sinceramente al gobierno alemán. El presidente Woodrow Wilson le dijo a Berlín que si ocurría otro incidente como este, Estados Unidos no tendría más remedio que declarar la guerra. El 31 de mayo, tres semanas después del ataque, se celebró una reunión del Consejo de la Corona en la que, a la luz de los acontecimientos recientes, el Canciller abogó por la suspensión de la guerra sin restricciones por parte de los submarinos. Un día después, Wilhelm emitió una orden que decía que, en caso de duda, los capitanes de los submarinos deberían correr el riesgo de dejar pasar a los barcos enemigos en lugar de hundir un barco con bandera neutral. Von Tirpitz estaba tan enojado con la decisión que ofreció su renuncia. '¡No!' respondió Guillermo. Los señores tienen que obedecer y quedarse. Cuando von Bethmann-Hollweg aseguró más restricciones a las actividades de los submarinos en agosto, von Tirpitz nuevamente amenazó con renunciar y Wilhelm nuevamente se negó a dejarlo. El príncipe heredero culpó a von Bethmann Hollweg, un reproche tácito de su padre porque el apoyo del canciller a las restricciones sin duda estaba en línea con las opiniones del propio Kaiser. Lo habían empujado a tomar la decisión de permitir la guerra sin restricciones en primer lugar y nunca había sido algo que le sentara bien a su conciencia. A diferencia de von Tirpitz o el Príncipe Heredero, el Kaiser creía "que torpedear enormes barcos de pasajeros llenos de mujeres y niños era un

brutalidad bárbara sin paralelo, con la que traeremos sobre nosotros el odio y la rabia venenosa del mundo entero'.¹³

A mediados de 1915, Wilhelm II se reafirmó brevemente para apoyar a los moderados en el gabinete y derogar una política de guerra altamente dañina. Sin embargo, a medida que las condiciones en casa se deterioraban, la población alemana miraba cada vez más a los líderes del ejército, como el general von Hindenburg, como hombres que comprendían que se requerían medidas duras para ayudarlos.

Varios de los biógrafos de Wilhelm han señalado que sus puntos de vista sobre la guerra submarina sin restricciones eran astutos, al igual que su creencia de que se debería hacer todo lo posible para mantener a Estados Unidos fuera de la guerra, pero en 1915-16 el Kaiser parecía cada vez más fuera de contacto con el estado de ánimo público. y mientras continuaba su batalla contra la depresión, sus cambios de humor, sus hábitos alimenticios poco saludables y su insomnio, no era lo suficientemente fuerte, confiado o estable para resistir los deseos de su familia, sus generales o la opinión pública.

La muerte de Francisco José y el ascenso al trono de Carlos

'Que Dios bendiga a Su Majestad

Los cortesanos informaron que la única emperatriz reinante de la familia Habsburgo, la emperatriz María Teresa del siglo XVIII, se tomaba tan en serio el asunto de gobernar que incluso durante sus contracciones le gustaba seguir leyendo los periódicos del gobierno. Sólo durante el parto mismo los apartaba.¹ El mismo espíritu vivía en su descendiente Francisco José. A medida que se acercaba a la muerte en el otoño de 1916, el Emperador se apegó a su rutina diaria, indultó a los criminales condenados, recibió los buenos deseos del Papa y entregó documentos relacionados con el reclutamiento para el ejército. La bronquitis que lo había dejado tan débil en 1914 volvió, esta vez complementada con un ataque de neumonía. Rumanía había entrado recientemente en la guerra del lado de los enemigos de Austria-Hungría, a pesar de su aparentemente genuina conmiseración por la muerte de Francisco Fernando en 1914 y el ascenso al trono de un rey Hohenzollern, Fernando I; La noticia del acercamiento de los ejércitos alemán y austrohúngaro a Bucarest levantó temporalmente el ánimo del emperador.

El archiduque Karl había regresado del frente por unos días y él y Zita llamaron para ver a Franz Josef en la mañana del 20 de noviembre. Cuando Francisco José se enteró de que Zita acompañaba a Karl, envió a un sirviente a pedirles que esperaran afuera unos minutos porque, quisquilloso hasta el final, jamás soñaría con recibir a una dama en ropa informal. Sabiendo lo débil que estaba, la Archiduquesa le pidió que prescindiera del protocolo por el momento y él accedió de mala gana. La pareja entró y lo encontraron con una temperatura de 102 grados y todavía examinaba obstinadamente las propuestas de reclutamiento. Zita recordó que 'el Emperador todavía daba una impresión normal y hablaba con bastante normalidad, a pesar de su fiebre y debilidad. Nos dijo lo feliz que estaba de haber recibido la bendición del Papa y también la alegría que le habían traído nuestras victorias en Rumania.'²

Esa noche, Karl y Zita fueron recogidos por miembros de la casa del Emperador quienes les dijeron que Su Majestad Imperial estaba perdiendo

conciencia. En el momento en que entraron a toda prisa en sus apartamentos, en palabras de Zita, "Él ya estaba en el último sueño profundo del que nunca despertó". El reinado de sesenta y ocho años de Francisco José, el reinado más largo de un soberano en la historia europea desde Luis XIV, terminó unos minutos antes de las nueve de la noche del 22 de noviembre de 1916 en el Palacio de Schönbrunn. Cuando los médicos confirmaron que el Emperador había muerto, Karl y Zita salieron a una pequeña antesala junto a su dormitorio, acompañados por algunos miembros de su personal doméstico y el suyo. Durante unos minutos, todos se quedaron en silencio. Luego, el antiguo chambelán de Karl, el príncipe Lobkowitz, un aristócrata checo descendiente de uno de los grandes mecenas de Beethoven, se acercó a la pareja con lágrimas en los ojos e hizo la señal de la cruz. Al hacerlo, dijo: "Que Dios bendiga a Su Majestad". Zita, a los veinticuatro años y ahora emperatriz de Austria y reina de Hungría, escribió más tarde: "Era la primera vez que oíamos que se nos aplicaba el título imperial".³

En todo el imperio, la muerte del emperador aparentemente inmortal que se había sentado en el trono durante más tiempo del que la mayoría de sus súbditos habían estado vivos causó conmoción a pesar de su avanzada edad; Tanto los partidarios como los críticos de la monarquía pensaron que su muerte en medio de la guerra desestabilizaría el trono. Como resultado, la sucesión de Karl fue recibida sin las celebraciones habituales que marcan el ascenso al trono de un monarca joven y entusiasta con una esposa aún más joven y bonita. La primera vez que la mayoría de los austriacos vieron a la pareja como emperador y emperatriz fue en el funeral de Francisco José en una tarde helada y nublada, ocho días después de su muerte. El Emperador vestía uniforme de general, acompañado por su hijo, el Príncipe Heredero Otto, un querubín de cuatro años vestido con un traje de marinero blanco, y la Emperatriz, envuelta de pies a cabeza en el más profundo luto y un velo tan oscuro que la multitud apenas podía ver su rostro.

El cuerpo fue conducido a la bóveda imperial en el monasterio de los capuchinos, donde la procesión encontró el paso bloqueado por los monjes. El Maestro de Ceremonias de la corte se acercó a la puerta y la golpeó tres veces con su bastón de mando. Desde el otro lado de la puerta cerrada, el prior del monasterio preguntó quién pretendía entrar en la iglesia. El Maestro de Ceremonias respondió que el hombre que buscaba sepultura en la iglesia había sido Su Majestad Apostólica Imperial y Real, Francisco José I, por la Gracia de Dios Emperador de Austria; Rey Apostólico de Hungría, Rey de Bohemia, Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Galicia, Lodomeria, Iliria; rey de Jerusalén, etcétera; Archiduque de Austria; Gran Duque de Toscana, Cracovia; Duque de

Lorena, Salzburgo, Estiria, Carintia, Carniola, Bucovina; Gran Príncipe de Transilvania; Margrave de Moravia; duque de la Alta y Baja Silesia, Módena, Parma, Piacenza, Guastalla, Oswiecim, Zator, Cieszyn, Friuli, Ragusa, Zara; Conde principesco de Habsburgo, Tirol, Kyburg, Gorizia, Gradisca; Príncipe de Trento, Brixen; Margrave de la Alta y Baja Lusacia, en Istria; Conde de Hohenems, Feldkirch, Bregenz, Sonnenberg, etcétera; Señor de Trieste, Kotor, la Marcha Wendish; Gran Voivodato del Voivodato de Serbia , etcétera, etcétera. Todos estos títulos evocaron siete siglos de construcción del imperio y un trono que se remontaba a las Cruzadas, Lepanto y el Sitio de Viena.

El prior respondió: 'No lo conocemos'. Mientras los dolientes esperaban en el aire helado, se repitió la pregunta y esta vez el Maestro de Ceremonias respondió que era el Emperador. Nuevamente llegó la respuesta: 'No lo conocemos'. Finalmente, al tercer intento, el Maestro de Ceremonias respondió: 'Franz Josef, un hombre mortal y pecador'. Fue una gran obra de teatro religioso y político, un elemento básico de los funerales imperiales durante siglos, con la intención de mostrar la devoción de los Habsburgo a la enseñanza de la fe católica de que todos se humillan ante el trono de Dios Todopoderoso, un recordatorio del antiguo dicho católico: 'Meménto, homo, quia pulvis es, et in pulverem revertéris' - 'Acuérdate, hombre, que eres polvo, y al polvo volverás'. El prior dijo: 'Entonces déjalo entrar', y las puertas por fin se abrieron.⁴ Los hermanos del monasterio salieron a la plaza con velas encendidas en sus manos para flanquear el ataúd mientras era llevado adentro para que Francisco José pudiera ser bajado a la bóveda para descansar entre los sarcófagos de su esposa e hijo.

Ya circulaban rumores de que el nuevo reinado vería una especie de ruptura con las tradiciones que se habían anquilosado bajo Franz Josef. El hecho de que Zita caminara detrás del ataúd del viejo Emperador molestó a algunos de los cortesanos, quienes señalaron que la tradición proscribía que en los funerales la Emperatriz debía aparecer en procesión después de los demás miembros masculinos de la familia imperial en los funerales. Karl los anuló declarando majestuosamente: "Soy yo quien decide sobre la ceremonia" . que pudiera resultar igualmente revolucionario en un sentido político.

Karl era un joven de diecinueve años cuando su padre, el apuesto y promiscuo hermano menor de Franz Ferdinand, sucumbió a la sífilis a la edad de cuarenta y un años. Un maremoto interminable de tonterías especulativas ha acusado a tantas figuras reales y políticas de padecer sífilis que sería fácil descartar todas esas historias como una idiotez difamatoria basada en las leyes de la probabilidad, sin embargo, de vez en cuando, como en el caso de padre de Carlos I, el rumor era cierto e innegable, particularmente en una era en la que no había posibilidad de ocultar la progresión devastadora de la enfermedad.⁶ Inicialmente, las historias del 'hermoso Archiduque' y sus muchas amantes parecían divertir en lugar de la historia en la que lo atraparon una noche preparándose para entrar en el dormitorio de una joven vistiendo nada más que su espada ornamental y una gran sonrisa. Al final, sin embargo, sus saltos de cama se volvieron tan compulsivos que incluso su tío el emperador, que lo quería mucho y defendía al "guapo Otto" en todo momento, comenzó a distanciarse. Su esposa, María Josefa de Sajonia, trató de proteger a sus hijos del terrible ejemplo de su padre y lo logró en gran medida. Otto contrajo la enfermedad en algún momento alrededor de 1900, momento en el que él y Maria Josepha esencialmente llevaban vidas separadas. Murió en 1906 y los últimos años de la enfermedad habían sido insoportables además de desfigurantes, obligándolo a retirarse casi por completo de la vida pública.

El vacío paterno dejado por la enfermedad de Otto y luego por su muerte fue llenado por Franz Ferdinand, quien tomó un interés protector en sus dos jóvenes sobrinos, particularmente una vez que las condiciones impuestas a su propio matrimonio con Sophie Chotek significaron que Karl ahora era el segundo en la línea de sucesión. el trono. La cercanía de Karl con su tío hizo que muchos en el parlamento húngaro se preocuparan de que pudiera compartir algunos de los prejuicios de Franz Ferdinand, lo más preocupante, desde su punto de vista, era el plan para reemplazar la monarquía dual con un sistema federal bajo el cual los magiares se verían obligados a compartir paridad de estima no sólo con los austriacos, sino también con los eslavos y los croatas. Tenían razón en estar preocupados, al igual que los alemanes: el nuevo Emperador era en gran medida una incógnita y, a pesar de su servicio en el frente, no había ninguna garantía de que estuviera tan comprometido con mantener la guerra por el honor como su abuelo. tío había sido. Además de eso, estaban sus estrechas amistades de antes de la guerra con sus cuñados, dos de los cuales ahora estaban sirviendo en los ejércitos aliados.

La desconfianza alemana hacia su aliado se endureció con la publicación del manifiesto de adhesión de Karl el 22 de noviembre. Comenzó elogiando la obra de Franz Josef

"sabiduría, perspicacia y cuidado paternal" por los pueblos del imperio y prometiendo continuar con su legado, luego pasó a cubrir temas igualmente convencionales: la confianza de Karl en el ejército, su respeto por la institución de la monarquía, la fe en el cristianismo, un compromiso de mantener la ley, el orden y la ejecución de la justicia. Un párrafo mucho menos convencional fue aquel en el que Karl prometió 'hacer todo lo posible para desterrar, en el menor tiempo posible, los horrores y sacrificios de la guerra y recuperar para mis pueblos las bendiciones de la paz que tanto añoraron'.⁷ La redacción era tan importante como deliberado. No mencionó la palabra 'victoria', no prometió llevar la guerra hasta el último extremo, sino que el Emperador prometió 'hacer todo' para terminar la guerra 'en el menor tiempo posible'.

A las veinticuatro horas de su acceso al trono, Karl estaba articulando la antítesis de la justificación de la actividad sin restricciones de los submarinos; no quería la victoria a cualquier precio. Lo que quería era 'recuperar para mis pueblos las bendiciones de la paz, que tanto añoraban'. Al hacerlo, atrajo la peligrosa enemistad de hombres como Paul von Hindenburg y su mano derecha, el general Erich Ludendorff, un genio táctico de clase media con una ética de trabajo impecable y puntos de vista raciales decididamente desagradables, incluso para los estándares poco exigentes de una edad con confianza en el darwinismo social. Un nacionalista virulento del tipo que había aparecido en las pesadillas políticas del difunto Franz Josef, no respetaba el viejo sistema de clases si sentía que estaba siendo utilizado para apuntalar ideas insípidas de cooperación internacional. Creía firmemente en la idea de Lebensraum, la creencia de que Alemania tenía derecho a expandir su territorio hacia el este y expulsar a las comunidades que ya vivían allí para crear un espacio vital para su propia población en rápida expansión. También fue un defensor clave de la teoría de la guerra total y en los años posteriores a la derrota de Alemania escribió un libro sobre el tema y se convirtió en uno de los primeros par

Ludendorff consideraba al nuevo emperador de Austria más un objetivo que un aliado. Con su bendición, se filtró al Imperio austrohúngaro un flujo constante de propaganda que socavaba el prestigio de la familia imperial. En 1915, Italia había renegado de su alianza en tiempos de paz con Alemania y Austria-Hungría y les declaró la guerra con la esperanza de expandir su territorio si el Imperio de los Habsburgo era derrotado. Este desarrollo facilitó mucho las críticas a la nueva emperatriz: Zita de Borbón-Parma había nacido en Italia el 9 de mayo de 1892, la decimocuarta hija superviviente de Roberto I, duque de Parma. Era descendiente del rey Carlos X, último

Borbón, rey de Francia, que había tenido que exiliarse durante la revolución de 1830. Ella y su hermana Francesca habían sido educadas en un internado de niñas católicas en la Isla de Wight y dos de sus hermanos, Sixtus y Xavier, se habían unido a la belga. ejército. Austria-Hungría estaba librando una guerra contra, entre otros, Italia, Francia, el Imperio Británico y Bélgica, pero tenía una emperatriz que había nacido en Italia en el seno de una familia francesa, educada en Inglaterra y con parientes en el ejército belga. Como muchas princesas europeas, Zita tuvo una educación internacional: hablaba con fluidez alemán, francés, italiano, español, portugués (el idioma nativo de su madre) e inglés. Pero en el ambiente febril de la Primera Guerra Mundial, todo esto era más una desventaja que una fortaleza.

El matrimonio de Karl y Zita fue un matrimonio por amor. Se habían conocido cuando eran jóvenes y se reencontraron en la edad adulta. Todos los que la conocieron comentaron que era encantadora y Karl quedó tan prendado que cuando escuchó el rumor de que el duque de Madrid le había propuesto matrimonio, dejó su regimiento para hacer una visita apresurada a la tía de Zita para preguntarle si era cierto. Ella respondió que, por lo que ella sabía, Zita seguía sin pareja, a lo que Karl respondió: "Bueno, será mejor que me dé prisa en ese caso o se comprometerá con otra persona". aventuras y la piadosa Zita quedó devastada al descubrir que él no había sido virgen en su noche de bodas. Ella culpó injustamente a su tío Franz Ferdinand por no mantenerlo alejado de las mujeres inmorales, ya que el archiduque igualmente religioso había hecho todo lo que estaba en su poder para advertir a Karl de los peligros del sexo casual.

A pesar de las confesiones incómodas en su noche de bodas, la pareja compartió un compromiso con la fe católica que los unió más como marido y mujer. Era muy inteligente y quizás más cínica que su esposo cuando se trataba de política y especialmente de políticos, ya que se había criado en una familia que nunca había liberado los fantasmas de 1789 o 1830. Fue este legado emigrado lo que a veces hizo que Zita hiciera errores de juicio político y que explicaban su predilección por teorías conspirativas un poco absurdas. Sentía tal repugnancia hacia la república francesa que aparentemente creía que sus agentes habían estado involucrados de alguna manera en el asesinato del príncipe heredero Rodolfo en 1889, aferrándose a esta creencia a pesar de la montaña de evidencia que mostraba que el joven se había suicidado y el falta de una motivación real para que los franceses quisieran matarlo. También estaba marcadamente menos entusiasmada con

federalismo que su esposo, quien parece haber estado bastante dispuesto a ir mucho más allá de lo que Francisco Fernando jamás habría contemplado al permitir, si fuera absolutamente necesario, que algunas de las regiones más pequeñas del Imperio de los Habsburgo se convirtieran en repúblicas semiautónomas si accedían a reagruparse en un sistema que suena muy similar a la mancomunidad que se creó para facilitar la disolución del Imperio Británico después de 1949. Era una solución radical, mucho más que cualquier cosa contemplada hasta ahora, y Zita, que había sido criada con la actitud que uno debe luchar contra el legado de la Revolución Francesa hasta que el infierno se congele y una vez que eso suceda llevar la batalla al hielo, no parece haber estado muy entusiasmado con cualquier dilución de la autoridad monárquica.

El mismo día en que se publicó su manifiesto, los sueños de reforma de largo alcance de Karl sufrieron un serio revés. A las once de la mañana recibió la visita del primer ministro de Hungría, el conde István Tisza, un aristócrata anglófilo que había estudiado la licenciatura en Berlín y luego se doctoró en ciencias políticas en Oxford. Tisza poseía la más rara de las combinaciones: un gran intelecto combinado con una sabia conciencia política. Era un monárquico pero también un patriota húngaro que llegó a Viena decidido a evitar que su nuevo rey hiciera algo que pudiera debilitar o alterar irrevocablemente la Monarquía Dual establecida en 1867. Aparentemente, la audiencia iba a hablar sobre la coronación de Karl y Zita como Rey y Reina. En Hungría, la monarquía húngara y su constitución todavía operaban con una consideración casi medieval por el ritual de la coronación y sin la ceremonia por la cual se colocó la corona de San Esteban sobre su cabeza, pocos húngaros considerarían a alguien como su legítimo soberano, incluso si había heredado el título sin disputa como lo había hecho Karl. Lo que hicieran en Austria era asunto suyo, pero en Hungría jugaron con sus propias reglas nacionales antiguas y únicas.

El conde Tisza usó hábilmente las discusiones sobre la ceremonia en Budapest para superar a Karl. Al enfatizar la debilidad de la autoridad de Karl en Hungría sin una coronación, Tisza pudo proponer una coronación en la primera fecha disponible, el 30 de diciembre, demasiado pronto para que Karl intentara cambios constitucionales significativos y, por supuesto, en la coronación estaría obligado a hacer un juramento que obligaría al rey a "no enajenar las fronteras de Hungría y sus países asociados, ni nada que pertenezca a esos países bajo ningún título". era

coronado y juramentado, una de las razones por las que Franz Ferdinand había prometido posponer una coronación en Budapest el mayor tiempo posible para poder encontrar una manera de implementar sus cambios antes de estar obligado por juramento a hacerlo. Con la guerra en pleno apogeo y los húngaros formando una parte tan grande de los ejércitos mientras sus campos servían como canasta de granos para el imperio, Karl tuvo que ceder a la sugerencia de Tisza de una coronación el 30 de diciembre. Todos sus asesores, incluso los que apoyaban firmemente sus planes de reforma, coincidieron con él en que tenía que ir a Budapest en la primera oportunidad disponible y jurar lo que se le pedía.

Esa coronación, la última del antiguo Imperio Habsburgo, vio muestras de pompa y esperanza. Un joven aristócrata escribió sobre la espléndida procesión desde Castle Hill en Buda hasta la iglesia Mathias: 'Como una serpiente oscura, los carruajes subieron la colina. Durante cincuenta años, los nobles húngaros habían anhelado que su soberano les diera a ellos, y a la capital, el glamour de la realeza, de la vida cortesana con sus celebraciones, de títulos y condecoraciones... Ahora había esperanza de que todo esto cambiara... que la paz -los jóvenes reyes y reinas amantes tendrían el coraje de resistir al káiser alemán y detener el derramamiento de sangre inútil.'¹⁰

El cuñado de Zita, el zar Fernando de Bulgaria, fue uno de los pocos miembros de la realeza que pudo asistir a las festividades y luego comentó que estaban entre las más espléndidas y hermosas que había visto en su vida. La coronación duró tres horas, tiempo durante el cual Karl tomó la espada de San Esteban y la cortó en el aire como símbolo del papel del rey en la defensa de Hungría de los enemigos en todas las direcciones. Fue ungido y coronado por el cardenal arzobispo de Budapest, quien lo proclamó rey Carlos IV de Hungría. Zita, ataviada con un vestido de brocado blanco con rosas bordadas en oro (tuvo que evitar la flor de lis heráldica de su familia francesa debido a la guerra), se adelantó para que la corona de San Esteban rozara brevemente su hombro derecho antes de que una mirada más le colocaron en la cabeza la corona de diamantes y rubíes de la consorte moderna, luego el cardenal arzobispo Csernoch la acompañó para que se sentara junto a su esposo. Siguió un banquete, tras el cual Karl, Zita y su hijo mayor regresaron en tren a Viena. Dada la guerra, habían decidido que organizar los bailes y bailes habituales sería de mal gusto. La aristocracia no compartió sus escrúpulos y la sociedad de Budapest bailó toda la noche, celebrando lo que vieron como una gran afirmación del estado húngaro.

De regreso en Viena, Zita comenzó a sentir la presión de la campaña de susurros en su contra. La juventud y la falta de experiencia de Karl le daban la apariencia de un diletante político, mientras que su compostura y confianza parecían más la marca de una intrigante consumada que la de una emperatriz reina serena. Los sentimientos contra 'el intrigante italiano' aumentaron cuando se informó que a menudo asistía a las audiencias de su esposo con sus ministros y sus sesiones informativas militares. No parecía estar haciendo nada más inocuo que seguir cosiendo, pero aun así las audiencias políticas no eran tradicionalmente para consortes reales. Para mantenerla informada sobre el progreso de la guerra, Karl ordenó que pudiera recibir su propio informe diario de los agregados militares sobre los acontecimientos en el frente. Esto, a su vez, dio lugar al rumor de que era Zita, no Karl, quien dirigía el esfuerzo de guerra. El embajador de Alemania en tiempos de guerra en Viena, el conde Otto Wedel, enviaba informes periódicos sobre la actividad de la emperatriz a Berlín, pero no parecía tener la antipatía de muchos de sus compatriotas hacia ella; él la miró con un desapego clínico. Le dijo a Ludendorff que 'el estilo alemán es extraño para [ella] y difícil de comprender... A pesar de su encanto personal y amabilidad, la popularidad de la emperatriz está en declive. La gente no confía del todo en la italiana y su camada de parientes.'¹¹

La influencia real de Zita es difícil de medir porque era a la vez sutil y elegante, por lo general ocultaba sus opiniones con más astucia que sus contrapartes alemanas o rusas, excepto en raros momentos de mal genio. Antes del asunto Sixto, solo hay un incidente registrado en el que la emperatriz intentó influir directamente en su esposo sobre el tema de la gestión de la guerra y fue sobre el tratamiento de los prisioneros enemigos capturados. Después de que ella terminó de hablar, Karl le dijo: 'Debes dejarme esas cosas a mí, querida. La verdad es que yo soy el soldado, y tú no lo eres'¹². Sin embargo, si a Zita no se le permitió opinar sobre cómo se llevó a cabo la guerra, pronto llegó a tener un papel enorme en decidir cómo debería terminar. Casi desde el comienzo del reinado de su marido, la emperatriz cultivó la idea de que sería permisible abandonar Alemania para lograrlo. Sus objeciones al conflicto eran humanitarias, basadas en lo que había visto en sus visitas a los hospitales y escuchado de quienes habían servido en el frente; político, porque le preocupaba cómo se ejercería la supremacía de Alemania si ganaban y cuál sería el destino del sistema monárquico en Austria si perdían; y moral, porque creía que era pecado que se desperdiciaran tantas vidas. Lo que hizo en 1917 fue nada menos que

traición a los ojos de muchos de sus contemporáneos. Ella vio que era su deber influir en su esposo para salvar la monarquía de los Habsburgo al dejar que Alemania enfrentara sola la guerra.

OceanofPDF.com

El asesinato de Grigori Rasputín

'No puedo y no creeré que lo hayan matado'

La Gran Duquesa Anastasia de Rusia cumplió quince años en el verano de 1916 y aunque ella y la hermana más cercana a ella en edad, María, de diecisiete años, todavía se consideraban demasiado jóvenes para trabajar en el hospital Tsarskoe Selo con sus hermanas mayores, la zarina. los animó a visitar a los soldados. Este arreglo se adaptaba perfectamente a la naturalmente exuberante Anastasia. Era la más extrovertida de los hijos de Nicolás II, con talento para la mímica, un sentido del humor incontenible y una fascinación por las demás personas. Su buen humor y su insistencia en salirse con la suya llevaron a su prima Nina a odiar cualquier tiempo de juego que pasara en su compañía, pero la adolescencia le había traído una nueva madurez y Anastasia estaba en su elemento en el hospital, haciendo reír a los soldados, jugando a las cartas con ellos y incluso salir a escondidas con algunas de las enfermeras con las que se hizo amiga para fumar un cigarrillo ilícito.

La niñera irlandesa de las grandes duquesas creía que María, la tercera hija del zar, había «nacido bien, pienso a menudo, con el mínimo rastro posible del pecado original» . durante la cena, el zar se rió y dijo que estaba aliviado de ver algo de picardía leve en ella, de lo contrario, pronto le habrían brotado alas. A diferencia de sus hermanas, particularmente Tatiana y Anastasia, que se parecían mucho más a los parientes ingleses y alemanes de su madre, María era la hermana que generalmente se consideraba que tenía la apariencia más típicamente rusa. Sus mejores características eran sus ojos, tan grandes que a menudo los apodaban 'los platillos de María'. Para 1916, María era muy consciente de su reciente aumento de peso, que su madre notaba con desesperación y sus hermanas con alegría, sin darse cuenta tal vez del todo de cuánto la molestaban ocasionalmente sus bromas. También luchó con una sensación natural de aislamiento de hija del medio, porque aunque a su madre le gustaba agrupar a las niñas en 'la pareja grande' (Olga y Tatiana) y 'la pareja pequeña' (María y Anastasia), en realidad Anastasia a menudo parecía más cerca de su hermano pequeño Alexei. A veces molesta por lo que veía como la cercanía de sus hermanos entre sí en lugar de con ella y sin un aliado natural en una familia numerosa, María

se desarrolló como el más sensible de los niños Romanov y el más propenso a las lágrimas.

Si la guerra y la reticencia de su madre no hubieran intervenido, María debería haber hecho su debut en sociedad en 1915. En cambio, hizo su primera entrada en una cena celebrada en honor a la entrada de Rumania en la guerra del lado aliado, en la que la baronesa Buxhoeveden pensó que ella se veía 'muy bonita con su vestido azul pálido', lo que había sido un trabajo de última hora porque la noche anterior Tatiana se había dado cuenta, para su horror, de que María no encajaba en ninguno de sus viejos vestidos de baile que había estado planeando usar, pedir prestado. La entrada ceremonial de la Gran Duquesa se vio bastante estropeada por el exceso de celo de los sirvientes que enceraron el suelo de parqué. Ella resbaló, se volcó y se sentó en el suelo, riéndose histéricamente de su propia vergüenza. Su capacidad para reírse de sí misma suavizó cualquier incomodidad causada por la caída, aunque Tatiana sintió que se rió demasiado fuerte durante demasiado tiempo y que debería haberse levantado antes. Con la emperatriz frunciendo el ceño ante la idea de socializar aún más de lo habitual debido a la guerra, María pasó la mayor parte de sus días en el hospital con Anastasia, donde su amabilidad y bondad le ganaron muchos amigos entre los convalecientes.

Alexei se fue durante gran parte de 1916. Acompañado por su tutor francés, el suizo Pierre Gilliard, dejó a Tsarskoe Selo en el tren imperial para unirse a su padre en Stavka, un movimiento que la emperatriz apoyó como entrenamiento esencial para su futura vocación como emperador . , pero la separación causó estragos en sus nervios. Sus cartas sobrevivientes a Nicholas están llenas de consejos para evitar que el excitable niño corra en el tren, corra riesgos indebidos con su seguridad o juegue demasiado ruidosamente. Alexei respondió felizmente que había encontrado una gata callejera en el cuartel militar, la llamó Zubrovka y planeaba llevarla de regreso a Tsarskoe Selo en su próximo viaje a casa. Alexei dormía en una cama de campaña junto a la de su padre y por la noche, después de rezar juntos, el emperador leía en voz alta las cartas de Alexandra y las niñas. El zarevich se estaba convirtiendo en un joven muy apuesto, lo que desmentía su mala salud; tenía la combinación perfecta de la buena apariencia respectiva de sus padres, y las fotografías de la época muestran un crecimiento acelerado hasta una constitución en desarrollo que era delgada pero atlética, como la mayoría de los hombres Romanov. Su creciente fuerza preocupó a su madre, quien le advirtió a Nicholas que "es tan fuerte que olvida que debe tener cuidado" .

rebelión contra la supervisión constante de la zarina, se había evaporado con el inicio de la adolescencia. Comenzó a replicar los exquisitos modales de su padre y el agregado militar británico en Stavka, el general de división Sir John Hanbury Williams, escribió que el zarevich "tenía excelentes modales y hablaba bien y con claridad varios idiomas".⁴

Uno de los conceptos erróneos más grandes sobre Nicolás II fue que siempre estuvo dominado por su esposa. Una dinámica que ocurre en una etapa de una relación no necesariamente muestra que alguna vez fue así. Esto es especialmente cierto en el caso de Nicolás y Alexandra. La aparente amabilidad del zar, su cortesía y los extremos a los que llegaba para evitar escenas incómodas o para evitar avergonzar a alguien lo hacían parecer una masilla débil en manos de su asertiva esposa anglo-alemana, que era franca hasta el punto de descaro. cuando es atacado. El escándalo de Alexandra y Rasputín y el papel que ambos jugaron en la desintegración de la monarquía rusa ha dado lugar a una versión de su matrimonio en la que ella siempre estuvo al mando y Nicolás se doblegó a sus deseos.

De hecho, antes de la Primera Guerra Mundial, Alexandra casi no tenía influencia política. Nicholas no le permitió nada y deliberadamente la mantuvo en la ignorancia de las políticas que él sentía que ella no entendería o que la molestarían. Muchas veces antes de 1915, sus damas de compañía se sorprendieron al "descubrir que permanecía en una ignorancia absoluta de lo que estaba sucediendo".⁵ El colapso de la salud de Alexandra después del diagnóstico de hemofilia de su hijo preocupó a Nicholas, quien estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que Alexandra quisiera en cuanto a su horario y rutina diaria para no causarle más molestias, de ahí su propio retiro de la escena social de San Petersburgo, a pesar de que de joven lo había disfrutado inmensamente, su decisión de evitar invitar a familiares a Tsarskoe Selo, de quien sabía que agravó a Alexandra, nuevamente a pesar de su propia naturaleza sociable y su estrecha relación previa con los otros Romanov, y su constante organización de viajes cada vez más largos en el yate de la familia o a Crimea, donde ella parecía estar de mejor humor. .

La preocupación doméstica de un marido por su esposa no se tradujo, al menos hasta 1915, en la dependencia política del emperador de su consorte. Había ignorado la oposición de Alexandra al Manifiesto de Octubre en 1905, no había sido consultada en ninguna de las maniobras políticas que tuvieron lugar en 1906 o 1907, había seguido promoviendo y apoyando a Peter Stolypin.

a pesar de su aversión por él y en ninguna parte fue más evidente su independencia de su esposa que en la forma en que manejó el tema de Grigori Rasputin.

Gracias a los informes colocados en su escritorio por la Okhrana, el servicio de policía secreta del imperio, Nicholas sabía de las travesuras sexuales y el consumo excesivo de alcohol de Rasputín. Después de su espantoso asesinato, la libido de Rasputín se transformó por rumores en una de proporciones similares a las de Zeus, pero la verdad era que él era esencialmente un hombre simple con debilidad por el vino barato de Madeira y las mujeres fáciles. El favor de la Emperatriz hacia un simple moujik de Siberia se le había subido a la cabeza a Rasputín y lo hacía comportarse de manera imprudente, sobre todo cuando estaba en sus copas. Nicholas protegió a Alexandra del peor de los informes, en primer lugar porque sabía cuánto significaba para ella la aparente capacidad de Rasputín para detener el sangrado de su hijo y en segundo lugar porque no creía nada de eso, incluso cuando él se lo dijo. En varias ocasiones, cuando el comportamiento de Rasputín había sido particularmente malo o sus mentiras escandalosas y pronunciadas en público, Nicolás lo desterró de San Petersburgo para darle una lección, haciendo caso omiso de las súplicas de Alexandra de que todo lo dicho contra Rasputín eran engaños obscenos de personas cuyas propias mentes estaban obviamente en contra. la alcantarilla o que estaban celosos de él. Un incidente memorable que enfureció particularmente al Zar ocurrió cuando Rasputín se emborrachó espectacularmente en un club nocturno de Moscú, trepó a la mesa, se bajó los pantalones, empujó su pene en la dirección general de los demás clientes y les informó que se le permitía aparecer así en el palacio todo el tiempo.

Fue la grandilocuencia ebria de Rasputín lo que resultó ser su perdición, porque su comportamiento imprudente en la ciudad condujo inevitablemente a la especulación sobre la naturaleza de su relación con la Emperatriz, particularmente en ausencia de información sobre la hemofilia de Alexei. Fue una pena, porque atenuar la imagen de él como un bufón lascivo es el hecho de que el consejo de Rasputín a los Romanov no fue uniformemente idiota. Estaba en contra de la guerra porque sabía que la mayor parte de la carga recaería sobre los campesinos del imperio y, inusualmente para tantos rusos en ese momento, también se sentía incómodo con el trato de su país a su pueblo judío; en esto, sus puntos de vista coincidían con los de Alexandra, quien había crecido con el primer ministro favorito de su abuela siendo un converso judío y muchos de los amigos más cercanos de su tío Eduardo VII eran empresarios judíos o pares recientemente ennoblecidos. Sin embargo, por cada buen consejo, había al menos diez malos, y con Nicholas al frente y Alexandra

asumiendo un papel político por primera vez en el reinado de su marido, más atención se dirigió a Rasputín, su mano derecha, en el mismo momento en que parecía estar bebiendo más que nunca, comportándose de manera inapropiada y luchando contra el nuevo interés hostil en su vida privada.

Las cartas de Alexandra a Nicholas en el frente se publicaron poco después de la Revolución y confirmaron todas las impresiones negativas de ella: aparece como una arpía, una dominadora malhechora que regaña sin cesar a su patético y dominado marido. La verdad era más compleja. La apariencia de fuerza de Alexandra era esencialmente una fachada. Fue una actuación que montó para ayudar a su esposo en un momento en que su propio comportamiento comenzaba a preocuparla. Alexandra no era una mujer sana en 1916. No importaba lo vigorizante que lo encontrara o lo bien que estuviera haciendo estar allí, el trabajo del hospital la estaba agotando como Nicholas temía que lo haría. Su ciática había regresado con fuerza, los latidos de su corazón y sus patrones de sueño eran irregulares ya menudo se sentía mareada. Las suaves palabras de consuelo de Rasputín, su espiritualidad casera que le parecía tan cercana a la de los apóstoles en el Nuevo Testamento y su seguridad de que Dios la estaba cuidando eran exactamente lo que ella quería escuchar. Rasputin la estaba estabilizando para que pudiera estabilizar a Nicholas y ella necesitaba urgentemente hacerlo porque en 1916 su esposo mostraba signos de un colapso nervioso total e inminente.

Inicialmente, la presencia de Nicolás en Stavka y su nombramiento del general Alekseev como nuevo Jefe de Estado Mayor habían dado sus frutos. El año posterior a su llegada fue el más exitoso del esfuerzo de guerra ruso: Kiev se salvó de los alemanes, se mejoraron las líneas de suministro y se lanzaron contraataques exitosos contra los ejércitos alemán, búlgaro y austrohúngaro. Sin embargo, incluso en esta etapa, Nicolás se quejaba de dolores en el pecho en sus cartas a casa, afirmando que los había sentido por primera vez cuando escuchó la noticia de la derrota en Tannenberg: 'Estoy empezando a sentir mi viejo corazón. La primera vez fue en agosto del año pasado, después de la catástrofe de Samsonov [una referencia al general Alexander Samsonov, comandante general de los rusos en la batalla de Tannenberg, quien se suicidó tras la vergüenza y la magnitud de la derrota], y de nuevo ahora —se siente tan pesado en el lado izquierdo cuando respiro.'⁶ Las derrotas y la matanza le dolían, el hecho de que no había una salida viable de la guerra era aún peor. Mikhail Rodzianko, un enorme político liberal que se desempeñó como presidente de la Duma y que se ganó así la falta de caridad y falta de ima

el apodo de 'Gordo Rodzianko' en la correspondencia de la zarina, llegó a una audiencia con el zar en Stavka y notó un mayor deterioro: 'En comparación con el año pasado, su tono ha cambiado y se ha vuelto menos seguro de sí mismo'.

7 Unos meses después. , otro de los invitados del zar pensó que había 'envejecido mucho y tenía las mejillas hundidas. Sentado casi frente a Su Majestad y sin apartar los ojos de él, no pude dejar de prestar atención a su terrible nerviosismo, que nunca antes había existido. Era evidente que el espíritu del Emperador estaba perturbado y que le resultaba difícil ocultar con éxito su agitación de su séquito.'⁸ Su madre estaba sorprendida de lo callado que se había vuelto y de lo mucho que había envejecido.⁹ A veces, el Zar Parecía distraído durante las reuniones ministeriales, sus manos agarrando nerviosamente un ícono religioso, y su falta de concentración, perceptible en alguien generalmente tan educado, fue comentada por varios ministros, incluidos los encargados de agricultura y finanzas, sorprendiéndose el primero cuando Nicholas ' seguían interrumpiéndome con preguntas que no estaban relacionadas con el aspecto comercial de mi viaje oficial, sino con trivialidades cotidianas' y estas últimas perturbadas por 'la actitud apática del

emperador'.¹⁰ Eventualmente, los cortesanos de Nicolás intentaron intervenir. Conde Paul Benckendorff , el Gran Mariscal de la corte imperial, escribió una carta ásperamente redactada al Dr. Evgeny Botkin, el médico personal del Zar. No puede continuar así mucho más tiempo. Su Majestad es un hombre cambiado. Está muy mal de su parte intentar lo imposible. Ya no está seriamente interesado en nada. Últimamente, se ha vuelto bastante apático. Realiza su rutina diaria como un autómatas, prestando más atención a la hora fijada para sus comidas o su paseo por el jardín, que a los asuntos de estado. Uno no puede gobernar un imperio y comandar un ejército en el campo de esta manera. Si no se da cuenta a tiempo, es probable que suceda algo catastrófico.'¹¹

Casi todos los observadores que conocían al zar estaban de acuerdo con la evaluación de Benckendorff de que Nicolás era "un hombre diferente". El Emperador que había estado dispuesto a sancionar acciones firmes y decisivas para asegurar el trono en 1906 y 1907 y que incluso había firmado uno de los documentos constitucionales más trascendentales de la historia rusa, aunque lamentablemente, había sido reemplazado por un hombre que parecía estar funcionando. como un robot, incluso para sus cortesanos y sirvientes más cercanos. Estaba tratando de ocultarles su mala salud mental, pero era imposible. En 1905, le dijo a su madre que estaba dispuesto a hacer frente a la bala, a 'persig

lo que todo el mundo estaba pidiendo', pero en 1916 apenas podía pasar una sesión informativa ministerial sin desviarse del tema. Agotado, desconsolado por las cifras de bajas, sinceramente sorprendido por la profundidad de la impopularidad de su esposa y atormentado, en su opinión, por políticos que se pelean, un parlamento desleal, quejumbroso y antipatriótico y un frente interno acosado por divisiones internas, todo lo cual debería reprimida en tiempos de guerra, la calma sobrenatural y la capacidad de trabajo de Nicolás II dieron paso a una histeria taciturna y nerviosa, al insomnio ya una especie de letargo patológico.

Para nosotros, lleva todas las características de la neblina impenetrable y la miseria causada por la depresión. Para sus oponentes, así sería recordado, y esta depresión se convirtió en el alfa y el omega de la reputación política de Nicolás II. Leon Trotsky comentó alegremente que Nicolás II no había sido mentalmente equipado para dirigir una oficina de correos de pueblo, y mucho menos un imperio.

Otro problema que hizo que 1916 fuera diferente a 1905 fue a quién tenía acceso Nicholas. Durante la primera década de su reinado, Nicolás había estado cerca de su madre y sus cuatro tíos paternos, cuyos consejos, aunque ciertamente no siempre perfectos en ningún sentido de la imaginación, al menos se habían dado con honestidad y permitieron al Emperador acceder a una variedad de opiniones de personas en las que confiaba. Durante esa crisis anterior de la monarquía en 1905 y 1906, el consejo y la presencia estabilizadora de la emperatriz viuda en particular resultaron invaluable. Desde entonces, todos los años de reclusión en Tsarskoe Selo, las fiestas perdidas, los bailes cancelados, las invitaciones rechazadas, la incesante romantización del campesinado rural como la "verdadera" Rusia y la gélida animosidad entre la emperatriz y los habitantes de la sociedad de Petersburgo habían todo combinado para producir un profundo aislamiento político.

La devoción de Alexandra por Rasputín y su negativa ciega a tolerar a cualquiera que susurrara una queja contra él enfureció o angustió a muchos de sus suegros. En la Navidad de 1915, Alexandra no envió regalos de Navidad a su suegra ni a ningún otro miembro destacado de la familia imperial. La amiga de los Romanov, la princesa Zenaida Yussopov, fue desterrada¹² La socialité y la vieja de la presencia de la emperatriz cuando ella intentó entablar una conversación con Rasputín. Cuando siguió hablando, la Emperatriz llamó a un sirviente y dijo: '¡Espero no volver a verte nunca más!'13. La Princesa regresó a casa llorando a su hijo: '¡Me ahuyentó como a un perro! Pobre-Nicky, pobre

¡Rusia!'14 Para 1916, los embajadores en Petrogrado escucharon informes de que el primo de Nicolás, el Gran Duque Cirilo, y su madre, la Gran Duquesa María Pavlovna, 'la más grande de las grandes duquesas', estaban expresando abiertamente su esperanza de que Nicolás abdicara y Alexandra pudiera ser desterrada al destierro interior en un convento, como las molestas zarinas de los siglos pasados. Una furiosa disputa que nunca se resolvió estalló entre la Emperatriz y su hermana Ella cuando esta última, que ahora vive como monja desde la muerte de su esposo, abordó el tema del moujik. Cuando el tío más joven y favorito de Nicolás, el gran duque Pablo, trató de cabildear por mejores relaciones con la Duma y la destitución de Rasputín, Nicolás se agitó y Alexandra se enfureció. Cuando descubrió que su suegra, que detestaba abiertamente a Rasputín, estaba haciendo una de sus raras visitas a Stavka para pasar algún tiempo con su hijo, la zarina le envió una carta a Nicolás: "Cuando veas a la pobre madre querida, debes decirle con bastante dureza lo apenado que estás, que ella escucha la calumnia y no la detiene, ya que hace travesuras y los demás estarían encantados, estoy seguro..."15

Las dos emperatrices nunca habían sido cercanas: María quería que Nicolás se casara con la hija del conde de París y había causado un escándalo menor cuando trató de conservar las joyas imperiales que deberían haber ido a Alexandra después de su boda. También era una de las líderes de la sociedad de Petersburgo y creía firmemente que solo permaneciendo cerca de la élite del país y escuchando sus opiniones, a menudo expresadas de manera casual y sincera en eventos sociales, un monarca podría permanecer conectado con las personas más poderosas de su imperio. Una relación tensa finalmente había dado paso a una animosidad apenas velada, lo que limitaba el acceso de Marie a su hijo y reducía su influencia política. En conversaciones privadas con la hermana de Nicholas, Xenia, Marie expresó una creencia medio sincera de que Alexandra debía haberse vuelto loca. Lamentó las acciones de su nuera y la prominencia de Rasputín para cualquiera que quisiera escuchar, pero nada cambió y en el verano de 1916 se rindió por completo y dejó la capital para establecer su residencia a 800 millas de distancia en el Palacio Mariyinsky en Kiev.

El resultado de este aislamiento de sus compañeros significó que la única fuente de asesoramiento continuo de Nicholas de una persona en la que confiaba era Alexandra. Llevándose a sí misma una fiebre de ira farisaica contra lo que eligió ver como complots de los políticos para debilitar la monarquía, las cartas de Alexandra estaban llenas de consejos lamentablemente ineptos. Aunque Nicholas fue firme y

incluso irritable cuando ella le transmitía los puntos de vista de 'Nuestro Amigo' sobre asuntos militares, estaba tan preocupado por lo que estaba sucediendo en el frente que estaba contento de escuchar la evaluación de la Emperatriz sobre los desarrollos en casa. No tenía experiencia política y era compulsivamente honesta hasta el punto de la rudeza brutal, con el resultado de que alienaba a casi todas las personas con las que entraba en contacto. Cualquiera que criticara a Rasputín atraía la ira del Regente; muy pronto, consiguió la destitución de cuatro de sus oponentes de alto rango: un consejero de estado, el procurador del Santo Sínodo (el ministerio de la Iglesia ortodoxa) y los ministros del interior y agricultura. Luego aseguró otro golpe dañino cuando visitó a Nicolás en el frente y lo convenció de despedir a Sergei Sazonov, el ministro de Relaciones Exteriores, después de que sugirió en el gabinete que una vez que la guerra terminara, Rusia podría considerar otorgar la independencia a Polonia. Al interpretar esto como un intento de desmembrar la monarquía, A Cuando Nicolás quiso relevar al primer ministro, el príncipe Iván Goremykin, debido a su deseo de jubilarse en su vejez, Alexandra sugirió a Boris Stürmer, un burócrata profundamente impopular que se había ganado la amistad de Rasputín ("lo cual es una gran cosa"), y que tenía, como ella, un apellido que sonaba alemán, cuyo significado Alexandra parecía felizmente inconsciente . de los asuntos del Estado.'17 El Zar, a 1.500 millas de distancia, creyó en la brillante evaluación de su esposa sobre el carácter de Stürmer y se convirtió en Primer Ministro.

La Duma protestó enérgicamente por el nombramiento y los discursos pronunciados en el piso de su lugar de reunión en el Palacio Tauride criticaron abiertamente a la zarina. Su ira no tuvo otro resultado inmediato que endurecer la determinación de Alexandra de seguir adelante y evitarle a su esposo la tribulación de tener que lidiar con ellos. Sugirió a Alexander Protopopov como nuevo Ministro del Interior; no fue una elección tan impopular como la de Stürmer. A los sesenta y cuatro años, Protopopov era vicepresidente de la Duma, era más centrista en sus puntos de vista políticos que Stürmer y no tenía vínculos claros con la corte. También disfrutó de una excelente reputación a nivel internacional y se sabía que apoyaba firmemente el esfuerzo de guerra de los Aliados. Había representado a la Duma en visitas a los aliados de Rusia en Londres, París y Roma a principios de año, donde fue descrito como "un buen orador y conversador, y cualquier cosa menos un estúpido".

hombre ... el Rey de Inglaterra expresó su alegría de que Rusia poseyera gente tan destacada".¹⁸ Alexandra lo conoció por primera vez en el verano de ese año y de inmediato se sintió cautivada por él, inusualmente para un hombre del que se rumoreaba que era liberal y que tenía sirvió en la Duma durante años. Ella lo describió como "un hombre que me gustaba mucho" en sus cartas a Nicholas, quien estaba de acuerdo con su opinión sobre su personalidad pero parecía reacio a darle un puesto ministerial tan prestigioso. 'Es un hombre bueno, honesto', escribió, 'pero salta de una idea a otra y no puede decidirse por nada... es arriesgado dejar el Ministerio del Interior en manos de un hombre así en estos veces.'¹⁹ Los colegas de Protopovov en el gabinete estuvieron de acuerdo con el Zar. Peter Bark, el Ministro de Finanzas, admitió que 'Hay que hacerle justicia con respecto a un talento: era extremadamente elocuente y podía hablar sin parar...

Era imposible enfadarse con él. Era en sumo grado una persona bien educada, atenta, cortés, que ganaba simpatías por su trato amable con la gente', pero 'sus explicaciones y juicios eran inusualmente superficiales, no gozaba de autoridad y parecía una figura lamentable por su falta de competencia o conocimiento». ²⁰ Agotado por la persistencia de Alexandra y tal vez influido por los entusiastas informes sobre el éxito de Protopovov con los Aliados, Nicolás cedió y la Duma estaba en efervescencia. Por mucho que a muchos de ellos les gustara el encantador Protopopov a nivel personal, fue una elección desastrosa para la cartera y culparon a la zarina por hacerlo realidad.

En los dieciséis meses de la carrera política de Alexandra, Rusia tuvo cuatro primeros ministros diferentes, cinco ministros del interior, tres ministros de guerra, cuatro ministros de agricultura, dos procuradores del Santo Sínodo y dos ministros de Asuntos Exteriores. Nicholas tuvo que intervenir para despedir a hombres como Stürmer cuando lo atraparon tratando de retirar 5 millones de rublos del Tesoro sin ofrecer una explicación de a dónde iba. Incluso los diputados monárquicos de la Duma que previamente habían ensalzado la lealtad al trono hasta la muerte se sintieron obligados a hablar en contra de la regencia. Insistiendo en que su lealtad al Emperador permanecía intacta y ansiosos de que ninguna de sus palabras se interpretara como una crítica a la propia dinastía, los políticos de derecha se centraron principalmente en Rasputín, la maligna eminencia gris de la Emperatriz, el oscuro poder detrás del trono que estaba corrompiendo la corte desde adentro. Rasputín era el tumor en el cuerpo político. Quitarlo y la salud del imperio se recuperaría.

Uno de esos discursos fue pronunciado en Tauride el 20 de noviembre de 1916 por Vladimir Purishkevich, de quien lo único más a la derecha era la pared detrás de él. Purishkevich fue uno de los políticos monárquicos más populares en la Duma, sobre todo por su personalidad extrovertida y sus discursos extravagantes. Si esperaban los habituales himnos de amor y devoción al Zar y la Madre Rusia, sus compañeros delegados debieron sorprenderse cuando durante dos extraordinarias horas Purishkevich lanzó una diatriba que criticó al gobierno actual por degradar la sagrada institución de la monarquía. 'Solo se requiere la recomendación de Rasputín para elevar al ciudadano más abyecto a un alto cargo', tronó.

Sentado cerca del embajador francés en la galería de visitantes, el príncipe Félix Yussopov, un joven delgado y afeminado con pómulos salientes y un rostro deslumbrante, observaba embelesado cómo las palabras de Purishkevich le llegaban directamente al corazón. Ya se había decidido a hacer algo por su país y las palabras de Purishkevich lo convencieron de que sus intenciones estaban justificadas. Para salvar el Imperio Ruso, tendría que asesinar a Grigori Rasputin.

En la superficie de las cosas, Felix Yussopov era un asesino poco probable. Un conocido escribió acerca de cómo la gente por lo general estaba "muy cautivada tanto por su apariencia externa, que irradiaba una elegancia y crianza indescriptibles, como particularmente por su autocontrol interior".²¹ Heredero de una fortuna familiar tan grande que se decía que eclipsaba la Romanov, los jarrones en algunas de las muchas casas de su familia estaban llenos de joyas en lugar de flores y para el cumpleaños de su amada madre, compró su montaña favorita. Cuando era adolescente, había experimentado con el travestismo, un campo en el que aparentemente era tan convincente que en una fiesta en París llamó la atención del anciano rey Eduardo VII, un célebre bon vivant que pensó que había visto una especialmente hermosa. mujer joven. Félix se batió en retirada precipitadamente y pronto abandonó su moda por los vestidos de mujer y las joyas de su madre. Se matriculó en el University College de Oxford, donde pasó los años entre 1909 y 1912 viviendo la vida de un estudiante que ahora parece haber tenido más que un toque de *Brideshead Revisited*. Organizó fiestas llenas de champán en sus habitaciones y evadió el toque de queda de la universidad al tejer una cuerda larga para jalar a sus compañeros de pregrado por las paredes y entrar a su habitación. Las cosas tomaron un giro bastante incómodo cuando accidentalmente atrapó a un policía una noche y tuvo que explicar su comportamiento al preboste, pero en general fueron años felices para Félix, "los más felices de n

desarrolló un talento para el polo y el cricket.²² Al igual que Evelyn Waugh, los días de Felix en Oxford fueron una oportunidad para la exploración juvenil y tuvo numerosas aventuras con sus compañeros de estudios. Todas las evidencias apuntan a que él fue homosexual, de eso no cabe duda y su relación amorosa más importante tuvo lugar cuando regresó a Rusia después de graduarse.²³

Las memorias de Felix capturan algo de su enamoramiento temprano por el primo mucho más joven de Nicolás II, el gran duque Dmitri. Felix pensó que era 'extremadamente atractivo: alto, elegante, bien educado, con ojos profundos y pensativos, recordaba los retratos de sus antepasados. Era todo impulsos y contradicciones; era a la vez romántico y místico, y su mente estaba lejos de ser superficial. Al mismo tiempo, era muy alegre y siempre estaba listo para las escapadas más salvajes. Su encanto se ganó los corazones de todos...»²⁴ Más adelante en la vida, las parejas sexuales de Dmitri incluían a Coco Chanel, cuyas primeras empresas comerciales ayudó a financiar, pero las conversaciones de los emigrados rusos que conocían bien a la pareja y los comentarios hechos en las cartas y los comentarios del propio Félix las memorias confirman que los miembros de la familia imperial y el círculo de Félix en San Petersburgo sabían que en algún momento de 1912 y posiblemente de 1913, Félix y el Gran Duque tenían una relación sentimental. En cartas a su esposo, Alexandra, que quería a Dmitri y se sentía protectora con él después de la muerte de su madre en el parto en 1891, señaló con picardía que cuando estaba en San Petersburgo con su regimiento "no salía en las compañías de damas". – pero fuera de la vista, [él] cae en otras manos".²⁵ Los rumores parecían vincular cada vez más a Dmitri con Félix, de quien Alexandra ya desconfiaba debido a su reputación de extravagante en todas «El zar y la zarina, que estaban al tanto de los escandalosos rumores sobre mi modo de vida, desaprobaron nuestra amistad», escribió Félix más tarde. "Terminaron prohibiendo al Gran Duque que me viera, y yo mismo me convertí en el objeto de la supervisión más desagradable". terminó por instigación de Félix, en lugar de Dmitri.²⁷

En 1914, el hermano mayor de Félix murió en un duelo y la tragedia de su muerte convirtió a Félix en el heredero de uno de los nombres más antiguos y prestigiosos de la aristocracia rusa. La presión aumentó sobre él para encontrar una esposa y Félix aparentemente decidió dejar atrás su homosexualidad, poniendo fin a la aventura con Dmitri. Parecía haber adquirido predilección por

Romanovs y transfirió su afecto a la única sobrina del zar, la bella e inocente princesa Irina. Estaba cabalgando una tarde cuando la vio sentada junto a su madre, la Gran Duquesa Xenia, en su carruaje. Habló brevemente con las mujeres y luego afirmó estar enamorado.

Con su ascendencia y riqueza, Xenia pensó que era un candidato muy atractivo para la mano de su hija e Irina parecía fascinada por el interés obsesivo de Félix por ella. Sin embargo, alguien, tal vez el propio zar, avisó al padre de Irina, el gran duque Alejandro, sobre la vida amorosa de Félix. Al mismo tiempo, Dmitri de repente sugirió que él mismo quería casarse con Irina. En ese momento, el interés de Dmitri en Irina sorprendió a muchas personas, pero es imposible decir si fue porque quería detener la boda de Irina o de Félix.

Alexander llamó a Felix con algunos amigos para discutir, de hombre a hombre, los rumores sobre su vida privada. Félix fue perfectamente sincero. Admitió que había sido homosexual, pero afirmó que lo había dejado porque quería casarse con Irina. Alexander, tal vez como era de esperar, no estaba del todo convencido de que esto fuera una garantía suficiente para la felicidad futura de su hija o la de Félix. Pero Felix y su madre tenían una carta de triunfo en su amistad con la matriarca Romanov, la emperatriz viuda María, quien invitó a la pareja a almorzar con ella mientras estaba de vacaciones en Copenhague. El futuro novio se comportó maravillosamente y la emperatriz viuda quedó completamente encantada. Aunque ella también había oído rumores sobre las escapadas románticas de Félix, le creyó cuando dijo que se había enamorado de su nieta. Después del almuerzo, volvió hacia él su radiante sonrisa y le dijo: "Haré lo que pueda por tu felicidad".²⁸ El 22 de febrero de 1914, la pareja se casó en la residencia de la emperatriz viuda en San Petersburgo. Irina lució un vestido de raso blanco con una cola larga y un velo de encaje exquisito, que se dice que perteneció a María Antonieta. Luego partieron de luna de miel para encontrarse con problemas en Berlín antes de que fueran rescatados por las súplicas de la princesa heredera Cecilia y la embajada española.

La aparición del velo de María Antonieta en su boda habría complacido mucho a Félix. Hoy en día, las fotografías de Audrey Hepburn o Marilyn Monroe son omnipresentes en muchos dormitorios de Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos. Estos roles, para bien o para mal, como íconos elegidos de la feminidad moderna fueron ocupados en el siglo XIX y principios del XX por las figuras espectrales de Lady Jane Grey, muy parecidas a las que Delaroche imaginó.

María, Reina de Escocia, y María Antonieta. Una pequeña industria que ensalzaba a María Antonieta como el símbolo más sublime de la feminidad agraviada, que había mantenido su comportamiento femenino incluso cuando la acosaban tan cruelmente hasta la muerte, tocó la sensibilidad victoriana. Un gran retrato de la infeliz Reina colgaba sobre el escritorio de Alexandra en Tsarskoe Selo y en el Palacio Moika, una de las varias casas propiedad de los Yussopov en la capital, había otro retrato de ella, junto con una representación a juego de su esposo, el rey Luis. XVI. Estaban allí por orden de Félix y todos los días él disponía ramos de flores frescas debajo de sus imágenes para conmemorar su martirio durante la Revolución Francesa.

Esta veneración por el Rey y la Reina caídos de la Francia prerrevolucionaria insinuaba otro lado de Félix, porque era una mezcla fascinante de contradicciones, incluso más que la mayoría de la gente. La aclamada bailarina Anna Pavlova, que era una amiga cercana, creía que Félix siempre tenía "Dios en un ojo y el Diablo en el otro" . y fuerza unificadora del gobierno. Sus creencias políticas coincidían con su fervor religioso: tenía una devoción particular por la veneración de la Virgen María y, en un momento dado, durante un período de éxtasis religioso provocado por las visitas a los barrios marginales más pobres de Moscú y San Petersburgo, su familia tuvo que disuadirlo de dar la mayor parte de su dinero a la caridad. Incluso la altruista zarina pensó que se estaba comportando de manera inmoderada y señaló que haría más bien distribuyendo el dinero de manera inteligente y en paquetes más pequeños a las organizaciones benéficas adecuadas, en lugar de simplemente despedirlo indiscriminadamente.

Fue en 1916 cuando este lado de Félix, el del fanático cristiano y monárquico, se convirtió en la fuerza dominante en su vida. El gobierno imperial había promulgado una ley que eximía a los hijos únicos de ser enviados al frente. Félix era hijo único (sobreviviente) y, aunque no se ofreció como voluntario, todavía parece haber sentido que la gente lo estaba juzgando. Si se sentía así, estaba en lo cierto. La hija mayor de Nicolás y Alexandra, Olga, pasaba más tiempo en San Petersburgo presidiendo varios comités de caridad y decidió invitar a su prima Irina a tomar el té.

Félix estaba allí, como Olga le informó a su padre en una carta más tarde esa noche. 'Fui a ver a Irina... Félix es "francamente civil", vestido todo de marrón, hablaba de un lado a otro de la habitación, buscaba en algunas estanterías con

revistas y prácticamente sin hacer nada; da una impresión absolutamente desagradable: un hombre holgazaneando en esos tiempos.³⁰

Pero Félix no estaba exactamente holgazaneando. Una gran cantidad de panfletos pornográficos que mostraban al Zar como un cornudo y a Rasputín en la cama con la Emperatriz circulaban en la capital y llegaban a los soldados en el frente.

En las calles se referían a Alexandra como Niemetzkaia bliad, 'la puta alemana'. Él e Irina hablaron extensamente sobre los temores de su familia sobre la influencia de Rasputín y la negativa de la zarina a escucharlos.

Cuando Félix trató de expresar preocupaciones similares a uno de los amigos de la Emperatriz, ella respondió: 'Nadie tiene derecho a criticar las acciones del Emperador y la Emperatriz. Lo que hacen no le concierne a nadie. Se defienden por sí mismos, por encima de toda la opinión pública'.³¹ Rezando por ello noche tras noche, se convenció de que la única forma de salvar al zar de la zarina ya la zarina de sí misma era asesinar a Rasputín. 'Todas mis dudas y vacilaciones se desvanecieron', afirmó después. "Sentí una resolución tranquila y me entregué al propósito establecido de destruir a Rasputín".³²

Mientras formulaba sus planes, se acercó nuevamente a Dmitri. En sus numerosas entrevistas y tres conjuntos de memorias posteriores escritas en el exilio, Félix siempre fue muy vago acerca de por qué sintió la necesidad de incluir al Gran Duque en la trama. Puede haber sido porque lo extrañaba y deseaba recuperar algo de su antigua cercanía con una empresa compartida. Puede haber sido, como sugirieron los cínicos, que sabía que un Romanov no podía ser condenado en un tribunal de justicia ordinario: un miembro de la familia imperial y sus cómplices estaban sujetos al juicio directo del propio zar. Quizás Félix contaba con eso y los estrechos vínculos de su familia con la de Nicholas si el asesinato causaba una reacción violenta. O puede haber sido porque, como reconoce en sus memorias, Dmitri era aventurero, valiente y 'siempre listo para las escapadas más salvajes'.

Cualquiera que sea la razón, Dmitri compartió el odio de sus otros parientes hacia Rasputín y, a pesar de su antigua cercanía con la Emperatriz, accedió a ayudar. Félix luego visitó el departamento de Vladimir Purishkevich y le preguntó si le gustaría hacer realidad las palabras ardientes de su discurso ante la Duma el 20 de noviembre. Purishkevich estaba entusiasmado, además de cautivado por el glamour y la certeza de acero de Félix. Reclutaron a un sargento del ejército, el Dr. Stanislas Lazover, a quien se encargó la tarea de envenenar a la víctima después de que decidieron que esa sería la mejor manera de deshacerse de él. Félix

Inicialmente quería aparecer y dispararle en su propio apartamento, pero dada la protección policial que lo rodeaba ante la insistencia de la zarina, eso no era práctico. Félix se sintió muy incómodo cuando los demás argumentaron que el único lugar lógico para hacerlo era el Palacio Moika, lo que significaría invitar a un hombre a participar de su hospitalidad y luego asesinarlo.

Finalmente, admitiendo que tenían razón, Félix contactó a Rasputín, alegando que tenía un problema que necesitaba curar. La hija de Rasputín, María, dijo más tarde que su padre le dijo que era porque quería curar su homosexualidad. La sugerencia, hecha por algunos historiadores, de que Félix y Rasputín estaban involucrados sexualmente está llevando la credulidad más allá del límite.³³

Después de someterse a varias sesiones con Rasputín, Félix sintió que había establecido una relación lo suficientemente amistosa como para invitar al moujik a visitarlo en su casa. A menudo se afirma que Félix planteó la posibilidad de que Rasputín tuviera una cita romántica con Irina como cebo para atraerlo al Palacio Moika, pero eso es interpretar mal la personalidad de Félix por completo. Reverenciaba a su esposa como una princesa de sangre y nunca hubiera querido que nadie pensara que ella había sido añadida a la lista de conquistas de Rasputín. En lo que se refiere al honor de Irina, Félix fue tenaz en defenderlo. Sin embargo, le prometió a Rasputín una cena con ella y algunos amigos. Dado el desprecio del resto de la familia imperial por él, es posible que Rasputín estuviera emocionado ante la perspectiva de que uno de ellos le concediera una señal de su favor. Tal vez había oído hablar de la lujosa hospitalidad de Félix. De cualquier manera, fue al Moika la tarde del 16 de diciembre, la fecha más próxima que los conspiradores pudieron elegir debido al ajetreado calendario social del Gran Duque Dmitri. Las invitaciones en la capital a menudo se enviaban con semanas o meses de anticipación, por lo que haber cancelado cualquier compromiso en el último minuto podría haber levantado sospechas, por lo que el día dieciséis, un día que amaneció con 'pequeñas nubes rosadas' surcando el cielo según un temprano carta matinal de la zarina a su marido, fue la última de Rasputín.³⁴

Los detalles exactos de cómo lo mataron han cambiado muchas veces en la narración, sobre todo en los numerosos relatos ligeramente contradictorios dejados por el propio Félix y los otros conspiradores. Con la excepción del gran duque Dmitri, a quien nunca le gustó hablar de esa noche pero que pudo haber sido quien disparó el último tiro fatal, todos los involucrados dejaron relatos del asesinato. Félix, con su tendencia a lo dramático, pudo haber

exageró su versión de los hechos, en la que Rasputín sobrevivió repetidamente a las numerosas copas de vino de Madeira y pasteles envenenados que le dieron, pero igualmente podría haber estado diciendo la verdad. Cuando el veneno no funcionó, Félix disparó el primer tiro y, en el transcurso de la noche, Rasputín fue acosado por el palacio como un animal moribundo, asfixiado, golpeado, baleado, apuñalado y finalmente perseguido hasta el patio cubierto de nieve gritando que él le diría a la Emperatriz. Allí, posiblemente tras un disparo de Dmitri, se desplomó. Lo envolvieron en una cortina, arrastraron el cuerpo sobre el hielo del río Neva congelado, abrieron un agujero y empujaron el cuerpo a través de él.

Esa noche, Anna Vyrubova mencionó casualmente a la Emperatriz que Rasputín iría al Palacio Moika para asistir a una cena ofrecida por la Princesa Irina y el Príncipe Félix. Al igual que al estallar la guerra, Alexandra parecía confundida por lo que le decía su dama de honor. Debe estar equivocada, Grigori no pudo haber ido a ver a Irina porque Irina estaba de vacaciones en Crimea con su madre. A la mañana siguiente, Alexander Protopopov le dijo que un informe policial mencionaba que había habido disturbios en el Moika durante la madrugada y que la hija adolescente de Rasputín telefoneó a Anna para decirle que su padre había salido pero no había vuelto a casa. Durante unos días, la Emperatriz permaneció en calma, al menos en la superficie. Mientras continuaban las investigaciones, ella le escribió a su esposo en el frente: 'Todavía confiaré en la misericordia de Dios que uno solo lo ha expulsado a un lugar donde no puedo ni creeré que lo hayan ... matado. Dios tenga piedad, tal angustia absoluta (estoy tranquilo y no puedo —

creerlo)».³⁵ Unos días después del asesinato, los buzos recuperaron el cuerpo de debajo del hielo. Alexandra estaba devastada y cuando se filtró la noticia de quién lo había matado, las multitudes se abalanzaron en la Catedral de Nuestra Señora de Kazan en San Petersburgo para encender velas debajo de los íconos de San Dmitri. Nicholas estaba disgustado por el asesinato. Me llena de vergüenza que las manos de mis parientes estén manchadas con la sangre de un simple campesino. Un asesinato es siempre un asesinato".³⁶ Tanto Olga como Tatiana optaron por dormir en la habitación de su madre esa noche, ya que ella se administró una fuerte dosis de veronal, un popular barbitúrico utilizado para combatir el insomnio. Olga escribió en su diario: 'Confirmación de que el padre Grigori ha sido asesinado, muy probablemente por Dmitri, y arrojado desde el puente Krestovsky. Lo encontraron en el agua. Tan horrible y no puedo soportar escribirlo.'³⁷

Pero mientras Tatiana creía verdaderamente, como su madre, en la santidad de Rasputín, la actitud de Olga hacia el difunto favorito era más ambivalente. Unas semanas más tarde, cuando volvió a trabajar en el hospital, Olga planteó el tema a otra enfermera llamada Valentina Chebotareva, con quien ella y Tatiana habían entablado una sólida amistad. En el curso de su conversación, Olga comentó en voz baja: "Tal vez era necesario matarlo, pero no de una manera tan terrible".³⁸ De todos los niños, ella había visto y comprendido la mayor parte del mundo exterior. Viajaba regularmente a la capital para presidir comités de caridad destinados a combatir la pobreza y el impacto de la guerra. Es posible que Olga no supiera que los elementos más extremos de la propaganda antimonárquica imprimían dibujos lascivos en los que ella y sus hermanas menores púberes eran entregadas a Rasputín para que las usara como su harén con la connivencia de su madre, pero fue lo suficientemente astuta como para darse cuenta que fuera lo que fuera lo que la presencia de Rasputín al lado de sus padres había hecho a la posición de su familia, no había sido positivo. El general Alexander Spiridovich, un héroe de la guerra ruso-japonesa que también había ayudado a reprimir a los bolcheviques en la revolución de 1905, ahora trabajaba como comandante de la guardia privada del zar y admiraba mucho a la hija mayor de su amo. Afirmó que cuando se hizo adulta, Olga había "intuido instintivamente —

que había algo malo en Rasputín".³⁹ La apuesta de Félix valió la pena: él y Dmitri simplemente fueron desterrados a los límites del imperio, un movimiento que les salvó. Incluso Purishkevich y Lazovet, descritos como héroes en la prensa, quedaron relativamente solos. Frente a la adulación pública, era poco lo que Nicolás II podía hacer para castigar un crimen que lo horrorizaba. El asesinato pareció infligir mucho más daño a un Nicolás rebelde, que estaba particularmente horrorizado cuando los miembros de su familia le pidieron que mostrara clemencia con los asesinos, que a Alexandra. A pesar de lo que esperaban sus muchos críticos, la muerte de Rasputín no la destrozó. En cambio, después de llorarlo, ella pareció continuar con normalidad, aunque es difícil saber cuánto tiempo habría durado porque a la monarquía ahora le quedaba muy poco tiempo.

El asesinato de Rasputín fue un acto desesperado, llevado a cabo por hombres leales al trono de los Romanov que creían que su terrible crimen liberaría a la dinastía de su siniestra influencia. Fue un reflejo de cuánto daño había hecho Alexandra en dieciséis meses que este ataque fue llevado a cabo por

monárquicos. Sin embargo, lo que Felix Yussopov y Vladimir Purishkevich pretendieron como un signo de fortaleza fue en realidad una muestra de lamentable debilidad. La legitimidad y la popularidad del gobierno casi se habían evaporado, uno de los inviernos más fríos registrados azotaba las calles de Petrogrado y Moscú, las vías férreas se doblaban por el frío, los suministros de alimentos no podían llegar a la ciudad ni a los canales adecuados de política. La protesta había llegado a un punto tan bajo de efectividad que la élite del imperio había sentido que la única forma de hacer las cosas era engañar a un campesino semianalfabeto, luego envenenarlo, dispararle, apuñalarlo, golpearlo y empujarlo bajo el hielo. Matar a Rasputín no eliminó la podredumbre; simplemente lo anunció.

Años más tarde, la hermana menor de Nicolás II, la Gran Duquesa Olga Alexandrovna, escribió desde su exilio en Toronto: "No hubo nada heroico en el asesinato de Rasputín... Basta pensar en los dos nombres más estrechamente asociados con él hasta el día de hoy: un Gran Duque, uno de los nietos del Zar-Libertador [Alejandro II], y luego descendiente de una de nuestras casas más grandes cuya esposa era la hija de un Gran Duque. Demostraron lo bajo que habíamos caído.'40

La revolución de febrero y la caída de la monarquía rusa

'Que el Señor Dios ayude a Rusia

Nicolás II permaneció en Tsarskoe Selo durante dos meses después del funeral de Rasputín. Quienes esperaban que usara ese tiempo para rectificar los problemas en el gobierno estaban destinados a la decepción. Nicholas no hizo más que hundirse más en su malestar. La participación de su prima y el esposo de su sobrina en el asesinato del consejero espiritual de su esposa fue un golpe terrible para su orgullo ya asediado. Su propia familia había organizado una especie de rebelión contra él cuando mataron a Rasputín, transmitiendo a todo el imperio que esa era la única forma en que se podía confiar en que Nicholas buscaría el consejo correcto. Unos 3 millones de rusos habían perdido la vida como consecuencia de la guerra, las terribles temperaturas invernales habían agudizado los problemas de distribución de alimentos en las principales ciudades del imperio y como consecuencia las colas del pan serpenteaban por las calles azotadas por el hielo y los vientos gélidos.¹ A pesar de cómo a menudo se afirma y se supone con ligereza que es verdad, no hubo hambre. Tsuyoshi Hasegawa ha demostrado de manera convincente que 'el desempeño general del gobierno zarista en el manejo de esta enorme tarea de suministro de alimentos no fue tan malo como a menudo se argumenta... nadie en las ciudades murió de hambre. El colapso del mecanismo de suministro de alimentos en realidad se produjo después de la Revolución de febrero.'² Aun así, hubo escasez y el racionamiento de los suministros se intensificó significativamente cuando los campesinos, preocupados por la inflación, se negaron a vender sus cosechas al gobierno. Mover los recursos que estaban disponibles se volvió más difícil debido al daño que el clima había infligido a los ferrocarriles.

Durante dos años, la monarquía había ignorado a la Duma. Nicholas había vetado cualquier tipo de trato con su Bloque Progresista y la hostilidad de Alexandra hacia él, así como su total desprecio por sus opiniones, había sido bien publicitada por sus juegos de salto ministerial. El cuñado de Nicolás, el gran duque Alejandro, el infeliz suegro de Felix Yussopov, fue al Palacio de Alejandro para hablar con la pareja imperial. El único de los Romanov siempre había sido amistoso con Alexandra y él y Nicholas habían sido amigos cercanos desde la infancia. Él fue mostrado en su

apartamentos privados donde Alexandra se había visto obligada a acostarse debido a su dolor de espalda, mientras que Nicholas se sentaba y fumaba cerca. El Gran Duque comenzó diciéndole a Alexandra sin rodeos que, aunque sus intenciones habían sido puras, su participación en los asuntos de estado había perjudicado a su esposo en lugar de ayudarlo. Luego dijo que aunque siempre le había inquietado la idea de una monarquía constitucional, había llegado a aceptar que la única forma de que la Corona siguiera funcionando era nombrar un gobierno que fuera aceptable para la Duma. Al hacerlo, recuperaría el apoyo de la clase política y evitaría que Nicholas tuviera que aceptar la culpa por todos los problemas del país.

Alexandra estaba enfadada por su cambio de opinión. Ella le dijo que estaba siendo ridículo y que Nicolás era un autócrata del que no se podía esperar que compartiera sus poderes con un parlamento. Alexander señaló, o más tarde afirmó que lo hizo, que Nicholas no había sido un autócrata desde el 17 de octubre de 1905. Nicholas permaneció en silencio, Alexandra intentó discutir su punto y Alexander comenzó a gritar: "Recuerda, Alix, permanecí en silencio durante treinta meses". ! Durante treinta meses nunca le dije ni una palabra sobre los vergonzosos tejemanejes de nuestro gobierno, mejor dicho de su gobierno. Me doy cuenta de que estás dispuesta a perecer y que tu esposo siente lo mismo, pero ¿y nosotros? ¿Tenemos que sufrir todos por tu ciega terquedad?

"Me niego a continuar con esta disputa", declaró Alexandra. Alejandro no tuvo más remedio que levantarse, besarle la mano, inclinarse ante el Emperador y marcharse. Alexandra no le daría el acostumbrado beso de despedida de un familiar y Alexander nunca más la volvió a ver.³

La alienación del zar de la aristocracia y los miembros de su extensa familia fue total. Cuando su ex primer ministro, el conde Vladimir Kokovstov, llegó para una audiencia en Tsarskoe Selo, encontró al emperador mirando algunos mapas militares sin tener idea de qué día era.

El estancamiento entre la monarquía y la Duma significó que los moderados y los liberales habían perdido la iniciativa de apoyar al régimen en una crisis, como lo habían hecho en 1905 y 1906. Algunos de ellos todavía creían que lo mejor para ambos era encontrar una solución. solución política factible, evitando así una revolución o un golpe de estado, pero cada vez más discursos con un matiz claramente republicano se pronunciaban en el piso de la Tauride.

El presidente de la Duma, Mikhail Rodzianko, volvió al palacio para ver el

Zar. A pesar de su animosidad hacia la corte y el apodo poco halagador de la zarina para él, en tiempos más felices, Rodzianko había acudido a Tsarskoe Selo con un espíritu jocoso: cuando el zar lo presentó por primera vez al zarevich Alexei, Rodzianko se presentó alegremente como el hombre más gordo. en el Imperio Ruso.

En enero de 1917 llegó con un humor diferente. De acuerdo con sus propias memorias, sin duda un poco engreídas, se atrevió a arengar al zar y le habló en el lenguaje más directo posible con la esperanza de que sacaría a Nicolás de su apatía y lo obligaría a otorgar un gabinete de ministros que fue aprobado por la Duma y no seleccionado a mano por la Emperatriz.

El caos reina en todas partes. No hay Gobierno, no hay sistema... A cada paso uno se enfrenta a abusos y confusión. La nación se da cuenta de que ha desterrado a todos los que estaban en la Duma y la gente confiaba y los reemplazó con hombres indignos e incompetentes.

... Es un secreto a voces que la Emperatriz da órdenes sin su conocimiento... y que por su deseo aquellos a quienes ve con desdén pierdan sus trabajos... Su Majestad, no obligue al pueblo a elegir entre usted y el bien del país.

Al final del discurso de Rodzianko, Nicolás supuestamente se sentó en su escritorio con la cabeza entre las manos. '¿Es posible que durante veintidós años haya tratado de actuar lo mejor posible y todo haya sido un error?' Rodzianko asintió. "Sí, Su Majestad, durante veintidós años ha seguido un curso equivocado".⁴ Al final de la audiencia, y es el intercambio anterior el que suena como la parte menos probable de la historia de Rodzianko, Nicolás se despidió de Rodzianko cariñosamente. y el presidente de la Duma se sintió aliviado y conmovido porque no había habido señales de ira o animosidad personal por parte del emperador.

Las terribles advertencias de Rodzianko, por exageradas que pudieran haber sido a la hora de escribir sus memorias, fueron respaldadas por el príncipe Nicholas Golitsyn, el segundo primer ministro desde Boris Stürmer. Usó su amistad y largos años de servicio para implorar al Emperador que escuchara el consejo de Rodzianko y fuera a la Duma en persona para prometerles un gabinete de ministros de su agrado. La vieja magia de una aparición real, el zar en comunión con su pueblo una vez más, podría funcionar y aquietar la

detractores Inyectaría un nuevo vigor a los políticos y, lo que es más importante, proporcionaría al país un gobierno más estable y más popular. Nicolás accedió a su sugerencia. Si se hubiera atendido a esa decisión, es muy posible que la monarquía de los Romanov hubiera capeado las tormentas de 1917. Tal como estaban las cosas, una hora después de que terminara la audiencia, Golitsyn fue convocado de regreso al Palacio de Alejandro. Siempre ha habido una fuerte sospecha de que Nicholas fue a Alexandra para discutir los planes con ella y ella lo convenció de que no actuara tan apresuradamente, pero eso es una conjetura y sus cartas privadas a Nicholas parecen contradecirla.⁵ – También es posible que porque la suerte del ejército en el frente había comenzado a cambiar. Nicholas sintió que necesitaba regresar a tiempo para las victorias anticipadas. Todo lo que sabemos con certeza es que cuando trajeron a Golitsyn al estudio del zar, Nicolás le dijo que iba a regresar a Stavka.

'¿Cómo es eso, Su Majestad?' preguntó el primer ministro. 'Que tal un ministerio responsable? Tenía la intención de ir a la Duma mañana.

'He cambiado de opinión. Me voy al cuartel general esta noche.'⁶ –

*

Cuando el tren imperial se alejaba de la estación de Tsarskoe Selo, Nicolás encontró una carta de Alexandra que ya lo esperaba en su compartimiento. 'Mi amada Sunny', escribió, 'Gracias cariñosas por tu preciosa carta, que dejaste en mi compartimiento, la leí con avidez antes de irme a la cama. ¡Me hizo bien, en mi soledad, después de dos meses de estar juntos, si no escuchar tu dulce voz, al menos ser consolado por esas líneas de tierno amor!'⁷ Cuando llegó a Stavka, un telegrama lo estaba esperando. , nuevamente de su esposa, en la que ella le informó que Olga y Alexei habían contraído sarampión. Nicholas respondió que la enfermedad estaba afectando a dos cuerpos de cadetes en Stavka y que Alexandra no debería encontrarse con demasiadas personas si estaba amamantando a sus hijos para no transmitir la enfermedad.⁸

De regreso en Petrogrado, el clima había comenzado a cambiar y las temperaturas más suaves hicieron que más personas salieran a la calle para protestar contra el terrible invierno que habían soportado, la inexplicable incompetencia del gobierno, el daño infligido por la inflación y la masacre aparentemente interminable de los guerra. El primer ministro Golitsyn y Alexander Protopopov se prepararon para los disturbios e hicieron planes sensatos para con

con la esperanza de que solo tendrían que usar soldados contra los manifestantes como último recurso. Durante cuatro días resistieron, pero el domingo 11 de marzo, tres días después de que el zar regresara al frente, los disturbios en Petrogrado ya no eran manejables. Alexandra le escribió a su esposo:

Precioso, amado Tesoro, 8° y nevando
suavemente – hasta ahora duermo muy bien, pero extraño a mi Amor más de lo que las palabras pueden decir. – Las broncas en el pueblo y las huelgas son más que provocadoras. Le envío la carta de Kall [el apodo de la emperatriz para Alexander Protopopov] para mí, el papel no vale la pena, y obtendrá una más detallada con seguridad fr. el jefe de policía Es un movimiento hooligan, niños y niñas corriendo y gritando que no tienen pan, solo para excitar, y luego los trabajadores previenen a los demás fr. trabajo – si hiciera mucho frío se volverían locos. probablemente permanecer en las puertas. Pero todo esto pasará y se calmará, si la Duma lo hace. sólo comportarse bien: uno no publica los peores discursos, pero creo que los antidinásticos deberían ser castigados de inmediato muy severamente, ya que es un tiempo de guerra, aún más. – Tuve la sensación cuando te vas, cosa salvaje. no seas bueno... Ve a la Virgen y ora allí en silencio por un año. dulce yo para ganar fuerza para nuestra gran y pequeña familia...

Estoy escribiendo junto a una lámpara oscura en el
sofá de Olga. Acabo de colocar velas en [la iglesia] – cansado... No es necesario disparar
– solo ordenar y no dejar que crucen los puentes como lo hacen.
– La cuestión de la comida es enloquecedora. Disculpe la carta aburrida, pero tanta
preocupación por todas partes.⁹

En la misma carta, Alexandra sugirió que el problema de las colas de pan podría solucionarse si Rusia adoptara tarjetas de racionamiento, como el sistema que opera en Gran Bretaña. También transmitió la noticia de que Tatiana se había contagiado de sarampión y la habían mandado a la cama, y que pensaba que Anastasia también podría enfermar con ellos. Hasta ahora, solo la Gran Duquesa María se mantenía en muy buen estado de salud, para alivio de su madre, y ella y Anastasia la estaban ayudando a cuidar de los demás.

En el cuarto día de los disturbios en Petrogrado, el gabinete sancionó, aparentemente con gran reticencia, el uso de disparos para limpiar el centro de la ciudad de manifestantes, a pesar de que la zarina creía que no era necesario. Los disparos llevaron a Rodzianko a telegrafiar al Zar en el Cuartel General. El

El telegrama fue enviado desde Petrogrado a las diez menos ocho de la noche y recibido por el zar cuarenta y ocho minutos después. Incluso en esta coyuntura, 'Fat Rodzianko', el hombre retratado por la facción de la Emperatriz como un republicano encubierto, indicó cuánto él y muchos liberales no querían una revolución, solo alguna señal de un fuerte liderazgo desde el trono.

A Su Majestad Imperial, Ejército en el Campo
Cuartel General del Comandante en Jefe
Su más fiel servidor informa a Su Majestad que los levantamientos populares, que han comenzado en Petrogrado, están adquiriendo dimensiones incontrolables y amenazantes. Su causa es la escasez de pan horneado y la mala entrega de harina, lo que está sembrando el pánico, pero la razón principal es la absoluta desconfianza hacia las autoridades, que no son competentes para sacar al país de su difícil situación. Debido a esto, ciertamente se desarrollarán eventos que pueden ser detenidos temporalmente a expensas de la sangre derramada de ciudadanos inocentes, pero que serán imposibles de contener en caso de que se repitan. Los brotes podrían extenderse a los ferrocarriles, y entonces la vida del país se paralizará en el peor momento posible. Las fábricas que trabajaban para los militares en Petrogrado están cerrando por falta de combustible y materias primas, los trabajadores se quedan sin nada que hacer, y la multitud hambrienta y desempleada comienza el camino de la anarquía elemental e incontrolable. En toda Rusia, las comunicaciones ferroviarias están en total desorden. De 63 altos hornos en el sur, solo 28 están funcionando debido a la falta de entrega de combustible y materias primas necesarias. De los 92 altos hornos en los Urales, 44 están parados y la producción de arrabio se reduce día a día, lo que amenaza con una reducción importante en la producción de proyectiles. Por temor a las órdenes ineptas de las autoridades, el pueblo no lleva sus cereales al mercado, paralizando los molinos y amenazando al ejército y al resto de la población con toda la fuerza de la escasez de harina. La autoridad estatal está totalmente paralizada y absolutamente incapaz de imponer el orden. Su Majestad, salve a Rusia; ella es amenazada con la humillación y la desgracia. En estas circunstancias, la guerra no puede llevarse a una conclusión victoriosa porque el fermento ya se ha extendido al ejército y amenaza crecer si un

No se puede poner fin decisivo a la anarquía y al desorden gubernamental. Su Majestad, convoque urgentemente a una persona en quien todo el país pueda tener fe y encomiéndele la formación de un gobierno en el que todo el pueblo pueda confiar. Habiendo sido re-inspirada por la fe en ellos mismos y sus líderes, toda Rusia prestará atención a tal gobierno. En esta hora terrible, sin precedentes en sus espantosas consecuencias, no hay otra salida y retrasarse es imposible.

Presidente de la Duma Estatal,
Mijaíl Rodzianko10 —

Al día siguiente, la guarnición de Petrogrado se amotinó y prometió que nunca volvería a abrir fuego contra los manifestantes. Los hombres que podrían haber obedecido las órdenes del gobierno, que habrían muerto en la última trinchera defendiendo la monarquía, habían perecido hacía mucho tiempo en el frente: derrotados en la carga de caballería en Tannenburg o asesinados en las campañas para defender Ucrania. Estos soldados solían ser nuevos reclutas con poca o ninguna lealtad al zar y su esposa espía alemana adúltera y no dispararían contra personas cuyas opiniones compartían. El motín de la guarnición significó que el gobierno imperial había perdido el control de su propia capital; un general del almirantazgo llegó a escribir que estaban en estado de sitio. Nicholas finalmente decidió volver a casa. Se enviaron órdenes para que el general Nikolai Ivanov llevara algunas tropas de primera línea de regreso a Petrogrado y aplastara la insurrección antes de que empeorara. El director del Museo de Arte Hermitage en el Palacio de Invierno escribió: "La ciudad resuena con los ruidos más aterradores: cristales rotos, gritos y disparos".¹¹ Las estatuas de los emperadores Romanov fueron arrancadas de sus pedestales, el rostro de yeso roto de II, el zar que había acabado con la servidumbre, fue pateado en las calles como una pelota de fútbol. En las fachadas de las calles y los edificios gubernamentales, las águilas bicéfalas de la dinastía fueron derribadas y arrojadas a las alcantarillas. La multitud liberó a cerca de 8.000 prisioneros, la mayoría de ellos delincuentes menores que tenían todas las razones para alentar la siguiente fase de los disturbios: el saqueo del Palacio de Justicia, los edificios de los tribunales, las prisiones y las oficinas de la policía ordinaria y secreta. Todos los registros de esas instituciones convenientemente se incendiaron. Las casas de la clase media fueron asaltadas, sus habitantes asaltados y asaltados con frecuencia por los ladrones y

violadores que habían sido liberados de las cárceles de la ciudad. En solo unos días, 1.500 personas perdieron la vida y casi 6.000 resultaron heridas solo en la capital como resultado de la violencia de las turbas. Al mismo tiempo, se le dijo al Primer Ministro que el Zar quería disolver temporalmente la Duma y gobernar con los militares hasta que se calmaran los disturbios. Cuando esta orden fue llevada al Palacio de Tauride, los diputados la arrojaron a un lado. Vasily Shulgin, un monárquico, se volvió hacia Rodzianko y le dijo con tristeza: 'Toma el poder. La posición es clara; si no lo haces tú, otros lo harán'.¹² Todos los ex ministros del imperio fueron arrestados, en parte para evitar que fueran linchados por la turba, pero también para dar la impresión de que la Duma estaba haciendo algo para remediar la situación. En otra ala de la Tauride, el movimiento socialista, por fin, había intentado controlar la situación para su propio beneficio: el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado se instaló. Las dos Rusias que buscaban el cambio, Liberal e Izquierda, estaban separadas por un pasillo. Como Juan Perón treinta años después, cuando el izquierdista Alexander Kerensky salió de la Duma para dar discursos al soviét, se quitó el abrigo y el cuello para parecer más un miembro de las clases trabajadoras.

Mientras el tren del zar aceleraba hacia Tsarskoe Selo, encontró su camino bloqueado por soldados simpatizantes de la revolución. Tuvo que desviarse y buscar refugio en la cercana ciudad de Pskov, donde los que iban a bordo intentaron decidir la mejor manera de proceder. El zar envió un telegrama a Petrogrado prometiendo un nuevo gabinete y un primer ministro con poderes mucho mayores que serían aceptables para la Duma. Pero era como intentar cambiar el rumbo de un barco que ya había chocado contra un iceberg. Rodzianko telegrafió a uno de los generales: 'Su Majestad y usted aparentemente no pueden darse cuenta de lo que está sucediendo en la capital. Ha estallado una terrible revolución. El odio a la Emperatriz ha llegado a un punto álgido. Para evitar el derramamiento de sangre me he visto obligado a arrestar a todos los ministros. Yo mismo estoy colgando de un hilo. El poder se me escapa de las manos. Las medidas que propone llegan demasiado tarde. El tiempo para ellos se ha ido. No hay retorno'.¹³

A la mañana siguiente, durante el desayuno, el general Ruzsky le entregó al zar telegramas de aquellos a quienes había buscado consejo tardíamente: monárquicos, liberales, generales y almirantes. Su Jefe de Estado Mayor, el general Alekseev, escribió sobre "el peligro cada vez mayor de que la anarquía se extienda por todo el país, la continua desintegración del ejército y la

imposibilidad de continuar la guerra en la situación actual... A la luz de esto, ruego enérgicamente a Su Majestad Imperial que se digne publicar de inmediato desde el Cuartel General el siguiente manifiesto...' El ex Comandante en Jefe, el Gran Duque Nikolai, envió un telegrama diciendo que la crisis actual 'requiere la adopción de medidas extraordinarias'. De acuerdo con el deber y el espíritu de mi juramento como súbdito leal, creo que es necesario suplicar a Vuestra Majestad Imperial de rodillas que salve a Rusia y a vuestro heredero, conociendo vuestro sentimiento de santo amor por Rusia y por él. Habiendo hecho la señal de la cruz sobre ti, transfiérole tu legado. No hay otra salida. El aclamado general táctico militar Alexei Brusilov, responsable de algunas de las victorias más impresionantes del ejército contra Austria-Hungría, había escrito que "basado en mi lealtad y amor por la patria y el trono del zar... en este momento, la única forma de salvar la situación y crear la posibilidad de seguir luchando contra el enemigo externo, sin el cual Rusia perecerá, es abdicar en favor del heredero de Su Majestad [el] Tsarevich con el Gran Duque Mikhail Alexandrovich como Regente. No hay otra salida. El general Alexei Evert escribió que el ejército ya no seguiría a Nicolás y que "es necesario llegar a una decisión inmediata". El almirante Nepenin de la Flota Báltica dijo que ya no podía controlar sus tropas o tripulaciones. Todos ellos fueron unánimes.¹⁴ La única forma de salvar el imperio era que Nicolás II abdicara.

Al leer estos telegramas, Nicolás, extenuado, se levantó de la mesa y caminó hacia el otro extremo del vagón comedor, donde encendió un cigarrillo y miró por la ventana. La traición, como él lo vio, del ejército lo lastimó más y la veneración de siglos de la familia Romanov por los militares significaba que sabía que no podía gobernar sin ellos. Al parecer, los políticos y los generales finalmente estaban de acuerdo: Nicolás debe irse por el bien de Rusia. Después de unos momentos de silencio atronador, se volvió hacia su séquito. "He decidido que cederé el trono por mi hijo".¹⁵ La noticia fue

telegrafiada a Petrogrado y a dos políticos de la Duma, el monárquico Vasily Shulgin, el que había aconsejado a Rodzianko que tomara el poder antes que el soviét, y el el centro-derecha Alexander Guchkov, ex Ministro de Comercio y Comercio, se fue inmediatamente. Vendrían a Pskov para presenciar el acto de abdicación y llevar el documento de regreso.

a Petrogrado para que la Duma pudiera hacer arreglos para proclamar la adhesión de Alexei II.

Mientras los delegados viajaban a Pskov, Nicholas comenzó a tener dudas. Llamó al doctor Federov, parte de su séquito a bordo y uno de los pocos médicos que sabían la verdad sobre el historial médico de Alexei. Nicholas preguntó sin rodeos si Alexei sería físicamente capaz de convertirse en emperador a una edad tan temprana, dada su hemofilia. Federov respondió: 'La ciencia nos enseña, señor, que es una enfermedad incurable. Sin embargo, aquellos que la padecen a veces alcanzan una avanzada edad. Aun así, Alexei Nicolaevich está a merced de un accidente».16 Federov señaló entonces que si la abdicación se desarrollaba según lo previsto, Nicolás, Alexandra y sus hijas probablemente serían enviados a vivir al extranjero. Incluso si se les permitiera quedarse en Rusia, y dada la impopularidad de Alexandra que era tan improbable como desacertada, había muy pocas posibilidades de que se les permitiera el acceso regular a Alexei. De una forma u otra, el niño casi con certeza sería retirado del cuidado de su madre.

Cuando Shulgin y Guchkov subieron al tren de la estación a las nueve de la noche y los llevaron al vagón salón, Nicholas había cambiado de opinión. Los invitó a sentarse y les explicó que ahora pensaba abdicar en su propio nombre y en el de Alexei. He decidido renunciar a mi trono. Hasta las tres de la tarde de hoy pensé que abdicaría a favor de mi hijo Alexei, pero ahora he cambiado mi decisión a favor de mi hermano Mikhail. Confío en que comprenderá los sentimientos de un padre».17 Fue una decisión catastrófica, pero comprensible. Haber separado a Alexei de Alexandra muy bien podría haberle causado un infarto y pondría en grave peligro la vida del niño si volvía a caerse y Alexandra no estaba allí para cuidarlo. Su elevación al trono también habría significado anunciar su condición a la multitud de hombres y cortesanos que ahora estarían encargados de servir y proteger al nuevo zar. Aun así, Nicholas técnicamente no tenía derecho legal a abdicar por Alexei.

En los años venideros, los monárquicos llorarían y se enfurecerían por la doble abdicación, argumentando que había desechado un plan bien pensado para salvar la monarquía. Sergei Sazonov, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Nicolás, expresó la amargura de muchos de ellos cuando le dijo a un amigo: 'No necesito hablarte de mi amor por el Emperador y con qué devoción lo he servido. Pero mientras yo viva, nunca lo perdonaré por abdicar por su

hijo. No tenía la menor sombra de derecho a hacerlo. ¿Existe un cuerpo de leyes en el mundo que permita el abandono de los derechos de un menor? ¿Y qué decir cuando esos derechos son los más sagrados y augustos de la tierra? Imagínese destruir una dinastía de trescientos años y esa estupenda obra de Pedro el Grande, Catalina II y Alejandro I. ¡Qué tragedia! ¡Qué desastre!».18 En Pskov, Shulgin y Guchkov estaban inquietos por el cambio de planes. "Contábamos con que la figura del pequeño Alexei Nikolaevich tendría un efecto suavizante en la transferencia del poder", dijo Guchkov.

"Su Majestad está preocupada de que si el trono se transfiere a su sucesor, Su Majestad será separado de él", explicó uno de los generales. Shulgin admitió: "No puedo dar una respuesta categórica a eso". Guchkov insistió en que su prioridad era salvar la monarquía, no garantizar la felicidad futura de la familia imperial: "Tememos que si se anuncia una república, habrá conflictos civiles". Pero al poco tiempo empezaron a ceder. Shulgin habló de la ocupación soviética de un ala del Tauride: 'Es un infierno en la Duma, un manicomio. Vamos a tener que comenzar una batalla decisiva con los elementos de izquierda y necesitamos algún tipo de base para hacerlo. En cuanto a su plan, pensemos en esto durante un cuarto de hora.

Este plan tiene la ventaja de no contener ningún pensamiento de separación y, por otro lado, puede contribuir a promover la calma si su hermano, el Gran Duque Mikhail Alexandrovich, como monarca pleno, jura la constitución y al mismo tiempo asume el trono. Nicholas en realidad les ofreció más tiempo para pensarlo, pero Guchkov finalmente renunció a la oferta a un lado, "Su Majestad, el sentimiento humano de un padre habló en usted, y la política no tiene cabida allí, por lo que no podemos objetar su propuesta". Shulgin, Guchkov, el médico y el ¹⁹apoyo de los generales, después de algunas vacilaciones iniciales, al menos absuelven a Nicolás II de la acusación de haber firmado la doble abdicación ante el consejo monárquico de lo contrario.

Al jefe del Estado

Mayor: En estos días de gran lucha con un enemigo externo que ha tratado de esclavizar a nuestro país durante casi tres años, el Señor Dios consideró oportuno enviar sobre Rusia una dura prueba nueva. Los disturbios populares internos que se están desarrollando amenazan con tener un efecto catastrófico sobre la conducción futura de la guerra implacable. El destino de Rusia, el honor de nuestro heroico ejército, el bien del pueblo, todo el futuro de nuestra querida patria exigen que la

la guerra sea llevada a un final victorioso pase lo que pase. Un cruel enemigo está reuniendo sus últimas fuerzas, y se acerca la hora en que nuestro valiente ejército, junto con nuestros renombrados aliados, podrán aplastar por completo al enemigo.

Durante estos días decisivos para la vida de Rusia, consideramos un deber de conciencia facilitar la estrecha unidad de Nuestro pueblo y la movilización de todas las fuerzas populares para lograr la victoria lo antes posible y, de acuerdo con la Duma estatal, Nosotros considera que es bueno abdicar del trono del Estado ruso y entregar el poder supremo.

No deseando separarnos de Nuestro amado hijo, nombramos como Nuestro sucesor a Nuestro Hermano Gran Duque Mikhail Alexandrovich, y bendecimos su asunción al Trono del Estado Ruso. Encomendamos a Nuestro hermano conducir los asuntos del estado en completa e inquebrantable unidad con los representantes del pueblo en las instituciones legislativas de acuerdo con los principios que ellos determinen, y sobre esto prestar un juramento inviolable.

En nombre de nuestra amada patria, llamamos a todos los fieles hijos de la patria a cumplir con su santo deber hacia esta tierra en obediencia al Zar en este difícil momento de pruebas nacionales y a auxiliarlo, junto con los representantes del pueblo, conducir al Estado ruso por el camino de la victoria, la prosperidad y la gloria.

Que el Señor Dios ayude a Rusia.
Nicolás

Mientras Nicholas firmaba, Shulgin, por lo general reservado, se echó a llorar. 'Oh, Su Majestad', lloró, 'si hubiera hecho todo esto antes, incluso tan tarde como la convocatoria de la última Duma, tal vez todo eso...' Se interrumpió, incapaz de terminar y siguió llorando. Nicholas lo miró de un modo curiosamente no afectado y preguntó: "¿Crees que podría haberse evitado?"²⁰ Hay pocas preguntas en el estudio de la historia a las que la respuesta pueda ser más contundente y segura. Era el 2 de marzo de 1917 en Rusia, el 15 de marzo, los idus de marzo, en Occidente.

En la Duma, políticos republicanos como Alexander Kerensky recibieron con alivio la noticia de la abdicación, pero argumentaron que el Gran Duque

Mikhail también tendría que irse. Las multitudes fuera del Tauride abuchearon el nombre de Mikhail y gritaron: "¡Viva la república!", Mientras que otros políticos argumentaron que la monarquía debía mantenerse porque era la única fuerza que mantenía unido al imperio. Sin sus antiguas leyes y prerrogativas, Rusia tendría que liberar a países como Finlandia, los Estados bálticos y tal vez incluso las fértiles llanuras de Ucrania. Tales movimientos no podrían contemplarse en tiempos de guerra.

Fuera de la Duma, otros quedaron atónitos por la decisión de Nicolás, incluidos muchos miembros de su extensa familia. Su cuñado Alexander, que le había gritado a Alexandra solo unas semanas antes, pensó que 'Nicky debe haber perdido la cabeza. ¿Desde cuándo abdica un soberano por escasez de pan y desórdenes parciales en la capital?'²¹ En Kiev, la emperatriz viuda ~~lo~~ llamó 'la mayor humillación de su vida'.²² Insistió en correr hacia el norte ~~para~~ ver a su hijo, quien se le permitió volver brevemente a Stavka para recoger sus cosas, reunir a sus sirvientes y despedirse de las tropas. "Pensar que viviría para presenciar tal horror", se lamentó y cuando cruzó el andén cubierto de nieve para abordar el tren de su hijo en Stavka, casi se desmaya a sus pies. Cuando una dama de honor sugirió una fotografía familiar para marcar su reunión, Marie no se atrevió a que lo titularan como el ex zar y agitó la cámara para que se alejara. Cuando ella le preguntó cómo pudo haber renunciado al trono, Nicolás respondió: "¿Qué podía hacer cuando Nikolasha [el apodo de la familia para el Gran Duque Nikolai] y el general Alekseev me pidieron que renunciara por el bien del país?"²³ El comentario de Nicolás a su madre plantea un—

aspecto rara vez discutido de la abdicación. Los telegramas que el general Ruzsky colocó sobre el escritorio del zar en Pskov estaban unidos en el acuerdo de que solo su abdicación podría salvar el imperio. Esos telegramas, a su vez, habían sido recopilados y entregados a Ruzsky por el general Alekseev, el jefe de Estado Mayor del ejército, que había estado discutiendo durante días con Rodzianko. Ambos hombres acordaron que Nicolás debía abdicar si se quería ganar la guerra y Rodzianko estaba convencido en privado de que el monarquismo pudo haber seguido su curso en Rusia, porque había sido manchado para siempre por las malas decisiones de Nicolás y Alexandra. Para persuadir a Nicholas de saltar, habían controlado cuidadosamente la información a la que tenía acceso. ¿Por qué, si los telegramas podían llegar al Gran Duque Nicolás, a los almirantes y a los generales, no se h

miembros de la familia imperial? ¿Por qué nadie intentó ponerse en contacto con la emperatriz viuda, el tío de Nicolás, el gran duque Pablo, que estaba en contacto regular con la Duma sobre propuestas para salvaguardar el futuro de la monarquía, o el gran duque Alejandro? La velocidad con la que la viuda pudo reunirse con él en Stavka a los pocos días de la abdicación demostró que todos pudieron haber sido alcanzados rápidamente e incluso llevados a su lado. Quienes creían, por razones perfectamente válidas, que Nicolás II necesitaba abdicar manipularon deliberadamente el flujo de información en ese período crucial de treinta y seis horas en Pskov y le negaron el acceso a las opiniones de quienes creían, con la misma sinceridad, que Nicolás aún podía salvar la situación y que cualquier cambio de monarca en las circunstancias actuales resultaría fatal para la supervivencia del imperio.

En Tsarskoe Selo, la emperatriz todavía se ocupaba de las habitaciones de los enfermos de sus hijos. Tenía razón al temer que Anastasia estuviera enferma de sarampión como su hermano y sus hermanas mayores. Ella también estaba ahora en la cama. María, sintiendo que algo andaba mal con el mundo exterior, corría ayudando a su madre y su peso de cachorro estaba disminuyendo rápidamente. Una noche, Alexandra, María y una de las damas de honor de la Emperatriz salieron a hablar con los guardias, con un abrigo de piel sobre el uniforme blanco de Alexandra. Ella les agradeció por su lealtad a su familia y les envió té mientras asumían sus posiciones, preparándose para defender el palacio si era atacado en la oscuridad de la noche. A la mañana siguiente llegaron dos sirvientes de palacio con panfletos de la capital que proclamaban la abdicación del Emperador. Alexandra lo descartó como una mentira republicana hasta que el tío de Nicolás, Paul, el padre del asesino de Rasputín, Dmitri, se dirigió a Tsarskoe Selo para decirle la verdad. Ella se estaba preparando para ir al hospital y estaba vestida con su uniforme de enfermera cuando él entró. Tan pronto como le dio la noticia, las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro. Para su sorpresa, no había ira, solo una gran tristeza. Ella lloró por la agonía que Nicholas debe haber soportado en los últimos días: "Si Nicky ha hecho esto, es porque tenía que hacerlo...". Aceptó el puesto de su cuñado como el nuevo zar e hizo planes. trasladar a su familia al sur, a su palacio de verano en Crimea.²⁴ Alexandra salió de su reunión con los ojos inyectados en sangre y el rostro distorsionado por la conmoción. Su dama de honor, Lili Dehn, pensó que caminaba de manera extraña. Ella se apresuró hacia adelante y la sostuvo hasta que llegó al escritorio entre las ventanas.

Se apoyó pesadamente en él, y tomando mi mano entre las suyas dijo entrecortadamente:

"Abdiqué".²⁵ La Emperatriz fue en busca de María y una dama de compañía descubrió más tarde a madre e hija en un rincón del dormitorio de María, abrazadas, llorando lastimosamente. Al día siguiente, Viktor Zborovsky, uno de los guardias de palacio que conocía a las grandes duquesas desde hacía años, escribió que la antigua ingenuidad de María se había desvanecido y en su lugar había "una joven seria y sensata, que respondía de manera profunda y reflexiva a lo-

que estaba pasando'.²⁶ La noticia de la abdicación había sido llevada al Gran Duque Mikhail, quien posteriormente asistió a una reunión en la calle Millonnaya en Petrogrado en la que Rodzianko le informó que la decisión de Nicholas de abdicar a favor de Mikhail en lugar de Alexei no había ido bien. Se había declarado un gobierno provisional en el ínterin para resolver la crisis y, lamentablemente, no pudieron controlar qué poderes informales ya había acumulado el soviét o cómo reaccionaría la guarnición ante la noticia de otro Romanov adulto en el trono. Las demostraciones de violencia antimonárquica y la profanación de los símbolos de la monarquía en toda la capital contaron su propia historia. El hecho de que el soviét supiera de la nominación de Mikhail al trono y ya estuviera pidiendo su arresto y posible ejecución asustó a los demás. Un fuego rugía en la chimenea del salón cuando Rodzianko, Kerensky y otros políticos reunidos informaron a Mikhail de la terrible situación a la que se enfrentaban todos ellos, y él en particular. Shulgin y Guchkov estaban presentes y se sorprendieron de que lo que parecía tan razonable a bordo del tren imperial en Pskov se considerara imposible en Petrogrado. Una vez más, la información que se alimentaba al jefe de la Casa de los Romanov estaba siendo muy estrictamente controlada. El príncipe George Lvov, un aristócrata de centroizquierda, dijo: "No puedo responder por la vida de Su Alteza".²⁷ Fue una declaración reveladora, sobre todo porque Lvov se había referido a Mikhail por su "Alteza" gran ducal en lugar de la del soberano. 'Majestad'. La reunión se prolongó durante dos horas, en las que se sacaron a relucir escenarios hipotéticos de guerra civil entre la Duma y el Soviet y se discutió extensamente

Mikhail, diez años más joven que Nicolás II, era un caballero alto y delgado con un irónico sentido del humor que ya había demostrado ser competente y valiente en su servicio en el Frente Oriental.²⁸ A pesar de su previa popularidad entre sus parientes, había distanciado de muchos de ellos durante más de una década cuando causó un escándalo al entrar en un

matrimonio morganático con Natalia Brasova, divorciada de la alta sociedad, hija de un abogado de Moscú. La disputa familiar por Natalia había resultado en la incapacidad de otro pariente consanguíneo para transmitirle consejos a Nicolás II en los años anteriores a la Revolución. Ahora Mikhail fue llamado a asumir el trono de sus antepasados con poca o ninguna advertencia de su hermano. Para algunos monárquicos, había algo poético en su nombramiento porque el primer zar Romanov, que también había rescatado al país del flagelo de la invasión extranjera en sus fronteras occidentales y había restaurado la ley y el orden, también se había llamado Mikhail. No es cierto, como afirmó más tarde Rodzianko, que Mikhail temiera por su propia seguridad o que no tuviera interés en convertirse en zar. De camino a la reunión, Mikhail le había dicho a uno de sus primos: "Saldré como zar de la misma casa donde fui recibido como Gran Duque".²⁹ Sin embargo, siempre había sido más comprensivo con la idea del constitucionalismo que su hermano (el cónsul británico en Petrogrado pensó que era 'un príncipe que sería un excelente monarca constitucional'), y en la reunión de la calle Millonnaya escuchó el consejo que le daba el Gobierno Provisional.³⁰ El compromiso alcanzado fue para al nuevo régimen se le dé tiempo para — estabilizarse. Una vez hecho eso, le ofrecerían formalmente la corona a Mikhail, lo que eliminaría cualquier sugerencia de que era el sucesor de la detestable política cortesana de los últimos dos años. Todavía había quienes en la sala, como Paul Milyukov, el líder del Partido Constitucional Democrático, pensaban que la monarquía podía y debía salvarse, pero él era minoría. Bajo una gran presión, Mikhail accedió a abjurar temporalmente de la nominación de su hermano y emitió la siguiente declaración:

Por voluntad de mi hermano, se me impuso una pesada carga cuando se me asignó el Trono Imperial de toda Rusia durante una época de guerra sin precedentes y malestar popular.

Inspirado, en común con todo el pueblo, por la creencia de que el bienestar de nuestro país debe estar por encima de todo lo demás, he tomado la firme decisión de asumir el poder supremo sólo si y cuando nuestro gran pueblo, habiendo elegido por sufragio universal un Asamblea Constituyente para determinar la forma de gobierno y establecer la ley fundamental del nuevo Estado Ruso, invítame con tal poder.

Invocando sobre ellos la bendición de Dios, pido por tanto a todos

los ciudadanos del Imperio Ruso a someterse al Gobierno Provisional, establecido e investido de plena autoridad por la Duma, hasta que la Asamblea Constituyente, elegida en el plazo más breve posible por sufragio universal, directo, igual y secreto, manifieste la voluntad del pueblo al decidir sobre la nueva forma de gobierno.³¹

Sin querer, fue el documento que firmó la desaparición de la Rusia Imperial. Mikhail finalmente fue puesto bajo arresto domiciliario y fue el primer Romanov en morir bajo la Revolución, cuando él y su secretario inglés Nicholas Johnson fueron llevados a los bosques alrededor de Perm y los bolcheviques les dispararon en junio de 1918. Mikhail, herido antes de ser asesinado, se arrastró hacia su secretaria y les dijo a los guardias: 'Déjenme despedirme de mi amigo'. Sus cuerpos nunca han sido recuperados.³²

Incapaz de decidirse a contarle a Alexei lo que había hecho su padre, Alexandra le pidió a su tutor que lo hiciera por ella. Gilliard fue a sentarse junto al lecho del enfermo del joven, donde encontró a Alexei, como había dicho su madre, luciendo 'un sarpullido, cubierto como un leopardo' debido al sarampión.³³ Empezó diciéndole que Nicholas regresaba a casa y que este tiempo no habría regreso a Stavka. Cuando le dijo que era porque Nicolás ya no quería ser zar, Alexei 'me miró atónito, tratando de leer en mi rostro lo que había sucedido'. "¡Qué! ¿Por qué?" Gilliard respondió: "Él está

muy cansado y ha tenido muchos problemas últimamente". Alexei asintió, '¡Oh, sí! Mamá me dijo que le habían parado el tren cuando quería venir aquí. ¿Pero papá no volverá a ser zar después? Gilliard explicó la doble abdicación y la decisión de su tío Mikhail de renunciar al trono por el momento. 'Pero, ¿quién va a ser zar, entonces?' preguntó Alexei.

'No lo sé', respondió el tutor. 'Tal vez nadie ahora...'³⁴

Nicholas tardó una semana en regresar a Tsarskoe Selo después de su viaje de despedida a Stavka. Durante esos pocos días, Alexandra finalmente pareció sucumbir a la mala salud y los nervios contra los que había estado luchando durante tanto tiempo. Incluso aquellos que la conocían bien quedaron atónitos por la reacción de su cuerpo ante la implosión de la monarquía. Elisabeth Naryshkina, su Maestra de las Túnica que había servido en la corte desde el reinado de Alejandro II, estaba asustada por la forma en que hablaba Alexandra. Su discurso fu

inconexo y laberíntico; ella no tenía mucho sentido. Al observarla de cerca, el médico de la familia, el Dr. Evgeny Botkin, estaba enojado porque no se había dado cuenta antes de cuánto daño le había hecho el estrés.

Elisabeth escribió: "Ahora se siente como yo al ver el estado en el que se encuentra la emperatriz y se reprende a sí mismo por no haberse dado cuenta antes".³⁵

El 22 de marzo, Nicholas llegó a casa. En la estación de tren, los delegados del Gobierno Provisional lo entregaron formalmente a la nueva guardia del palacio, con la información de que el ex emperador y su familia estaban bajo arresto domiciliario en el Palacio de Alejandro. Lo condujeron bajo vigilancia desde la estación de tren hasta su casa, donde Alexandra lo esperaba con los niños y Alexei miraba nerviosamente su reloj para ver si su padre había sido detenido. Las puertas del palacio estaban cerradas con candado cuando el auto se detuvo y el centinela que presidía fingió no saber quién estaba adentro para que él y su camarada pudieran pasar por el proceso de presentarlo como 'Nicholas Romanov'. Algunos de los cortesanos restantes vieron todo desde las ventanas del palacio; en sus memorias, el indignado Gran Mariscal describió el incidente como "una comedia ofensiva".³⁶

El Gran Mariscal descendió rápidamente para saludar a Nicholas e hizo una reverencia frente a los guardias. Nicolás estrechó cortésmente su mano y no dio señales de intimidación mientras él y uno de sus ayudantes más leales, el príncipe Vasily Dolgoruky, atravesaban el vestíbulo de entrada y las antecámaras que ahora estaban llenas de soldados hostiles simpatizantes del republicanismo. Cuando llegó a la entrada de los apartamentos privados de la familia imperial, un sirviente optó por ignorar la amenaza de represalias y abrió las puertas con el estruendoso anuncio de '¡Su Majestad el Emperador!' Alexandra se puso en pie de un salto y corrió hacia su marido. Ella se arrojó a sus brazos y Nicolás, por fin, rompió en llanto.³⁷

El triunfo del gobierno militar en Alemania imperial

'La Dictadura Militar apenas velada más

La princesa heredera Cecilia dio a luz a su quinto hijo y a su primera hija en la primavera de 1915 en el Palacio de Mármol de Potsdam, una elegante estructura construida durante el reinado del rey Federico Guillermo II, un monarca con "profundos y amplios intereses culturales" que gobernó Prusia entre 1786 y 1797.¹ La niña fue bautizada como Alexandrine en honor a la hermana mayor de Cecilia, la entonces reina consorte de Dinamarca.² La nueva princesa tenía síndrome de Down y, como resultado, rara vez se la veía en público. Sin embargo, no es cierto que estuviera escondida por completo. Ocasionalmente aparecía en postales conmemorativas como todos los otros nietos del Kaiser y fotografías familiares privadas muestran a Alexandrine, desafiando los estándares habituales de la época que a menudo exaltaban la institucionalización, posando felizmente en la propiedad de sus padres del brazo de sus hermanos Wilhelm, Louis Ferdinand, Hubertus y Friedrich, y su hermana menor Cecilia, que nació dos años después.

Entre los nacimientos de las dos princesas, la situación política en el imperio de su abuelo cambió significativamente. En junio de 1916, las armadas británica y alemana finalmente se enfrentaron en la Batalla de Jutlandia en el Mar del Norte. Aunque los británicos en realidad perdieron más tonelaje bruto, no había duda de que constituía una "derrota inequívoca" para el Segundo Reich.⁴ Sobre la base de ese tecnicismo, Wilhelm inicialmente afirmó que había sido una victoria para Alemania y en un discurso pronunciado en el puerto de Wilhelmshaven cuatro días después de su conclusión, afirmó que eclipsaba la victoria británica en Trafalgar en 1805.⁵ (Admitió que había sido una derrota años después). El año 1916 también vio mayores reveses en el frente occidental. Las batallas de Verdun y Somme no consiguieron casi nada. Como resultado de esto último, los Aliados adquirieron seis millas de territorio en una batalla que costó un total combinado de poco más de 1 millón de vidas. Ambos bandos lanzaron casi todo lo que tenían en estas batallas en un intento de romper el punto muerto. Tanques, aviones y gases envenenados hicieron sentir su presencia por primer

Sin embargo, nada parecía haber cambiado en los campos sangrientos de Flandes, donde ahora solo crecían las amapolas y el aire estaba cargado de humo y olor a sangre.

El Primero de Mayo de 1916, Karl Liebknecht, el líder de la Liga Spartacus de Extrema Izquierda, fue arrestado en una manifestación contra la guerra en Berlín. La disidencia también provenía de la derecha con los monárquicos bávaros instando a su corte a liderar la secesión de Baviera del Reich y restablecer su independencia anterior a 1871. Dado todo esto y su propio enlace frecuente con rebeldes en naciones enemigas, el gobierno alemán puede haberse considerado afortunado de que la insurrección armada no estallara como lo hizo en el Reino Unido, cuando la Hermandad Republicana Irlandesa intentó iniciar una revolución nacionalista en el Reino Unido. calles de Dublín. El llamado Alzamiento de Pascua fue derrotado con más fuerza de la que muchos en Irlanda, incluso sus críticos, consideraron necesaria, pero la captura de un arrastrero alemán en Tralee Bay con 20.000 rifles destinados a los rebeldes permitió al gobierno y a sus partidarios unionistas pintar el Incluso hubo levantamiento como uno que contó con el respaldo de un 6 rumores de que algunos de los nacionalistas irlandeses potencia extranjera. quería ofrecer un trono irlandés independiente al príncipe Joachim, el hijo menor de Wilhelm. La idea de un rey Hohenzollern de Irlanda es ciertamente una hipótesis llamativa, pero es particularmente tenue incluso como un vuelo de fantasía contrarrealista. Recién en 1917, el año posterior al levantamiento, los separatistas irlandeses rechazaron definitivamente cualquier interés anterior de su movimiento por el monarquismo, pero incluso antes de eso, la mayoría de sus líderes eran republicanos de corazón y es difícil imaginar cómo un príncipe protestante como Joachim posiblemente podría haber sido aceptado como rey en un país predominantemente católico como Irlanda, particularmente porque muchos nacionalistas ya estaban planeando otorgar un estatus especial al catolicismo después de la independencia. , si su reacción a la conversión de su tía a la ortodoxia griega fuera algo por lo que pasar.

Una propuesta mucho más seria de un trono Hohenzollern en el extranjero vino de Finlandia a fines de 1917, cuando el país declaró su independencia después de la Revolución Rusa. Al mismo tiempo, desde una Georgia recién independizada, se estaban haciendo sonar los rumores sobre la posibilidad de ofrecer una corona a Joaquín, mientras que el parlamento finlandés eligió ofrecer su corona al cuñado de Guillermo, el príncipe Federico Carlos de Hesse. quien fue

casado con la hermana menor de Wilhelm, Margaret.⁸ Incluso se elaboró un diseño para la nueva corona finlandesa, pero los acontecimientos pronto superaron los planes para nuevas monarquías de los países liberados de las ruinas del Imperio Ruso y en el momento del Armisticio en 1918 el Los aliados, particularmente Francia y los Estados Unidos, nunca habrían permitido que un príncipe alemán asumiera el trono de Finlandia.⁹

Proliferaron los sueños de futuras monarquías en estados que planeaban independizarse de Rusia o Gran Bretaña, e incluso los Habsburgo promovieron la idea no del todo inviable de dar la corona de una Ucrania independiente al primo lejano y fantásticamente carismático de Karl, el archiduque Wilhelm, pero la realidad de las coronas existentes estaba lejos de ser prometedor. En la primavera de 1916, el canciller von Bethmann-Hollweg trató de apaciguar a su base liberal y los elementos vocales del socialismo prometiendo reformas significativas al sistema electoral después de la guerra, en un movimiento que fue amargamente denunciado por el príncipe heredero. Al mismo tiempo, la popularidad de von Hindenburg y el general Ludendorff en la derecha parecía imparable. A pesar de la deferencia pública de von Hindenburg hacia el Kaiser, todavía estaba más que preparado para socavarlo cuando lo considerara necesario. A medida que crecía su poder y prestigio, el de Wilhelm disminuía. Surgió una disputa importante entre ellos sobre el futuro de Erich von Falkenhayn como Jefe de Estado Mayor: la camarilla de von Hindenburg quería que se fuera, el Kaiser quería que se quedara. Von Hindenburg obviamente pensó que la prioridad del esfuerzo bélico debería estar en romper el Frente Oriental, mientras que von Falkenhayn pensó que era más importante romper las trincheras británicas y francesas en Flandes. El hecho de que los dos fueran vistos a menudo como agendas opuestas muestra el efecto divisivo de los egos de von Hindenburg y Ludendorff. Como de costumbre, la emperatriz y el príncipe heredero presionaron por von Hindenburg, y Wilhelm, que se había resistido a ellos en 1914, cedió en 1916. Lloró cuando von Falkenhayn dejó el cuartel general militar y se retorció cuando von Hindenburg lo reemplazó como Jefe de Estado Mayor, acompañado, como siempre, por Ludendorff.

En lugar de limitarse únicamente a asuntos militares, von Hindenburg utilizó su nueva posición para perseguir también una agenda política. Él y Ludendorff iniciaron una pelea con el Canciller, de quien ellos y la mayoría de los compañeros Junkers de von Hindenburg habían desconfiado durante mucho tiempo. En marzo de 1917, los dos generales aseguraron la reimplementación de la guerra submarina sin restricciones en el Mar del Norte y las aguas del Atlántico alrededor del

Islas Británicas. Esto era algo directamente contrario a los deseos del Kaiser. En la primavera del año anterior, había aumentado las restricciones sobre cuándo podían atacar los submarinos hasta el punto de que su actividad se canceló efectivamente por un tiempo en el Atlántico y el Canal de la Mancha.¹⁰ Al hacerlo, el Kaiser demostró que tenía un buen ojo para el ámbito internacional y sobre todo para mantener a América fuera de la guerra, donde los recuerdos del Lusitania aún estaban frescos, pero volaba más que nunca frente a una población alemana que sufría mucho a causa de los británicos. bloqueo. Al mismo tiempo, una revuelta en el Reichstag encabezada por los socialdemócratas en protesta por el poder desenfrenado de los militares en el gobierno significó que von Bethmann-Hollweg ya no tuviera ninguna fuerza significativa en la sociedad alemana que lo apoyara. Solo el Emperador podía salvarlo y fue un testimonio de la disminución de la importancia política de Wilhelm que no lo hizo. La disputa final tuvo lugar sobre los planes de reforma electoral de von Bethmann-Hollweg, cuando tanto Ludendorff como von Hindenburg amenazaron con renunciar si el Kaiser continuaba apoyando a su canciller.

Como señaló innecesariamente el príncipe heredero, Wilhelm no podía esperar enfrentar a von Bethmann-Hollweg contra von Hindenburg en la estimación del público y esperar que el primero ganara. Lo que realmente estaba en juego era la popularidad del Kaiser, ya que un canciller ejercía el poder únicamente a discreción del monarca. La fuerza de Von Bethmann-Hollweg era, pues, un reflejo de la de su amo imperial. El príncipe heredero tenía razón: nada podía superar a von Hindenburg cuando se trataba de la confianza y el afecto del público. Sintiendo que el Príncipe Heredero estaba a punto de montar una campaña de difamación, con la esperanza de salvar al Emperador de una mayor vergüenza y exhausto por la frustración por el estado de la política alemana, el Canciller presentó su renuncia. El príncipe heredero y los dos generales llegaron al palacio preparados para una pelea todopoderosa, tras lo cual el cansado Kaiser les informó que ya habían ganado: von Bethmann Hollweg se había ido. Convencieron a Wilhelm para que lo reemplazara con Georg Michaelis, un don nadie político que trabajaba en el departamento responsable de la distribución de trigo y maíz en Prusia durante la guerra. Al igual que Ludendorff, era un plebeyo y Wilhelm trató de detener su ascenso a la cancillería por esos motivos. Una vez más, se vio frustrado. Al alto mando le agradaba Michaelis, que era confiablemente inactivo, así que consiguió el trabajo. Fue nombrado el Día de la Bastilla, y el Kaiser parece haber considerado este como otro día en que los plebeyos no deseados llegaron a los parap

La Emperatriz le dijo que no se preocupara. Conoció a Michaelis a través de su apoyo a una de sus organizaciones benéficas protestantes.

En julio de 1917, Wilhelm recibió la noticia de que sus primos ingleses habían cambiado su apellido de Saxe-Coburg-Gotha a Windsor. Desde el hundimiento del Lusitania, Wilhelm había ocupado un lugar destacado en el torrente de propaganda anti-alemana que inundaba Gran Bretaña y Estados Unidos, gran parte de la cual lo presentaba como un señor de la guerra casi demoníaco. Difícilmente podía comenzar a comprender cuán profundamente lo detestaban en la tierra natal de su madre. La figura del 'Kaiser Bill' era un axioma del mal y la creciente ola de xenofobia en Gran Bretaña con su odio por todo lo germánico estaba comenzando a sacudir los cimientos del trono británico. Aunque el rey Jorge era hijo de una princesa danesa y su propia esposa había nacido en Inglaterra, todos los soberanos británicos, desde Jorge I, que accedió al trono en 1714, hasta la reina Victoria, que murió en 1901, se habían casado con una alemana. Como resultado, la casa real británica tenía numerosos parientes alemanes, un nombre dinástico alemán y una gran cantidad de conexiones teutónicas que necesitaban desechar.

El mes anterior al cambio de nombre, los zeppelin alemanes habían comenzado ataques aéreos en Londres y los submarinos estaban una vez más sin control en alta mar. En un artículo para The Times, HG Wells se refirió a la familia de Jorge V como "una dinastía importada". Argumentó que el "sistema dinástico europeo, basado en el matrimonio mixto de un grupo de familias reales principalmente alemanas, está muerto hoy". Está recién muerto, pero está tan muerto como el imperio de los Incas. El Imperio Británico está ahora muy cerca del límite de su resistencia con una casta real de alemanes. La elección de la realeza británica entre sus pueblos y sus primos definitivamente no puede retrasarse [sic] . Si se hiciera ahora, pública y audazmente, no cabe duda de que la decisión significaría un renacimiento de la monarquía y un tremendo estallido de entusiasmo monárquico en el imperio».11 Cuando Wells sugirió que su corte era ajena y aburrida, Jorge V espetó a un cortesano: "Puede que no sea inspirador, pero que me aspen si soy un extraterrestre".12

'Públicamente y con valentía' fue exactamente cómo procedió la familia real británica. Se abandonaron todas las conexiones alemanas, los parientes que se habían puesto del lado de Gran Bretaña tuvieron que cambiar su marca de los Battenberg a los Mountbattens y el nombre dinástico en sí mismo fue cambiado por proclamación pública a Windsor, en homenaje al castillo construido por primera vez por el rey Guillermo el Conquistador y asociados. con la monarquía de Inglaterra por la

la mejor parte de 900 años. Cuando Wilhelm escuchó la noticia, preguntó irónicamente si alguien quería ir al teatro para ver una representación de Las alegres comadres de Saxe-Coburg-Gotha. (Las conexiones alemanas de la casa real británica hoy en día son aún más débiles, con los matrimonios posteriores del futuro rey Jorge VI con la aristócrata escocesa Lady Elizabeth Bowes-Lyon en 1923, el príncipe Carlos con la inglesa Lady Diana Spencer en 1981 y el príncipe William a Catherine Middleton en 2011. A pesar de la curiosa persistencia de la broma xenófoba de que la Casa de Windsor es esencialmente alemana, la última vez que un miembro de la familia real inmediata se casó con una contraparte alemana fue cuando la princesa Beatriz se casó con el príncipe Enrique de Battenberg en 1885).

Jorge V había dado un paso del que Guillermo II parecía incapaz; estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para mantener a la monarquía británica en sintonía con el estado de ánimo volátil de su imperio y si eso significaba tomar decisiones difíciles o incluso vergonzosas en ocasiones, que así fuera. A diferencia de Jorge V, muchas personas consideraban que el liderazgo de Wilhelm estaba completamente fuera de sincronización con el ejército, la marina y el Reichstag, una tarea difícil dado que esos tres también estaban a menudo en desacuerdo entre sí. Kurt Riezler, secretario del ex canciller von Bethmann-Hollweg, anotó en su diario: "El emperador es terriblemente impopular entre las clases altas, conservadoras y liberales".¹³ Al igual que con Nicolás II, las constantes visitas de Wilhelm al frente y su ausencia Berlín lo eliminó de la visibilidad pública y dado que todos sabían que eran Ludendorff y von Hindenburg quienes estaban a cargo de las operaciones reales, Wilhelm apareció como un diletante malcriado y ligeramente ridículo que no contribuía al ejército más que a los gastos de su séquito. La creencia anterior de Von Bethmann-Hollweg de que mantener al rey Hohenzollern alejado de sus soldados mellaría su popularidad ya no tenía peso a medida que la guerra se prolongaba y las opiniones al respecto dentro de Alemania se dividieron aún más. Si Wilhelm hubiera pasado más tiempo en Berlín, podría haber dado la impresión de que el dominio del alto mando de von Hindenburg y Ludendorff era una política deliberada con los generales al mando de un campo porque el soberano necesitaba permanecer en la capital para supervisar todo el gobierno. Tal como estaban las cosas, Wilhelm daba la impresión de un perro persiguiendo los talones de von Hindenburg y esperando las migajas de gloria que caían de su mesa.

El año 1917 vio el triunfo de la 'Dictadura Silenciosa' en el Segundo Reich con un gobierno dominado por el alto mando, que había flexionado sus músculos al cambiar la política y los ministros, y que ahora poseía un poder práctico mucho mayor que cualquier cosa disfrutada por el dos instituciones específicamente reconocidas por la constitución, la monarquía y el Reichstag. El nuevo apodo de Ludendorff era 'General ¿Qué dices?', porque todos se sometían tan fácilmente a sus órdenes. Hablando del futuro, el general What-do-you-say promovió la idea de que solo había dos opciones para Alemania, o la victoria total o hundirse. Tan intensa y fanática era su obstinada determinación de enfrentar la ruina e infligirla a millones de sus compatriotas si no podían ganar, que incluso el Príncipe Heredero comenzó a mirar a Ludendorff con horror. Al final, Ludendorff cedió y luego culpó a todos los demás por la derrota, pero nadie podía estar seguro en 1917 de que no usaría su influencia para prolongar la guerra hasta la última gota de sangre disponible. Los temores del príncipe heredero se avivaron especialmente cuando la reintroducción de la guerra total en el mar provocó la pesadilla que tanto temía su padre: Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial del lado de Gran Bretaña y sus aliados. Miles de nuevos reclutas cruzarían el Atlántico para complementar a las tropas aliadas y se lanzarían a través de las trincheras contra los asediados soldados alemanes en Flandes.

En Viena, la noticia convenció a la emperatriz Zita de que había llegado el momento de dar el salto y dejar que Alemania se enfrentara sola a la derrota. Los miembros del alto mando alemán la observaban de cerca y sospechaban dónde estaban sus lealtades, pero hasta el momento no podían probar nada. En un almuerzo oficial ofrecido a los invitados de la embajada alemana en Viena, el almirante Henning von Holtzendorff, miembro de la delegación alemana y firme partidario de la actividad ilimitada de los submarinos, no hizo nada para disipar la baja opinión de Zita sobre los modales de sus aliados cuando la desafió desde el otro lado de la mesa, 'Sé que estás en contra de la guerra de submarinos, al igual que estás en contra de la guerra en general'.

—Estoy en contra de la guerra, como lo está cualquier mujer que prefiera ver a la gente feliz que sufriendo —replicó la emperatriz con suavidad—.

Luego, haciéndose eco de las creencias de su amigo Ludendorff, von Holtzendorff se rió burlonamente. 'Sufrimiento, ¿qué importa? Trabajo mejor de todo cuando

tengo el estómago vacío; entonces se trata de apretarse el cinturón y aguantar.'

Zita respondió mirando significativamente la prodigiosa barriga del almirante y declarando: 'No me gusta escuchar hablar de 'resistir' cuando uno está sentado en una mesa llena'.¹⁴ La Emperatriz luego se sumió en un decoroso silencio . Cinco días antes, ella y su esposo se habían puesto en contacto con sus hermanos en el ejército belga por primera vez desde el comienzo de la guerra.

OceanofPDF.com

El caso Sixto y los intentos de poner fin a la guerra

"Me parece que con mucho gusto concertaríamos la paz contigo

El conde Ottokar von Czernin, ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro entre 1916 y 1918, fue el primer nombramiento político importante que hizo el emperador Carlos después de su ascensión al trono. Von Czernin tenía experiencia previa como embajador en el extranjero, sirviendo en las embajadas de París, La Haya y Bucarest; era cortés aunque algo emocional y muy inteligente. Vástago de una antigua casa aristocrática, había sido un gran favorito del archiduque Francisco Fernando porque compartía el monarquismo incondicional del archiduque, así como su hostilidad hacia el nacionalismo húngaro. A las pocas semanas de su nombramiento como Ministro de Relaciones Exteriores, el conde lidiaba a regañadientes con la decisión de Alemania de reintroducir la actividad submarina sin restricciones en alta mar. Tanto él como Karl estaban firmemente en contra de la política en principio, pero se sentían impotentes para detenerla en la práctica: 'Encontré en el emperador la misma oposición a este nuevo método de lucha y la misma preocupación por sus efectos. Pero sabíamos que Alemania ya estaba firmemente resuelta a participar en –

una guerra submarina intensificada, pase lo que pase, y que todos nuestros argumentos, por lo tanto, no tenían ningún peso práctico.'¹ Se celebraron dos conferencias entre los austrohúngaros y los alemanes. sobre el tema de los submarinos y, en palabras del biógrafo de Zita, Gordon Brook-Shepherd, en ambas ocasiones "los asustados llamaron a los sordos". países neutrales, perdiendo la vida a causa de la estrategia. En un nivel más pragmático, como el Kaiser, creían que su reintroducción llevaría a Estados Unidos a la guerra contra ellos. Con esto en mente, Zita usó su considerable encanto para entablar amistad con Frederic Courtland Penfield, el embajador de Estados Unidos en Viena, y su esposa, Anne. Educado en escuelas privadas en Inglaterra y Alemania cuando era joven

su esposa era hija del difunto magnate industrial William Weightman I, responsable de la introducción de la quinina en los Estados Unidos. La Sra. Penfield era, por lo tanto, una mujer enormemente rica, hoy su padre habría sido multimillonario varias veces, y ella podía permitirse el lujo de entretener en el mundo del beau monde vienés. Ella también era, algo inusual para los diplomáticos estadounidenses y sus esposas, que casi siempre procedían de la costa este o de las antiguas familias protestantes del sur, una católica devota que recientemente había legado la célebre mansión de Pensilvania de su padre a las Religiosas de la Asunción, una Orden docente de monjas.

Si Zita esperaba que su amistad con los Penfield pudiera ayudar a transmitir sutilmente el mensaje de que Austria-Hungría todavía valoraba las relaciones amistosas con la Gran República, era una tontería en el sentido de que si bien su esposo nunca fue detestado de la misma manera, Wilhelm II fue, en última instancia, no había nada que ella, o cualquier otra persona, pudiera hacer para evitar que Estados Unidos entrara en guerra una vez que los submarinos comenzaron a disparar contra el Atlántico nuevamente. La grosería asombrosa del almirante von Holtzendorff con ella durante el almuerzo y su desprecio por la etiqueta del palacio fue indicativo de un problema mucho más amplio que enfrentaba Austria en 1917. Su imperio y su ejército ahora eran vistos como el socio menor de Alemania y la percepción había solidificado la realidad. El control de Von Hindenburg sobre el frente oriental fue tan completo que pudo dominar los ejércitos de las otras potencias centrales de la misma manera que lo hizo con Alemania. Un componente central de la estrategia de von Czernin como Ministro de Relaciones Exteriores fue la política de que Austria-Hungría no debe intentar buscar una paz por separado o abandonar su alianza con Alemania, porque hacerlo provocaría el desastre. Cuando Karl y von Czernin visitaron al Kaiser en enero de 1917 para acordar a regañadientes que apoyarían la guerra submarina sin restricciones, fue porque ninguno de los dos podía ver ninguna forma de salir de la guerra sin traer toda la ira de von Hindenburg y Ludendorff sobre sus cabezas. .

La Emperatriz no compartió las opiniones del Ministro de Relaciones Exteriores. Sabía que sus otros dos aliados, Bulgaria y el Imperio Otomano, eran inútiles: Bulgaria porque era demasiado pequeña y económicamente atrasada, el Imperio Otomano porque se estaba desmoronando internamente y lo había estado durante años. Temía la intervención estadounidense, desconfiaba de los alemanes y aborrecía el uso de los submarinos. También fue lo suficientemente astuta como para darse cuenta de que el imperio no podía pasar otro invierno como el de 1916 y que sus numerosos grupos étnicos y

las rivalidades nacionalistas hacían imposible coordinar una estrategia militar durante mucho más tiempo. Su hermano Sixto, ahora sirviendo en el ejército belga, compartió sus puntos de vista y en 1915 incluso habló con el Papa Benedicto XV sobre su creencia de que la paz podría lograrse si Austria-Hungría pudiera liberarse de la órbita de Alemania. El Santo Padre, aparentemente, no se desanimó. El siguiente paso fue acercarse a una de las potencias de la Entente que pudiera ser receptiva a una oferta de paz de los Habsburgo.

El caché de la ascendencia borbónica de Sixto todavía tenía un gran peso en un país como Francia, donde muchas personas simpatizaron fuertemente con la realeza durante la mayor parte de finales del siglo XIX y principios del XX. La posición de su hermana como esposa del futuro emperador también lo hizo digno de interés para varios políticos franceses que estaban intrigados por los rumores de que Austria-Hungría podría retirarse de la guerra antes de tiempo, lo que ayudaría a que Alemania tomara la decisión final por su cuenta. Uno de esos hombres fue Charles de Freycinet, ex primer ministro de Francia, quien invitó a Sixto a reunirse con él en París durante su licencia del ejército belga en el otoño de 1916, poco antes de la muerte de Francisco José. Una entrevista posterior con el actual primer ministro, Aristide Briand, le dio a Sixtus la esperanza de que era posible algún tipo de negociación entre París y Viena ahora que Karl había heredado el trono. El 21 de enero de 1917, cinco días antes del mortífero almuerzo en el que el almirante von Holtzendorff insultó a la emperatriz, Karl se puso en contacto con su agregado militar en Suiza y le pidió, en el mayor secreto, que se pusiera en contacto con Sixtus. Ocho días después, la madre de Zita, María Antonia de Portugal, duquesa viuda de Parma, abordó un tren para Neuchâtel en Suiza, llevando una carta privada de Zita invitando formalmente a Sixto y a su hermano menor Xavier a venir a Viena de incógnito y en contravención de las condiciones. en el que Franz Josef les había permitido salir del imperio cuando comenzó la guerra.

Había muchas razones por las que los hermanos estaban dispuestos a correr riesgos tan graves para reunirse. La primera y más importante razón era que ambos querían sinceramente que terminara la guerra. Lo que Zita le había dicho a von Holtzendorff era cierto. Ella se opuso a cualquier cosa que trajera sufrimiento a tanta gente. El segundo fue su cercanía con Karl: Zita como su amada esposa y Sixtus como uno de sus amigos más cercanos. Ambos sabían que, a pesar de las garantías que le estaba dando a Berlín, Karl quería salir. En tercer lugar, había que considerar el futuro de la monarquía de los Habsburgo, que Zita creía con razón que se volvía menos seguro con cada nueva matanza en el campo de

Además, no fue solo la monarquía austríaca lo que impulsó a los hermanos a embarcarse en su supuesta misión de paz. También se planteaban el futuro de su casa natal, los Borbones.

Ya se ha mencionado que Sixtus, Zita y Xavier eran miembros de una familia muy numerosa. Su padre, el duque Roberto I, se casó dos veces. En primer lugar a la princesa María Pía de las Dos Sicilias, con quien tuvo doce hijos, tres de los cuales murieron en la infancia. Después de la muerte de su primera esposa al dar a luz a su duodécimo hijo en 1882, Roberto se casó con la madre de Zita, María Antonia, hija del difunto rey de Portugal. Tuvieron otros doce hijos juntos: cuando la familia se mudó entre sus diversos hogares, que incluían el magnífico Château de Chambord en Francia, necesitaban más de una docena de vagones de tren para transportarlos a ellos y a sus sirvientes. De los doce hijos de Roberto y María Antonia, todos crecieron hasta la edad adulta. En la casa Borbón-Parma, los valores de la fe y la familia se inculcaron a los niños: las glorias gemelas del gobierno de su familia en el Antiguo Régimen de Francia y los misterios sublimes del catolicismo se enfatizaron constantemente. Ninguno de los hermanos olvida nunca esas lecciones; cuatro de las hermanas de Zita, Maria delle Neve Adelaide, Francesca, Maria Antonia e Isabella, se hicieron monjas y, de niña, ella misma había considerado una vocación similar. No se puede descartar la posibilidad de que tanto Sixto como Zita esperaran que una paz negociada con éxito entre Austria-Hungría y Francia reviviera la fortuna de la línea borbónica en este último.

No era una idea tan descabellada en 1917. Después de ser depuestos en 1792, la familia había sido restaurada al trono francés tres veces en el transcurso del siglo XIX y en 1871 se habían acercado tentadoramente a una cuarta. Las tensiones entre monárquicos y republicanos habían sido una característica constante de la vida política francesa durante la mayor parte de la existencia de la Tercera República.³ Los monárquicos podían ocupar y todavía ocupaban posiciones destacadas en las fuerzas armadas y el gobierno. El célebre antepasado de Zita, el rey Enrique IV, se había convertido en el primer rey borbón de Francia en 1589 porque pudo poner fin a las guerras de religión francesas. Si Sixto pudiera desempeñar un papel de liderazgo en la liberación del país de un conflicto aún más sangriento en el siglo XX, podría revivir la fortuna del movimiento realista en Francia o al menos allanar el camino para la derogación de algunas de las leyes que impiden a los príncipes de la antigua línea real de participar en los asuntos públicos franceses.

A través de la reunión de su madre y sus hermanos en Neuchâtel, Zita se enteró de las condiciones francesas para una paz separada. El primero fue que las provincias de Alsacia-Lorena deberían ser devueltas a Francia, deshaciendo la anexión de Alemania en 1871. El segundo fue la restauración total de la independencia belga y sus colonias en el Congo. El tercero era una garantía austriaca de respetar la independencia de Serbia y el cuarto era que la ciudad otomana de Constantinopla (ahora Estambul) sería entregada a Rusia, cumpliendo siglos de ambición de los Romanov de retomar la antigua ciudadela de la fe ortodoxa. Llevó esta propuesta a su esposo y trabajaron juntos en su respuesta.

Una semana después, Karl y Zita le pidieron al conde Tamás Erdödy, un aristócrata húngaro que había sido compañero de juegos de la infancia de Karl, luego amigo de toda la vida y un hombre casi sin ambiciones políticas, que se uniera a ellos para una reunión privada. No era su interés en el gobierno lo que necesitaba la pareja imperial. Era su devoción y su discreción. Zita le dio un pequeño mapa de Neuchâtel y le dijo que se encontrara con sus hermanos en Rue du Pommier 7, una casa a unas pocas calles del paseo marítimo. No debía involucrarse en ninguna discusión con ninguno de los dos hombres, simplemente entregarle un paquete que contenía varios documentos y, a pesar de su afecto por sus hermanos, Zita también advirtió a Erdödy que no dijera una palabra sobre el deterioro de la situación en Viena, para que no debilita la posición negociadora del imperio con los franceses. Según Erdödy, en esta audiencia fue Zita quien dio la mayoría de las instrucciones y el Emperador finalmente habló al final cuando le rogó a su amigo que no traicionara su confianza en él. Las únicas personas que sabían de esto aparte de él eran Karl, Zita y el Conde von Czernin. Si se iba a lograr la paz, Alemania no debía enterarse; el secreto era primordial.

El conde Erdödy llegó a Neuchâtel el día anterior a la fiesta de San Valentín y entregó los documentos, en los que Karl aceptaba todas las condiciones francesas salvo la cláusula sobre Serbia. Si bien reconoció el derecho de Serbia a existir, no se comprometió a nada que pudiera permitirle expandirse, ya sea en Bosnia-Herzegovina o, como parecían proponer los franceses, en Albania. El paquete de Erdödy también contenía una carta de Zita pidiendo de nuevo a Sixtus y Xavier que fueran personalmente a Viena, a pesar de los riesgos, porque, como dijo von Czernin, "media hora de conversación es mejor que una docena de viajes"- esta etapa teniendo reuniones periódicas con Zita para discutir las propuestas de paz, pero el Emperador y la Emperatriz jugaban sus cartas muy cerca de su pecho. Aunque no está claro cómo

Por mucho que todos los involucrados realmente sabían, parece como si a von Czernin se le mantuviera deliberadamente en la oscuridad acerca de algunos de los detalles de las condiciones francesas. Todavía estaba ansioso por no enojar a Alemania y como su preferencia por una paz negociada entre todos los países en guerra era de conocimiento público, parece haber creído que en esta etapa no se discutía nada más sustancial que la apertura de canales diplomáticos. Una vez que estuvieran sobre una base más firme, podrían llevar la oferta de conversaciones de paz a los alemanes, quienes podrían estar más inclinados a aceptar si los planes fueran un poco más concretos. Al parecer, no tenía idea de que Karl ya se había comprometido a apoyar la reconquista francesa de Alsacia-Lorena y se habría horrorizado si lo hubiera sabido. Von Czernin ni siquiera firmaría ningún documento que contuviera una frase tan inocua como "si Alemania desea renunciar a Alsacia-Lorena, entonces Austria-Hungría, naturalmente, no se interpondría en el camino", a pesar de la sugerencia repetida de Karl de que lo hiciera.⁵ Cuando estaba con von Czernin, Karl todavía hablaba de boquilla sobre la teoría de la alianza con Alemania, pero en privado ya le había dicho a su esposa: "Apoyaremos a Francia y utilizaremos todos los medios a nuestro alcance para ejercer presión sobre Alemania."⁶ A — diferencia de von Czernin, la emperatriz tomó la palabra de Ludendorff y, por lo tanto, se mostró escéptica acerca de la receptividad del alto mando alemán a la paz en cualquier forma.

Se pasó de contrabando más información a Neuchâtel con el conde Erdödy el 21 de febrero, con algunos de los pensamientos de von Czernin sobre el asunto y memorandos anotados personalmente por el emperador. A Sixtus se le dijo explícitamente que quemara todo después de leerlo, pero sintió que necesitaba una copia para mostrársela a los franceses como prueba del compromiso de los Habsburgo de poner fin a la guerra, por lo que tradujo algunas de las cartas de su cuñado y de von Czernin. documentos al francés antes de quemar los originales. Las traducciones fueron entregadas al presidente Poincaré en el Palacio del Elíseo el 5 de marzo. Al ver que el propio Karl había dejado comentarios personales sobre las propuestas, Poincaré se convenció de que se trataba de algo significativo. Aconsejó a Sixto y Xavier que aceptaran la invitación de su hermana a Viena y que mantuvieran informado al gobierno de sus conversaciones.

Los hermanos fueron disfrazados y llevados por Austria vestidos de civiles para quedarse en la casa del conde Erdödy en Viena. Hacía un frío inusual para la estación y, a pesar de ser la última semana de marzo, estaba nevando cuando los llevaron al castillo de Laxenburg, uno de los monumentos imperiales.

casas de familia en las afueras de la ciudad. Eran las ocho de la noche cuando llegaron y la luz ya se estaba apagando cuando entraron por una pequeña puerta lateral que conducía a los apartamentos de Zita. La Emperatriz estaba encantada de verlos después de dos años de diferencia y durante los siguientes noventa minutos ella y su esposo se pusieron al tanto de las noticias familiares. A las nueve y media llegó el conde von Czernin y Zita se retiró decorosamente. Incluso ella no pudo quedarse en una conferencia política entre los representantes de una potencia extranjera, su Emperador y el Ministro de Relaciones Exteriores de su país.

Karl, von Czernin y Sixtus nunca escribieron lo que sucedió esa noche en el Laxenburg, pero Xavier, que tenía veintinueve años en el momento de la misión, sí lo hizo. A la luz de la abdicación del zar ocho días antes, se abandonó la propuesta de que se entregara Constantinopla a los rusos. La reconquista del corazón bizantino y la reconsagración de Santa Sofía siempre habían sido una obsesión de los Romanov. Ahora que se habían ido, Karl y von Czernin no veían ninguna razón por la cual Constantinopla debería figurar como condición en cualquier conversación de paz. Se aceptaron los puntos sobre Bélgica y Serbia, con las advertencias antes mencionadas de Karl, pero cuando se plantearon las demandas francesas de Alsacia-Lorena, von Czernin se resistió. No se podía esperar que Austria prometiera retirar áreas de tierra que no eran suyas. No sólo era deshonesto sino lunático. La posesión de Alsacia-Lorena fue el tema candente entre los nacionalistas franceses y alemanes mucho antes de 1914, por lo que incluso contemplar involucrarse, y mucho menos ponerse del lado de Francia, provocaría furia en Berlín. Las conversaciones terminaron así de manera inconclusa, hundiéndose en el tema de Alsacia-Lorena. Sixtus y Xavier regresaron a su casa segura al amparo de la oscuridad, donde discutieron cómo ganarse al Conde von Czernin. Se las arreglaron para concertar una reunión con él en Erdödy's la noche siguiente, el 24 de marzo, en la que prometió obedecer las órdenes de su soberano, cualesquiera que fueran, pero siguió hablando del "poder de Alemania" y el daño que podría infligir a Austria-Hungría si estas negociaciones salían mal.⁷ De vuelta en el

castillo, Karl decidió proceder sin la total complicidad de su Ministro de Asuntos Exteriores. Todo el 25 de marzo, la Fiesta de la Anunciación, se dedicó a redactar un compromiso firme y por escrito con las condiciones de paz que Sixto podría llevar a París, incluida la promesa de respaldar una nueva anexión francesa de Alsacia-Lorena. La emperatriz estuvo presente durante gran parte de la redacción del documento, al igual que sus dos hermanos. El hecho de que la primera lengua de Zita, Sixtus y Xavier fuera el francés dificultó la tarea de

escribir el documento mucho más fácil y Sixtus se fue con él, tomó el tren de la tarde de regreso a Suiza y desde allí regresó a París. Mientras se escribía la carta, de vez en cuando se hacían llamadas telefónicas a von Czernin por sugerencia de la emperatriz, aparentemente para repasar algunos de los puntos más finos del lenguaje diplomático. Esas llamadas telefónicas prueban que von Czernin sabía que se estaba redactando un documento en el castillo de Laxenburg el 25 de marzo de 1917 y que contenía al menos algunos de los puntos que se habían discutido allí dos noches antes. Es posible que incluso supiera, o sospechara, que el compromiso de Austria-Hungría de resolver el problema de Alsacia-Lorena se estaba incluyendo a pesar de sus preocupaciones. Su conversación con los dos hermanos en la casa del conde Erdödy la noche anterior, en la que prometió seguir el ejemplo de Karl sobre el tema, casi confirma que sabía que Alsace-Lorraine tendría que ser mencionado en cualquier correspondencia con Francia, que colocó la reclamación de 'las Provincias Perdidas' en lo alto de su lista de objetivos de guerra.

Sin embargo, lo que el conde von Czernin no sabía era que una parte central de las condiciones de Francia era que no habría negociación que incluyera una posible paz para Alemania. El trato que se ofrecía era solo para Austria-Hungría. La insistencia de Von Czernin de que no podían decidir la cuestión de Alsacia-Lorena sin la participación de Alemania surgió porque creía que Sixtus estaba trayendo un mensaje que se correlacionaba con sus propios puntos de vista sobre la mejor manera de terminar la guerra, una serie de compromisos entre todas las potencias. . Hasta donde él sabía, esta era una opinión compartida por el Emperador y Karl lo alentó deliberadamente en esa creencia. Si von Czernin se hubiera dado cuenta de que lo que en realidad estaban planeando era abandonar Alemania en la primera oportunidad disponible, nunca habría sido parte de ninguna de las reuniones. Como monarca semiconstitucional, Karl necesitaba actuar con la aprobación de al menos algunos de los ministros de su gabinete; Por lo tanto, von Czernin fue engañado al recibir solo la mitad de la información relevante y las repetidas solicitudes de Karl para obtener su firma en algunos de los documentos sugieren que vio el papel de su Ministro de Relaciones Exteriores como nada más que un requisito constitucional que luego podría usarse para legitimar el mandato del Emperador. acciones encubiertas en la negociación con una potencia enemiga. Que en ningún momento de las discusiones en el Laxenburg o más tarde en la casa del Conde Erdödy se planteó el tema bastante crucial de la paz separada sugiere fuertemente que Zita, Sixtus y Xavier también estaban en el complot, o como lo habrían visto la necesidad, de engañar a von Czernin. También

que Karl sabía exactamente lo que estaba haciendo y siguió su estrategia con von Czernin deliberadamente. Anteriormente en las negociaciones, Sixto le había escrito a su cuñado:

Me parece que con mucho gusto concertaríamos la paz con usted sobre la base propuesta, pero al mismo tiempo toda Francia está firmemente resuelta a proseguir la guerra con la mayor energía contra Alemania, hasta que sea derrotada definitiva y decisivamente. Es mi deber llamar su atención sobre este punto tan importante. Nadie está listo para tratar con Alemania antes de que sea derrotada.⁸

—

Aunque Karl lo negaría más tarde, 'este punto más importante' se le había dejado claro desde el principio: la paz con los Aliados tendría el precio de cortar todos los lazos con Alemania. Su total comprensión del problema queda clara en la carta que le envió a Sixto después de su reunión en Laxenburg:

Le pido que pase al Presidente de la República Francesa, M. Poincaré, el mensaje secreto y no oficial de que utilizaré todos los medios y toda mi influencia personal para apoyar el retorno justificado de Francia de Alsacia-Lorena. Bélgica debe ser restaurada como estado independiente, manteniendo todos sus territorios africanos al margen de la compensación por las pérdidas que ha sufrido. La soberanía de Serbia será restaurada y, para demostrar nuestra buena voluntad, estamos dispuestos a garantizarle un acceso natural apropiado al Mar Atlántico, así como concesiones económicas...⁹

—

Unas pocas semanas después de que escribiera esto, Estados Unidos entró en guerra, lo que solo aumentó la sensación de urgencia y frustración del Emperador. Los planes de los Habsburgo fracasaron cuando el gobierno del primer ministro Briand cayó en Francia y fue reemplazado por Alexandre Ribot, quien estaba menos interesado en negociar con los austriacos para una paz separada, pero cuando la carta de Karl se mostró a su homólogo británico, Lloyd George. , el 11 de abril de 1917, estaba entusiasmado pero preocupado por cómo reaccionarían los italianos al perder la oportunidad de repartirse pedazos del sur del Imperio Habsburgo. Sixtus fue llevado de contrabando a Viena el 8 de mayo para más conversaciones, mientras que el fracaso rotundo del nuevo gobierno de Rusia en el frente oriental hizo que el alto mando alemán

confiado en que el final estaba ahora a la vista. Si el Gobierno Provisional en Rusia colapsara, dejaría a las potencias centrales libres para volcar la mayor parte de su fuerza combinada hacia Occidente y, si eso sucediera, la no participación de Austria obviamente sería una gran ventaja para la Entente. Lloyd George estaba interesado en la oferta del Emperador; Sixtus fue llevado a reunirse con él en el número 10 de Downing Street y luego se le concedió una audiencia en el Palacio de Buckingham. Karl siguió intentando y rezando por la paz, pero durante meses no sucedió nada mientras los aliados debatían entre ellos si valía la pena considerar esta oferta. Después de todo, ¿no sería simplemente mejor perseguir la victoria sobre Austria-Hungría además de Alemania?

Ese otoño, George Clemenceau se convirtió en el nuevo primer ministro francés. Era un nacionalista que escupe fuego, apodado 'Le Tigre' por su animosidad hacia los enemigos de su país, y quería la victoria total no menos que Ludendorff en Alemania. En la primavera de 1918, von Czernin cometió el error de criticar públicamente a Clemenceau cuando calificó sus políticas como el principal obstáculo para la búsqueda de la paz en los últimos meses. Clemenceau respondió al insulto entregando vengativamente todas las cartas de Karl a la prensa, que las publicó en el golpe periodístico de la década.

La reacción en Alemania solo puede describirse como histérica. Karl y 'el intrigante italiano' fueron denunciados a diestra y siniestra. En términos políticos, literalmente. Von Czernin corrió al palacio para una frenética audiencia con el Emperador en la que el Ministro de Asuntos Exteriores exigió a Karl que firmara un documento en el que negaba que alguna de las cartas a Sixto se hubiera emitido a título oficial y que en ningún momento de la discusión Bélgica o Alsacia-Lorraine incluso se ha mencionado. Todavía es asombroso por qué Karl firmó esta negación evidentemente falsa. Puede haber sido, como creía el biógrafo de Zita, Gordon Brook-Shepherd, que la pareja se había chantajeado sobre la seguridad de sus hermanos o, mucho más probablemente, que estaban asustados y mintieron ante la posibilidad de un acuerdo respaldado por los alemanes. golpe de represalia en Viena.¹⁰ Otros creían que la reacción de von Czernin fue tan desquiciada que Karl no tuvo más remedio que firmar el juramento deshonesto con la esperanza de aquietarlo, o que von Czernin convenció a Karl de que Ludendorff presionaría para la ocupación alemana de Austria sin una refutación completa de las afirmaciones que se hacen en la prensa francesa. Por otra parte, tal vez Karl simplemente mintió porque eso era lo más fácil de hacer en un conjunto de circunstancias muy difíciles.

Cualquiera que sea su motivación, fue un error. Después de su negación, se publicaron más documentos de la correspondencia, lo que demuestra cuánto sabía y aprobaba. Enojado por haber sido engañado por la cláusula que basaba toda la negociación en la premisa de una paz separada y asustado por la situación en la que ahora se encontraban todos a causa de ella, el conde von Czernin pidió su renuncia y Karl aceptó. Pero antes de presentar su propia renuncia, von Czernin rompió todos los preceptos de la etiqueta aristocrática cuando trató de persuadir a Karl para que hiciera lo mismo. La emperatriz escribió en su diario sobre una "escena terrible con Czernin". De nuevo trata de persuadir al Emperador para que retroceda y cuando eso no tiene éxito, tiene un ataque de nervios, llora y de repente ofrece su renuncia, que SM [Su Majestad] acepta.¹¹ El Lord Alto Chambelán de Karl y Zita, el maravillosamente encantador el conde Leopold von Berchtold, señaló con ironía que en tiempos pasados los aristócratas fueron educados para sacrificarse para proteger la estabilidad del reinado del monarca, pero, por desgracia, con von Czernin "tal grandeza de la antigüedad estaba mucho más allá de él".¹²

El principal resultado del asunto Sixto fue un mayor debilitamiento de la posición de Austria en la guerra. Para evitar cualquier represalia de sus aliados al norte de la frontera, Austria-Hungría tuvo que vincularse aún más a Alemania. La gran apuesta del asunto Sixto había fracasado y ahora todo lo que les quedaba a los Habsburgo era perecer o triunfar con el Segundo Reich.

El asesinato de los Romanov

'Nuestras almas están en paz

La mayoría de los líderes de Rusia en 1917 estaban obsesionados por el temor de que su revolución siguiera el patrón establecido por los franceses en 1789 y Alexander Kerensky, el brillante orador que se convirtió en el Primer Ministro del Gobierno Provisional unos meses después de la Revolución de Febrero, no fue una excepción. Kerensky era republicano, pero no quería que la violencia sucediera sobre la familia imperial depuesta. Con las viejas leyes de censura eliminadas bajo el nuevo régimen, se abrió la temporada de los Romanov en la prensa rusa y todas las viejas mentiras sobre 'Nicholas the Bloody' y su esposa cobraron un nuevo soplo de vida. Muchas personas, particularmente en el soviet de Petrogrado, querían que fueran castigados o ejecutados por traición. El presidente del soviet, Irakli Tsereteli, pronunció un discurso en el Tauride en el que argumentó: "La República debe protegerse contra el regreso de los Romanov a la arena histórica". Eso significa que las personas peligrosas deben estar directamente en manos del soviet de Petrogrado.¹ Kerensky se negó a hacer ningún movimiento contra ellos e insistió repetidamente en que no quería ser el Jean-Paul Marat de esta _

revolución.² Para poner fin a la Ante las afirmaciones soviéticas de que se estaban llevando a cabo orgías en el Palacio de Alejandro o que los Romanov seguían espionando para los alemanes, Kerensky viajó a Tsarskoe Selo, donde conoció a la familia por primera vez en su salón. Instintivamente sintió el miedo de la familia de encontrarse sola con un revolucionario cuyos objetivos eran desconocidos para irrumpir en ella. Con una sonrisa de respuesta, caminé rápidamente hacia el Emperador, le estreché la mano y dije bruscamente: "Kerensky", como siempre hago a modo de presentación... Nicolás II me tomó la mano con firmeza... y sonriendo una vez más, me llevó a su familia. ³

Kerensky pronto se encariñó con la mayoría de la familia, cuya amabilidad y vulnerabilidad lo conmovieron en igual medida, pero tardó mucho más en encontrar mucho afecto por la Emperatriz. 'El zar y la zarina presentaban un contraste completo en cada detalle insignificante', recordó, 'en el porte, en los pequeños gestos, en su actitud hacia la gente; en palabra, más aún en pensamiento... El zar me habló [a mí]; pero fue el significado del silencio de la zarina lo que

me quedó más claro. Al lado de un coronel de la Guardia simpático y algo torpe, muy corriente excepto por un par de maravillosos ojos azules, se encontraba una emperatriz nata, orgullosa, inflexible, plenamente consciente de su derecho a gobernar. para determinar si había algo de verdad en las acusaciones de traición o espionaje, llegó a admirar a Alexandra por la "claridad, la energía y la franqueza de sus palabras".⁵ El conde Benckendorff, que participó en el interrogatorio de Alexandra, recordó más tarde que cuando Kerensky la presionó sobre su participación impopular en el gobierno, 'Su Majestad respondió que el Emperador y ella misma eran la pareja más unida, cuya alegría y placer residían en su vida familiar, y que no tenían secretos el uno para el otro; que discutían de todo, y que no era de extrañar que en los últimos años, que habían sido tan turbulentos, hubieran discutido a menudo de política». ⁶ Alexandra, por su parte, comentó después a Benckendorff que la había sorprendido gratamente el buen modales y tacto. Al salir del palacio, Kerensky se tomó el tiempo de decirle a Nicolás lo impresionado que estaba con la zarina: "Tu esposa no miente"., ese encanto que fue incrementado aún más por sus maravillosos ojos, profundos y tristes... el ex Emperador nunca perdió el equilibrio, nunca dejó de actuar como un cortés hombre de mundo'.⁸ A su regreso a Petrogrado, informó a sus colegas de gobierno que la campaña de los periódicos y los soviéticos contra los Romanov fue un tejido de mentiras.

Incluso la nueva simpatía de Kerensky por la familia imperial no pudo salvarlos de la difícil situación en la que se encontraban. Anastasia, de quince años, era mucho más reticente a lo que ponía en sus cartas, incluso a amigos cercanos, porque creía que su correo era siendo abierto.⁹ Los niños se habían recuperado del sarampión, pero a las niñas se les había afeitado la cabeza para que su cabello volviera a crecer de manera uniforme y todavía estaban muy débiles. María también contrajo la enfermedad y fue la última en recuperarse. Olga desarrolló fiebre reumática post-sarampión, Anastasia tuvo pleuresía que le agravó los oídos y María contrajo neumonía, dejándola tan débil que por unos días Alexandra pensó que iba a morir. La propia Emperatriz ahora tuvo que pasar gran parte de su tiempo en una silla de ruedas ya que su salud se derrumbó por

primavera sólo Tatiana y Anastasia eran lo suficientemente fuertes para caminar regularmente por los jardines o para asistir a los servicios de comunión de Pascua. Cuando a la familia se le permitió salir a los jardines del palacio para tomar un poco de aire fresco, una multitud se reunió en las rejas para gritar y burlarse de ellos, la mayoría de los cuales había sobornado a los guardias por el privilegio de estar tan cerca de la familia imperial. Si alguno de estos espectadores hubiera querido asesinar a uno de los Romanov, habrían estado completamente indefensos. Los guardias se convirtieron cada vez más en un problema. Una noche, irrumpieron en el salón de la familia gritando que se habían hecho señales para facilitar un complot de escape monárquico; resultó que la Gran Duquesa Anastasia había estado cosiendo mientras su padre les leía en voz alta cuando ella se inclinó para recoger tela. su cuerpo había cubierto y luego descubierto una lámpara de mesa, que los guardias confundieron con un código para los monárquicos imaginarios que se escondían en la finca. gestos sexuales obscenos hacia ellos. La cabra mascota de Alexei fue asesinada y también los cisnes en el lago artificial del palacio. Algunos de los soldados defecaron en el bote de remos de los niños y grabaron dibujos pornográficos en él.¹¹

Para aumentar la angustia de la familia, el gobierno provisional consideró que todavía había demasiados cortesanos en Tsarskoe Selo, algunos de los cuales habían sido nombrados en la prensa como parte de la red ficticia de espionaje alemán de la zarina. Dos de las damas de honor favoritas de Alexandra, Lili Dehn y Anna Vyrubova, estaban entre las que fueron arrestadas y llevadas de Tsarskoe Selo a prisión en Petrogrado. Vyrubova, todavía débil por el accidente de tren que casi la mató en 1915 y también recuperándose de la misma enfermedad que las grandes duquesas, tuvo que ser sacada de su lecho de enferma para cojear con muletas hasta el automóvil que esperaba. Tatiana estaba particularmente molesta por la separación y les dio a las dos mujeres un álbum de fotografías familiares como regalo de despedida. Dehn, que estaba acostumbrado a la compostura imperturbable de la Gran Duquesa, se sorprendió y conmovió por el llanto que soltó Tatiana cuando los sacaron del palacio.

Kerensky trató de remediar la situación nombrando un nuevo Capitán de la Guardia en la forma del coronel Evgeny Kobylinsky, un veterano de treinta y nueve años y monárquico. El cautiverio mejoró para los prisioneros y Nicholas más tarde se refirió a Kobylinsky como "mi último amigo".¹² Algunas de las tácticas más crueles que se habían probado con los Romanov en las semanas

inmediatamente después de la abdicación, como separarlos entre las comidas y limitar sus oportunidades de hablar entre ellos, se abandonaron. Un plan para separar a la zarina de sus hijos fue archivado cuando su Maestra de las Túnica señaló que una separación podría matar a Alexandra: 'Significaría la muerte para ella. Sus hijos son su vida.'¹³

Kerensky quería que la familia saliera de Rusia lo antes posible. Garantizaría su seguridad al mismo tiempo que eliminaría un gran problema para el Gobierno Provisional. Su presencia continua irritó tanto a los monárquicos como a sus oponentes más extremos, obviamente por razones muy diferentes. En abril, Vladimir Lenin había sido introducido de contrabando en Rusia con la ayuda de Alemania, con la esperanza de que una revolución comunista exitosa sacaría a Rusia de la guerra y, de no ser así, al menos lograría perturbar la situación política lo suficiente como para debilitar a Rusia. -rendimiento fallido en el frente oriental. A pesar del papel que la guerra había jugado en la destrucción de la monarquía, la república increíblemente optó por seguir combatiéndola con la esperanza de aferrarse a la buena voluntad y las inversiones anglo-francesas, y porque no veían ninguna salida a la guerra que no dejara Alemania es libre de imponerles un acuerdo de paz punitivo. La presión bolchevique aumentaba con el número de muertos en el frente y Kerensky no se hacía ilusiones sobre lo que le sucedería a la familia de Nicholas si la Extrema Izquierda se volvía más poderosa. Se hicieron planes para enviarlos al extranjero, algo con lo que Alexandra se sintió inicialmente incómoda porque no quería revolotear por el continente de un lugar de moda a otro siendo fotografiada para las páginas de sociedad mundial como tantos miembros de la realeza depuestos habían estado felices de hacer en el pasado y lo haría en el futuro.

Tal existencia sería un anatema para ella. Sin embargo, la preocupación por sus hijos la convenció y al parecer planteó la posibilidad de que se mudaran a Noruega, que era un país hermoso, neutral en la guerra y con un clima que creía que sería beneficioso para Alexei. Francia, España, Italia y Suiza se mencionaron brevemente como posibles lugares de refugio para los Romanov, pero la elección más obvia parecía ser Gran Bretaña.

En Tsarskoe Selo, Nicholas mencionó el tema varias veces con el tutor de inglés de sus hijos, Sydney Gibbes, hijo de un gerente de banco de Rotherham, que había sido contratado años antes cuando el tío de Alexandra Eduardo VII le dijo que sus hijos estaban aprendiendo cosas regionales poco atractivas.

acentos de su entonces maestro, un tal señor Epps.¹⁴ El káiser, deseoso de ayudar, irritó a sus generales cuando prometió que cualquier tren o barco que llevara a los Romanov al extranjero tendría garantizado el paso seguro por Alemania. La familia comenzó a empacar en preparación para la mudanza y luego, de manera bastante inesperada, Sir George Buchanan, el embajador británico en Petrogrado, mortificado, le dijo a Kerensky, aparentemente con lágrimas en los ojos, que su país ya no estaba dispuesto a aceptar al depuesto Zar y Su familia. Tendrían que ir a otro lugar.

La negativa británica a conceder asilo a los Romanov en 1917 es notoria y durante muchos años se culpó al primer ministro izquierdista del país, David Lloyd George, cuyos escrúpulos políticos supuestamente le impidieron ofrecer ayuda a un autócrata depuesto. Esta ficción fue sostenida incluso por algunos de los parientes mutuos más cercanos de los Romanov y los Windsor, como Lord Louis Mountbatten, quien puede haber sabido la verdad, y Eduardo VIII, quien aparentemente creía genuinamente que "justo antes de que los bolcheviques se apoderaran del zar, mi padre personalmente había planeado rescatarlo, pero de alguna manera el plan fue bloqueado. En cualquier caso, a mi padre le dolía que Gran Bretaña no hubiera levantado la mano para salvar a su primo Nicky. "Esos políticos", solía decir. "Si hubiera sido uno de su tipo, habrían actuado lo suficientemente rápido.

Pero simplemente porque el pobre hombre era un emperador..."¹⁵

Pero Lloyd George, de hecho, había apoyado la bienvenida al ex zar a Inglaterra para ayudar al Gobierno Provisional y porque no podía concebir ninguna forma de rechazar a Nicholas, que era primo hermano de George por parte de madre, y a Alexandra, una nieta de la venerada Reina Victoria. No todos compartían la opinión del primer ministro de que no se podía rechazar sensatamente a los Romanov.

El embajador británico en París, Lord Bertie, dijo que los aliados deberían evitar ayudar a la familia imperial porque "la emperatriz no solo es boche [un término peyorativo para un alemán] por nacimiento sino también por sentimiento". Hizo todo lo que pudo para lograr un entendimiento con Alemania. Se la considera una criminal o una lunática criminal y al ex-Emperador un criminal por su debilidad y sumisión a sus impulsos». ¹⁶ Manifestaciones de izquierda en el Albert Hall de Londres, la entrada de Estados Unidos en una guerra que ahora se presentaba como uno de democracia contra los últimos vestigios de absolutismo, y la reciente ola de dificultades de relaciones públicas de la corona británica gracias a sus numerosos parientes extranjeros hizo que el rey se preocupara

sobre las implicaciones políticas del asilo y buscó el consejo de su secretario privado, Lord Stamfordham. Su opinión meditada era que la concesión de asilo a los Romanov asociaría la monarquía constitucional británica con una autocracia extranjera opresiva e incitaría a «todas las personas que en la actualidad claman por una república en Inglaterra».¹⁷ En la segunda semana de abril, Su Majestad El Ministerio de Relaciones Exteriores de Londres informó brevemente al Gobierno Provisional de Petrogrado que "el Gobierno de Su Majestad no insiste en su anterior oferta de

hospitalidad a la Familia Imperial" . fuera del alcance del soviet de Petrogrado. Habrían estado a salvo en Suecia o Noruega, como esperaba la Emperatriz, pero cruzar esas fronteras requería ponerlos en un tren que atravesaría o cerca de Petrogrado. ¿Qué pasaría si alguien informara al soviet que los Romanov estaban siendo trasladados y la guarnición de Petrogrado los ayudara a interceptar el tren? No se podía confiar en la integridad de los guardias de la familia. No se podía descartar la posibilidad de que todos fueran linchados.

Fue en estas circunstancias que Alexander Kerensky consideró trasladar a la familia a un lugar de exilio interno temporal, lejos de la capital. El zar sugirió Crimea, donde podrían alojarse en su antigua casa de verano de Livadia, una de las favoritas de la familia. Kerensky admitió que la idea tenía sus méritos. La población de Crimea todavía simpatizaba predominantemente con la familia imperial, y otros miembros del clan Romanov, incluida la emperatriz viuda y las dos hermanas de Nicolás, ya se dirigían allí. Si la situación se deterioraba aún más y se desencadenaba una guerra civil, como muchos temían, Crimea sería fácilmente accesible por mar y los Romanov podrían trasladarse rápidamente al extranjero. También se barajó la posibilidad de enviarlos a una de las casas señoriales de campo propiedad del hermano de Nicolás, Mikhail, pero en ambos escenarios requeriría trasladar a la familia imperial a través de áreas de Rusia que estaban en las garras de la violencia revolucionaria y la anarquía.

En sus memorias, Kerensky justificó la decisión final tomada en agosto de 1917 de trasladar a la familia a la ciudad siberiana de Tobolsk, aunque todavía no está claro si, incluso sin el beneficio de la retrospectiva, Livadia habría sido una opción más sensata. Cuando escribió sus memorias en

1935, el terrible destino final que le sucedió a la familia pesó mucho en la mente de Kerensky; estaba ansioso por exculparse de la acusación de que no había hecho lo suficiente para salvarlos y, de hecho, los había enviado accidentalmente a la muerte. 'Elegí Tobolsk porque era un remanso total... [sin] proletariado industrial, y una población próspera y satisfecha, por no decir anticuada... el clima era excelente y la ciudad podía presumir de una muy aceptable La residencia del gobernador donde la familia imperial podría vivir con cierta comodidad. Se avergonzó cuando llegó a Tsarskoe Selo para decirle a Nicolás que irían a Siberia en lugar de a Crimea, pero el zar lo tranquilizó. 'No tengo miedo. Confiamos en usted. Si dices que debemos movernos, debe ser. Confiamos en ti.'¹⁹

Su vida en Tsarskoe Selo estaba empacada. El día antes de partir era el decimotercer cumpleaños de Alexei y, a petición de Alexandra, se trajo al palacio un icono de Nuestra Señora de Znamenie para conmemorar la ocasión. Mientras los sacerdotes lo procesaban de regreso a través de los terrenos, los Romanov se pararon en el balcón para verlo partir. Varios lloraron y el Conde Benckendorff, que miraba con ellos, pensó: "Era como si el pasado se fuera para no volver jamás".²⁰

En la noche de su partida, Kerensky hizo arreglos para que el Gran Duque Mikhail viniera a despedirse. Los hermanos se abrazaron y charlaron en voz baja. Kerensky, quien por alguna razón sintió que tenía que supervisar la reunión, notó que ambos hermanos parecían tan abrumados por la posible finalidad de la situación que no sabían cómo expresarse.

Años más tarde, Kerensky se conmovió al recordar cómo seguían 'agarrándose del brazo o del botón del abrigo'.²¹ Mikhail se fue llorando y besó a Alexei, que deambulaba de una habitación a otra con su perro de aguas, Joy, al trote. sus talones Alexandra estaba en su tocador malva, llorando, y Kerensky aseguró a un grupo de cortesanos que después de las elecciones de noviembre la situación política se estabilizaría y los Romanov podrían abandonar Tobolsk, ya sea para vivir en el extranjero o para Crimea. También se tomó el tiempo para dirigirse a los soldados que estaban siendo enviados a Tobolsk con la familia: 'Ustedes han protegido a la Familia Imperial aquí; ahora debe guardarlo en Tobolsk, donde está siendo trasladado por orden del Gobierno Provisional. Recuerde: no golpee a un hombre cuando está caído. Compórtense como caballeros, no como canallas. Recuerde que él es un ex Emperador y que ni él ni su familia deben sufrir ninguna dificultad'.²²

Los autos llegaron poco antes de las seis de la mañana. El sol estaba saliendo (un hermoso amanecer, notó Nicholas más tarde) cuando Kerensky dio la orden de que el convoy partiera hacia la estación. Los que se quedaron en el palacio salieron a despedirse y saludaron en silencio mientras los Romanov y el séquito permitían ir con ellos y se alejaban. Los metieron en vagones de ferrocarril disfrazados de miembros de la Cruz Roja y les dijeron que la ciudad a la que se mudaban se llamaba Tobolsk. La espalda de la Emperatriz cedió cuando la subieron a bordo. Cuando el tren aceleró, la Gran Duquesa Anastasia le escribió una nota a su tutor de inglés que terminaba con las —

palabras "Adiós". No me olvides».23 El viaje a Siberia fue largo e incómodo. Para asombro de las grandes duquesas, su pequeño grupo estaba siendo vigilado por 336 soldados.24 La seguridad era estricta. A pesar del calor del verano, había que correr las cortinas y cerrar las ventanas cada vez que el tren pasaba por una ciudad o pueblo. Una noche, el tren se detuvo cerca de una pequeña casa aislada y, como no había estación, los viajeros pudieron romper las reglas y estirar las piernas. Anastasia estaba asomada a la ventana para tomar aire cuando un niño salió corriendo de la casa para recibir al tren. El cabello de Anastasia aún no había vuelto a crecer por completo ya que se lo habían afeitado después de su roce con el sarampión y el niño la confundió con un hombre. 'Tío', pidió, tal vez ansioso por tener noticias de lo que estaba pasando con la Revolución, 'por favor, dame, si lo tienes, un periódico'. Por un momento, Anastasia no pudo entender por qué se dirigían a ella como hombre antes de recordar sus cabellos rapados. 'No soy tío sino tía y no tengo periódico', respondió ella. Mientras el niño trotaba de regreso a su casa, Anastasia y algunos de los soldados del convoy se echaron a reír por el malentendido que, como Anastasia —

admitió con pesar, había sido perfectamente razonable dada su apariencia actual.25 Estuvieron en el tren durante cuatro días hasta que llegaron la estación de Tyumen, donde desembarcaron para tomar el ferry a Tobolsk, que no tenía estación de ferrocarril. El viaje duró unos días; en lo que respecta a Kerensky, la absoluta lejanía de la ciudad sería su mejor seguridad si el invierno fuera políticamente difícil para la nueva república, porque no se podía acceder a ella una vez que terminaba el verano. Una de las criadas de la familia, Anna Demidova, estaba disgustada por el alojamiento en el f

inspeccionar la casa en la que iban a vivir todos. La mansión del ex gobernador había sido incautada por un soviét local en el momento de la Revolución; la habían rebautizado como 'Casa de la Libertad' y la habían despojado de todo su mobiliario. Solo se habían mudado unos días antes de la llegada de los Romanov y la casa estaba en un estado repugnante. Se tardó casi una semana en volverlo habitable, tiempo durante el cual el zar y su familia permanecieron a bordo del ferry.

A pesar de su comienzo poco prometedor, la vida en Tobolsk era soportable para los Romanov. Incluso casi agradable, a veces. A sus cortesanos y sirvientes restantes se les permitió vivir con ellos en la mansión o se les asignó un alojamiento perfectamente adecuado en una casa en el lado opuesto de la calle. El coronel Kobylinsky, simpatizante de Romanov, hizo arreglos para que la familia asistiera a los servicios en la iglesia cercana, donde a menudo la multitud los vitoreaba o bendecía. Cuando llegó el frío otoño y las nieves invernales, Anastasia comenzó a organizar ensayos en el interior, después de los cuales ella y sus hermanas representaban escenas de diferentes obras en francés, ruso e inglés, diseñadas para alegrar el estado de ánimo de todos por las noches. El teatro se convirtió rápidamente en una actividad doméstica: sus tutores asumieron la tarea de dirigir, el zar y la zarina escribieron programas para la pequeña audiencia, el médico de familia participó en un drama y el propio Nicolás finalmente aceptó el desafío de interpretar el papel. de Smirnov, un terrateniente de mediana edad, en la comedia en un acto El oso de Chekov. Una noche, Anastasia, que parecía decidida a mantener el ánimo de todos, entró pavoneándose en el salón después de la cena con los calzoncillos largos Jaeger de su padre y comenzó a brincar por la habitación en un espectáculo tan inesperado e hilarante que incluso Alexandra se echó a reír a carcajadas. eso había sido raro durante bastante tiempo.²⁶ Durante el día, Alexandra supervisaba las lecciones de sus hijos y organizaba algunas propias cuando se dio cuenta, para su sorpresa, de que casi había olvidado cómo hablar alemán, el idioma de su primera infancia. La gente de Tobolsk enviaba a la casa regalos de ropa, comida y pequeños lujos, las monjas del convento local les horneaban pasteles y muchos de los guardias ahora habían desarrollado una relación con sus prisioneros. Incluso comenzaron a permitirles el acceso a las cartas de sus amigos y familiares lejanos, que estaban desesperados por tener noticias d

Alexandra aprovechó la oportunidad para escribir a Anna Vyrubova, ahora liberado del cautiverio en Petrogrado pero aún bajo vigilancia.

Levantarse al mediodía para clases de religión con Tatiana, María, Anastasia y Alexei. Tengo una lección de alemán tres veces a la semana con Tatiana y una vez con María... También coso, bordado y pinto, con anteojos puestos porque mis ojos se han vuelto demasiado débiles para prescindir de ellos. Leo 'buenos libros' mucho, amo la Biblia, y de vez en cuando leo novelas... Él [el Zar] es simplemente maravilloso... Los demás son todos buenos y valientes y sin quejas, y Alexei es un ángel... Uno por uno todas las cosas terrenales se escurren, casas y posesiones arruinadas, amigos desaparecidos me siento vieja, oh, tan vieja, pero sigo siendo la ... madre de este país, y sufro sus dolores como los dolores de mi propio hijo y lo amo a pesar de todo sus pecados y horrores. Nadie puede arrancar a un hijo del corazón de su madre y tampoco se puede arrancar el propio país, aunque la negra ingratitud de Rusia hacia el Emperador me parte el corazón. Aunque no es que sea todo el país. Dios tenga piedad y salve a Rusia.

Unos días después, volvió a escribir con más noticias sobre la familia. Me he puesto bastante gris. Anastasia, para su desesperación, ahora está muy gorda, como lo estaba María, redonda y gorda hasta la cintura, con piernas cortas. Espero que crezca. Olga y Tatiana son ambas ~~delgadas~~ '27

Mientras Alexandra escribía sobre los "pecados y horrores" de Rusia, lo peor estaba por llegar cuando el Gobierno Provisional fue derrocado en una segunda revolución que llevó a Lenin y los bolcheviques al poder. La guerra civil ahora era inevitable ya que monárquicos, nacionalistas, liberales e incluso muchos grupos de izquierda se unieron bajo la lógica de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. El comunismo era, por su propia naturaleza, un sistema que requería una dictadura y la pura brutalidad del régimen, incluso en sus primeros meses, le ganó muchos enemigos.

No pasó mucho tiempo antes de que el triunfo del soviét en Petrogrado hiciera sentir su influencia en Tobolsk. Algunos de los guardias formaron su propio soviét y votaron que ahora se prohibiera a todos los oficiales usar charreteras para promover un espíritu de igualitarismo. Esto sacó a Nicolás de su habitual quietud y se negó rotundamente a quitarse las charreteras que había recibido de su difunto padre, Alejandro III. Fueron necesarias las súplicas de Alexandra y de un angustiado coronel Kobylinsky para que él se echara atrás e incluso entonces siguió usando las charreteras en privado y simplemente se echó un abrigo encima.

sus hombros cuando salía. La noticia de la toma del poder por parte de los bolcheviques enfureció y desanimó a Nicolás. Su abdicación había sido en vano. No había traído la paz y la estabilidad prometidas, sino el caos y la pesadilla de un gobierno liderado por bolcheviques. Pierre Gilliard anotó en su diario en ese momento: 'Sus Majestades aún albergan la esperanza de que entre sus leales amigos se encuentren algunos para intentar su liberación. Nunca fue la situación más favorable para la fuga, porque todavía no hay ningún representante del gobierno bolchevique en Tobolsk. Con la complicidad del coronel Kobylinsky, ya de nuestro lado, sería fácil engañar a la insolente pero descuidada vigilancia de los guardias».28 La —

presencia bolchevique en Tobolsk pronto se intensificó, con el resultado de que se reforzó la seguridad en torno a la familia. Los soldados promocionaron a colegas que, según se decía, simpatizaban con sus antiguos gobernantes. Los nombrados fueron despedidos y aquellos que se arriesgaron a ir a Nicolás para despedirse de él después de su despido generalmente enfrentaron arresto y encarcelamiento por actividad contrarrevolucionaria. Los guardias restantes volvieron al viejo juego de burlarse de la familia imperial, particularmente de las cuatro grandes duquesas. Un día, Alexei entró corriendo para decirle a su padre que en los columpios del jardín habían grabado unas palabrotas. Enfurecido, Nicholas salió furioso, arrancó los asientos de la cuerda del columpio y los arrojó antes de que

En Moscú, ahora declarada capital en lugar de Petrogrado, León Trotsky soñaba con un gran juicio público del ex zar 'que revelaría una imagen de todo el reinado... los procedimientos serían transmitidos a la nación por radio'.29 Sería una maravillosa oportunidad para que Trotsky muestre sus indudables habilidades como orador, además de recordar los juicios de Carlos I y Luis XVI. Pero no todos vieron la sabiduría del plan de Trotsky. El juicio podría darle a Nicholas una plataforma pública para exonerarse o generar simpatía por el antiguo régimen. También había un precedente para eso. La dignidad de Carlos I en su juicio en 1649 había vuelto a su favor incluso a algunos de los parlamentarios más ardientes, mientras que Robespierre había roto platos furioso por lo mal que se había llevado el juicio de María Antonieta en 1793, porque sentía que le había dado 'el triunfo de excitar la simpatía del público en sus últimos momentos».30 También estaba el problema de que un juicio, incluso un juicio espectáculo con el veredicto decidido de antemano, al menos sugería la posibilidad de la inocencia. Nicolás había sido zar, por lo que no cabía duda de su culpabilidad.

El 27 de abril de 1918, ocho meses después de su llegada, el comisario Vasili Yakovlev, un miembro del soviet de Petrogrado de treinta y dos años que había pasado años en el exilio en Canadá tras ser perseguido por la policía secreta zarista, llegó a Tobolsk para contar Nicholas que lo trasladarían a las cuatro de la mañana. Cuando Yakovlev no le dijo a dónde lo llevaban, Nicholas se negó a obedecer. Alexandra interrumpió su conversación, horrorizada por lo que escuchó. Alexei se había caído recientemente y lo habían llevado a la cama. '¡Qué estás haciendo con él!' ella gritó. Quieres apartarlo de su familia. ¿Como puedes? Tiene un hijo enfermo. ¡No, no puede irse, debe quedarse con nosotros! Yakovlev le dijo que se iría a las cuatro de la mañana y que Nicholas no tenía otra opción. Cuando salió de la habitación, Alexandra lo llamó: 'Esto es demasiado cruel; ¡No creo que vayan a hacer esto!'³¹ El coronel Kobylinsky lo sabía mejor y le dijo a la pareja que Yakovlev trasladaría al ex zar con o sin su cooperación.

Durante horas, los Romanov debatieron sus pocas opciones. Si bien era imposible mover a Alexei dada su reciente lesión, Alexandra nunca se había perdonado a sí misma por abandonar a Nicholas cuando se enfrentaba a la abdicación y se negaba a dejarlo ahora que existía la posibilidad de un desenlace aún mayor. Fue un testimonio de lo mucho que amaba a su marido y de su determinación de quedarse con él hasta el final que decidió dejar a Alexei en Tobolsk al cuidado de sus hermanas e irse con Nicholas, dondequiera que lo llevaran. Tanto Yakovlev como Kobylinsky pensaron que se marchaba porque temía que "dejado solo, pudiera hacer algo estúpido", una referencia indirecta a lo que había sucedido con la abdicación. Para quienes la conocían, era sorprendente que considerara separarse de Alexei cuando él no se encontraba bien, pero a las cuatro de la mañana Alexandra estaba al lado de Nicholas cuando salieron de su casa en Tobolsk para un viaje de cinco días en vagones sin muelles a la vía del tren en Tyumen, con Alexandra en agonía casi desde el momento en que partieron. Habían decidido llevar a la Gran Duquesa María con ellos para cuidar de su madre en el viaje, junto con algunos sirvientes, incluidos el Dr. Botkin y Anna Demidova, la doncella dueña de sí misma de la familia a quien Yakovlev confundió con una dama de honor. Olga, Tatiana, Anastasia, Alexei y la mayoría del resto de la familia se quedaron en Tobolsk, pero incluso con este gran séquito para cuidarlos, la decisión de Alexandra de separarse de ellos sin saber lo que les deparaba

elección, o incluso si hubo una elección correcta en tales circunstancias, es incognoscible.

En el tren de Tyumen, con la espalda agonizando y su cuerpo comenzando a gritar por la abstinencia porque ya no se le suministraba la medicación a la que estaba acostumbrada, la zarina se quedó en su compartimento y María la acompañó. Yakovlev pensó que era 'astuta y orgullosa' y que se esforzaba por evitar a los soldados, aparentemente 'si veía un centinela en el pasillo al salir del baño, regresaría y se encerraría hasta que el centinela saliera del baño'. corredor'.³² Nicholas y Yakovlev hablaron mientras viajaban; el comisario notó cómo Nicolás se persignaba cada vez que pasaban por una iglesia ortodoxa. Hablaron de cosas inocuas, familia, clima y comida. "Realmente ama a su familia", dijo Yakovlev a un periódico esa primavera, "y se preocupa mucho por

ellos".³³ Después de unos días de viaje, el tren se detuvo en un cruce cerca de la ciudad de Omsk, una división en el ferrocarril Transiberiano. Allí, esperó durante horas mientras Yakovlev estaba involucrado en un intercambio de te. La idea de un juicio estatal había perdido su atractivo y el soviet de los Urales cercano quería tomar posesión de la familia. Los Montes Urales, una vasta cordillera que generalmente se considera la línea divisoria entre la Rusia europea y la asiática, era una región notoriamente antimonárquica que una vez estuvo en el corazón del sistema de exilio zarista. A bordo del tren de Tyumen, Nicolás comentó : "Iría a cualquier parte, solo que no a los Urales". bajo custodia en los Urales. Un telegrama enviado desde el Soviet Regional de los Urales el 28 de abril se refería a una carta, ya sea de Lenin o de Yakov Sverdlov, presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia en Moscú, escrita el 9 de abril, antes de que los Romanov hubieran salido de Tobolsk. eso indicaba que Nicolás debía ser llevado a la ciudad de los Urales de Ekaterimburgo.³⁵ Ahora, el soviet de los Urales amenazaba con arrestar tanto a Nicolás como al comisario Yakovlev si no les entregaban al ex emperador. Sverdlov respondió por telegrama refiriéndose a los Romanov como 'el equipaje' (ese y 'la medicina' eran sus nombres en clave en la correspondencia bolchevique) asegurándoles que 'todo lo que está haciendo Yakovlev... es en cumplimiento directo de una orden que he dado. Informaré de los detalles por correo especial. No emita órdenes con respecto a Yakovlev... Se puede confiar completamente en Yakovlev".³⁶

Desde su tren detenido en Omsk, Yakovlev continuó enviando mensajes a Sverdlov en Moscú. Sus telegramas confirman que se había considerado la posibilidad de que los dejaran en los Urales antes de ir a Tobolsk. El retraso en Omsk fue causado por divisiones dentro del Comité Ejecutivo sobre qué hacer con los Romanov, lo que había llevado a que se planificaran múltiples resultados. El código para depositarlos en Ekaterimburgo era 'la primera ruta'. Incluso ahora, Yakovlev estaba preparado para enfrentarse a la ira del soviet de los Urales si eso era lo que quería el gobierno de Moscú. Si eligieron la segunda ruta, lejos de los Urales, 'entonces siempre puedes transportar el equipaje a Moscú o donde quieras. Si el equipaje fue tomado por la primera ruta, entonces dudo que puedas sacarlo de allí. Ninguno de nosotros... lo duda; ni dudamos que el equipaje estará en total peligro en todo momento. Por lo tanto, les advertimos por última vez y nos liberamos de cualquier responsabilidad moral por las consecuencias futuras".³⁷ La respuesta de Moscú no sobrevive, pero el lado de la correspondencia de Yakovlev lo deja claro. Concluyó el telegrama final en el intercambio con las palabras: 'Entonces, voy por la primera ruta. Voy a entregar el equipaje.

Iré por la otra parte». ³⁸ El tren fue desviado a Ekaterimburgo y los tres Romanov fueron desembarcados en una vía muerta de mercancías a primera hora de la tarde. Recibidos por representantes del partido bolchevique local y comandantes de la rama regional de la Cheka, el nuevo servicio de policía secreta del régimen bolchevique y el progenitor de la KGB, fueron conducidos por las calles de la inquietantemente tranquila ciudad, libres de espectadores hasta el final. Los prisioneros estaban detrás de la enorme empalizada de madera construida recientemente alrededor de la Casa Ipatiev, número 49 de la calle Voznesensky, la antigua casa de un ingeniero ferroviario local adinerado a quien el soviet local requisó su casa cuando quería usarla como los Romanov. ' prisión porque estaba muy cerca de la sede local de Cheka. Era una casa grande, pero la mayor parte del alojamiento estaba destinado a quienes los custodiarían. El Dr. Evgeny Botkin, Anna Demidova, un joven ayudante de cocina llamado Leonid Sednev, la sirvienta letona del emperador Aloise Trupp, un cocinero llamado Ivan Kharitonov y dos sirvientes entraron en la casa con Nicholas, Alexandra y Maria. Los otros miembros de su séquito fueron llevados directamente del tren a la cárcel.

Durante tres semanas, la familia se mantuvo en una habitación individual, mientras Alexandra se preocupaba por sus otros hijos en Tobolsk y Nicholas pasaba los días leyendo la Biblia en voz alta. La promesa de Yakovlev de que "iría por la otra parte" se hizo realidad a fines de mayo, cuando el resto de lo que quedaba de la casa imperial fue llevado a Ekaterimburgo para compartir el destino del Emperador y la Emperatriz. Cuando salían de Tobolsk, una de las damas de honor de Alexandra, la baronesa Sophie Buxhoeveden, estaba desconcertada por lo bulliciosos que eran los soldados y lo mucho que bebían cuando el ferry partió hacia Tyumen. A medida que avanzaba el viaje, todos los hombres que aún quedaban en la casa imperial se movían tanto que no se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde de que los habían encerrado en sus cabañas. Mientras tanto, los guardias bolcheviques les dijeron a las mujeres que dejaran sus puertas abiertas. Al escuchar esto, la aterrorizada baronesa y todas las demás mujeres decidieron dejarse la ropa puesta y permanecer sentadas toda la noche antes que arriesgarse a irse a la cama.

Atrapado en su cabina, uno de los tutores de los Romanov escuchó gritos resonando en el barco más tarde esa noche. Años más tarde, le dijo a su hijo: "Lo que hicieron fue espantoso".³⁹ No se puede descartar la posibilidad, casi demasiado horrible de contemplar, de que una o más de las hijas del zar fueran agredidas sexualmente en el viaje de Tobolsk a Ekaterimburgo. .

La historia de la baronesa Buxhoeveden de cómo todos habían tratado de mantener su ropa puesta esa noche y la detención deliberada de los miembros masculinos del séquito de los Romanov sugiere que se planeó un ataque a las damas, mientras que los recuerdos de Sydney Gibbes a su hijo años después parecen confirmar que algo realmente terrible sucedió en el viaje. En 1989, el hijo de Gibbes, George, le dijo al historiador Greg King que lo que sucedió en el ferry a Tyumen había sido el peor recuerdo de su padre de la Revolución Rusa, "más que enterarse de que la familia había sido martirizada".⁴⁰ Cuando Olga llegó a Ekaterimburgo, sus allegados se dieron cuenta rápidamente de que «había transformado a la encantadora y brillante muchacha de veintidós años en una marchita-

y triste mujer de mediana edad»⁴¹. Contra esta desgarradora versión de los hechos está el hecho de que varios de los que iban a bordo no hicieron mención posterior de ningún ataque que tuviera lugar, ni la propia baronesa, que mencionó las circunstancias que condujeron al mismo, ni Pierre Gilliard, que estaba encerrado en su habitación. En su estudio del último año de los Romanov, Greg King y Penny V

sugirió que el 'casi velo de silencio que rodea los eventos de esa noche... no es difícil de entender, dada la posición exaltada de las grandes duquesas; los horribles asesinatos en Ekaterimburgo; la determinación de aquellos íntimamente conectados con los Romanov de presentarlos como modelos de toda virtud moral; y el tenor de la época».42 En una sociedad con una comprensión limitada de los delitos sexuales, ni siquiera se podía denunciar una violación por la vergüenza que podía acarrear a las grandes duquesas. Sin embargo, también está el hecho de que no hubo cambios notables después del viaje en Tatiana o Anastasia, y las observaciones sobre el declive físico y emocional de Olga en realidad habían comenzado antes de que subiera al ferry, cuando se quedó sola para cuidar de una enfermedad que se enfermaba rápidamente. Alexei, que había perdido tanto peso gracias a las nuevas restricciones en Tobolsk que parecía demacrado y su rodilla se había agarrotado, lo que le impedía caminar temporalmente. Que fueron acosados pero no agredidos parece ser la evaluación tomada por la biógrafa más reciente de las grandes duquesas, Helen Rappaport, quien escribió en su biografía de 2014 sobre ellos que el viaje desde Tobolsk vio a Alexei encerrado en su cabina y se le negó el acceso al baño. y las mujeres obligadas a 'soportar el ruido de los guardias alborotadores bebiendo y haciendo comentarios obscenos fuera de sus puertas abiertas'.43 El misterio de lo que sucedió en el viaje desde Tobolsk en 1918 probablemente nunca se resolverá, pero las duquesas se encontraron mostró cuán frágil se había vuelto la seguridad de la familia imperial.

Su tren llegó a Ekaterimburgo desde Tyumen poco después de la medianoche del 23 de mayo, donde les dijeron que iban a ser separados de todos sus sirvientes excepto Klementy Nagorny, un marinero corpulento y devoto de la armada imperial que fue asignado para cuidar de Alexei. La familia estaba tan acostumbrada a que las reglas cambiaran sin motivo y forzaran las separaciones temporales como muestra del poder de los guardias sobre ellos que Tatiana bromeó irónicamente: "¡Todos nos regocijaremos en la compañía de los demás dentro de media hora!". Pero esta vez uno de los guardias se inclinó sobre su hombro y le dijo: 'Mejor dile adiós, ciudadanía'. 44 Se les permitió —

desembarcar del tren por la mañana, momento en el que una gran multitud se había reunido para observarlos. . Las tres grandes duquesas vestían chaquetas oscuras, con grandes botones y faldas a juego.

Valentin Speranski, un ingeniero entre la multitud, pensó que Olga 'me recordaba a una niña triste en una novela de Turgenev', mientras que una niña de dieciséis años

Anastasia "parecía una niña asustada y aterrorizada, que podía, en diferentes circunstancias, ser encantadora, alegre y afectuosa". Pero fue Tatiana quien le causó la mayor impresión. Incluso cuando sus zapatos se hundieron en el barro y luchó con su maleta, su rostro no traicionó ningún signo de vergüenza o miedo. El ingeniero pensó que se comportaba como "una patricia altiva con un aire de orgullo", incluso en circunstancias increíblemente difíciles.

Observándolos a todos luchar sin ayuda hacia los carros de un solo caballo que esperaban, Speranski 'observó sus rostros animados, jóvenes y expresivos con cierta indiscreción, y durante esos dos o tres minutos aprendí algo que no olvidaré hasta el día de mi muerte. Sentí que mis ojos se encontraron con los de las tres desafortunadas jóvenes solo por un momento y que cuando lo hicieron llegué a lo más profundo de sus almas mártires, por así decirlo, y me invadió la lástima por ellas, yo, un revolucionario empedernido. .

Sin esperarlo, intuí que los intelectuales rusos, los que pretendemos ser los precursores y la voz de la conciencia, éramos los responsables del ridículo indigno al que fueron sometidas las grandes duquesas... No tenemos derecho a olvidar, ni a perdonar. a nosotros mismos por nuestra pasividad y nuestra incapacidad para hacer algo por ellos.'⁴⁵

Una alegre reunión tuvo lugar en la Casa Ipatiev o la 'Casa de Propósitos Especiales', como había sido renombrada siniestramente por el soviético, pero en poco tiempo se volvió a la familiaridad de los guardias que interrumpen sus comidas, oportunidades limitadas para tomar aire fresco, soldados mirando con lascivia cuando iban al baño para encontrarse con quintillas obscenas sobre su padre y bocetos gráficos de escenas sexuales imaginarias entre su madre y Rasputín. O ellos mismos y Rasputín. La guerra civil se extendió por Rusia, reemplazando la carnicería de la Primera Guerra Mundial, de la que el nuevo gobierno soviético se había retirado al aceptar el humillante Tratado de Brest-Litovsk, por el cual la Alemania imperial tomó posesión de la mayoría de los territorios más valiosos de Rusia en Europa del Este. y un tercio de su población total. Las fuerzas bolcheviques, conocidas como los Rojos, se enfrentaron a una coalición anticomunista, conocida como los Blancos, que también había logrado cierto respaldo extranjero, aunque no tanto como necesitaba. A principios del verano, las fuerzas blancas se acercaban a Ekaterimburgo.

El deseo de evitar la liberación de los Romanov determinó el momento de su muerte, pero no fue la única razón de la masacre en la Casa Ipatiev. Desde sus inicios, la dirección bolchevique se basó en una política de terror a través de la lucha de clases para mantenerse en el poder. Esto era

en parte debido a la necesidad debido a las incertidumbres políticas que enfrentan: Lenin planteó la pregunta a un colega: '¿Ciertamente no crees que sobreviviremos a esto como los ganadores si no usamos el terror revolucionario más brutal?' – y en parte por la ideología – Trotsky creía: 'Debemos poner fin de una vez por todas a la cháchara papista-cuáquera sobre la santidad de la vida humana'.⁴⁶ En toda Rusia, el terror se usaba sin discriminación.

Felix Dzherzhinsky, el jefe de la Cheka, justificó la política sobre la base de que "la Cheka debe defender la revolución y conquistar al enemigo incluso si su espada cae ocasionalmente sobre las cabezas de los inocentes".⁴⁷ Al discutir el destino final de los Romanov, Lenin elogió la sugerencia de que todos los miembros de la familia deberían ser asesinados independientemente de su edad, sexo o actividad política anterior como "simplicidad hasta el punto de la genialidad".⁴⁸ Dentro del mismo Ejército Rojo, Trotsky abogó por las ejecuciones en masa de uno de cada diez soldados de cualquier batallón que hubiera desobedecido órdenes o intentado desertión.

Dentro de la Casa de Propósitos Especiales, algunos de los guardias bolcheviques más jóvenes se estaban enamorando de las grandes duquesas. 'Eran increíblemente bonitos', recordó uno de los guardias años después, mientras que otro llamado Alexander Strekotin recordó que 'sus personalidades nos fascinaban. Eran el tema de discusión entre dos o tres de nosotras, que pasamos algunas noches en vela hablando de ellas'.⁴⁹ Las hermanas mayores permanecieron más cautelosas que las niñas menores; Olga pasó gran parte de su tiempo perdida en sus pensamientos o leyéndole en voz alta a su madre el Libro del Apocalipsis con sus inquietantes descripciones de un apocalipsis seguido de las recompensas del Paraíso, mientras Valentin Speranski escuchó que Tatiana era 'agradable con los guardias si pensaba que se estaban comportando de una manera aceptable y decorosa'.⁵⁰ Esto no siempre sucedía y Tatiana una vez salió enfadada de la habitación cuando uno de los soldados hizo una broma azul. María, que se quedó atrás, preguntó: '¿Por qué no están disgustados con ustedes mismos cuando usan palabras tan vergonzosas? ¿Te imaginas que puedes hacerte amigo de una mujer de buena cuna con tales ingeniosidades y que tenga buena disposición hacia ti? Sed hombres educados y decentes y —

entonces podremos llevarnos bien.»⁵¹ Fue un raro destello de mal genio de la Gran Duquesa María, que la mayoría de las veces era la favorita de los guardias. En la última semana de junio, celebró su decimonoveno cumpleaños y uno de los guardias más jóvenes, un ex trabajador de fábrica llamado Ivan Skorokhodov, le pasó de contrabando

pidió hablar con ella en privado y aparentemente fueron descubiertos en una posición comprometedoras unos minutos después. No fue nada demasiado sórdido y ciertamente no sexual, como dejan en claro los comentarios comedidos de su superior sobre la situación. Puede haber sido un beso o simplemente puede haber sido que estaban solos juntos en primer lugar. De cualquier manera, hubo graves consecuencias, mucho más para Iván que para María.

Los encargados de la Casa de Propósitos Especiales creían que el contrabando de la torta demostraba que la seguridad bajo la actual cosecha de guardias se había roto irremediablemente. Uno de ellos, Peter Ermakov, pensó que si no se detenía la confraternización, algunos de los centinelas "estarían ayudando a los prisioneros a escapar lo siguiente que supimos".⁵² No sabemos si el zar se enteró alguna vez de la amistad de María con Skorokhodov, pero sus hermanas ciertamente lo hicieron y Olga en particular estaba disgustada. Por orden de sus superiores, Ivan Skorokhodov fue retirado de sus funciones y llevado a prisión, donde posteriormente desapareció de los registros por llevarle un pequeño pastel de cumpleaños a un Romanov. Destinos similares ya habían corrido muchos de los sirvientes de la familia, incluido el marinero Nagorny, a quien se llevaron y le dispararon cuando intentaba evitar que uno de los bolcheviques robara la colección de imágenes religiosas de Alexei, y la ex dama de honor de la emperatriz, la condesa Anastasia. Hendrikova, que fue ejecutada ese otoño junto a una de las antiguas tutoras de las grandes duquesas, Mademoiselle Schneide

A medida que el clima exterior se convirtió en un calor abrasador, la atmósfera dentro de la casa se volvió insoportable. Alexandra se molestó cuando uno de los soldados fue muy grosero con Ivan Kharitonov, uno de sus cinco criados supervivientes.⁵⁴ Una tormenta hizo estragos en la noche del 7 de julio, pero las ventanas de la familia habían sido encaladas hacía mucho tiempo, lo que les impedía tener cualquier vista de el exterior. Todo lo que podían hacer era escuchar la tormenta arremolinándose a su alrededor. Se susurraban rumores sobre el progreso del Ejército Blanco junto con quejas sobre la severidad de las reglas de la casa bajo el nuevo comandante, Yakov Yurovsky, quien ya asistía a reuniones periódicas en un hotel local para coordinar el asesinato de la familia. Los propios Romanov aún no habían perdido la esperanza de que pronto podrían ser liberados por sus partidarios, pero igualmente una sensación opresiva de temor se había apoderado de la familia, ya que esperaban lo mejor pero temían lo peor. Todos sabían que sus vidas en Ekaterimburgo estaban llegando a su fin de una forma u otra: serían rescatados, trasladados o morirían. durante uno

de los raros servicios religiosos a los que ahora tenían acceso y que se llevaban a cabo dentro de la casa para evitar que llamaran la atención en la iglesia, el sacerdote oficiante, el padre Storozhev, se sorprendió cuando toda la familia cayó de rodillas durante las oraciones por los muertos. 'Sabía por la forma en que se comportaban', dijo más tarde, 'que algo temible y amenazante estaba a punto de caer sobre la familia imperial'.⁵⁵ Alexandra y sus hijos rezaban juntos a menudo. "La atmósfera que nos rodea es eléctrica", escribió en una de sus últimas cartas a Anna Vyrubova. 'Tememos que se acerca una tormenta pero sabemos que Dios es misericordioso... Nuestras almas están en paz.'⁵⁶

El 15 de julio de 1918, Lenin se tomó un breve descanso en su pequeña casa de verano cerca de Kuntsevo, un indicador revelador de que, cuando se fue, la cuestión de los Romanov ya había sido resuelta.⁵⁷ Dos días antes, Moscú había confirmado a Ekaterimburgo que no tenía ninguna objeción al asesinato del zar. Posteriormente se celebró una reunión en un hotel de Ekaterimburgo en la que se decidió que la escritura se llevaría a cabo a más tardar el 18 de julio y que su plan era "liquidar al ex zar Nicolás Romanov y su familia y los sirvientes que vivían con ellos".⁵⁸ Philip Goloshchekin, el hombre del Ejecutivo Central en Ekaterimburgo, sabía de la decisión y aunque nunca se encontró el telegrama, es casi inconcebible creer que en algún momento durante los próximos tres días Goloshchekin no buscó el permiso de Lenin para el plan para matarlos. todos a seguir adelante, suponiendo que esta orden no se hubiera dado ya. Dado que Moscú había pedido que se le mantuviera informado, la noticia de la reunión en el hotel del día 14 presumiblemente fue enviada a la capital a tiempo para que Lenin aprobara la decisión y partiera hacia Kuntsevo al día siguiente. A las dos de la tarde del día 17, el secretario personal de Lenin, Nikolai Gorbunov, recibió un breve telegrama de un miembro del soviet de Ekaterimburgo: «Informar a Sverdlov de que toda la—

familia corrió la misma suerte que su cabeza». ⁵⁹ Habían sido despertados . se levantó de la cama en las primeras horas de la mañana y le dijo que debido a la proximidad de los ejércitos blancos, se estaba intercambiando fuego de artillería y que existía la posibilidad de que algo de él pudiera golpear la ciudad. Se les pidió que se vistieran y luego los llevaron abajo poco después de las 2:15 a. -tres pasos

tramo de escaleras hacia el sótano con Nicholas cargando a Alexei, que todavía estaba demasiado débil por su caída en Tobolsk.

En el siglo XVIII y principios del XIX, la Rusia imperial había otorgado asilo a miembros exiliados de la familia real francesa. Los Borbones sobrevivientes se vieron obligados a huir de la Revolución tan rápido que no se llevaron casi nada y durante dos décadas pasaron de un simpatizante a otro, incapaces de mantenerse a sí mismos o a cualquiera de los sirvientes que habían arriesgado sus vidas para unirse a ellos. en el exilio. Decidida a no sufrir la misma humillación, Alexandra había decidido pasar de contrabando algunas de sus propias joyas privadas fuera de Rusia para poder venderlas, vivir de las ganancias y evitar convertirse en una carga para sus familiares o simpatizantes.

Dos de esas cajas ahora estaban escondidas dentro de las almohadas que llevaba Anna Demidova, mientras que el resto de las joyas de contrabando estaban cosidas en los corsés de la zarina y las grandes duquesas. Dieciséis años más tarde, Yurovsky diría en una sala llena de compañeros bolcheviques: "Nadie es responsable de su agonía de muerte sino ellos mismos, hay que decirlo... su codicia resultó ser tan grande".⁶⁰ Cuando estaban—

todos reunidos y Alexandra exigió una silla debido a su dolor de espalda, Yurovsky dio un paso adelante y les dijo a las once personas en el sótano que todos iban a morir debido al 'asalto a la Rusia soviética' de sus familiares, una referencia al apoyo del Imperio Británico a los ejércitos blancos. . Los relatos difieren de la redacción exacta utilizada y si alguna vez llegó a leer el punto en el que se hace referencia a Nicolás como "un verdugo coronado" y condenado por "innumerables crímenes sangrientos contra el pueblo", una acusación rica en ironía del régimen soviético. , que ya estaba hasta los tobillos en la sangre de su propia gente en sus primeros nueve meses. Sin embargo, todos los informes de los testigos coinciden en que Nicholas intentó interrumpirlo en algún momento y recibió un disparo en el corazón.

Su sangre salpicó a Alexei, que había sido colocado junto a su madre. Olga y Alexandra hicieron la señal de la cruz antes de que la emperatriz fuera golpeada en el lado izquierdo del cráneo y asesinada. Los once hombres que componían el pelotón de ejecución comenzaron a disparar a su antojo, matando a Aloise Trupp e Ivan Kharitonov. Mientras la habitación se llenaba del hedor de los intestinos vaciados de los muertos recientes, Yurovsky y sus hombres tuvieron que salir por un minuto. Algunos de los guardias lloraron y vomitaron, señal que algunos historiadores han interpretado como muestras de compasión o remordimiento, pero no debemos dejarnos llevar demasiado

en una reacción física involuntaria: Himmler también vomitó cuando vio morir a la gente, hizo poco para apagar su entusiasmo por Auschwitz o Treblinka; los años de los miembros del equipo de hablar en público en la URSS sobre lo que hicieron esa noche no sugiere mucho arrepentimiento.

Regresaron con pistolas y bayonetas de rifle, matando a un Dr. Botkin herido mientras se arrastraba por el suelo para cumplir un viejo voto de morir al lado de su Emperador. Algunas balas habían rebotado en los corsés de las chicas, pero Yurovsky no estaba siendo sincero cuando afirmó que esa era la razón por la que se tardó tanto en asesinarlas. Había elegido mal el lugar y la logística del asesinato aún más. El sótano era demasiado pequeño, la cuadrilla de ejecución demasiado grande y muchos de ellos estaban demasiado nerviosos, demasiado emocionados o, en algunos casos, demasiado borrachos. Olga y Tatiana estaban abrazadas en la esquina, pero Tatiana se puso de pie para recibir la bala de Yurovsky cuando él vino por ella. Los demás fueron finalmente asesinados apuñalándolos con las bayonetas, golpeando con las culatas de los rifles y, en el caso de Alexei, Yurovsky confirmó desapasionadamente que "lo acabé" con dos disparos en la cabeza.⁶¹ Luego, los cuerpos fueron desnudados y llevados a un bosque, rociados con ácido sulfúrico, algunos de ellos fueron quemados y luego, después de probar varios sitios de entierro, fueron enterrados en un claro del bosque con la esperanza de que los blancos nunca los encontraran. Como dijo Yurovsky más tarde: "Es fácil ver cómo habrían utilizado este asunto en su beneficio".⁶²

El fin de la guerra y la caída de la Monarquías

"Fue cabeza a cabeza hasta el final"

Pocas semanas después de la ejecución de los Romanov, la emperatriz Augusta Victoria sufrió un leve infarto que se sumó a la angustia de su marido, Guillermo II, que ya estaba atormentado por los rumores de la ejecución de su prima en Ekaterimburgo. No importaba lo que Alexandra pudiera haber pensado de él personalmente, había hecho todo lo posible para salvar a la familia y había desaconsejado el Tratado de Brest-Litovsk porque sabía que una vez que no hubiera amenazas de represalias por parte de Alemania, los soviéticos podrían tratar los primos rusos del Kaiser como quisieran.

Habiendo triunfado en el este, el alto mando alemán ahora tenía la intención de hacer lo mismo en el oeste y el general Ludendorff había asegurado al Kaiser y al pueblo alemán que la Ofensiva de Primavera en el frente occidental en 1918 aseguraría la victoria final, con las tropas marchando a través de un entrenamiento intensivo durante el invierno para prepararlos para ello. Pero el alto mando cometió un grave error al decidir atacar primero las líneas británicas en lugar de las francesas, actuando sobre la baja opinión de Ludendorff sobre las capacidades del mando británico. Los británicos perdieron casi 500.000 hombres, pero derrotaron la ofensiva mediante una mezcla de retirada táctica y contraofensiva. Los alemanes ya no podían compensar sus pérdidas y los hombres que enviaban al frente a menudo eran demasiado viejos, estaban fuera de forma o ya estaban desanimados por una guerra que casi todos en casa creían que estaba perdida. El 8 de agosto, los aliados lanzaron un contraataque, animados por una nueva confianza en sus posibilidades de ganar y por 10.000 soldados estadounidenses que llegaban a Europa todos los días. Cuando Wilhelm escuchó la noticia de la victoria aliada, se acostó y uno de los oficiales de su estado mayor tuvo que molestar a la emperatriz, quien todavía estaba muy débil después de su ataque al corazón. -Dime la verdad -le preguntó Augusta Victoria-, ¿realmente está todo perdido? ¡No puedo creer que Dios haya abandonado a nuestra pobre patria! El oficial le dijo que era poco lo que se podía hacer por el ejército, pero que todavía tenía un papel que desempeñar para ayudar al Kaiser a afrontar las próximas semanas con dignidad.

usted', dijo y se arrastró de su propio lecho de enferma para atender a su esposo.¹
Con el —

beneficio de la retrospectiva, Winston Churchill pensó que podría haber ido en cualquier dirección hasta la contraofensiva aliada en agosto, 'Era cuello y cuello para hasta el final... Cuanto más se sabe sobre la lucha, más se da cuenta de los márgenes pequeños, estrechos y peligrosos de nuestro éxito». ² Su evaluación de la situación fue citada por el general Ludendorff en sus memorias de la posguerra para dar mayor su propia visión retrospectiva de que Alemania había perdido la guerra debido a la traición interna, a través de una oscura conspiración de católicos, judíos y masones que habían socavado el imperio desde dentro. Esta idea de una 'puñalada por la espalda' que provocó el armisticio de 1918 fue alimentada con amor por hombres como Ludendorff y sus futuros secuaces en el movimiento nazi, pero en 1918 Erich Ludendorff le dio al Kaiser un consejo muy diferente. A fines de septiembre, fueron él y el general von Hindenburg quienes informaron a su emperador en términos muy claros de que la guerra no se podía ganar y que lo mejor era hacer arreglos para rendirse de la manera menos humillante posible. Wilhelm se quedó atónito ante su evaluación.

El estado de ánimo dentro de Alemania, palacio y populacho, era doloroso. Los apagones continuos afectaron a todos mientras el Reich luchaba por producir suficiente energía con tantos mineros enviados a luchar y morir en las trincheras. El jabón era difícil de conseguir y el agua caliente una rareza. Se cerraron teatros, clubes nocturnos, bares y restaurantes para conservar energía. Había escasez de ropa tanto en el ejército como en el mercado civil. A fines de 1918, los alemanes comían en promedio entre el 12 y el 20 por ciento de la carne, la mantequilla, el queso, los huevos y el arroz que tenían en 1913.³ El invierno de 1916 y 1917 se denominó "el invierno de los nabos" porque eran el único tipo de alimento abundante y en 1918 el pescado había desaparecido casi por completo de las mesas alemanas gracias al bloqueo británico. Estas privaciones hablaban de una nación que ni siquiera podía sostenerse a sí misma y mucho menos someter a otros, y a esta sensación de desaliento se sumaba la vista de miles de soldados que llegaban a casa lisiados, mutilados, desfigurados, ciegos o gravemente heridos, mientras que las noticias del asunto Sixto confirmaban que los propios aliados de Alemania no tenían fe en una victoria final.

Octubre de 1918 vio una lucha frenética para transformar el gobierno en preparación para las conversaciones de paz. El presidente estadounidense, Woodrow Wilson,

dejó claro a mediados de mes que Estados Unidos no negociaría con 'la potencia que hasta ahora ha controlado a la nación alemana'.

No estaba claro si se refería al ejército o a la monarquía. Inicialmente, muchas personas asumieron lo primero, quizás porque no podían creer que un jefe de estado extranjero se atreviera a ordenar el realineamiento completo del sistema político de otro país en línea con el suyo. El príncipe Maximilian von Baden, un primo lejano del káiser conocido por su política liberal, fue nombrado canciller e inmediatamente se dedicó a tratar de reformar el sistema político alemán fortaleciendo el Reichstag, con la esperanza de que tal medida complacería a los aliados al limitar la influencia del alto mando en casa. A pesar del nombramiento de von Baden, había algunos en Alemania que creían que el presidente Wilson no aceptaría las condiciones de paz si la monarquía de los Hohenzollern se dejaba intacta. Supremamente confiado en sus propias habilidades, el presidente Wilson miró la carnicería del continente y asumió que todo el antiguo sistema europeo se había podrido hasta la médula. Si todo fuera barrido, el futuro sería brillante; el progreso, en opinión del presidente Wilson, era inevitable. Pocas demandas políticas en la historia pueden haber tenido resultados tan devastadores a largo plazo. La emperatriz estaba lívida y criticó "la audacia del advenedizo al otro lado del mar que se atreve a humillar una casa principesca que puede mirar hacia atrás siglos de servicio a la —

gente y al país".⁴ Cuando el general von Hindenburg se irritó ante las demandas de cambio del presidente Wilson, von Baden acudió al Kaiser y le exigió que pusiera fin a la interferencia de los militares en el gobierno. Incitado a la acción por su primo y finalmente consciente de la magnitud del problema que enfrentaba la Corona, Guillermo II se peleó con Ludendorff y dejó en claro que su renuncia, si se presentaba, sería bien recibida. El 26 de octubre, demasiado tarde, el general Ludendorff perdió el poder. 'He separado a los gemelos siameses', comentó el Kaiser.⁵ A menudo se supone que estaba hablando del ejército y el gobierno, pero es igualmente posible que estuviera bromeando sobre los inseparables Ludendorff y von Hindenburg. En esta atmósfera de inquietud, la ira en las calles alcanzó un punto álgido cuando los disturbios y disturbios barrieron Alemania y el personal naval estacionado en Kiel se amotinó. Los espartaquistas también estaban en la calle, con la esperanza de provocar una revolución similar a la de Rusia; eso era de esperar, pero fue la desertión de su amada armada, su orgullo y alegría, lo que realmente rompió el ánimo de Wilhelm II. Dejó Berlín para pasar algún tiempo en el cu

una mala decisión que le apartó de la capital en un momento vital. Estaba demasiado lejos para estar involucrado en cualquiera de las decisiones que se tomaron cuando se desató la Primera Guerra Mundial y la monarquía con ella.

El estado de ánimo dentro del séquito imperial mientras se dirigía a Spa era surrealista, su conexión con la realidad tenue en el mejor de los casos. El amigo de Wilhelm, Albert Ballin, pensó que la abdicación era el único camino a seguir: "No creo que el emperador se entristeciera mucho cuando ahora pudiera hacer un gesto noble y retirarse a la vida privada". Pero pensó que muchos de los allegados a Wilhelm le impedirían hacerlo ('con certeza la emperatriz opondrá una fuerte resistencia') e incluso algunos de los sufridos cortesanos de Wilhelm todavía alimentaban la fantasía de que al permanecer cerca del ejército el Kaiser podría aferrarse al poder.

⁶ Los informes del alto mando confirmaron que la lealtad del ejército ahora era tan sospechosa como la de la marina y que el consenso general era que Wilhelm debía abdicar. El presidente de los socialdemócratas de izquierda, Friedrich Ebert, le dijo al canciller: 'El estado de ánimo de la gente empuja la responsabilidad hacia el emperador, no importa si tienen razón o no. Lo importante para el pueblo es que pueda ver destituidos de sus cargos a los supuestos culpables. Por esta razón, la abdicación del emperador es necesaria si se quiere impedir que las masas pasen a una posición revolucionaria.'⁷ Cualquier sugerencia de que abdicara a favor del Príncipe Heredero fue rechazada con el argumento de que el hijo era ahora incluso más impopular que él, su padre. Algunos, como Albert Ballin y el canciller von Baden, pensaron que si actuaban rápidamente, el hijo mayor del príncipe heredero, Wilhelm, de doce años, podría ser proclamado Wilhelm III con una regencia aprobada por el Reichstag, pero como se interrumpieron las comunicaciones entre Spa y Berlín, se perdió la oportunidad de salvar la monarquía. En el Reichstag, los intentos del Canciller de pintar un cuadro de un futuro que contenía la monarquía se encontraron con gritos burlones de '¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!'⁸ En Berlín, las multitudes irrumpieron en los palacios reales y saquearon las habitaciones de la familia imperial, lo que agravó aún más el problema cardíaco de la emperatriz.

Retorciéndose contra el destino y perdiendo un tiempo precioso, Wilhelm se ofreció a retirarse como emperador alemán pero no como rey de Prusia. Algunos de sus cortesanos pensaron que esto podría ser posible, pero fue una fantasía de la que todos fueron sacudidos bruscamente el 9 de noviembre cuando el Canciller anunció la destitución de Wilhelm del poder en un discurso pronunciado ante el

Reichstag. En una reunión de gabinete el día anterior, uno de los aliados del Canciller, Philip Scheidemann, dijo a sus colegas: "La abdicación ya no es el tema de discusión. La revolución ha estallado. Los marineros de Kiel también han tomado el poder en Hamburgo y Hannover. Señores, ya no es el momento de discutir, debemos actuar. No sabemos si estaremos sentados en estas sillas mañana».9 Al igual que en Rusia, el poder no había sido tanto tomado como levantado del suelo.

La noticia le llegó a Wilhelm a las dos y media de la tarde mientras se relajaba en el jardín de una casa cerca del cuartel general del ejército en Spa. El general que le dijo estaba temblando de la sorpresa hasta el punto de que le castañeteaban los dientes. Al enterarse de que había sido depuesto, Wilhelm gritó: '¡Traición! ¡Traición, desvergonzada, escandalosa traición!'10 El príncipe heredero, que estaba presente, se alejó y subió a su automóvil con chofer para ser llevado sin despedirse. Si todavía tenía sueños de salvar su propia carrera a expensas de la de su padre, estaban tan fuera de lugar como desagradables.

Wilhelm volvió a entrar y se dejó caer en un sillón. Encendió un cigarrillo, que se convirtió en una cadena de humo nervioso mientras los que lo rodeaban luchaban por comprender la velocidad con la que la monarquía de los Hohenzollern había sido destruida. Von Hindenburg le dijo que necesitaba huir. "No podía asumir la responsabilidad de que Su Majestad fuera arrastrada de regreso a Berlín por tropas amotinadas para ser entregada como prisionera al gobierno revolucionario". era imposible Se puso histérico, en un momento afirmando que quería pegarse un tiro.

Cuando algunos de su séquito sugirieron que todavía habría algunas tropas leales que estarían dispuestas a luchar al lado de Wilhelm, se negó a considerarlo. Los cortesanos acérrimos argumentaron que incluso si tal gesto fallaba, sería más honorable que simplemente aceptar la revolución tan dócilmente. «Un rey no tiene derecho a enviar a sus hombres a la muerte para saciar su vanidad personal», dijo Wilhelm más tarde. «Hubiera significado el sacrificio de vidas valiosas, simplemente para proporcionarme una salida espectacular».12 Haciendo una reverencia al consejo de von Hindenburg por última vez, Wilhelm abordó el tren imperial que se dirigía a la frontera con la Holanda neutral. En la madrugada del 10 de noviembre, el Kaiser se convirtió en refugiado político. Cuando cruzó la frontera, su único pedido fue una taza de té inglés fu

Dos semanas después, Augusta Victoria se unió a él y por primera vez en su vida lo abrazó en público. Ella trajo a su pequeño perro salchicha, Topsy, con ella.

Al mismo tiempo, Karl y Zita corrían un destino similar en Austria. Su verano no había transcurrido con la misma sensación de pesimismo inminente e inevitable que había caracterizado el de Wilhelm. Una visita de estado a Constantinopla para reunirse con el aliado otomano de Austria-Hungría, el sultán Mehmed V, de setenta y tres años, había sido considerada un gran éxito gracias a la cortesía de Karl y la gracia de Zita. La corte otomana quedó particularmente impresionada con la magnífica diadema de la emperatriz y cuando la joven pareja regresó a Viena, su séquito estaba cubierto de flores de los simpatizantes turcos. Una visita a Pressburg (ahora Bratislava) el mismo día en que los Romanov iban a ser asesinados en Ekaterimburgo vio grandes multitudes que avanzaban para animar al Emperador, la Emperatriz y sus dos hijos mayores. Zita se revitalizó con su adoración, pero su esposo permaneció apagado. En su viaje de regreso a Viena, advirtió a Zita 'contra la formación de ilusiones. Sabía que, por mucho que la gente común saludara y vitoreara, el imperio no podía continuar mucho más tiempo sin paz en el exterior y reformas en el interior'¹³.

En la última semana de septiembre, la noticia de que Bulgaria se rendía a los Aliados confirmaba que el final de la guerra estaba a la vista y que todas las Potencias Centrales pronto entrarían en conversaciones de paz, debilitadas y vencidas. Uno de sus ministros le dijo a Karl lo que ya sabía sobre las noticias de Bulgaria: "Esto ha tocado el fondo del barril". Zita, que estaba con su marido cuando se enteró de la noticia de Bulgaria, le dijo a su biógrafo años más tarde: "El emperador no estaba realmente sorprendido. Sabíamos que Fernando [el Zar de Bulgaria] había estado pescando en todas las aguas durante meses, especialmente hacia los estadounidenses... Para él [Karl], el colapso de Bulgaria solo hizo que fuera aún más urgente iniciar conversaciones de paz con las potencias occidentales. mientras haya algo de qué hablar».¹⁴ El 4 de octubre, Austria-Hungría envió un telegrama al presidente Wilson reafirmando el interés del imperio en las conversaciones de paz y recordándole sus intentos anteriores de hacerlo. Ese mismo día, el exzar de Bulgaria, Fernando, llegó a Austria-Hungría esperando que le dieran acceso a una de las seis fincas que poseía en Hungría a título privado. También impopular debido a las privaciones de la guerra, 'Foxy Ferdinand', como se le conocía,

aprovechó la oportunidad perdida por Guillermo II y Nicolás II para abdicar en favor de su pariente más cercano, el príncipe heredero Boris, y al hacerlo salvó a la monarquía búlgara. Zita, cuya hermana mayor, María Luisa, había sido la primera esposa de Ferdinand hasta su muerte por neumonía en 1899, tenía poco afecto por su ex cuñado y, en cualquier caso, no podía permitirse que la vieran fraternizando con otro pariente que le había hecho daño. Esfuerzo bélico de Austria Hungría. Karl se negó a conceder al exzar permiso para quedarse y, en cambio, el tren se desvió a la ciudad alemana de Coburg, donde Fernando vivió los últimos treinta años de su vida.

Doce días después, el 16 de octubre, Karl emitió un manifiesto en el que prometía convertir el imperio en un estado federal en el que "cada componente racial formará su propia organización estatal en su territorio de asentamiento". Honró su juramento de coronación al estipular que estas nuevas reformas "de ninguna manera afectarán la integridad de las tierras de la sagrada corona húngara", pero como ha señalado un historiador de la familia, el último intento del Emperador de unir a todos los innumerables nacionalidades detrás del trono significaba que 'él estaba tratando de replantar las raíces de la monarquía en un terreno que no solo temblaba bajo la guerra sino ~~que~~ se resquebrajaba en la derrota'.¹⁵ El manifiesto había incluido hábilmente la frase 'derechos de autodeterminación', una de las palabras de moda clave difundidas por el programa de catorce puntos del presidente Wilson para aceptar un acuerdo de paz con las potencias centrales. Sin embargo, la respuesta de la Casa Blanca no fue entusiasta. No fue suficiente. El gobierno estadounidense respondió que "el presidente... ya no puede aceptar la mera "autonomía" de estos pueblos como base para la paz, sino que está obligado a insistir en que ellos, y no él, serán los jueces de qué acción por parte de el gobierno austrohúngaro ~~o~~ justificará sus aspiraciones'.¹⁶

El 28 de octubre, el Imperio de los Habsburgo se vino abajo cuando el Consejo Nacional Checo asumió silenciosamente el control de la residencia del gobernador en Praga y declaró la independencia de Checoslovaquia de Austria y Hungría sin disparar un solo tiro. Veinticuatro horas más tarde, los croatas, una vez tan vociferantes en su lealtad a la monarquía, hicieron lo mismo una vez que se dieron cuenta de que el barco se estaba hundiendo y que tendrían que cuidar de su propia región en un mundo de posguerra potencialmente hostil. Dos días después, los eslovenos hicieron lo mismo, seguidos por las comunidades polacas que vivían en la parte norte del imperio, y luego los

Ucranianos y rumanos en la frontera oriental. Hungría, con la esperanza de salvar sus propias fronteras en caso de una derrota, hizo absolver formalmente a su gabinete de sus juramentos de lealtad a la Casa de los Habsburgo para que al menos pudieran afirmar que se estaban comportando de manera honorable cuando la abandonaron. Al día siguiente, todas las tropas húngaras que servían en el ejército de los Habsburgo recibieron una orden de su nuevo gobierno de deponer las armas y volver a casa. En el transcurso de noventa y seis horas, el imperio simplemente había dejado de existir.

Mientras continuaba la agonía de la monarquía de los Habsburgo, grandes multitudes deambulaban por las calles de Viena. El Emperador pasó noches en vela, esperando junto al teléfono noticias de los Aliados sobre una oferta de paz, aferrándose a la creencia de que seguramente llegaría, aunque estaba claro que los Aliados no podían hacer una oferta a menos que todas las potencias principales, incluida la Estados Unidos, lo apoyó, lo que era poco probable que hicieran si las monarquías permanecían intactas. Tal vez los que rodeaban al Kaiser y al Emperador deberían haber recordado que el presidente Wilson no podía garantizar cómo se comportarían sus aliados y qué demandas harían en las conversaciones de paz, incluso si Alemania y Austria se convirtieran en repúblicas, pero todo el mundo es sabio en retrospectiva y quién sabe cómo reaccionaría o actuaría cualquier persona ante una situación tan espantosa como el caos de la Primera Guerra Mundial.

Las noticias de lo que les había sucedido a los Romanov se habían filtrado a Europa central. La política deliberada de desinformación del gobierno soviético significó que muy pocos supieran con certeza exactamente lo que había sucedido y hubo rumores de que la zarina y sus hijos habían sido trasladados a un lugar seguro, pero también circulaba la historia de que todos habían perecido. y Zita estaba 'naturalmente muy preocupada por la seguridad de mis hijos'.¹⁷ La bandera roja del socialismo se podía ver en manifestaciones visibles desde las ventanas del palacio y los gritos de '¡Viva la república!' se hizo más fuerte una vez que la deposición de Wilhelm II se hizo de conocimiento público.

Zita, fiel a su estilo, fue fulminante en su evaluación de la caída del poder del Kaiser: 'Para decirlo suavemente, no se consideró exactamente un ejemplo inspirador. Pero como siempre supimos que estaba bajo el control de sus generales, esto, después de todo, parecía el final natural. Lo acababan de despedir'.¹⁸ A pesar de sus temores de un segundo Ekaterimburgo, estaba observando de cerca a quienes la rodeaban y ella, la única de todos los miembros de la realeza en ese momento, parece haber captado la posibilidad de que estuvieran recibiendo información errónea. Una división de tropas leales a la Corona habría sido suficiente para restaurar

orden en las calles de Viena, donde los manifestantes eran ruidosos pero ni especialmente numerosos ni bien organizados. Karl se conmovió visiblemente cuando veinte jóvenes cadetes de la Academia Militar llegaron al palacio y pidieron permiso para dar su vida por la preservación de la monarquía. Zita descubrió más tarde que el comandante de la guarnición de Salzburgo había querido unirse a los cadetes y se ofreció a marchar sobre Viena para apoyar al Emperador, pero las autoridades municipales de la capital se negaron. Los republicanos de alto rango hicieron uso de la presión aliada y el malestar en las calles para seguir adelante con su agenda y en el parlamento, incluso el Partido Social Cristiano de derecha creía que no se podía hacer nada para salvar a la monarquía en caso de derrota militar. El imperio que había creado se había desvanecido. ¿Qué uso podría haber para los Habsburgo ahora?

Almirantes, generales y cortesanos acudían al Palacio de Schönbrunn para presentar sus respetos al Emperador. La etiqueta permaneció inviolable hasta el final. El almirante húngaro Nicholas Horthy sollozó mientras hablaba de los levantamientos y finalmente se puso tan histérico que el emperador le pidió a la emperatriz que le dijera algunas palabras de consuelo. En su presencia, levantó la mano y prometió: '¡Nunca descansaré hasta que haya restaurado a Su Majestad a sus tronos en Viena y Budapest!' Pero el 11 de noviembre, los visitantes menos bienvenidos se presentaron ante el emperador en forma. El canciller Heinrich Lammasch y Edmund von Gayer, el ministro del Interior, que llegaron con un documento que destituiría a Karl de su cargo político. El extraño documento anunciaba irónicamente la debilidad de la posición republicana, confirmando implícitamente la creencia de la emperatriz de que era una cuestión de acceso al apoyo y no la falta de apoyo en sí misma lo que condenaba a la monarquía de los Habsburgo. Lo que proponían al Emperador no era una abdicación sino una renuncia; hablaba de lo temporal y no de lo permanente. Al firmarlo, Karl simplemente aceptaría dejar de lado temporalmente sus derechos políticos hasta que se negociara el acuerdo de paz. La monarquía quedaría en suspenso; no estaba, al menos en esta etapa, siendo abolida.

Cuando los dos hombres entraron en el estudio del Emperador, el Canciller estaba tan abrumado por el temor de que Karl no lo firmara y, por lo tanto, alentara una guerra civil liderada por las "hordas rojas" similares a las de Rusia, que agarró al Emperador, lo maltrató y lo mató. le rogó que lo firmara. Karl lo sacudió enojado, momento en el que Zita entendió mal lo que proponían y tomó el documento como una abdicación total. Perdió toda su elegancia habitual y montó en cólera. En ese momento, ella se reveló como una

Borbón hasta la médula cuando, según el secretario de prensa del Emperador, se arrojó sobre su marido y gritó: «Un soberano nunca puede abdicar». Puede ser destituido... Está bien. Eso es fuerza. Pero abdica, ¡nunca, nunca, nunca! Prefiero caer aquí a tu lado. Luego estaría Otto. ¡Y aunque nos mataran a todos aquí, todavía habría otros Habsburgo!»²⁰ Karl le explicó que era una renuncia temporal y ella se tranquilizó. Creyendo que era lo mejor para Austria a la hora de negociar con los aliados y no viendo forma de gobernar desafiando el consenso político, sin el ejército y sin el imperio que su familia había gobernado durante siglos, Karl sacó un pequeño lápiz metálico de su bolsillo y firmó Karl en la parte inferior de la página.

Se invitó al gabinete a despedirse del Emperador como exigía el protocolo y el decoro. Incluso aquellos que habían aconsejado la renuncia, como el Canciller, estaban visiblemente molestos cuando Karl les estrechó la mano y les agradeció su servicio al imperio desaparecido. Funcionarios de las embajadas suiza y holandesa llegaron con una oferta para escoltar al emperador y su familia fuera de Austria y garantizar sus propiedades privadas, pero Karl se negó cortésmente con el argumento de que, dado que no había sido depuesto, no tenía motivos para salir de Austria. . En cambio, mudaría a su familia a su pabellón de caza en Eckartsau, cerca de las nuevas fronteras de Austria con Hungría y Checoslovaquia.

Años más tarde, la emperatriz describió su despedida de la hermosa Schönbrunn ese mismo día.

El Emperador y yo fuimos con nuestros hijos a la capilla, donde dijimos una breve oración para que algún día pudiéramos regresar aquí. Después de eso, subimos al llamado Salón de Ceremonias, donde estaban reunidos todos los que aún se habían quedado atrás. Nos despedimos de ellos y les dimos las gracias uno por uno.

Luego bajó la escalera hasta el pequeño patio interior debajo de donde esperaban los coches. A lo largo del costado de las arcadas, dispuestos en dos filas, estaban nuestros cadetes de las academias militares, con lágrimas en los ojos, pero aún perfectamente vestidos y cuidándonos hasta el final. Realmente habían estado a la altura del lema que les había dado la emperatriz María Teresa: 'Allzeit Getreu' ('Leales para siempre').

Ya estaba oscuro y era una brumosa noche de otoño... El Emperador y yo y todos los niños excepto Karl Ludwig [Karl y Zita's

quinto hijo, nacido en marzo de 1918²¹ apretujado en la parte trasera de un automóvil con el conde Hunyády al frente. En el siguiente venía el infante Karl Ludwig y las enfermeras de los niños... No nos arriesgamos a expulsar la puerta principal frente al palacio. En su lugar, continuamos paralelos al edificio principal a lo largo del amplio camino de grava que conduce a la puerta del lado este. Nos escabullimos de esto y salimos de la capital por una ruta especial. Tarde esa noche, sin problemas ni incidentes, llegamos a Eckartsau.²²

Más temprano ese día, la guerra había terminado, a la hora undécima del undécimo día del undécimo mes, cuando Alemania se rindió a los Aliados. Cuatro años y millones de vidas perdidas habían sido en vano. En Eckartsau, los Habsburgo pasaron una Navidad miserable y aislada. Zita buscó comida para dar a los sirvientes como regalo, mientras que los viejos obsequios de las visitas de estado se usaron para ocultar el hecho de que la familia no podía pagar los nuevos. La abuela paterna del emperador, María Anunciata de Borbón y las Dos Sicilias, había muerto de tuberculosis cuando tenía veintiocho años y algunos de sus hijos y nietos tenían los pulmones débiles. Además de eso, la pandemia de gripe española estaba arrasando el mundo, matando a casi el 5 por ciento de la población mundial, y Karl y todos sus hijos se vieron afectados por ella. Años más tarde, Zita describió la Navidad de 1918 como "una fiesta bastante sombría, especialmente porque el Emperador, que de todos modos sufría de repetidos ataques al corazón y sobreesfuerzo, había sufrido un severo ataque de gripe española diez días antes [de Navidad] y ahora estaba muy enfermo. Todos los niños se contagiaron también; algunos levemente, es cierto, pero otros gravemente: Karl Ludwig, por ejemplo, que entonces apenas tenía dieciocho meses, estuvo a punto de morir»²³.

En Viena, el movimiento socialista había formado la Guardia Roja procomunista y se temía vivamente por la seguridad de la familia imperial a causa de ello. El hermano de Zita, Sixto, pidió una audiencia con el rey Jorge V en el Palacio de Buckingham y le fue concedida. En presencia tanto del rey Jorge como de la reina María, Sixto señaló que después de lo que les había sucedido a los Romanov, nadie podía estar seguro de lo que podría ocurrirles a los Habsburgo. ¿Qué pasaría si una revolución comunista tuviera éxito en Austria como lo había hecho en Rusia? La culpa del rey por no haber ayudado a sus primos se hizo evidente cuando accedió a la solicitud de ayuda de Sixtus, a pesar de que Karl había liderado una potencia enemiga. Le prometió a Sixto: «Haremos inmediatamente lo que sea necesario».²⁴ Y esta vez cumplió su palabra.

El teniente coronel Edward Lisle Strutt, un aristócrata católico que había estudiado en Austria como estudiante universitario, fue a esquiar con el archiduque Franz Ferdinand en St. Moritz y fue condecorado por su valentía en la guerra por su propio gobierno, así como por los de Bélgica, Francia y Rumania, fue enviado a encontrarse con el Emperador y la Emperatriz en Eckartsau. Primero se le concedió una audiencia con Karl, porque incluso aquí, en el penoso exilio interno, se observaban los rituales de la vida cortesana. Encontró a Karl todavía vestido con un uniforme militar y luciendo sus medallas "con una cara bastante atractiva, bien educada pero débil". Hablaron entre ellos en francés y alemán y Strutt concluyó que 'la apariencia del Emperador describe su carácter; un hombre eminentemente adorable, aunque débil, de ninguna manera un tonto, y listo para enfrentar su fin tan valientemente como su antepasada, María Antonieta'.²⁵ Discutieron la posibilidad de que el Emperador fuera evacuado a Suiza, pero Karl se mostró reacio y él muy acertadamente señaló que, jurídicamente, la nueva república que ahora se proclamaba en Viena no tenía derecho a existir, ya que violaba los términos por los que había firmado su acta de renuncia. En tales circunstancias, no podía irse.

Sin que se haya tomado una decisión sobre el futuro de la familia, se le mostró a Strutt para que conociera a la emperatriz, que vestía un vestido negro largo y elegante y 'sus maravillosas perlas'. Strutt pensó que parecía

pálido y enfermo. De estatura mediana y figura esbelta, aparentaba menos de su edad, veintiséis años. La primera impresión que tuve fue de extraordinaria fuerza de carácter, suavizada por su propio encanto notable. La determinación estaba escrita en las líneas de su pequeña barbilla cuadrada, la inteligencia en los vivaces ojos marrones, el intelecto en la amplia frente medio oculta por masas de cabello oscuro.

Sin extraordinarias pretensiones de belleza, la emperatriz siempre podía atraer la atención de la multitud. Al entrar en la sala, me di cuenta de que debía compartir con las reinas de Bélgica y Rumania el honor de ser una de las tres grandes mujeres reales de la guerra.

Su encaprichamiento con la emperatriz no le impidió notar que ella sentía la humillación de su degradación "más profundamente que su marido", pero que "no era más una pareja afectuosa y devota que estos dos pudieran encontrarse".²⁶ Los dos impactaron entabló una relación inmediata y Zita se mostró dispuesta a escuchar sus consejos.

El nuevo gobierno republicano les dijo a los británicos que el Emperador solo podía permanecer en Austria si abdicaba por completo, en cuyo caso podía permanecer como ciudadano privado. Si opta por no abdicar, debe irse al extranjero. Si optaba por quedarse sin abdicar, lo arrestarían. Strutt discutió largamente la situación con Zita y él le aconsejó que su esposo se fuera sin abdicar y regresara más tarde una vez que todo se hubiera calmado. El futuro a largo plazo del republicanismo en Austria no se veía bien. Muchos estaban descontentos con la prominencia otorgada a la izquierda radical en el nuevo régimen y el chiste de que la revolución de alguna manera había creado una república sin republicanos captó algo de la fragilidad del gobierno. Zita inicialmente retrocedió ante la idea de huir, pero cuando Strutt le dijo: "Un Habsburgo muerto no es bueno para nadie, mientras que uno vivo, con una familia, aún puede serlo", se rindió. Súplicas y apaciguado por el conocimiento de que no tendría que abdicar, hizo una sola condición a Strutt: 'Solo prométeme que me iré como emperador y no como un ladrón en la noche'. El 25 de marzo de 1919, la familia imperial asistió a la Misa de la Fiesta de la Anunciación y luego

abordó el tren imperial y se reunió nuevamente para un último viaje. Cuando los Habsburgo salían de la iglesia local, una multitud irrumpió en el himno nacional imperial. Los veteranos se reunieron para escoltar a Karl hasta el tren, y cuando partió del andén, Strutt escuchó un gemido bajo de los espectadores. El tren traqueteaba a lo largo de Austria, a bordo estaba la madre de Zita, María Antonia, a quien Strutt pensó que parecía un árbol de Navidad demasiado decorado, ya que había huido con la mayoría de sus joyas, con sus dos perros, de quienes se negaba a separarse. . Durante el viaje, Karl se volvió hacia Strutt y dijo en voz baja: «Después de setecientos años...». La frase quedó suspendida en el aire, y su conclusión tácita se hizo más fuerte en el silencio. A las 15.45 horas de la tarde siguiente, el tren entró en Suiza.

Más tarde, cuando se instalaron en la vida en el exilio, Karl escribió una carta al rey Jorge agradeciéndole toda su ayuda para sacar a su familia de Austria a salvo, pero la concluyó con el deseo desesperado: 'Dieu veuille Vous épargner de voir jamais dans l'avenir, ce que j'ai dû voir auprès moi.'²⁷— 'Para que Dios os libre de ver en el futuro lo que yo tenía que ver delante de mí.'



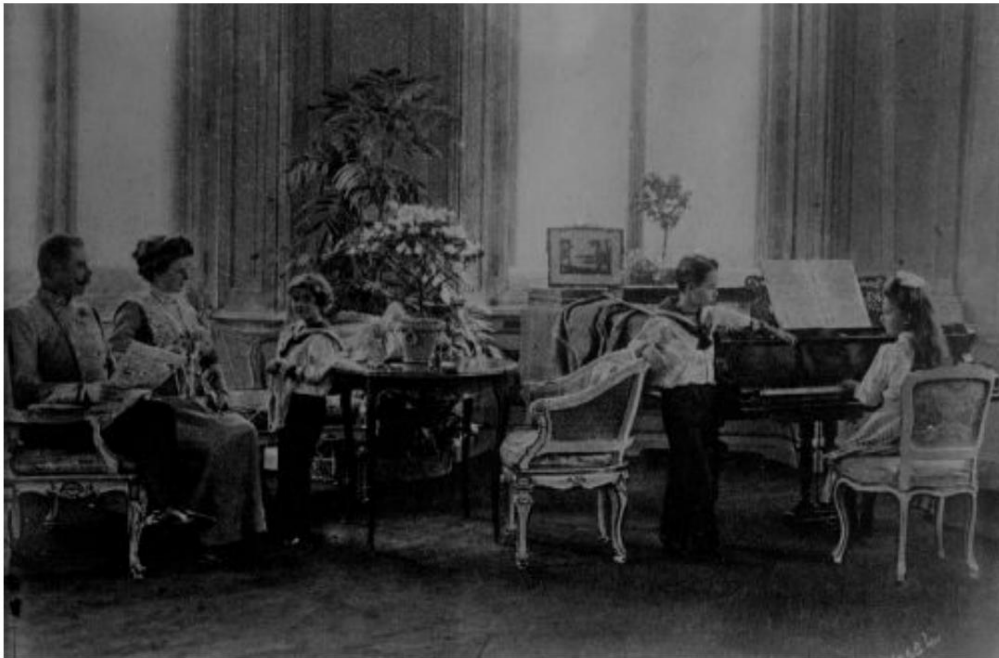
1. El emperador Francisco José, que gobernó el Imperio de los Habsburgo de 1848 a 1916, con el hijo de Carlos y Zita, el futuro príncipe heredero Otto.



2. 'Casi inhumanamente esbelta': la esposa de Francisco José, Isabel de Baviera. Considerada una de las grandes bellezas del siglo XIX en su juventud, el asesinato de la emperatriz a manos de un anarquista italiano en 1898 fue uno de los muchos duelos que le sucedieron al emperador en la vejez.



3. El Palacio de Schönbrunn en Viena, donde se firmó la extinción de la monarquía austríaca en noviembre de 1918.



4. El archiduque Francisco Fernando y Sofía, duquesa de Hohenburg con sus tres hijos, Sofía, Maximiliano y Ernesto.



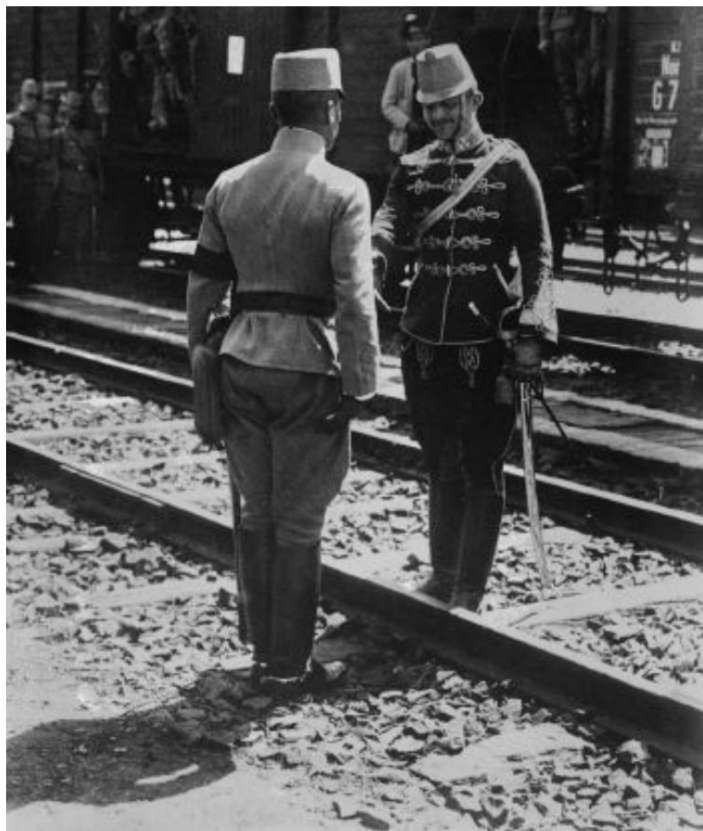
5. El Emperador asiste a la boda de su sobrino nieto, el Archiduque Carlos, con la Princesa Zita de Borbón-Parma en 1911.



6. 'De ninguna manera un tonto, y listo para afrontar su fin con la valentía de su antepasada, María Antonieta': el sucesor de Francisco José, el emperador Carlos, que accedió al trono a la edad de veintinueve años.



7. 'Una de las tres grandes mujeres reales de la guerra': la esposa de Karl, la emperatriz Zita, era una católica devota que provocó una crisis con sus intentos de poner fin a la guerra en secreto.



8. El Emperador llega al frente para visitar a las tropas durante la guerra.



9. La 'grandeza de los tiempos antiguos estaba mucho más allá de él': el Ministro de Relaciones Exteriores de Carlos I, el Conde Ottokar von Czernin, quien renunció en 1918.



10. 'El advenedizo al otro lado del mar.' El presidente estadounidense Woodrow Wilson, cuya insistencia en que Europa estaría mejor sin las monarquías ayudó a sellar el destino de los imperios austríaco y alemán.



11. Kaiser Wilhelm II, emperador de Alemania de 1888 a 1918. En la fotografía, aparece inclinado para ocultar el brazo dañado de forma permanente por un error del médico al nacer.



12. La esposa de Wilhelm, la emperatriz Augusta Victoria, quien se negó a emplear a católicos porque sintió que molestaba su fe protestante.



13. El hijo mayor y heredero de Wilhelm II, el príncipe heredero Wilhelm. Los dos hombres tenían una relación difícil, que se deterioró aún más durante la Primera Guerra Mundial.



14. La popular y elegante esposa del príncipe heredero, Cecilia de Mecklenburg-Schwerin, con sus dos hijos mayores, Wilhelm y Louis Ferdinand. Como muchas mujeres de la realeza, la educación cosmopolita de Cecilia contó como un lastre una vez que estalló la guerra.



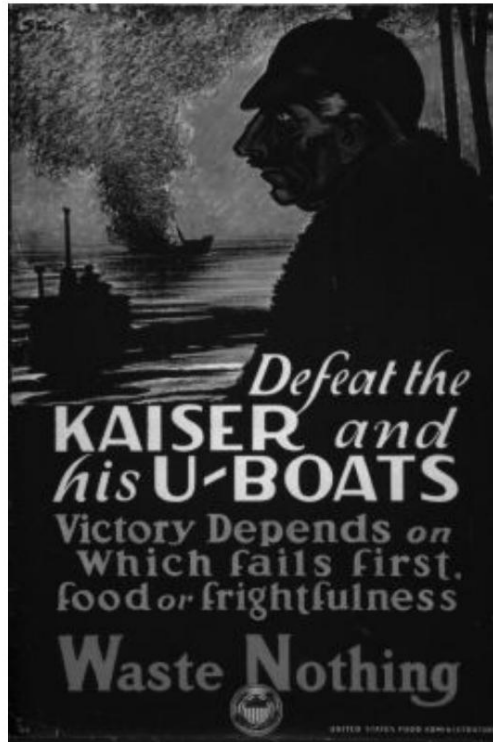
15. El Kaiser asiste a la botadura del transatlántico de lujo Imperator, cinco semanas después del desastre del Titanic en 1912.



16. El general Paul von Hindenburg (izquierda) y el general Erich Ludendorff (derecha) discuten la estrategia con el Kaiser. La foto fue puesta en escena; durante la guerra, los dos generales presionaron para convertir al ejército en la fuerza más poderosa de la política alemana, incluso a expensas del Kaiser.



17. 'Torpedear enormes barcos de pasajeros llenos de mujeres y niños fue una brutalidad bárbara sin paralelo, con la cual traeremos sobre nosotros el odio y la rabia venenosa del mundo entero.' El hundimiento del barco de pasajeros británico Lusitania por un submarino alemán en 1915 llevó a Wilhelm a realizar una de sus últimas intervenciones exitosas en el gobierno.



18. Después de Lusitania, Wilhelm II apareció regularmente en la propaganda británica y estadounidense como el maligno 'Kaiser Bill'.



19. El hijo menor de Guillermo y Augusta Victoria, el príncipe Joaquín, que se suicidó en 1920.



20. El anciano Kaiser exiliado en Holanda, donde pasó los últimos veintitrés años de su vida. Lo acompaña uno de sus queridos perros salchicha.



21. Nicolás II, emperador y autócrata de todas las Rusias de 1894 a 1917.



22. El consejero más brillante de Nicolás, Peter Stolypin, primer ministro de Rusia desde 1906 hasta su asesinato por un radical antimonárquico en 1911. La emperatriz viuda describió su asesinato como "horrible y escandaloso".



23. El yate privado de la familia imperial, el Standart. Nicolás II estaba a bordo cuando escuchó la noticia de la muerte de Francisco Fernando en Sarajevo.



24. La controvertida pero devota esposa de Nicolás II, la emperatriz Alexandra, con su hijo hemofílico, el zarevich Alexei. Cuidar y preocuparse por Alexei destruyó la salud de Alexandra.



25. La familia imperial rusa: de pie, de izquierda a derecha, las grandes duquesas Olga y Tatiana. Sentados, de izquierda a derecha, la Gran Duquesa María, la Emperatriz Alexandra, el Zarevich Alexei, el Zar Nicolás II y la Gran Duquesa Anastasia.



26. El primo del zar, el gran duque Nicolás, que estuvo al mando de los ejércitos rusos durante el primer año de la guerra.



27. Una primera oportunidad fotográfica para los aliados en la que se muestra al zar probando la comida que se da a sus soldados. En realidad, la presencia de Nicolás en el frente fue una catástrofe política que encendió las tensiones entre la corte y los políticos.



28. La mayor, más inteligente y socialmente más consciente de los hijos de Nicolás II, la Gran Duquesa Olga.



29. La elegante Gran Duquesa Tatiana con su uniforme de enfermera de la Cruz Roja durante la guerra.



30. La tercera hija del Zar, la Gran Duquesa María, de niña. Su niñera, nacida en Belfast, pensó que la niña era tan amable que debió haber nacido "con el menor rastro posible de pecado original".



31. 'Que el Señor Dios ayude a Rusia.' La ciudad de Pskov, donde se desvió el tren imperial durante la Revolución.



32. La emperatriz Alexandra bajo arresto domiciliario en 1917. Los problemas de espalda y corazón de toda la vida la habían alcanzado y pasó gran parte de su último año confinada a una silla de ruedas.



33. 'Adiós. No me olvides. La Gran Duquesa Anastasia, la más joven y famosa de los hijos de Nicolás II. La leyenda de que había sobrevivido a la masacre que mató al resto de su familia ayudó a mantener vivo su nombre durante décadas.

Epílogo

'Ella es demasiado baja para ser Tatiana

El mundo que nació en los años finales de la Primera Guerra Mundial era muy diferente al que había venido antes. Los tratados de paz firmados en Versalles, Saint-Germain-en-Laye, Neuilly-sur-Seine, Sèvres y Trianon despojaron a las antiguas potencias centrales de muchas de sus posesiones más codiciadas y les impusieron una paz percibida como tan humillante que dejó un amargura que se hacía más fuerte con cada año que pasaba. La pura crueldad de los tratados hizo que la idiotez criminal de Woodrow Wilson al exigir la abolición de las monarquías centroeuropeas como condición para la paz pareciera aún más maligna a los ojos de los vencidos. El Kaiser y el Emperador se habían exiliado bajo la suposición de que era la única forma de salvar a sus países de un acuerdo punitivo de posguerra exactamente como el que se ofreció en 1919. Visto bajo esta luz, es casi posible hacer el caso de que dos de los gobiernos más poderosos de la historia llegaron a una conclusión prematura sobre la palabra de una mentira o, si se inclinaba a la caridad, una promesa que no podía ser garantizada por el hombre que la hacía.

Que las monarquías centroeuropeas llegaron a su fin demasiado pronto es difícil de discutir cuando uno mira lo que siguió. La eliminación de siglos de estabilidad junto con las experiencias insensibilizadoras de la guerra permitieron una violencia horrible en las calles de Berlín, Munich, Budapest y Viena. El surgimiento del nazismo en el antiguo Segundo Reich y luego en el corazón de Austria de los Habsburgo a través del Anschluss de 1938 creó uno de los regímenes más espantosos de la historia humana. En el antiguo Imperio Ruso, ya había tenido lugar un holocausto de violencia durante la consolidación del poder de Lenin, en el que millones fueron asesinados y muchos más huyeron al extranjero para vagar por Europa y el resto del mundo como emigrados. El argumento de que los gulags y las purgas del estalinismo fueron de alguna manera una aberración del comunismo más puro de Lenin y Trotsky es popular, pero es completamente incorrecto. La crueldad desenfrenada, la perversidad amorala y el depravado y fortuito desprecio por, como dijo Trotsky, "el parloteo papista de los cuáqueros sobre la santidad de la vida humana" había existido y florecido desde el momento en que los bolcheviques llegaron al poder en 1917.

puede haberlo llevado a nuevas alturas, pero el precedente ya se había establecido. A la sombra del Holocausto, la Kristallnacht, el Terror Rojo y los gulags, es desconcertante que las monarquías de antes de la guerra todavía se representen habitualmente como igualmente indignas, igualmente pero diferentemente repugnantes.

Sin embargo, argumentar que el colapso de las monarquías Romanov, Habsburgo y Hohenzollern fue, en general, una secuencia negativa de eventos para Europa y que su destrucción abrió una caja de Pandora de inestabilidad y extremismo de la que perecieron millones y el continente se sumió en un siglo de conflicto ideológico no es lo mismo que decir que eran totalmente inocentes de las tragedias que les sucedieron en 1918 o a sus súbditos después de 1914. Los emperadores cometieron errores verdaderamente terribles, el principal de los cuales fue no haber evitado la guerra. Nicolás II y Guillermo II querían la paz, pero sintieron que no podían detener la oleada de opinión en sus fuerzas armadas y la gente que esperaba la guerra después de la muerte de Francisco Fernando en Sarajevo. El deseo privado de paz de los monarcas no es tanto una excusa como una acusación: ambos sabían cuál era el camino más inteligente a seguir, pero en el momento crucial se dejaron engañar o presionar para tomar una decisión que sabían o temían estar equivocado. Tanto el káiser como el zar creían en la sagrada misión de la realeza, en el derecho divino y las responsabilidades correspondientes de los soberanos, por lo que, según sus propios estándares morales, tienen una gran parte de culpa por lo que sucedió.

Su incapacidad para refrenar a las facciones más jingoístas en sus gobiernos y fuerzas armadas es indicativa de un problema más amplio al que se enfrentan las monarquías anteriores al diluvio, a saber, su incapacidad para controlar con éxito las fuerzas y actitudes desatadas por el nacionalismo. En el caso austríaco, ese fracaso nació de un rechazo de principios de los principios clave del nacionalismo, y es por eso que el imperio de Franz Josef fue uno de los pocos estados continentales que se negaron a promulgar leyes antisemitas o a permitir antisemitas. -Iniciativas semíticas que se pondrán en marcha en sus fuerzas armadas. Que había una cultura popular de antisemitismo en Austria en ese momento es indiscutible, pero igualmente la oposición del trono a ella, como a todas las formas de particionismo demasiado agresivo, a menudo se expresó claramente, en contraste directo con cómo los tribunales en Alemania y Rusia se comportó.

Donde los Habsburgo lucharon, como Canuto, para hacer retroceder la marea del nacionalismo, los Romanov y los Hohenzollern se identificaron con ella en los términos más fuertes posibles. A lo largo del siglo XX, la corona británica perfeccionó la simbiosis entre monarquía y nación, pero resultó más problemática para sus primos prusianos y rusos. El nacionalismo fue el dragón que las monarquías intentaron y no lograron domar. La elevación de la nación era problemática en una era que sostenía cada vez más que una comunidad podía validarse principalmente por su superioridad sobre las demás. Durante siglos, las monarquías habían florecido en un escenario internacional en el que la dinastía triunfaba sobre la localidad. La mayoría de los miembros de la realeza fueron producto de matrimonios y redes familiares que cruzaron múltiples fronteras: Wilhelm II era mitad inglés, la zarina Alexandra era mitad alemana y la emperatriz Zita estaba en la posición poco envidiable de ser descendiente de franceses, nacida en Italia y británica. mujer educada en un momento en que su patria adoptiva estaba en guerra con los tres. La intercesión de la princesa heredera Cecilia ante el Kaiser para permitir que su prima rusa Irina regresara a casa sana y salva después de su luna de miel fue el primero de numerosos incidentes durante la Primera Guerra Mundial en los que se acusó a la realeza de poner en peligro sus conexiones extranjeras, ahora transformadas de útiles en sospechosas por el estallido de las hostilidades, por encima de los intereses nacionales. La xenofobia golpeó a las casas reales de Europa durante la Primera Guerra Mundial, enfrentando el patriotismo contra el trono con consecuencias devastadoras.

Un análisis más detenido de los regímenes imperiales también podría sacudir la creencia de que su caída fue parte de la progresión natural de la historia, en la que la guerra actuó como catalizador de una inevitabilidad política. Estas valoraciones prevalecen particularmente en la historiografía de la Rusia imperial y Austria Hungría, pero los problemas que enfrentaba la Rusia supuestamente atrasada en términos de cómo el nivel de vida de su pueblo se vio afectado negativamente por la guerra no eran tan diferentes a las tribulaciones que ocurrieron en los países industrializados y próspero Reich alemán. La guerra fue simplemente demasiado grande en alcance y demasiado terrible en su impacto para que cualquier nación pudiera soportarla sin grandes sufrimientos. Hubo muchos problemas en los tres imperios de Europa central antes de 1914, pero hay problemas en todas las grandes naciones en cualquier momento de la historia y las tensiones de la Primera Guerra Mundial convirtieron lo que había sido manejable en algo inmanejable. Lo que sucedió con los imperios de los Romanov, los Habsburgo y los Hohenzollern no fue tanto una catástrofe a punto de ocurrir sino

más bien un trauma que podría ocurrirle a cualquier nación enfrentada a un gran y terrible guerra.

Sin embargo, sobre todo, estudiar la historia de las monarquías caídas de la Primera Guerra Mundial es enfrentarse al asombroso y aterrador poder de la suerte en la configuración del viaje humano. No está de moda hablar de la casualidad y la coincidencia como si tuvieran la misma influencia sobre la historia que los grandes e imparables procesos a largo plazo que reducen incluso a los individuos más poderosos a pedazos que flotan en la superficie de un río caudaloso. La inevitabilidad de la dialéctica, como les gustaría llamarla a los marxistas, entre gobernantes y gobernados que produce la implosión de los imperios hereditarios del viejo mundo parece cada vez más insostenible cuando uno examina los eventos que se desarrollaron entre 1914 y 1918. En cualquier momento, el curso podría haber sido alterado y el acto final hecho muy diferente. El asesinato en Sarajevo y las circunstancias de la renuncia de los tres emperadores a sus tronos son momentos de dolorosa frustración debido a la cantidad de variables que podrían haber salvado a las monarquías y, al hacerlo, evitado a Europa décadas de terror y dictadura.

La exoneración o la excoiación de las monarquías alemana, rusa y austrohúngara por sus acciones en los últimos cuatro años de su gobierno es, en última instancia, una cuestión de preferencia e interpretación personal. Un monárquico podría mirar esta historia y ver legítimamente en sus profundidades la validación suprema de su credo, mientras que un oponente podría verla como una tragicomedia de la locura de una clase moribunda que no tenía lugar en el mundo moderno y que finalmente fue destruida por las fuerzas que tan incompetentemente habían manejado mal. Otro observador podría simplemente encontrarlo fascinante; el aspecto personal es ciertamente convincente.

Refugiados de la modernidad, exiliados del tiempo, los miembros de la realeza depuestos y dispersos intentaron adaptarse al entorno brillante y extraño de la década de 1920, con diversos grados de éxito. Etiquetado como criminal de guerra junto con el resto de su familia inmediata por el Tratado de Versalles, Wilhelm II estaba protegido por el asilo que le concedió el gobierno holandés. La reina reinante holandesa, Guillermina, estaba tan enfadada por las demandas de extradición de los aliados que convocó a sus embajadores a su presencia y les sermoneó rotundamente sobre la naturaleza inviolable del santuario en naciones neutrales y pacíficas.

El 18 de julio de 1920, el hijo menor de Wilhelm, el príncipe Joachim, se voló los sesos después de un período de profunda depresión provocado por el

ruptura de su matrimonio, crecientes problemas financieros y su descontento con la situación política. El impacto de perder a su hijo menor aceleró el declive de su madre, que había comenzado con su ataque al corazón en el último año de la guerra. La Emperatriz murió en Doorn, su pintoresca casa en los Países Bajos, el 11 de abril de 1921. Wilhelm acompañó su féretro hasta la frontera alemana, pero se negó a pisar suelo republicano y no fue testigo de las decenas de miles que se convirtieron para alinear la ruta de la vía férrea que llevó a Augusta Victoria a ser enterrada en los terrenos del Palacio Sanssouci, según su pedido.¹ Wilhelm vivió otros veinte años y se volvió a casar poco después de la muerte de la emperatriz con una viuda aristocrática, la princesa Hermine von Schönaich-Carolath, a quien conoció cuando su hijo pequeño le escribió una carta de condolencia infantil pero sincera después de la muerte de la emperatriz.

Al igual que muchos miembros de la antigua élite, la princesa Hermine inicialmente simpatizaba mucho con el movimiento nacionalsocialista emergente en Alemania. Ella y algunos de los hijos sobrevivientes de Wilhelm incluso asistieron a algunos de los mítines notorios del partido y alentó a Wilhelm a reunirse con Hermann Göring después de que él insinuó que el movimiento podría considerar la restauración de la monarquía una vez que estuviera en el poder. Fue un engaño, como muchos de los movimientos de los nazis a principios de la década de 1930, pero a diferencia del general von Hindenburg, ahora el venerable presidente de la república alemana, Wilhelm II no fue engañado y desconfiaba intensamente del partido nazi. Durante gran parte de la década de 1920 se había hundido más y más en el antisemitismo mezquino y vil de los años de la posguerra, aparentemente olvidando a todos sus amigos judíos anteriores a la revolución y ocasionalmente murmurando que el escándalo de Eulenburg, el colapso de la monarquía y el El armisticio había sido el resultado de una conspiración judía internacional, pero cuando escuchó la noticia de la Kristallnacht en 1938, comentó: "Por primera vez me avergüenzo de ser alemán". contra el régimen y su nuera Cecilia, aún viviendo en Alemania, había sido abierta sobre su repugnancia desde el principio. Sin embargo, el Príncipe Heredero, siempre una fuente de problemas, se había unido al movimiento, una decisión que aumentó los sentimientos de decepción de su padre hacia él.

Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, los Países Bajos estaban ocupados por la Wehrmacht y Wilhelm estaba encantado de ver a los ejércitos alemanes tomar París, algo que no habían logrado en 1914. Lo sintió como un acuerdo.

de partituras antiguas. Sin embargo, permaneció en privado hostil a Adolf Hitler y el sentimiento fue correspondido. Quince príncipes de la línea imperial se inscribieron para servir en los ejércitos nazis en 1939, pero Hitler vio cada vez más el movimiento monárquico como una amenaza. El servicio de los príncipes en la Wehrmacht demostró que era probable que los Hohenzollern nunca se fusionaran como una forma de principios de oposición al nazismo de la forma en que lo había hecho la Casa de los Habsburgo, pero el Führer seguía inquieto. Cuando el hijo mayor del ex príncipe heredero murió en acción en 1940, miles de personas asistieron a su funeral y Hitler estaba tan indignado por esta muestra de realismo que ordenó a todos los Hohenzollern que dejaran de servir en el ejército alemán y prohibió cualquier otra exhibición pública de neomonarquismo. El hijastro del Kaiser, Ferdinand, fue arrestado por criticar públicamente al gobierno, mientras que a su hijo, el príncipe Eitel, se le prohibió asistir a una reunión de su antiguo regimiento de la Primera Guerra Mundial.

A pesar del totalitarismo al que se enfrentaban, o quizás a causa de él, la vieja guardia monárquica en Alemania fue cada vez más descarada al mostrar su desprecio por el cabo convertido en dictador de su país; cuando se invitó a la nieta de Otto von Bismarck, la condesa Hannah von Bismarck-Schönhausen, a botar un nuevo buque de guerra con el nombre de su abuelo, respondió con aspereza que ya había bautizado un buque de guerra con el nombre de la familia durante el reinado de Su Majestad Imperial y que no vio ningún por lo que debe repetir la tarea. En el funeral del príncipe Wilhelm, que tanto había provocado las molestias de Herr Hitler, el mariscal de campo von Mackensen, de noventa años, que había servido al káiser con devoción en el frente oriental y cuyo hijo Hans había sido compañero de su cuarto hijo, Augustus Wilhelm, escuchó que a un antiguo colega se le había prohibido servir en el esfuerzo de guerra del Tercer Reich porque el alto mando nazi lo desaprobaba por completo, a lo que el mariscal de campo *ci-devant* gritó: "¡En ese caso, solo puedo felicitarlo de todo corazón!"³ Cuando el Kaiser falleció en 1941 a la edad de ochenta y dos años, prohibió expresamente tanto la exhibición de símbolos nacionalsocialistas como que su cuerpo fuera devuelto para ser enterrado en una Alemania no monárquica. Hoy, el cuerpo del Kaiser descansa en un encantador mausoleo de ladrillo rojo en los terrenos de Huis Doorn, su último hogar.

Su testamento establecía que el cuerpo sería exhumado y devuelto a Alemania en caso de restauración de la monarquía prusiana.

Durante la mayor parte de sus veintitrés años en el exilio, Wilhelm II se había comportado con una dignidad resignada que solo se vio empañada por su teoría de la conspiración.

puntos de vista y su constante incapacidad para aceptar culpa alguna por lo que le sucedió en 1918. 'Soy un hombre destrozado', dijo al principio de su exilio, '¿qué puedo hacer con mi vida ahora? Ya no hay esperanza, lo único que me queda es la desesperación.' Mientras agonizaba en 1941, la enfermera que lo atendía lo consoló diciendo: 'Su Majestad, es mejor arriba. Con el Supremo Señor es mejor para nosotros que en la tierra.' Wilhelm respondió: 'Estoy listo...'⁴ A partir de su propia reubicación autoimpuesta en Coburg, el ex-zar Fernando de Bulgaria resumió la actitud real hacia los años en el desierto de la posguerra: 'Los reyes en el exilio son más filosóficos bajo reveses que los individuos ordinarios; pero nuestra filosofía es principalmente el resultado de la tradición y la educación, y no olvide que el orgullo es un elemento importante en la formación de un monarca. Se nos disciplina desde el día de nuestro nacimiento y se nos enseña a evitar todos los signos externos de emoción. El esqueleto se sienta para siempre con nosotros en la fiesta. Puede significar asesinato, puede significar abdicación, pero siempre sirve para recordarnos lo inesperado. Por lo tanto estamos preparados y nada viene en la naturaleza de una catástrofe. Lo principal en la vida es soportar dignamente cualquier condición de exilio corporal o espiritual. Si uno cena con tristeza, no necesita invitar al mundo a verlo comer.'⁵

Sentimientos similares se hicieron eco del cuñado de Ferdinand, Karl, quien murió a la edad de treinta y cuatro años en la isla de Madeira después de que un resfriado se convirtiera en bronquitis y luego en una neumonía severa, la misma progresión de la enfermedad que había matado al mucho mayor. Francisco José en 1916. Karl murió mientras se celebraba la misa en la habitación contigua, con un crucifijo presionado contra sus labios, mientras una Zita embarazada sostenía su mano y rezaba. El día de su boda, el devoto Karl le había dicho a Zita: 'Ahora debemos ayudarnos mutuamente a llegar al cielo'⁶. Ese sentido compartido del cristianismo los había sostenido durante la angustia y la tensión de la guerra y su exilio posterior. Sin embargo, la resignación cristiana no significaba rendición, al menos en lo que se refería a los Habsburgo. Karl nunca había aceptado la legalidad de su deposición y en 1921 incluso había regresado clandestinamente a Hungría en un intento de recuperar la Corona de San Esteban, una empresa que fracasó cuando el almirante Horthy incumplió su juramento manchado de lágrimas de 1918 para restaurar la monarquía, porque en el ínterin había adquirido tanto poder para sí mismo.

La muerte de Karl significó que el reclamo de los Habsburgo pasó a su hijo mayor, Otto, quien no persiguió el trono vacante con el mismo vigor que sus

padre. Conservó su título anterior a la guerra de príncipe heredero en lugar de elevarse a sí mismo a emperador de jure ; se convirtió en Jefe de la Casa de Habsburgo, cargo que ocupó hasta que renunció a él en la vejez a favor de su hijo Karl en 2007. Opositor vocal del nazismo, Otto se involucró mucho en los movimientos de expatriados y aliados austriacos diseñados para resaltar los ultrajes. perpetrado por el Tercer Reich incluso antes de la Segunda Guerra Mundial.

Zita, también una opositora, tuvo que mudar a su numerosa familia a la seguridad de Canadá durante la mayor parte de la guerra, donde una de sus hijas, la archiduquesa Charlotte, se mudó al sur para encontrar trabajo y seguir sus creencias convirtiéndose en trabajadora social en el distrito de Nueva York. Este de Harlem.

Después de 1945, Otto von Hapsburg se convirtió en un partidario entusiasta de lo que eventualmente se convirtió en la Unión Europea, viendo en la dilución de la independencia nacional una reinversión del compromiso de siglos de la dinastía de los Habsburgo con una autoridad central que mejoró la fuerza de las fronteras nacionales y las identidades en competencia. Era una figura venerada en el Parlamento Europeo, pero también tuvo algunos destellos del espíritu de su madre. En 1988, cuando el político fundamentalista protestante de Irlanda del Norte Ian Paisley comenzó a interrumpir al Papa Juan Pablo II mientras se dirigía al parlamento, citando el Libro del Apocalipsis y sosteniendo un cartel que llamaba al Papa el Anticristo, varios delegados se volvieron contra él. incluido un enfurecido príncipe heredero Otto, quien fue uno de los que intentaron golpear al reverendo Paisley en la cara.

La emperatriz Zita soportó una viudez de sesenta y siete años y murió en Suiza en 1989 a la edad de noventa y seis años. Vivió lo suficiente para ver cómo el sistema comunista que se había tragado gran parte del antiguo Imperio de los Habsburgo después de 1945 comenzaba a desmoronarse. Para alguien que se veía a sí misma como la protectora del legado de ocho siglos de los Habsburgo, debe haber parecido como si el gran experimento del continente con el comunismo hubiera durado poco más que un abrir y cerrar de ojos. En 1989, el cuerpo de la emperatriz viuda Zita, que una vez había sido vilipendiada como 'la intrigante italiana', fue llevado a enterrar en la misma cripta capuchina y por la misma ruta por la que, setenta y tres años antes, había caminado detrás de la ataúd del emperador Franz Josef. En 2011, el cuerpo de su hijo Otto recibió honores similares.

Cuando falleció la emperatriz Zita, la república austriaca había relajado algunas de sus restricciones más vengativas y manifiestamente ilegales sobre la

antigua familia gobernante. En la década de 1920, se habían apoderado de casi todas las propiedades de cualquier Habsburgo, incluso si eran de propiedad privada en su totalidad, y congelaron sus activos, incluidos los fondos establecidos por Franz Josef hechos a través de inversiones para mantener a sus familiares en el circunstancias específicas del exilio. Los gobiernos de Checoslovaquia y Hungría habían hecho lo mismo, lo que condujo al desalojo de los tres hijos de Franz Ferdinand de su hogar en Konopischt por motivos que aún se están impugnando en los tribunales europeos. Los propios niños lucharon en el mundo exterior. Debido a su oposición al nazismo, el hijo mayor de Franz Ferdinand, Maximilian, cuyo éxito en sus exámenes escolares había sido brindado la noche anterior a la tragedia en Sarajevo, fue arrestado después del Anschluss y pasó años como preso en el campo de concentración de Dachau. Después de su liberación y el final de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno austriaco devolvió a la familia el castillo de Artstetten, donde estaban enterrados sus padres, y poco a poco se derogaron las leyes contra los Habsburgo. Maximiliano tampoco fue el único Habsburgo que fue víctima de las dictaduras de mediados de siglo. La oposición de la familia al totalitarismo hizo que el Archiduque Albrecht saliera de años en los campos de trabajo nazis ciego de un ojo y con la mitad de su cuerpo completamente paralizado como resultado de las torturas infligidas por la Gestapo, mientras que su hermano Wilhelm fue secuestrado en las calles de Viena por el Ejército Rojo en 1947, trasladado en avión a la URSS, interrogado, golpeado, condenado a veintisiete años de trabajos forzados y dejado morir en una prisión soviética.

Los años de exilio trajeron la huida del comunismo y el fascismo, joyas robadas, matrimonios controvertidos, enemistades y juicios, pero de todas las extrañas tragedias que sucedieron en las casas reales en el exilio, quizás ninguna fue tan famosa o más desconcertante que el asunto de Anastasia. que comenzó después de que los cuerpos desaparecidos de los Romanov dieran lugar a la historia de que uno o más miembros de la familia podrían haber sobrevivido a la masacre. En 1921, la historia comenzó rápidamente a centrarse en la figura de la Gran Duquesa Anastasia gracias a las afirmaciones de un paciente del manicomio de Dalldorf, en el norte de Alemania. La joven había sido llevada allí después de que intentara suicidarse saltando desde el puente Bendler al canal Landwehr en Berlín. Una compañera de sufrimiento, Clara Peuthert, leyó un artículo de periódico que especulaba sobre la posible supervivencia de algunos miembros de la familia del zar y notó una similitud entre su acompañante y la Gran Duquesa Tatiana, cuya fotografía acompañaba el artículo. El anónimo sobreviviente del suicidio no desmintió las especulaciones de Clara. A medida que los rumores se extendieron desde

Dalldorf, eventualmente una de las damas de honor sobrevivientes de la zarina, la baronesa Sophie Buxhoeveden, quien, como otros 500,000 refugiados de la Revolución Rusa, había hecho de Alemania su hogar desde entonces, vino a Dalldorf para ver a la niña por sí misma.

La paciente se acurrucó bajo las sábanas de su cama y se negó a mirar a la baronesa a los ojos o responder a sus preguntas. Perdiendo la paciencia, la baronesa se adelantó y sacó a la pobre niña de la cama antes de volverse fulminantemente hacia los médicos y declarar: "Es demasiado baja para ser Tatiana". Con cinco pies y dos pulgadas, era demasiado baja para ser Tatiana, pero tenía la altura adecuada para la más baja de las hermanas imperiales, Anastasia. Para defenderse más tarde, la mujer señaló: 'Yo nunca dije que era Tatiana'⁷. Otros habían cometido el error y ella simplemente no los había corregido. A medida que crecía el interés por la resucitada Gran Duquesa Anastasia, se libró el caso judicial más largo de la historia europea, que finalizó en febrero de 1970, para determinar si tenía algún derecho legal para llamarse Romanov. Mientras tanto, usó una variedad de seudónimos, incluidos Anna Tchaikovsky y Anna Anderson, ya que sus afirmaciones dividieron a la comunidad monárquica exiliada.

Uno de sus seguidores más destacados fue la princesa Xenia, la prima segunda de la verdadera Anastasia. Sorprendentemente hermosa, Xenia era dos años menor que la Gran Duquesa Anastasia y las chicas se habían visto por última vez durante las celebraciones del tricentenario de 1913, cuando Anastasia tenía doce años y Xenia solo diez. Durante la guerra, Xenia y su hermana mayor, la princesa Nina, habían vivido en Inglaterra y, al no tener una forma segura de volver a casa, nunca regresaron a Rusia ni se reunieron con su padre, el gran duque Jorge, quien fue uno de los ejecutados por los bolcheviques en 1919. Nina se casó con otro emigrado, el príncipe Paul Chavchavadze, y tuvieron un hijo juntos, David, quien luego sirvió en la CIA. Xenia se casó con un millonario estadounidense, William Bateman Leeds, heredero de una fortuna en la minería del estaño, y vivía en Nueva York, dividiendo su tiempo entre un lujoso apartamento en el Upper East Side de la ciudad y una casa de verano en Long Island, cuando Anna Tchaikovsky llegó a Manhattan en 1927.

Cuando ella y la aspirante a Anastasia se conocieron por primera vez, en el salón de la Quinta Avenida de otra simpatizante de la alta sociedad, Anna Jennings, Xenia vio cómo 'Anna Tchaikovsky' extendía su mano a un invitado y quedó tan impresionada por la naturalidad del gesto que ella se convenció de que

solo un compañero Romanov podría ser capaz de una majestad tan natural. A pesar de las dudas de su esposo acerca de cómo lo tomarían el resto de los Romanov, Xenia Leeds insistió en brindar sustento y refugio a la 'Sra. Tchaikovsky', quien había llegado a Nueva York gracias a la generosidad de algunos de sus otros seguidores y esperaba quedarse. Más tarde, las dos mujeres se separaron porque el esposo de Xenia encontró la inestabilidad y la naturaleza exigente de Anna demasiado difíciles de soportar, pero el apoyo de la Sra. Leeds a su reclamo nunca vaciló y testificó a su favor en los juicios posteriores.

Pero la creencia de Xenia Leeds en Anna Tchaikovsky, o Anna Anderson, destacó uno de los temas recurrentes en quienes la respaldaron. En la superficie, el pase de lista parecía muy impresionante: primos, compañeros Romanov, compañeros de juegos de la infancia y emigrados célebres como el compositor Sergei Rachmaninoff, pero cuando se examina más de cerca, su credibilidad como testigos casi siempre era problemática. Xenia Leeds y su hermana, Nina Chavchavadze, no habían sido compañeras habituales de juegos de los niños imperiales; como miembros de la misma familia extendida, se conocieron socialmente en varias etapas de su infancia, pero difícilmente fue una relación cercana. Sumado a eso, la residencia de Nina y Xenia en Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial significó que habían visto a Anastasia por última vez cuando ella y ellos. La propia Xenia admitió que le resultaría difícil identificar correctamente a su prima segunda doce años después de que se conocieron por última vez cuando eran niños, más bien insistió en que su identificación se basaba en conocer a un miembro de la realeza cuando conoció a uno. El apoyo de por vida de Gleb Botkin, hijo del médico que murió al lado de los Romanov en Ekaterimburgo, fue sin duda una bendición, pero las afirmaciones de Gleb de haber sido los mejores amigos de los hermanos Romanov durante su infancia compartida en Tsarskoe Selo no se confirman. por lo que sabemos de su horario. Jugaban juntos con muy poca frecuencia y los recuerdos, sin duda, aparecían más en la cabeza de Gleb Botkin que en la de los Romanov. Por el contrario, aquellos que no creían que ella era Anastasia eran a menudo menos numerosos pero mucho más creíbles, incluida la verdadera madrina de Anastasia, la Gran Duquesa Olga Alexandrovna, el Príncipe Félix Yussopov, que ahora vive en un exilio itinerante con París como base, la madre de Anastasia. El tutor de francés Pierre Gilliard y una de sus niñeras, Alexandra Tegleva.

Las pruebas de ADN realizadas después de la muerte de la pretendiente en 1984 determinaron que no era una Romanov y que era mucho más probable que fuera Franziska Schanzkowska, una obrera polaca que desapareció en 1920.⁸ Por

décadas en Ekaterimburgo, los delegados de la juventud del partido comunista que visitaban todavía eran llevados al sótano donde la familia había sido asesinada para posar junto a las paredes rociadas con balas para fotografías conmemorativas, mientras que a los estudiantes de las academias de la KGB se les decía al principio de su formación que el gobierno soviético siempre había sabido que la Gran Duquesa Anastasia había muerto con el resto de su familia en 1918.⁹ Luego vino la develación pública de los restos de cinco de los siete Romanov asesinados en Ekaterimburgo después de la caída de la Unión Soviética, su entierro ceremonial en el necrópolis de la familia en San Petersburgo en 1998 y luego el descubrimiento en 2008 de los dos cuerpos desaparecidos en un cementerio secundario cercano, donde los bolcheviques habían intentado incinerarlos. Todos los cuerpos fueron examinados rigurosamente con muestras de ADN proporcionadas por algunos de los familiares sobrevivientes de los Romanov, incluido el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, esposo de la reina Isabel II. Sin embargo, para entonces el misterio había sido consagrado en obras de teatro, novelas, una película ganadora de un Oscar protagonizada por Ingrid Bergman y Yul Brynner, programas de televisión, muñecas, sitios web conmemorativos y musicales tanto en teatro como en animación, con el nombre de la Gran Duquesa transliterado en su forma americanizada. pronunciación de Anna-stay-zee-a en lugar del inglés Anna-stahz-ee-a que ella y su madre habrían

Los detalles de la insistencia de Anna Anderson durante décadas de que ella era el último miembro sobreviviente de la familia inmediata de Nicolás II todavía se debaten, y la mayoría de las preguntas restantes ahora se enfocan en tratar de determinar si, con su historial de enfermedad mental, ella realmente creía en sus propios delirios, si, como sugirieron John Klier y Helen Mingay en su maravilloso estudio del misterio, 'la segunda indudablemente creía que ella era la primera'. Y, en verdad, mantuvo vivo el recuerdo de esa otra Anastasia. Sin ella no habría películas, ni libros, ni leyenda romántica. Las dos Anastasias representan las dos caras del siglo XX. Un siglo que realmente existió, lleno de guerra y de matanza de inocentes. El segundo es el siglo que anhelamos tener, de paz y placeres familiares, y los sueños de cualquier niña que pudiera cerrar los ojos y convertirse en princesa.¹⁰ O, como insistió Felix Yussopov, Anna Anderson no era más que una 'nerviosa, histérica, vulgar y común... aventurera, una histérica enferma y una espantosa actriz... [uno] retrocedería horrorizado ante la idea de que esta espantosa criatura pudiera ser la hija de nuestro zar!¹¹

De cualquier manera, la fama póstuma de Anastasia Romanov ayudó a preservar a su familia en una leyenda moderna donde ella y sus tres hermanas se convirtieron en las víctimas más célebres de la violencia política del comunismo ruso. Se podría argumentar que fueron solo cuatro entre millones de víctimas similares, pero la prominencia de las jóvenes como miembros de la familia imperial significó que sabemos mucho más sobre los detalles íntimos de sus vidas que sobre la mayoría de los que perdieron sus vidas. vive en el caos desatado por la Primera Guerra Mundial. Sabemos qué libros les gustaba leer, sus aromas de baño favoritos, sus manías favoritas y sus recuerdos más felices, y con este conocimiento podemos apreciar más plenamente la humanidad de todos aquellos que perecieron de manera similar. En la muerte como en la vida, se han convertido en símbolos con los que millones pueden identificarse y empatizar, ya través de los cuales se pueden iluminar puntos más amplios. En su estudio sobre Lady Jane Grey, el difunto Eric Ives justificó la fascinación póstuma con una princesa del siglo XVI que, en comparación con sus otros parientes, logró muy poco más allá de una muerte particularmente trágica y prematura: "Las páginas de la historia están llenas de asteriscos". nombres que desafían la erosión del tiempo. Jane Grey es una de ellas, pero extrañamente. A decir verdad ella contó para poco... Innegablemente, ahí está la atracción macabra del sacrificio de la niña. Murió Jane Dudley, pero es universalmente recordada como Jane Grey, Ariadne encadenada a la roca. Todo esto y más. Pero la justificación fundamental para recordar a Jane es la justificación para recordar a Ana Frank siglos después. Hablan por la multitud de víctimas de la brutalidad que no tienen voz".¹² Lo mismo bien podría decirse de las hermanas Romanov.

Las casas gobernantes del período eduardiano se ciernen en nuestra imaginación cultural como un brillante prólogo de la próxima carnicería de la Primera Guerra Mundial. Son niñas con vestidos de lino blanco, hombres con inmaculados uniformes militares, en una época sin fines de semana que dio a luz a los huevos de Fabergé, yates privados del tamaño de pequeños transatlánticos, las primeras imágenes en movimiento de la vida privada de la realeza, hermosas joyas, sonrisas cautivadoras, grandes teatros de ópera y vales que hablan de una sociedad de inquietante belleza y gracia fácil. Desde fotografías en tonos sepia nos miran desde el otro lado del abismo impenetrable creado por lo que sucedió después de 1914. Los vales ahogan los otros sonidos de esa época: la miseria de las fábricas, la producción acelerada de material militar cada vez más mortífero. y los vítores de multitudes hambrientas de guerra. La historia de los emperadores de la Primera Guerra Mundial es una gran narrativa política, así como una secuen

dramas personales. Es a su vez conmovedor y frustrante, edificante y espantoso, una inspiración y una advertencia. El coraje y la dignidad con los que muchos de ellos enfrentaron sus destinos finales sigue siendo una fuente de asombro e inspiración para sus admiradores de hoy en día, de los cuales hay muchos, de hecho, desde 1981, devotos. Nicolás II, su esposa y sus hijos fueron canonizados por las ramas de la Iglesia Ortodoxa Rusa en varias etapas después de 1981 como Portadores de la Pasión, una categoría de santo que reconoce específicamente que la persona murió como Cristo con su fe sustentando en el camino de la muerte, pero que difiere de un mártir, que fue asesinado explícitamente por su fe. También canonizada fue la hermana separada de Alexandra, la Gran Duquesa Elisabeth (conocida como Ella en la familia), quien fue asesinada por la Cheka más tarde el mismo día que su hermana menor. Ella, que había fundado y se había unido a un convento cuando era viuda, había estado bajo arresto domiciliario en el pueblo cercano de Alapaevsk, y la llevaron a una mina de hierro abandonada donde la golpearon y luego la

Con ella estaba la hermana Barbara Yakovleva, una monja de su convento, y varios otros Romanov que habían sido capturados y transportados a la región: el poeta y primo del zar, el príncipe Vladimir Paley, de veintiún años, el gran duque Sergei Mikhailovich. , su secretario Feodor Kemez, y tres hermanos Romanov, el príncipe Iván, el príncipe Constantino y el príncipe Igor, que tenían entre treinta y dos y veinticuatro años. Todos fueron brutalmente golpeados y luego arrojados a la mina, con dos granadas de mano arrojadas tras ellos. Los guardias podían escuchar a la Gran Duquesa y a los demás cantando himnos, incluso después de la segunda granada, por lo que rellenaron la entrada con madera y le prendieron fuego. Los ejércitos blancos tomaron la ciudad y recuperaron los cuerpos unos días después, algo que no lograron hacer en los campos de exterminio más eficientes de Ekaterimburgo. El cuerpo de la Gran Duquesa Isabel fue transportado para su entierro a la iglesia ortodoxa rusa de María Magdalena en Jerusalén.

En 2004, el Papa Juan Pablo II beatificó al Emperador Carlos no sólo por la piedad con la que acogió la muerte en Madeira, sino también por sus intentos de poner fin a la guerra, porque, en palabras del Pontífice, 'La tarea decisiva de los cristianos consiste en buscar, reconocer y siguiendo la voluntad de Dios en todas las cosas. El estadista cristiano Carlos de Austria enfrentó este desafío todos los días... Desde el principio, el emperador Carlos concibió su cargo como un servicio sagrado a su pueblo. Su principal preocupación fue seguir la vocación cristiana a la santidad también en su acción política. Por esta razón,

sus pensamientos se dirigieron a la asistencia social. ¡Que sea un ejemplo para todos nosotros, especialmente para aquellos que tienen responsabilidades políticas en la Europa de hoy!'13 La beatificación, que otorga a Karl el prefijo de 'Beato', es a menudo un preludio de la canonización completa y un cabildeo comprometido de católicos, Los conservadores y realistas austriacos están trabajando para convertir a Karl en miembro de la cofradía católica de los santos. En los Montes Urales, los lugares donde se ocultaron los cuerpos de los Romanov en julio de 1918 han sido marcados por campos de lirios, y hay iglesias dedicadas a cada uno de los siete miembros de la familia imperial. La casa donde fueron masacrados, derribada por Boris Yeltsin por orden del gobierno soviético en 1977 cuando comenzaba a convertirse en un punto focal de peregrinaje subrepticio, ha sido reemplazada por una suntuosa catedral conmemorativa: La Iglesia sobre la Sangre en Honor de Todos los Santos Resplandecientes en la Tierra Rusa. Miles avanzan allí cada año, a los campos y la iglesia, para participar del 'Gólgota Romanov' y la simbiosis percibida como existente entre los mártires de la realeza y todas las víctimas posteriores del comunismo ruso. Todavía se dejan flores en la cripta de los Habsburgo en la iglesia de los capuchinos y en Alemania el legado del Kaiser se debate acaloradamente a medida que el estudio del Segundo Reich emerge de la sombra de la historia más popular y aterradora del Tercero.

Mirando hacia atrás en los años previos a las revoluciones, Felix Yussopov se sintió impulsado a escribir una verdad universal: 'Nuestros recuerdos a veces están llenos de luz ya veces oscuros con sombras. En una vida llena de acontecimientos, algunos son tristes y otros son alegres, algunos son agradables, mientras que otros son tan trágicos que el único deseo de uno es no recordarlos jamás . aconsejado. Para bien o para mal, ya sea para advertir o para reivindicar, para estudiar como una epopeya histórica o una tragedia biográfica, la caída de las familias imperiales después de 1914 es un relato digno de interés y recuerdo no solo porque importa en el camino que toda la historia importa, sino porque nos conmueve con su extraordinaria tragedia, por lo que quizás la palabra final más apropiada en este estudio de su historia son las palabras de la Gran Duquesa Anastasia, de dieciséis años, escritas a un sirviente de la familia como un tren blindado la llevó a un lugar de exilio y muerte: 'Adiós. No me olvides.

notas

Prólogo

[1.](#) La cita inicial de Lady Elizabeth Bowes-Lyon, la futura reina consorte, se puede encontrar en William Shawcross (ed.), *Counting One's Blessings: The Selected Letters of Queen Elizabeth the Queen Mother* (Londres, 2013), pág. 50. La historia del anuncio en Windsor y el fin de semana en la casa de la marquesa de Milford Haven se encuentra en las memorias de la princesa María Luisa, *My Memories of Six Reigns* (Londres, 1957), págs. 185–9.

1 Las monarquías rusa, alemana y austrohúngara en 1913

[1.](#) Winston Churchill, *The World Crisis* (Londres, 1923), i. 107.

[2.](#) Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891–1924* (Londres, 1996), pág. 13

[3.](#) La confianza popular en el tamaño del ejército ruso como el mejor garante de la victoria aseguró que la derrota en la guerra de Crimea (1853–1856) se hubiera olvidado o ignorado en gran medida en 1904. Para una historia particularmente buena del ejército ruso en este período véase *Bayonetas antes de balas: el ejército imperial ruso, 1861–1914* de Bruce W. Menning (Indiana University Press, 1992).

[4.](#) Dominic Lieven, *Nicholas II: Emperor of All the Russias* (Londres, 1993), p. 148.

[5.](#) Mucho se ha escrito sobre el camino de la Rusia imperial hacia la industrialización. Un informe interesante y con el que estoy en deuda es *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia* de Tim McDaniel (University of California Press, 1988).

[6.](#) EJ Bing (ed.), *The Letters of Tsar Nicholas and Empress Marie* (Londres, 1937), pág. 188.

[7.](#) Cartas del zar Nicolás y la emperatriz María, págs. 197–201.

[8.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 150.

[9.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 154.

[10.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 153.

[11.](#) Ascher, pág. 139. El informe del New York Times del 25 de agosto de 1906 afirmaba incorrectamente que Natalia Stolypin había muerto como resultado de sus heridas; se imprimió una corrección el 26 de agosto de 1906, cuando se confirmó que se encontraba en estado crítico pero que había sido trasladada al Hospital Calmeyer.

[12.](#) La carrera de Stolypin ha recibido un tratamiento completo en Abraham Ascher, PA Stolypin: The Search for Stability in Late Imperial Russia (Stanford University Press, 2001). Para una valoración más negativa de su legado, véase Figes, págs. 221–32, y para un debate más amplio, Judith Pallott, 'Modernization from Above: The Stolypin Land Reform' en J. Pallott y DJ B Shaw (eds), Landscapes y Settlement in Romanov Russia, 1613–1917 (Oxford University Press, 1990), págs. 165–94; DAJ Macey, 'Government Reactions and Peasant Reforms' en RB McKean (ed.), New Perspectives in Modern Russian History: Selected Papers from the Fourth World Congress of Soviet and Eastern European Studies, Harrogate, 1990 (Londres, 1992), págs. 133–73. Para el estilo de vida y los aspectos económicos del campesinado ruso en el período zarista tardío, HD. Löwe, Die Lage der Bauern in Russland, 1880–1905 (St Katharinen, 1987), un relato minuciosamente investigado que presentó el estudio antes mencionado sobre la dieta del campesino promedio bajo Nicolás II, y Esther Kingston-Mann y Tim Mixter (eds), Peasant Economy, Culture and Politics in European Russia, 1800–1921 (Princeton University Press, 1991), fueron invaluable.

[13.](#) Robert K. Massie, Nicholas and Alexandra (Londres, 1968), pág. 215.

[14.](#) *Ibíd.*

[15.](#) Count Vladimir Kokovstov, Out of My Past: The Memoirs of Count Kokovstov, trad. Laura Matveev (Stanford University Press, 1935), pág. 283.

[16.](#) Higos, pág. 12

[17.](#) Meriel Buchanan, The Dissolution of an Empire (Londres, 1932), pág. 36.

[18.](#) Carta de María, duquesa de Sajonia-Coburgo, a su hija, la princesa heredera María de Rumania, del 17 al 19 de febrero de 1914, citada en Helen Rappaport, Four Sisters: The Lost Lives of the Romanov Grand Duchesses (Londres, 2014) , pag. 209.

[19.](#) Pierre Gilliard, Trece años en la corte imperial rusa (Nueva York, 1921), pág. 205.

[20.](#) La hemofilia puede aparecer en familias sin antecedentes y desaparecer a lo largo de varias generaciones, de ahí la incredulidad de la reina Victoria cuando le diagnosticaron en 1853 a su hijo Leopoldo, futuro duque de Albany, y por qué no ha habido casos de la misma. enfermedad en las casas reales europeas desde la generación de Alexei.

[21.](#) Massie, pág. 161.

[22.](#) Higos, pág. 13

[23.](#) Greg King y Sue Woolmans, El asesinato del archiduque: Sarajevo 1914 y el asesinato que cambió el mundo (Londres, 2013), pág. 150.

[24.](#) Coryne Hall, Little Mother of Russia: A Biography of the Empress Marie Feodorovna (Londres, 1999), p. 261.

[25.](#) Ver en particular el trabajo de John CG Röhl para el argumento de que el antisemitismo de Wilhelm desempeñó un papel importante en la preparación de Alemania para el nazismo. Para un excelente contraargumento ver Christopher Clark, Kaiser Wilhelm II: A Life in Power (Londres, 2009), pp. 350–6.

[26.](#) Clark, Guillermo II, pág. 171.

[27.](#) Se puede encontrar una maravillosa introducción y evaluación de la política exterior guillermina en Clark, Wilhelm II, pp. 167–217 y Paul Kennedy, 'The Kaiser and German Weltpolitik: Reflexions on Wilhelm II's place in the making of German política' en John CG Röhl y Nicolaus Sombart (eds), Kaiser Wilhelm II: New Interpretations (Cambridge University Press, 2005), págs. 143–68.

[28.](#) Clark, Guillermo II, pág. 174.

[29.](#) En 1900, Philipp fue elevado a Prince zu Eulenburg. Para facilitar la referencia en un breve resumen de su carrera, he utilizado el título de conde, que poseía cuando comenzó su influencia con Wilhelm. Sobre el debate sobre la vida amorosa de Wilhelm II, ver en particular Nicolaus Sombart, 'The Kaiser in his epoch: Some reflexions on Wilhelmine society, sexuality and culture' en Röhl and Sombart (eds), pp. 305-11 para el argumento de que él era homosexual y las págs. 287–311 para un contexto más amplio. Tyler Whittle, The Last Kaiser: A Biography of William II, German Emperor and King of Prussia (Londres, 1977), págs. 89–91, sugiere tentativamente que Wilhelm puede

haber sido bisexual pero que Eulenburg era el único hombre con el que parece haber estado vinculado sentimentalmente. Para el punto de vista opuesto ver Clark, Wilhelm II, p. 104–5 y la traducción al inglés de John CG Röhl, *Young Wilhelm: The Kaiser's Early Life, 1859–1888* (Cambridge University Press, 1998), págs. 453–64, que contiene información actualizada sobre los romances heterosexuales juveniles de Wilhelm.

[30.](#) Para la evaluación de Otto von Bismarck de la relación de los dos hombres y para una excelente descripción general de la eventual caída de Philipp zu Eulenburg, véase James D. Steakley, 'Iconography of a Scandal: Political Cartoons and the Eulenburg Affair in Wilhelmine Germany' en Martin Baumi Duberman, Martha Vicinus y George Chauncey (eds), *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past* (Nueva York, 1990). Para la evaluación de Christopher Clark de que la relación era platónica, véase Clark, Wilhelm II, p. 104.

[31.](#) Carta de la princesa heredera Victoria de Prusia a su madre, la reina Victoria, fechada el 28 de abril de 1863, citada en Roger Fulford (ed.), *Dearest Mama: Private Correspondence of Queen Victoria and the Crown Princess of Prussia, 1861–1864* (Londres, 1968), pág. 203–4.

[32.](#) Agradezco a Rose Morgan por los debates sobre la mejor forma de traducir 'liebchen'. Es un término más antiguo, con palabras como 'cariño' que también son posibles palabras comparables en inglés. La existencia del expediente perdido y los intentos de la defensa por encontrarlo se confirman en una carta de Maximilian Harden a Friedrich von Holstein, fechada el 31 de mayo de 1908, y citada en Norman Rich y MH Fisher (eds), *The Holstein Papers*, (Universidad de Cambridge Prensa, 1957), iii. 532. Para la relación de zu Eulenburg y el conde Kuno von Moltke, véanse las cartas entre el barón Axel von Varnbüler y von Moltke citadas en Isabel V. Hull, 'Kaiser Wilhelm II and the "Leibenberg Circle"' en Röhl y Sombart (eds), págs. 193-220, que también brinda una excelente evaluación de las creencias políticas de zu Eulenburg y los motivos de Maximilian Harden para atacarlo.

[33.](#) Röhl, *El joven Wilhelm*, pág. 454.

[34.](#) Carta del conde Philipp zu Eulenburg a Hubertus, príncipe von Bismarck, fechada el 5 de agosto de 1886, citada en Clark, Wilhelm II, p. 105.

[35.](#) Clark, *Guillermo II*, pág. 240.

[36.](#) Giles MacDonagh, *The Last Kaiser: William the Impetuous* (Londres, 2000), pág. 455. Shaw también pensó que el Kaiser tenía uno de los mejores

intelectos de cualquiera de los líderes de 1914.

[37.](#) Timothy Snyder, *The Red Prince: The Fall of a Dynasty and the Rise of Modern Europe* (Londres, 2008), pág. 250.

[38.](#) En 1573 se cambió el nombre de la fiesta por el de Fiesta del Santo Rosario. Entre 1716 y 1913 se celebró el primer domingo de cada mes, pero luego volvió a su fecha original del 7 de octubre.

[39.](#) De los reyes Habsburgo de un reino español independiente, Felipe II (m. 1598) se casó con su prima hermana doble, la princesa María Manuela de Portugal (m. 1545), su prima segunda María I, reina reinante de Inglaterra e Irlanda (m. . 1558), la princesa Isabel de Francia (m. 1568) con quien no estaba estrechamente relacionado, y después de su muerte la archiduquesa Ana de Austria (m. 1580), su sobrina. Felipe III (m. 1621), hijo de este último matrimonio, se casó con su prima hermana una vez destituida, la archiduquesa Margarita de Austria (m.

1611). Su hijo, Felipe IV (m. 1665), se casó con la princesa Isabel de Francia (m. 1644), con quien no estaba estrechamente relacionado, y luego con la archiduquesa Mariana de Austria (m. 1696), su sobrina. Como resultado de los matrimonios de sus antepasados inmediatos, su hijo Carlos II tenía genes más homocigóticos que si sus padres hubieran sido hermanos. Se casó con su prima segunda, María Luisa de Orleans (m. 1689) y, después de su muerte, con María Ana de Neuberg (m. 1740), con quien no estaba relacionado. Ambos matrimonios no tuvieron hijos y la línea española de la familia Habsburgo se extinguió con él.

[40.](#) Edward Crankshaw, *The Fall of the House of Habsburg* (Londres, 1983), pág. 14

[41.](#) Conde Egon Caesar Corti, *Vom Kind Zum Kaiser* (Graz, 1950) p. 332.

[42.](#) Crankshaw, pág. 51.

[43.](#) Redlich Josef, *The Emperor Franz Josef* (Londres, 1929), p. 51.

[44.](#) Adolf Schwarzenberg, *Prince Felix zu Schwarzenberg* (Nueva York, 1946), p. 11

[45.](#) Crankshaw, pág. 54.

[46.](#) Joan Haslip, *The Lonely Empress: A Biography of Elisabeth of Austria* (Nueva York, 1965), p. 334.

[47.](#) Haslip, *La emperatriz solitaria*, pág. 177.

[48.](#) Para conocer la mejor discusión sobre la sexualidad de Ludwig y su llamado "diario secreto", consulte el capítulo 15 de Christopher McIntosh, *The Swan King: Ludwig II*.

of Bavaria (Londres, 1982), págs. 153–9.

[49.](#) *Ibíd.*

[50.](#) La archiduquesa María Valerie, diario, 22 de diciembre de 1898; Lieven, Nicolás II, p. 195.

[51.](#) Andrew Wheatcroft, *The Habsburgs: Embodying Empire* (Londres, 1995), págs. 288–90, para la teoría de que el estilo de gobierno de los Habsburgo fomentó la productividad artística de la Viena de principios de siglo.

[52.](#) *The Daily Telegraph*, 7 de enero de 1899; Marguerite Cunliffe-Owen, *The Martyrdom of an Empress* (Londres, 1899), págs. 274–82; *The New York Times*, 10 de noviembre de 1898.

2 Sarajevo, 28 de junio de 1914

[1.](#) Entrevista concedida por la emperatriz viuda Zita al autor Gordon Brook Shepherd el 7 de marzo de 1977, citada en Gordon Brook-Shepherd, *The Last Empress: The Life and Times of Zita of Austria-Hungary, 1892–1989* (Londres, 1991), pag. 23

[2.](#) Jean-Paul Bled, *François-Ferdinand d'Autriche* (París, 2012), p. 96.

[3.](#) La archiduquesa Isabel y su esposo, el archiduque Federico, tuvieron ocho hijas pero, trágicamente, la cuarta niña, la archiduquesa Natalie, murió a la edad de catorce años en 1898. La cita de Franz Ferdinand sobre el baile en el Larisch se cita en King and Woolmans, pág. . 43.

[4.](#) King y Woolmans, pág. 58.

[5.](#) King y Woolmans, pág. 57.

[6.](#) King y Woolmans, pág. 101.

[7.](#) Wladimir Aichelburg, *Archiduke Franz Ferdinand and Arstetten Castle* (Viena, 2000), p. 33.

[8.](#) King y Woolmans, pág. 115.

[9.](#) King y Woolmans, pág. 145.

[10.](#) Gerd Höller, *Franz Ferdinand von Österreich-Este* (Graz, 1982), p.226.

[11.](#) AJP Taylor, *La Primera Guerra Mundial: Una Historia Ilustrada* (Londres, 1974), p. 13

[12.](#) King y Woolmans, pág. 218.

[13.](#) M. Ljuba Jovanović, 'The Murder of Sarajevo', Revista del Instituto Británico de Asuntos Internacionales (marzo de 1925), p. 31

[14.](#) Dolph Owings, El juicio de Sarajevo (Chapel Hill, 1984), pág. 56.

[15.](#) Vladimir Dedijer, The Road to Sarajevo (Nueva York, 1966), pág. 388–9.

[16.](#) King y Woolmans, pág. 189.

[17.](#) David James Smith, One Morning in Sarajevo (Londres, 2008), pág. 175.

[18.](#) Hay varias versiones y traducciones de lo que dijo el Archiduque, pero las variaciones son muy leves y no hay diferencias significativas en ninguno de los relatos sobrevivientes.

[19.](#) Neue Freie Presse, 29 de junio de 1914.

[20.](#) Theodor von Sosnosky, Franz Ferdinand der Erzherzog Thronfolger (Múnich, 1929), pág. 218–19.

[21.](#) Baron Andreas von Morsey, 'Konopischt and Sarajevo', Berliner Monatshefte (junio de 1934), p. 499.

[22.](#) Erika Bestenreiner, Franz Ferdinand und Sophie von Hohenberg: Verbotene Liebe am Kaiserhof (Munich, 2004), p. 251.

[23.](#) Rudolf Kiszling, Erzherzog Franz Ferdinand von Österreich-Este (Graz y Colonia, 1953), p. 303.

[24.](#) Baron Albert von Margutti, The Emperor Francis Joseph and His Times (Londres, 1921), p. 138–9.

[25.](#) Conde Egon Caesar Corti y Hans Sokol, Der alte Kaiser (Viena, 1955), iii. 412–14.

[26.](#) Entrevista concedida por la emperatriz viuda Zita a Gordon Brook Shepherd el 23 de abril de 1968, citada en Brook-Shepherd, p. 30

[27.](#) Daisy, Princess of Pless, Daisy, Princess of Pless: By Herself (Nueva York, 1929), págs. 145–6.

[28.](#) King y Woolmans, pág. 208.

3 Los primeros años de la guerra en Austria-Hungría y Alemania

[1.](#) King George V, diario, 28 de junio de 1914.

[2.](#) L'Osservatore Romano, 30 de junio de 1914.

[3.](#) Maurice Paléologue, *Memorias de un embajador* (Londres, 1923–5), i. 12–13.

[4.](#) Paleólogo, i. 14

[5.](#) *Ibíd.*

[6.](#) *Ibíd.*

[7.](#) Lieven, Nicolás II, p. 198.

[8.](#) David Fromkin, *El último verano de Europa: por qué el mundo entró en guerra en 1914* (Londres, 2004), pág. 188.

[9.](#) El gran duque Nicolás Nikolaevich (1856–1929), nieto del zar Nicolás I por parte de su padre, en lo sucesivo denominado con la versión más rusa de su nombre de pila, Nikolai, para diferenciarlo del emperador Nicolás II. La familia Romanov solía referirse a él como 'Nikolasha' por la misma razón.

[10.](#) Paleólogo, i. 22–3.

[11.](#) Virginia Cowles, *The Last Tsar and Tsarina* (Londres, 1977), pág. 149.

[12.](#) Margaret MacMillan, *La guerra que acabó con la paz: cómo Europa abandonó la paz por la Primera Guerra Mundial* (Londres, 2013), pág. 563.

[13.](#) Walther Rathenau, *Notes and Diaries*, Hartmut Pogge von Strandmann y Caroline Pinder Cracraft (eds) (Oxford University Press, 1985), p. 153.

[14.](#) MacDonagh, pág. 378.

[15.](#) John CG Röhl (ed.), *1914: Delusion or Design* (Londres, 1973), p. 87.

[16.](#) MacDonagh, pág. 363–4.

[17.](#) MacDonagh, pág. 367.

[18.](#) *Ibíd.*

[19.](#) Brook-Shepherd, pág. 34.

[20.](#) De una transcripción escrita por la emperatriz viuda Zita en mayo de 1981 para Gordon Brook-Shepherd sobre la corte en tiempos de guerra, citado en Brook Shepherd, p. 39.

[21.](#) *Ibíd.*

[22.](#) *Ibíd.*, pág. 37.

[23.](#) Wheatcroft, pág. 287.

4 Liderazgo en tiempos de guerra de Nicolás II y el ascenso de Rasputín

[1.](#) Andrei Maylunas y Sergei Mironenko (eds), *A Lifelong Passion: Nicholas and Alexandra, Their Own Story* (Londres, 1997), pág. 418.

[2.](#) Greg King, *The Last Empress: The Life and Times of Alexandra Feodorovna, Tsarina of Russia* (Londres, 1995), p. 233.

[3.](#) Anna Vyrubova, *Memorias de la corte rusa* (Nueva York, 1923), pág. 105–6.

[4.](#) Cowles, pág. 151.

[5.](#) Baroness Sophie Buxhoeveden, *The Life and Tragedy of Alexandra Feodorovna, Empress of Russia* (Nueva York, 1928), p. 192.

[6.](#) Rappaport, *Cuatro hermanas*, pág. 93.

[7.](#) Robert Wilton, *Los últimos días de los Romanov* (Londres, 1920), pág. 220.

[8.](#) Rappaport, *Hermanas*, pág. 119.

[9.](#) *The Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914–1916* (Londres, 1987), Bernard Pares (introducción), pág. 41. De aquí en adelante referidas como *Cartas*.

[10.](#) Buxhoeveden, pág. 193.

[11.](#) *Cartas*, pág. 41.

[12.](#) *Cartas*, pág. 53.

[13.](#) Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution of Petrograd, 1917* (University of Washington Press, 1981), pág. 48.

[14.](#) Lieven, *Nicolás II*, pág. 214.

[15.](#) *Ibíd.*

[16.](#) Lili Dehn, *The Real Tsaritsa* (Londres, 1922), pág. 40

[17.](#) Consulte el capítulo 1, página 26 para obtener una descripción del incidente de Spala.

5 Guerra Total y la Marginación del Kaiser

[1.](#) Count Theobold von Bethmann-Hollweg, *Betrachtungen zum Weltkrieg* (Berlín, 1921), p. 20

[2.](#) Paul Herre, *Kronprinz Wilhelm: Seine Rolle in der deutschen Politik* (Berlín, 1954), p. 55; Diana Preston, *Willful Murder: The Sinking of the Lusitania* (Londres, 2002), pág. 335.

[3.](#) MacDonagh, pág. 371.

[4.](#) MacDonagh, pág. 367.

[5.](#) Alfred von Tirpitz, *Erinnerungen* (Leipzig, 1920), pág. 462.

[6.](#) Clark, Guillermo II, pág. 321. La historia de la conversación del Kaiser con su dentista se cuenta en Arthur N. Davis, *The Kaiser as I Knew Him* (Nueva York, 1918), pág. 11–12.

[7.](#) El Mauretania y el Olympic sirvieron principalmente como barcos de transporte de tropas. El Aquitania y el Britannic se convirtieron en barcos hospitales y en ese servicio el Britannic se hundió tras chocar contra una mina alemana en el Mediterráneo en 1916. Los otros tres reingresaron al servicio comercial después del Armisticio.

[8.](#) Preston, pág. 246.

[9.](#) Preston, pág. 247.

[10.](#) Esto ha sido rebatido por Preston, pp. 478–86, quien argumenta persuasivamente que el torpedo fue la causa principal del daño debido al ángulo y punto de impacto, y que si el Lusitania hubiera estado transportando la cantidad o el tipo sospechoso de municiones, la segunda explosión habría sido de hecho mucho más fuerte y más dañina.

[11.](#) MacMillan, pág. xix.

[12.](#) MacDonagh, pág. 381.

[13.](#) Clark, Guillermo II, pág. 321–2.

6 La muerte de Francisco José y el ascenso al trono de Carlos

[1.](#) Antonia Fraser, *Marie Antoinette: The Journey* (Londres, 2002), p. 3.

[2.](#) Brook-Shepherd, pág. 41.

[3.](#) *Ibíd.*

[4.](#) Los miembros de la línea imperial todavía tienen derecho a ser enterrados en la cripta de los capuchinos y se observa la misma hermosa ceremonia. Las grabaciones visuales durante el funeral del hijo de Karl y Zita, el príncipe heredero Otto, en 2011 están actualmente disponibles en línea.

[5.](#) Brook-Shepherd, pág. 45.

[6.](#) Los casos de diagnósticos falsos de sifilíticos famosos incluyen al rey Enrique VIII de Inglaterra (1491-1547), quien ciertamente no la padecía, y el

El emperador Franz Josef, quien supuestamente se lo transmitió a su hermosa esposa Elisabeth.

[7.](#) Neue Freie Presse, 22 de noviembre de 1916.

[8.](#) Arturo Beeche y David McIntosh, emperatriz Zita de Austria, reina de Hungría (1891–1989) (Londres, 2005), pág. 8.

[9.](#) Brook-Shepherd, pág. 55.

[10.](#) Condesa Catherine Károlyi, A Life Together (Londres, 1966), p. 169.

[11.](#) Brook-Shepherd, pág. 84–5.

[12.](#) Brook-Shepherd, pág. 50

7 El asesinato de Grigori Rasputín

[1.](#) Margaretta Eager, Six Years at the Russian Court (Bowmanville, 2011), pág. 52.

[2.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 280.

[3.](#) Massie, Nicholas y Alexandra, pág. 283.

[4.](#) Sir John Hanbury-Williams, The Emperor Nicholas as I Knew Him (Londres, 1922), pág. 239.

[5.](#) Vyrubova, pág. 105.

[6.](#) Lieven, Nicolás II, p. 215.

[7.](#) Lieven, Nicolás II, p. 218.

[8.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 220.

[9.](#) Pasillo, pág. 272.

[10.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 221.

[11.](#) Gleb Botkin, The Real Romanovs (Londres, 1932), pág. 125.

[12.](#) Pasillo, pág. 273.

[13.](#) Prince Felix Yussopov, Lost Splendor (Londres, 1953), p. 193.

[14.](#) Yussopov, Lost Splendor, pág. 194.

[15.](#) Cartas, pág. 170.

[16.](#) Cowles, pág. 173.

[17.](#) Paleólogo, ii. 166.

[18.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 224.

[19.](#) Lieven, Nicolás II, pág. 224–5.

[20.](#) Peter Bark, 'Vospominaniya', Vozrozhdenie (julio de 1966), pág. 78.

[21.](#) Vladimir Purishkevich, The End of Rasputin (Ann Harbor, Michigan, 1985), pág. 73.

[22.](#) Yussopov, Lost Splendor, pág. 157.

[23.](#) Para discusiones sobre la sexualidad de Felix Yussopov, véase Greg King, The Murder of Rasputin: The Truth About Prince Felix Youssoupov and the Mad Monk who Helped Bring Down the Romanovs (Londres, 1996), págs. 88–90, 103–5.

[24.](#) Yussopov, Lost Splendor, pág. 86.

[25.](#) Cartas, pág. 294.

[26.](#) Yussopov, Lost Splendor, pág. 88.

[27.](#) King, El asesinato de Rasputín, pág. 110–11.

[28.](#) Pasillo, pág. 252.

[29.](#) Yussopov, Lost Splendor, pág. 149.

[30.](#) King, El asesinato de Rasputín, pág. 116.

[31.](#) King, El asesinato de Rasputín, pág. 128.

[32.](#) Prince Felix Yussopov, Rasputin: His Malignant Influence and Assassination (Nueva York, 1927), pág. 68.

[33.](#) Higos, pág. 289.

[34.](#) Cartas, pág. 458

[35.](#) Cartas, pág. 461.

[36.](#) Massie, Nicolás y Alexandra, pág. 362.

[37.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 277.

[38.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 279.

[39.](#) Ibíd.

[40.](#) Massie, Nicolás y Alexandra, pág. 362.

8 La revolución de febrero y la caída de Rusia Monarquía

- [1.](#) Para una descripción general especialmente esclarecedora de las circunstancias anteriores, véase Thomas Fallows, 'Politics and the War Effort in Russia: The Union of Zemstvos and the Organisation of the Food Supply, 1914–1916', *Slavic Review*, (1978) , págs. 70–90.
- [2.](#) Hasegawa, pág. 48.
- [3.](#) Gran Duque Alexander Mikhailovich de Rusia, *Once a Grand Duke* (Londres, 1932), p. 314–5.
- [4.](#) Mikhail Rodzianko, *The Reign of Rasputin* (Londres, 1927), págs. 252–4.
- [5.](#) Ver en particular la carta citada en Mark Steinberg y Vladimir Khrustalëv, *The Fall of the Romanovs: Political Dreams and Personal Struggles in a Time of Revolution* (Yale University Press, 1995), p. 73.
- [6.](#) Rodzianko, pág. 263.
- [7.](#) Steinberg y Khrustalëv, p. 67.
- [8.](#) Steinberg y Khrustalëv, p. 68.
- [9.](#) Steinberg y Khrustalëv, págs. 73–6.
- [10.](#) Steinberg y Khrustalëv, p. 76–7.
- [11.](#) Higos, pág. 321.
- [12.](#) Sir Bernard Pares, *The Fall of the Russian Monarchy* (Londres, 1939), pág. 451.
- [13.](#) Cowles, pág. 196.
- [14.](#) Steinberg y Khrustalëv, p. 88–9.
- [15.](#) Cowles, pág. 196.
- [16.](#) Gilliard, pág. 195.
- [17.](#) Pares, *Monarquía*, pág. 468.
- [18.](#) Paleólogo, iii. 265–6.
- [19.](#) Protocolo de conversaciones entre los diputados de la Duma Estatal Alexander Guchkov y Vasily Shulgin, y Nicolás II en Pskov, sobre un acto de abdicación del trono, citado en Steinberg y Khrustalëv, pp. 97–8.
- [20.](#) Pares, *Monarchy*, págs. 468–9.
- [21.](#) Gran Duque Alejandro, p. 287.
- [22.](#) Pasillo, pág. 282.
- [23.](#) Pasillo, pág. 283.

[24.](#) El relato de la reunión lo da la viuda del Gran Duque Paul en Princess Olga Paley, *Memories of Russia* (Londres, 1924), p. 61.

[25.](#) Dehn, pág. 165.

[26.](#) Rappaport, *Cuatro hermanas*, pág. 291.

[27.](#) Rosemary y Donald Crawford, *Michael and Natasha: The Life and Love of the Last Tsar of Russia* (Londres, 1997), pág. 305.

[28.](#) Véase Crawford y Crawford, pág. 302.

[29.](#) Crawford y Crawford, pág. 300.

[30.](#) RH Bruce Lockhart, *Memorias de un agente británico* (Londres, 1932), pág. 160.

[31.](#) Se ofrecen diversas traducciones de la renuncia de Mikhail. Por ejemplo, véase Steinberg y Khrustalëv, p. 105.

[32.](#) Crawford y Crawford, pág. 360.

[33.](#) Steinberg y Khrustalëv, pág. 77.

[34.](#) Gilliard, pág. 214–5.

[35.](#) Rappaport, *Cuatro hermanas*, pág.

[303](#) [36.](#) Count Paul Benckendorff, *Last Days at Tsarskoe Selo*, trad. Maurice Baring, (Londres, 1927), pág. 43.

[37.](#) Vyubova, pág. 212.

9 El triunfo del gobierno militar en la Alemania imperial

[1.](#) Christopher Clark, *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600–1947* (Londres, 2007), pág. 268.

[2.](#) Alexandrine de Mecklenburg-Schwerin (1879–1952) fue reina consorte de Dinamarca de 1912 a 1947. También fue reina consorte de Islandia de 1918 a 1944, entre el Acta de Unión de Islandia con Dinamarca y el plebiscito que estableció una república independiente. Al igual que su hermana Cecilia, la reina Alexandrine se opuso al nazismo y ella y su esposo, el rey Christian X, se convirtieron en símbolos de la independencia y oposición danesa durante la Segunda Guerra Mundial.

[3.](#) A pesar de la popularidad del movimiento eugenésico en la Alemania guillermina, el príncipe heredero posó para las fotografías oficiales con su hija Alexandrine y ella era contada como miembro de pleno derecho de

la familia imperial Existe cierto debate sobre la vida de Alejandrina de Prusia después del colapso de la monarquía. De los dieciséis a los dieciocho años, fue educada de forma privada en una escuela para estudiantes con necesidades especiales, la Trüpersche Sonderschule de Turingia, pero no es cierto, como a veces se afirma, que fue institucionalizada cuando cumplió veinte años. Las fotografías sobrevivientes tomadas en una boda familiar muestran a la princesa de pie junto a su hermano mayor Wilhelm en lo que parece ser el uniforme de la Wehrmacht, que no adoptó hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939. Agradezco a la maravillosa Antonia Ede por su ayuda en la identificación de los uniformes y las modas. En la fotografía, tanto Alexandrine como su hermana menor Cecilia lucen vestidos de la segunda mitad de la década de 1930, después de que Alexandrine cumpliera veinte años. Es inconcebible que a una persona institucionalizada se le haya permitido salir para eventos como este o en absoluto. Por lo tanto, parece claro que la historia de que fue institucionalizada en 1935 o 1936 es errónea. Murió en 1980 a la edad de sesenta y cinco años, habiendo pasado la mayor parte de su vida viviendo en Baviera.

[4.](#) Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War, 1914–1918* (Segunda edición, Cambridge University Press, 2004), pág. 91.

[5.](#) Proclamación, 'Der Kaiser an die deutsche Flotte. Dank für die Sieger vom Skagerrak', 5 de junio de 1916.

[6.](#) Las armas alemanas habían sido importadas a Irlanda antes de la guerra tanto por los nacionalistas, que querían ver alguna forma de independencia política irlandesa, como por los leales, que eran extremadamente hostiles a la idea y querían preservar la unión legislativa total con Gran Bretaña. Irónicamente, las armas se compraron en la misma fábrica, pero se introdujeron de contrabando en Irlanda a través del puerto sur de Dun Laoghaire para los nacionalistas y la ciudad norteña de Larne para los leales. En 1916, los separatistas estaban muy interesados en aprovechar el apoyo alemán y las negociaciones estaban en curso a través de la embajada alemana en Washington DC. Esto fue lo que condujo a la misión fallida del Aud . Véase Russell Rees, *Irlanda, 1905–1925* (Newtownards, 1998), págs. 203–5.

[7.](#) Para una útil introducción a los acontecimientos que rodearon el Sinn Féin Ard Fheis de 1917, cuando el cuerpo principal del separatismo irlandés respaldó oficialmente el republicanismo, véase Rees, pp. 222–230. Para la sugerencia nacionalista de ofrecer un trono irlandés al príncipe Joachim, ver Desmond

FitzGerald, Desmond's Rising: Memoirs, 1913 to Easter, 1916 (Dublín, 2006), pág. 143.

[8.](#) No existe ningún estudio en inglés sobre el intento de crear un reino finlandés independiente en 1918. Para los versados en finlandés, el volumen 3 de Ohto Manninen (ed.), *Itsenäistymisen vuodet 1917–1920* (Helsinki, 1992), un excelente estudio de los primeros tres años de Finlandia después de la secesión del Imperio Ruso, contiene un buen relato .

[9.](#) La corona prevista no se fabricó hasta que el orfebre Teuvo Ypyä fundió una réplica utilizando los planos originales en la década de 1990. Consistía en rosas heráldicas, así como escudos de armas de las diferentes provincias de Finlandia alrededor de su base y estaba coronado por un orbe fundido en azul y blanco, los colores nacionales, con el león heráldico tradicional del país en la parte superior. Esta réplica ahora se almacena en un museo en la ciudad finlandesa de Kemi.

[10.](#) Clark, Guillermo II, pág. 322.

[11.](#) The Times, 21 de abril de 1917.

[12.](#) Piers Brendon y Philip Whitehead, *The Windsors: A Dynasty Revealed, 1917–2000* (Londres, 2000), pág. 17

[13.](#) MacDonagh, pág. 388.

[14.](#) La historia se informó por primera vez en una biografía alemana en 1931, pero sus detalles fueron confirmados por la emperatriz viuda Zita en una entrevista privada con Brook-Shepherd, citada en Brook-Shepherd, p. 64.

10 El caso Sixto y los intentos de poner fin a la guerra

[1.](#) Count Ottokar von Czernin, *In the World War* (Nueva York, 1920), p. 161.

[2.](#) Brook-Shepherd, pág. 63.

[3.](#) Para las fortunas fluctuantes del monarquismo bajo la Tercera República, véase Kevin Passmore, *The Right in France from the Third Republic to Vichy* (Oxford University Press, 2013).

[4.](#) Georges de Manteyer, *The Austrian Peace Offer, 1916–1917* (Londres, 1921), pág. 39.

[5.](#) Brook-Shepherd, pág. 69.

[6.](#) *Ibíd.*

[7.](#) Brook-Shepherd, pág. 70.

- [8.](#) Brook-Shepherd, pág. 71.
- [9.](#) Brook-Shepherd, pág. 72.
- [10.](#) Brook-Shepherd, pág. 100.
- [11.](#) Diario de la emperatriz Zita, 14 de abril de 1918.
- [12.](#) Hugo Hantsch, Graf Berchtold (Viena, 1979), ii. 816.

11 El asesinato de los Romanov

- [1.](#) Pavel Bykov, The Last Days of Tsardom (Londres, 1934), pág. 33.
- [2.](#) Cowles, pág. 201.
- [3.](#) Paul Bulygin y Alexander Kerensky, The Murder of the Romanovs (Londres, 1935), pág. 122.
- [4.](#) Alexander Kerensky, The Crucifixion of Liberty (Londres, 1934), pág. 167– 8.

- [5.](#) Benckendorff, pág. 76.
- [6.](#) Benckendorff, pág. 74.
- [7.](#) Benckendorff, pág. 76.
- [8.](#) Bulygin y Kerensky, pág. 15.
- [9.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 303.
- [10.](#) Massie, Nicolás y Alexandra, pág. 434.
- [11.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 302.
- [12.](#) Massie, Nicolás y Alexandra, pág. 433.
- [13.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 307.
- [14.](#) Frances Welch, The Romanovs and Mr Gibbes: The Story of the Englishman who Taught the Children of the Last Tsar (Londres, 2002), pág. 18

- [15.](#) Eduardo, duque de Windsor, A King's Story (Nueva York, 1947), pág. 131.
- [16.](#) La madre del rey Jorge V, Alejandra de Dinamarca, y la madre de Nicolás, la emperatriz María, eran hermanas; su padre, el rey Eduardo VII, y la madre de Alexandra, la gran duquesa Alicia de Hesse-Darmstadt, también eran hermanos. La carta de Lord Bertie criticando a la Emperatriz se cita en Bilyugin y Kerensky, p. 117.

- [17.](#) Brendon y Whitehead, pág. dieciséis.

- [18.](#) Massie, Nicholas y Alexandra, pág. 439.
- [19.](#) Bilyugin y Kerensky, pág. 120.
- [20.](#) Massie, Nicholas y Alexandra, pág. 446.
- [21.](#) Bilyugin y Kerensky, pág. 129.
- [22.](#) Colonel Evgeny Kobylinsky, *The Last Days of the Romanovs* (Londres, 1920), p. 183.

- [23.](#) Welch, Gibbes, pág. 68.
- [24.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 322.
- [25.](#) Welch, Gibbes, pág. 68.
- [26.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 350.
- [27.](#) Massie, Nicholas y Alexandra, pág. 456–7.
- [28.](#) Gilliard, pág. 256.
- [29.](#) Higos, pág. 637.
- [30.](#) Para conocer la reacción de Robespierre ante el juicio de María Antonieta, véase la reimpresión moderna de las cartas de Helena Maria Williams, *Letters Write in France* (Calgary, 2001), pág. 173.
- [31.](#) Entrevista concedida por Vasili Yakovlev al periódico *Izvestia*, 16 de mayo de 1918.

- [32.](#) *Ibíd.*
- [33.](#) *Ibíd.*
- [34.](#) Helen Rappaport, *Ekaterimburgo: Los últimos días de los Romanov* (Londres, 2008), pág. 1.
- [35.](#) Telégrafo del soviét regional de los Urales a Vladimir Lenin y Yakov Sverdlov, 28 de abril de 1918, en Steinberg y Khrustalëv, pág. 249.
- [36.](#) Telegrama de Yakov Sverdlov al Comité Regional del Partido Bolchevique de Ekaterimburgo, 29 de abril de 1918, en Steinberg y Khrustalëv, p. 251.

- [37.](#) Telegrama de Vasily Yakovlev a Yakov Sverdlov, 29 de abril de 1918, en Steinberg and Khrustalëv, p. 252.
- [38.](#) *Ibíd.*
- [39.](#) Entrevista concedida por George Gibbes a Greg King, mayo de 1989, citada en Greg King y Penny Wilson, *The Fate of the Romanovs* (Londres, 2003), p. 140.

[40.](#) [Ibíd.](#)

[41.](#) Baroness Sophie Buxhoeveden, *Left Behind: Fourteen Months in Siberia during the Revolution*, diciembre de 1917 - febrero de 1919 (Londres, 1919), p. 69.

[42.](#) King y Wilson, pág. 141.

[43.](#) Rappaport, *Cuatro hermanas*, pág. 367.

[44.](#) Buxhoeveden, *Left Behind*, pág. 73.

[45.](#) Valentin Speranski, *'La Maison à Destination Special': La Tragédie d'Ekaterinbourg* (París, 1929), p. 158–9.

[46.](#) King y Wilson, pág. 76; Higos, pág. 641.

[47.](#) Harrison Salisbury, *Black Night, White Snow: Russia's Revolutions, 1905–1917* (Nueva York, 1977), pág. 152.

[48.](#) Higos, pág. 641–2.

[49.](#) King y Wilson, pág. 241–2.

[50.](#) Speranski, pág. 55.

[51.](#) Speranski, pág. 57. Mi agradecimiento a Catherine Maxtone-Parker por su ayuda en la traducción de algunos de los comentarios de Speranski.

[52.](#) King y Wilson, pág. 243.

[53.](#) La ejecución de la condesa Hendrikova y la supervivencia de la baronesa Buxhoeveden llevaron a sospechar que la baronesa traicionó a sus empleadores al proporcionar información sobre ellos al soviet de los Urales, específicamente que tenían joyas cosidas en su ropa interior para mantenerse en el exilio. Aunque esta teoría se ha repetido en algunos relatos modernos de la caída de la monarquía, no hay mucha evidencia de ello. Si la baronesa Buxhoeveden le había dicho al soviet sobre el alijo de joyas de las mujeres Romanov, es curioso que esta información no se tuviera en cuenta en los planes sobre cómo matarlas y que el descubrimiento de las joyas en sus víctimas fuera una sorpresa para los verdugos después. . Argumentar que la condesa pereció por su lealtad mientras que la colaboración salvó a la baronesa es acreditar el Terror Rojo con una lógica que no poseía; se puede encontrar una discusión adicional sobre la naturaleza aleatoria y caprichosa del ataque del comunismo temprano a la aristocracia en Douglas Smith, *Former People: The Destruction of the Russian Aristocracy* (Londres, 2013).

[54.](#) Emperatriz Alexandra Feodorovna, diario, 11 de julio de 1918.

[55.](#) Rappaport, Cuatro hermanas, pág. 375.

[56.](#) Cowles, pág. 216.

[57.](#) Mi propia opinión es que Lenin sabía lo que iba a pasar con la familia de Nicolás II y que la orden de matarlos provino del gobierno central soviético en Moscú. La logística de la ejecución en sí se dejó claramente en manos del soviét de los Urales, pero es casi inconcebible que no se consultara a Moscú sobre una decisión tan trascendental. El recuerdo de Trotsky de que Lenin anunció la noticia unos días después del evento sin sorpresa corrobora la opinión de que este último sabía de antemano sobre el plan para matar a los Romanov, no simplemente lo aprobó después. Robert Service, Lenin: A Biography (Londres, 2010), págs. 363–366, está de acuerdo y argumenta que la orden fue dada personalmente por Lenin pero entregada a través de Sverdlov.

[58.](#) John Klier y Helen Mingay, The Quest for Anastasia: Solving the Mystery of the Lost Romanovs (Londres, 1996), pág. 46.

[59.](#) Telegrama descifrado de Alexander Beloborodov a Nikolai Gorbunov, 17 de julio de 1918, en Steinberg and Khrustalëv, p. 337.

[60.](#) Steinberg y Khrustalëv, pág. 362.

[61.](#) Steinberg y Khrustalëv, p. 359.

[62.](#) Steinberg y Khrustalëv, pág. 360.

12 El Fin de la Guerra y la Caída de las Monarquías

[1.](#) MacDonagh, pág. 399.

[2.](#) Erich Ludendorff, La propia historia de Ludendorff: agosto de 1914 - noviembre de 1918; la Gran Guerra desde el sitio de Lieja hasta la firma del Armisticio vista desde el cuartel general del ejército alemán (Nueva York, 1920), p. 421.

[3.](#) David Welch, Alemania, Propaganda y Guerra Total, 1914–1918 (Londres, 2000), pág. 122.

[4.](#) Maurice Baumont, La Caída del Kaiser, trad. E. Ibbetson James (Londres, 1931), pág. 3–4.

[5.](#) Clark, Guillermo II, pág. 340.

[6.](#) MacDonagh, pág. 404.

[7.](#) MacDonagh, pág. 408.

[8.](#) MacDonagh, pág. 412.

[9.](#) MacDonagh, pág. 408.

[10.](#) MacDonagh, pág. 412.

[11.](#) Ibíd.

[12.](#) MacDonagh, pág. 413.

[13.](#) Brook-Shepherd, pág. 109.

[14.](#) Entrevista concedida por la emperatriz viuda Zita a Gordon Brook Shepherd el 9 de octubre de 1978, citada en Brook-Shepherd, p. 111.

[15.](#) Brook-Shepherd, pág. 114.

[16.](#) Brook-Shepherd, pág. 115.

[17.](#) Brook-Shepherd, pág. 121.

[18.](#) Entrevista concedida por la emperatriz viuda Zita a Gordon Brook Shepherd el 9 de octubre de 1978, citada en Brook-Shepherd, p. 127.

[19.](#) Brook-Shepherd, pág. 129.

[20.](#) Estas son las palabras registradas por el secretario de prensa del Emperador, Karl Werkmann. En una entrevista con Gordon Brook-Shepherd en 1978, la emperatriz viuda Zita confirmó que la esencia de su relato era precisa, aunque no podía recordar si la redacción exacta era correcta.

[21.](#) La Emperatriz menciona al bebé Archiduque Karl Ludwig en dos de sus citas. La primera vez que se refiere a él como un bebé al salir con ellos en la caravana del palacio, y efectivamente nació en marzo de 1918. Sin embargo, en su cita sobre la Navidad en la que la mayoría de su familia contrajo la influenza española, Zita dijo que Karl Ludwig tenía apenas dieciocho meses en ese momento. Sus matemáticas son incorrectas, pero es posible que debido a que estaba dando esta información en una entrevista a Gordon Brook Shepherd décadas después de que ocurriera, simplemente sumó incorrectamente la edad de Karl Ludwig; Tenía nueve meses cuando la pandemia de gripe golpeó a Austria.

[22.](#) Brook-Shepherd, pág. 132.

[23.](#) La gripe española no se originó en España. Su rey, Alfonso XIII, fue otro monarca que contrajo la enfermedad y sobrevivió. La censura durante la guerra en el Reino Unido, Francia y los Estados Unidos significó que la prensa no pudiera informar el alcance total de las muertes causadas por la pandemia.

sin embargo, en España no existían tales restricciones, lo que dio lugar a la impresión errónea de que el país había sufrido más que los demás, de ahí el apodo de la pandemia. El recuerdo de Zita de la Navidad de 1918 se cita en Brook-Shepherd, p. 136.

[24.](#) Relación de la audiencia dada por el Príncipe Sixto de Borbón-Parma, citado en Brook-Shepherd, p. 137.

[25.](#) Brook-Shepherd, pág. 140.

[26.](#) Ibíd.

[27.](#) Agradezco a Claire Handley su ayuda con la traducción de la carta del Emperador.

Epílogo

[1.](#) La Emperatriz fue enterrada en un 'Templo Antiguo' en los terrenos del parque de Sanssouci, un retiro del siglo XVIII construido por orden del Rey Federico el Grande. Inicialmente, el templo estaba destinado a ser un museo, pero durante el reinado de Guillermo II se hicieron planes para convertirlo en una capilla para uso de la corte. Augusta Victoria fue el primer miembro de la Casa de Hohenzollern en ser enterrado allí. El cuerpo de su hijo menor, el príncipe Joachim, que se había suicidado en 1920, fue trasladado para descansar junto al de ella más tarde. Su segundo hijo, el príncipe Eitel Friedrich, también fue enterrado allí en 1942, al igual que su nieto, el príncipe Wilhelm, cuando murió en la Segunda Guerra Mundial. Durante la ocupación de Alemania por parte de la Unión Soviética después de la Segunda Guerra Mundial, la segunda esposa de Wilhelm II, la emperatriz viuda Hermine, murió en el Este controlado por los comunistas en 1947 y ella también fue enterrada en Sanssouci, lo que significa que las dos consortes de Wilhelm II ahora están enterradas. en el mismo lugar. El mausoleo está cerrado al público.

[2.](#) Clark, Guillermo II, pág. 355.

[3.](#) La historia sobre la negativa de la condesa Hannah von Bismarck-Schönhausen a botar un barco para el régimen nazi fue contada por Cecilia, condesa von Sternberg, al autor Tyler Whittle y mencionada en Whittle, p. 339 norte. El mariscal de campo von Mackensen en el funeral del príncipe Guillermo, véase Whittle, pág. 340.

[4.](#) MacDonagh, pág. 416–17, 459.

[5.](#) Theo Aronson, *Crowns in Conflict: The Triumph and Tragedy of European Monarchy, 1910–1918* (Londres, 1986), pág. 175.

[6.](#) James Bogle y Joanna Bogle, *A Heart for Europe: The Lives of Emperor Charles and Empress Zita of Austria-Hungary* (Leominster, 2000), pág. 35.

[7.](#) Klier y Mingay, pág. 95.

[8.](#) Klier y Mingay, pág. 223.

[9.](#) Klier y Mingay, pág. 234.

[10.](#) Klier y Mingay, pág. 235.

[11.](#) King, *El asesinato de Rasputín*, pág. 237–8.

[12.](#) Eric Ives, *Lady Jane Grey: Un misterio Tudor* (Oxford, 2009), pág. 293.

[13.](#) The Beatification of Five Servants of God, sitio web del Vaticano, 3 de octubre de 2004. La beatificación del difunto emperador no estuvo exenta de controversia, aunque las críticas expresadas en los periódicos en inglés que sugerían que Karl era un bufón asesino o incompetente no parecen particularmente justo, asimismo sugerencias de que simplemente fue beatificado para solidificar la opinión político-religiosa conservadora en la Austria moderna. Véase la opinión contraria en Ian Traynor, 'Pope to beatify "buffoon" who was Austria's last Emperor', *The Guardian*, 18 de enero de 2004.

[14.](#) La cita inicial del capítulo XXI de Yussopov, *Lost Splendor*.

Bibliografía

Periódicos y Periódicos

Izvestia, Moscú

L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano

Neue Freie Presse, Viena

The Daily Telegraph, Londres

The Guardian, Londres

The New York Times, Nueva York

The Times, Londres

Libros y Revistas

Aichelburg, Wladimir, el archiduque Francisco Fernando y el castillo de Artstetten
(Viena, 2000)

Albertini, Luigi, Los orígenes de la guerra de 1914 (Oxford University Press,
1956)

Alexander Mikhailovich, Gran Duque de Rusia, una vez Gran Duque
(Londres, 1932)

Aronson, Theo, Coronas en conflicto: el triunfo y la tragedia de
Monarquía europea, 1910–1918 (Londres, 1986)

Ascher, Abraham, PA Stolypin: La búsqueda de la estabilidad en el Imperio tardío
Rusia (Stanford University Press, 2001)

Baden, Prince Maximilian von, Las memorias del príncipe Max de Baden, trad. WM Calder
(Londres, 1928)

Bark, Peter, 'Vospominaniya', Vozrozhdenie (julio de 1966)

Barkai, Haim, 'La macroeconomía de la Rusia zarista en la era de la industrialización:
desarrollos monetarios, la balanza de pagos y el patrón oro', Journal of Economic
History (1973)

Baumont, Maurice, La caída del káiser, trad. E. Ibbetson James (Londres, 1931)

- Beeche, Arturo y David McIntosh, Emperatriz Zita de Austria, Reina de Hungría (1891-1989) (Londres, 2005)
- Beller, Steven, Francis Joseph (Londres, 1996)
- Benckendorff, Count Paul, Últimos días en Tsarskoe Selo, trad. Maurice Baring (Londres, 1927)
- Benedict, Heinrich, Monarchie der Gegensätze (Viena, 1947)
- Bestenreiner, Erika, Franz Ferdinand und Sophie von Hohenburg: Verbotene Liebe am Kaiserhof (Munich, 2004)
- Beutler, Gigi, Las Bóvedas Imperiales de los Capuchinos del PP en Viena (Viena, 2007)
- Bing, EJ (ed.), Las cartas del zar Nicolás y la emperatriz María (Londres, 1937)
- Bled, Jean-Paul, François-Ferdinand d'Autriche (París, 2012)
- Bogle, James y Joanna Bogle, Un corazón para Europa: las vidas del emperador Carlos y la emperatriz Zita de Austria-Hungría (Leominster, 2000)
- Botkin, Gleb, Los verdaderos Romanov (Londres, 1932)
- Boyer, JW, 'El fin de un antiguo régimen: visiones de reforma política en la Austria imperial tardía', Journal of Modern History (1986)
- Brendon, Piers y Philip Whitehead, The Windsors: A Dynasty Revealed, 1917-2000 (Londres, 2000)
- Bridge, FR, De Sadowa a Sarajevo: la política exterior de Austria Hungría, 1866-1914 (Londres, 1972)
- Brook-Shepherd, Gordon, The Last Empress: The Life and Times of Zita of Austria-Hungary, 1892-1989 (Londres, 1991)
- Bruce Lockhart, RH, Memorias de un agente británico (Londres, 1932)
- Buchanan, Meriel, La disolución de un imperio (Londres, 1932)
- Bülow, Prince Bernhard von, Memorias del príncipe von Bülow (Boston, 1931)
- Bulygin, Paul y Alexander Kerensky, El asesinato de los Romanov (Londres, 1935)
- Buxhoeveden, Baroness Sophie, Left Behind: catorce meses en Siberia durante la revolución, diciembre de 1917 - febrero de 1919 (Londres, 1919)
- Buxhoeveden, Baroness Sophie, La vida y tragedia de Alexandra Feodorovna, emperatriz de Rusia (Nueva York, 1928)

- Bykov, Pavel, Los últimos días del zarismo (Londres, 1934)
- Cassels, Lavender, El archiduque y el asesino (Nueva York, 1985)
- Cavendish-Bentinck, William, sexto duque de Portland, hombres, mujeres y Cosas (Londres, 1938)
- Cecil, Lamar, Albert Ballin: Negocios y política en la Alemania imperial, 1888–1918 (Prensa de la Universidad de Princeton, 1967)
- Cecil, Lamar, Wilhelm II: emperador y exilio (Universidad de Carolina del Norte Prensa, 1996)
- Chickering, Roger, la Alemania imperial y la Gran Guerra, 1914-1918 (Segunda edición, Cambridge University Press, 2004)
- Churchill, Winston, La crisis mundial (Londres, 1923)
- Clark, Christopher, Reino de Hierro: Ascenso y caída de Prusia, 1600-1947 (Londres, 2007)
- Clark, Christopher, Kaiser Wilhelm II: A Life in Power (Londres, 2009)
- Cook, Andrew, El asesinato de los Romanov (Stroud, 2011)
- Corti, Conde Egon Caesar, Elisabeth, Emperatriz de Austria (Universidad de Yale Prensa, 1936)
- Corti, Conde Egon Caesar, Vom Kind Zum Kaiser (Graz, 1950)
- Corti, el conde Egon Caesar y Hans Sokol, Der alte Kaiser (Viena, 1955)
- Cowles, Virginia, El último zar y la zarina (Londres, 1977)
- Crankshaw, Edward, La caída de la casa de Habsburgo (Londres, 1983)
- Crawford, Rosemary y Donald Crawford, Michael y Natasha: La vida y Love of the Last Tsar of Russia (Londres, 1997)
- Cunliffe-Owen, Marguerite, El martirio de una emperatriz (Londres, 1899)
- Davis, Arthur N., The Kaiser as I Knew Him (Nueva York, 1918) de Manteyer,
- Georges, The Austrian Peace Offer, 1916–1917 (Londres, 1921)
- Deák, István, Más allá del nacionalismo: una historia social y política de la Cuerpo de oficiales de los Habsburgo, 1848–1918 (Oxford, 1992)
- Dedijer, Vladimir, El camino a Sarajevo (Nueva York, 1966)
- Dehn, Lili, The Real Tsaritsa (Londres, 1922)

- Duberman, Martin Baumi, Martha Vicinus y George Chauncey (eds),
Oculto de la historia: Reclamando el pasado gay y lésbico (Nueva York, 1990)
- Eager, Margaretta, Seis años en la corte rusa (Bowmanville, Ontario,
2011)
- Eduardo, duque de Windsor, A King's Story (Nueva York, 1947)
- Eisenmerger, Victor, archiduque Franz Ferdinand (Londres, 1928)
- Epkenhaus, Michael, Tirpitz: arquitecto de la flota alemana de alta mar
(Washington D.C., 2008)
- Erdödy, Conde Tamás, Habsburgo Weg von Wilhelm zu Briand (Leipzig,
1932)
- Fallows, Thomas, 'La política y el esfuerzo bélico en Rusia: la unión de
Zemstvos y la organización del suministro de alimentos, 1914–1916', eslavos
Reseña (1978)
- Fenyvesi, Charles, Realeza en el exilio: la historia interna de los ex-majestades de
Europa (Londres, 1981)
- Feuerlicht, Roberta Strauss, El acto desesperado: El asesinato de Franz
Fernando en Sarajevo (Nueva York, 1968)
- Figes, Orlando, Una tragedia popular: la revolución rusa, 1891–1924
(Londres, 1996)
- Fischer, Fritz, Los objetivos de Alemania en la Primera Guerra Mundial (Nueva York, 1967)
- FitzGerald, Desmond, Desmond's Rising: Memorias, 1913 a Easter, 1916
(Dublín, 2006)
- Fraser, Antonia, Marie Antoinette: The Journey (Londres, 2002)
- Fromkin, David, El último verano de Europa: por qué el mundo entró en guerra en
1914 (Londres, 2004)
- Fuller, William C., El enemigo interno: fantasías de traición y el fin de la Rusia
imperial (Cornell University Press, 2006)
- Fuller, William, Estrategia y poder en Rusia, 1600–1914 (Nueva York,
1992)
- Gilliard, Pierre, Trece años en la corte imperial rusa (Nueva York,
1921)

- Hall, Coryne, Pequeña madre de Rusia: una biografía de la emperatriz María Feodorovna (Londres, 1999)
- Hanbury-Williams, John, El emperador Nicolás como lo conocí (Londres, 1922)
- Hantsch, Hugo, Graf Berchtold (Viena, 1979)
- Hasegawa, Tsuyoshi, La revolución de febrero de Petrogrado, 1917 (Prensa de la Universidad de Washington, 1981)
- Haslip, Joan, La emperatriz solitaria: una biografía de Isabel de Austria (Nueva York, 1965)
- Haslip, Joan, El Emperador y la Actriz: La historia de amor del Emperador Franz Josef y Katharina Schratt (Londres, 1982)
- Hauser-Köchert, Irmgard, Imperial Jewelers en Viena (Firenze, 1990)
- Herre, Paul, Kronprinz Wilhelm: Seine Rolle in der deutschen Politik (Berlín, 1954)
- Herring, George C., De colonia a superpotencia: relaciones exteriores de EE. UU. desde 1776 (Oxford, 2008)
- Herzer, Manfred, Magnus Hirschfeld: Leben und Werk eines jüdischen, schwulen und sozialistischen Sexologen (Hamburgo, 2001)
- Hewitson, Mark, 'Alemania y Francia antes de la Primera Guerra Mundial: una Reevaluación de la política exterior de Wilhelmine ', English Historical Review (2000)
- Höller, Gerd, Franz Ferdinand von Österreich-Este (Viena, 1982)
- Hull, Isabel, El séquito del Kaiser Wilhelm II, 1888-1918 (Cambridge Prensa universitaria, 2004)
- Ives, Eric, Lady Jane Grey: Un misterio Tudor (Oxford, 2009)
- Jászi, Oscar, La disolución de la monarquía de los Habsburgo (Universidad de Prensa de Chicago, 1929)
- Jelavich, Barbara, 'Lo que el gobierno de los Habsburgo sabía sobre los negros Hand', Anuario de Historia de Austria (Houston, 1991)
- Josef, Redlich, El emperador Franz Josef (Londres, 1929)
- Jovanović, M. Ljuba, 'The Murder of Sarajevo', Revista del Instituto Británico de Asuntos Internacionales (marzo de 1925)
- Károlyi, condesa Catalina, A Life Together (Londres, 1966)

- Kennan, George, Siberia y el sistema de exilio (Nueva York, 1891)
- Kerensky, Alexander, La catástrofe (Londres, 1927)
- Kerensky, Alexander, La crucifixión de la libertad (Londres, 1934)
- King, Greg, La última emperatriz: la vida y la época de Alexandra Feodorovna, zarina de Rusia (Londres, 1995)
- King, Greg, El asesinato de Rasputín: La verdad sobre el príncipe Félix Youssoupov y el monje loco que ayudó a acabar con los Romanov (Londres, 1996)
- King, Greg y Penny Wilson, El destino de los Romanov (Londres, 2003)
- King, Greg y Sue Woolmans, El asesinato del archiduque: Sarajevo 1914 y el asesinato que cambió el mundo (Londres, 2013)
- Kingston-Mann, Esther y Tim Maxter (eds), Economía, cultura y política campesinas en la Rusia europea, 1800–1921 (Universidad de Princeton Prensa, 1991)
- Kiszling, Rudolf, Erzherzog Franz Ferdinand von Österreich-Este (Graz y Colonia, 1953)
- Klier, John y Helen Mingay, La búsqueda de Anastasia: Resolviendo el El misterio de los Romanov perdidos (Londres, 1996)
- Kobylinsky, Evgeny, Los últimos días de los Romanov (Londres, 1920)
- Kokovstov, Count Vladimir, Out of My Past: The Memoirs of Count Kokovstov, trad. Laura Matveev (Prensa de la Universidad de Stanford, 1935)
- Kramer, Alan, Dinámica de la destrucción: cultura y asesinatos en masa en el Primera Guerra Mundial (Oxford University Press, 2008)
- Lerman, Katherine A., El canciller como cortesano: Bernhard von Bülow y el gobierno de Alemania, 1900–1909 (Cambridge University Press, 1990)
- Lieven, Dominic, Rusia y los orígenes de la Primera Guerra Mundial (Basingstoke, 1987)
- Lieven, Dominic, Nicholas II: Emperor of all the Russias (Londres, 1993)
- Löwe, Heinz-Dietrich, Die Lage der Bauern in Rusia, 1880–1905 (St. Catalina, 1987)
- Ludendorff, Erich, la propia historia de Ludendorff: agosto de 1914 - noviembre 1918; La Gran Guerra desde el Sitio de Lieja hasta la Firma del

Armisticio visto desde el cuartel general del ejército alemán (Nueva York, 1920)

MacDonagh, Giles, The Last Kaiser: William the Impetuous (Londres, 2000)

MacMillan, Margaret, La guerra que terminó con la paz: cómo abandonó Europa Paz para la Primera Guerra Mundial (Londres, 2013)

McDaniel, Tim, Autocracia, Capitalismo y Revolución en Rusia (Prensa de la Universidad de California, 1988)

McDonald, DM, Gobierno Unido y Política Exterior en Rusia, 1900–1914 (Prensa de la Universidad de Cambridge, 1992)

McIntosh, Christopher, El rey cisne: Luis II de Baviera (Londres,

no necesariamente correcta y clara

McKean, RB (ed.), New Perspectives in Modern Russian History: Selected Papers from the Fourth World Congress of Soviet and Eastern European Studies, Harrogate, 1990 (Londres, 1992)

McLean, Roderick R., Realeza y diplomacia en Europa, 1890–1914 (Cambridge University Press, 2001)

Manninen, Ohto (ed.), Itsenäistymisen Vuodet 1917–1920 (Helsinki, 1992)

Marie Louise de Schleswig-Holstein, Princess, My Memories of Six Reigns (Londres, 1957)

Massie, Robert K., Nicholas y Alexandra (Londres, 1968)

Maylunas, Andrei y Sergei Mironenko, Una pasión de por vida: Nicolás y Alexandra, su propia historia (Londres, 1997)

Menne, Bernhard, Sangre y acero: El ascenso y la caída de la casa de Krupp, trad. GH Smith (Nueva York, 1938)

Menning, Bruce W., Bayonetas antes que balas: el ejército imperial ruso, 1861-1914 (Prensa de la Universidad de Indiana, 1992)

Millard, Frank, El palacio y el búnker: la resistencia real a Hitler (Stroud, 2012)

Morris, Edmund, Theodore Rex (Nueva York, 2001)

Morton, Frederic, Thunder at Twilight: Viena, 1913–1914 (Nueva York, 1989)

- Mosse, WE, 'Stolypin's Villages', Slavonic and Eastern European Review (1964–5)
- Nolan, Michael E., The Inverted Mirror: Mythologizing the Enemy in France and Germany, 1898–1914 (Nueva York, 2005)
- Owings, Dolph, El juicio de Sarajevo (Chapel Hill, NC, 1984)
- Paléologue, Maurice, Memorias de un embajador (Londres, 1923-1925)
- Paley, Olga, Princesa, Memorias de Rusia (Londres, 1924)
- Pallot, J. y DJB Shaw (eds), Paisaje y asentamiento en Romanov Rusia, 1613–1917 (Oxford University Press, 1990)
- Palmer, Alan, Crepúsculo de los Habsburgo: La vida y la época de los Emperador Francisco José (Nueva York, 1994)
- Pares, Bernard, La caída de la monarquía rusa (Londres, 1939)
- Pares, Bernard (introducción), The Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914–1916 (Londres, 1987)
- Passmore, Kevin, La derecha en Francia desde la Tercera República hasta Vichy (Oxford University Press, 2013)
- Pless, Daisy, Princesa de, Daisy, Princesa de Pless: Por sí misma (Nueva York, 1929)
- Preston, Diana, Willful Murder: The Sinking of the Lusitania (Londres, 2002)
- Purishkevich, Vladimir, El fin de Rasputín (Ann Harbour, Michigan, 1985)
- Radzinsky, Edvard, Rasputín: La última palabra, trad. Judson Rosengrant (Londres, 2000)
- Rappaport, Helen, Ekaterimburgo: Los últimos días de los Romanov (Londres, 2008)
- Rappaport, Helen, Cuatro hermanas: Las vidas perdidas del gran Romanov Duquesas (Londres, 2014)
- Rathenau, Walther, Walther Rathenau: industrial, banquero, intelectual y político: notas y diarios, 1907-1922 , Hartmut Pogge von Strandmann y Caroline Pinder Cracraft (eds) (Oxford University Press, 1985)
- Rees, Russell, Irlanda, 1905–1925 (Newtownards, 1998)
- Regan, John M., Myth and the Irish State (Irish Academic Press, 2013)

- Remak, Joachim, Sarajevo: La historia de un asesinato político (Nueva York, 1959)
- Remak, Joachim, 'The Healthy Invalid: ¿Qué tan condenado estaba el Imperio de los Habsburgo?', *Journal of Modern History* (febrero de 1969)
- Rich, David Alan, Los coroneles del zar: profesionalismo, estrategia y subversión en la Rusia imperial tardía (Cambridge University Press, 1998)
- Rich, Norman y MH Fisher (ed.), *The Holstein Papers* (Cambridge University Press, 1957)
- Rodzianko, Mikhail, *El reinado de Rasputín* (Londres, 1927)
- Röhl, John CG, *Alemania sin Bismarck: La crisis del gobierno en el Segundo Reich, 1890-1900* (Londres, 1967)
- Röhl, John CG (ed.), 1914: ¿Delusion or Design? (Londres, 1973)
- Röhl, John CG, *The Kaiser and His Court: Wilhelm II and the Government of Germany* (Cambridge University Press, 1996)
- Röhl, John CG, *Young Wilhelm: Los primeros años del Kaiser, 1859–1888* (Cambridge University Press, 1998)
- Rummel, Rudolph, *Política letal: Asesinato soviético y genocidio en masa desde 1917* (Universidad de Rutgers, 1990)
- Salisbury, Harrison, *Black Night, White Snow: Russia's Revolutions 1905–1917* (Nueva York, 1977)
- Schorske, Carl E., *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture* (Nueva York, 1981)
- Schuselka, Franz, *Deutsche Worte eines Oesterreichischers* (Hamburgo, 1843)
- Schwarzenberg, Adolf, *Prince Felix zu Schwarzenberg* (Nueva York, 1946)
- Shawcross, William (ed.), *Counting One's Blessings: The Selected Letters of Queen Elizabeth the Queen Mother* (Londres, 2013)
- Service, Robert, *Una historia de la Rusia moderna: de Nicolás II a Putin* (Londres, 2003)
- Servicio, Robert, *Lenin: una biografía* (Londres, 2010)
- Smith, David James, *Una mañana en Sarajevo* (Londres, 2008)
- Smith, Douglas, *Personas anteriores: la destrucción de los rusos Aristocracia* (Londres, 2013)

- Snyder, Timothy, El Príncipe Rojo: La caída de una dinastía y el ascenso de Europa moderna (Londres, 2008)
- Sondhaus, Lawrence, Franz Conrad von Hötzendorf: Arquitecto de la Apocalipsis (Boston, 2000)
- Speranski, Valentin, 'La Maison à destino especial': La Tragédie d'Ekaterinenbourg (París, 1929)
- Stannard, Martin, Evelyn Waugh: Los primeros años, 1903–1939 (Londres, 1990)
- Steinberg, John W., Todos los hombres del zar: el Estado Mayor de Rusia y el destino del Imperio, 1898-1914 (Baltimore, 2010)
- Steinberg, Mark y Vladimir M. Khrustalëv, La caída de los Romanov: sueños políticos y luchas personales en tiempos de revolución (Yale University Press, 1995)
- Estefanía, princesa heredera de Austria y Hungría, iba a ser emperatriz (Londres, 1937)
- Taylor, AJP, La Primera Guerra Mundial (Londres, 1974)
- von Bethmann-Hollweg, Count Theobold, Betrachtungen zum Weltkrieg (Berlín, 1921)
- von Czerin, Count Ottokar, In the World War (Nueva York, 1920) von Margutti, Baron Albert, The Emperor Francis Joseph and His Times (Londres, 1921)
- von Morsey, Baron Andreas, 'Konopischt and Sarajevo', Berliner Monatshefte (junio de 1934)
- von Sosnosky, Theodor, Franz Ferdinand der Erzherzog Thronfolger (Múnich, 1929)
- von Tirpitz, Alfred, Erinnerungen (Leipzig, 1920)
- Vyrubova, Anna, Memorias de la corte rusa (Nueva York, 1923)
- Welch, David, Alemania, Propaganda and Total War, 1914–1918 (Londres, 2000)
- Welch, Frances, Los Romanov y el señor Gibbes: La historia de la Inglés que enseñó a los hijos del último zar (Londres, 2002)
- Wheatcroft, Andrew, Los Habsburgo: encarnando el imperio (Londres, 1995)

Whittle, Tyler, El último káiser: una biografía de Guillermo II, alemán Emperador y Rey de Prusia (Londres, 1977)

Williams, Helena Maria, Cartas escritas en Francia (Calgary, 2001)

Wilton, Robert, Los últimos días de los Romanov (Londres, 1920)

Yussopov, el príncipe Félix, Rasputín: su influencia maligna y Asesinato (Nueva York, 1927)

Yussopov, Prince Felix, Lost Splendor (Londres, 1953)

Zweig, Stefan, El mundo de ayer (Londres, 2011)

OceanofPDF.com